

COLECCION NUEVA NARRATIVA

SEIS

NÚMEROS

ROJOS

JOSÉ LUIS LEÓN PADIAL

© José Luis León Padial

Seis números rojos

Fotografía de portada: Carlos Javier de Haro Bardeci

ISBN: 9781671591387

Depósito legal GR1654-2019

Impreso en España

Editado por Grupo Suministros Granada

Carlos Gustavo Rodríguez Trujillo.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a Editorial Suministros Granada (editorial@lenguasdefuego.net) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.suministrosgranada.com)

A mis padres, María Luisa y Juan, y a mi mujer, Silvia, por enseñarme a sonreír

PRIMER NÚMERO ROJO

Siempre supe que mi vida daría un giro en cualquier momento pero lo que hoy no esperaba era pasar, en cuestión de minutos, de padre de familia respetable a enemigo público número uno de mi ciudad. Y eso es lo que estaba a punto de suceder.

Entró la llave sin resistencia en la cerradura que otros días daba más de un quebradero de cabeza para abrirla sin saber los motivos, a pesar de haber desmontado varias veces el bombín con la idea de arreglarlo de una vez y evitar lo que un día sería inevitable. Odiaba la idea de tener que llamar algún día a Pep el cerrajero, un catalán muy “avisado” que, creyendo ver fortuna en Andalucía – concretamente en Granada, mi ciudad – se vino un día de hace 18 años con su mujer, Montse – ¿cómo no? –, y sus dos hijos, montando un pequeño negocio de cerrajería en donde, además, lo mismo te hacía copias de llaves, que te montaba o desmontaba una puerta blindada, que se atrevía con alguna chapucilla de carpintería metálica o similar. El caso era hacer ruido – “cuanto más mejor” parecía su lema – mientras realizaba su trabajo, y eso era una de las cosas que me hacían perder los nervios con más facilidad en esta vida, el ruido gratuito que, pudiéndose evitar, no paramos de generar a nuestro alrededor.

Aquel no había sido un día normal en la farmacia por el exceso de trabajo acumulado debido a la ausencia de la auxiliar, Amparo, que con la historia de que le había mandado el médico de cabecera hacerse un chequeo, con análisis de orina y sangre incluidos, “llegaría algo más tarde”, con lo que tuve que abrir yo personalmente y luego atender al público, distribuidores, ordenar mercancías, desechar caducadas y vuelta a pedir nuevas, todo a la vez y sin tiempo al descanso. “Algo más tarde” estuve recordando toda la mañana. ¿Pero la sangre no la extraen a las ocho de la mañana y la orina es sólo dejar el bote cuando te nombran? O la habían desangrado o estaría bebiendo líquidos para provocar la micción como los futbolistas en el antidoping ese, porque de otra manera no alcanzaba yo a entender que un lunes, con todo el trabajo que hay y sabiendo que tampoco vendría Fran, el otro farmacéutico y socio mío, fuesen casi las dos de la tarde y no hubiese ni llamado para decir en qué UVI estaba ingresada ya que, si no era así, ya vale que tuviera la excusa del siglo XXI para explicarme con pelos y señales el ya nombrado retraso. Cuando apareció al fin y comenzaba a desgranar su excusa yo tenía tal gana de salir pitando de allí que me deshice de la bata rápidamente y con un “hasta luego a la tarde”, y bien tarde, me deslicé a través de la puerta a la calle sin mirar atrás vayamos a que por ello me tocara otra china indeseable. Sentí sonar el teléfono y que Amparo informaba a quien fuese que yo ya había marchado a casa. Pero al fin todo había terminado y me encontraba en casa sobre las 14:30 horas del primer día de la primavera. Saludé a un joven que bajaba por las escaleras y empujé la puerta.

– ¿Quién hay en casa? – pregunté al cerrar la puerta y esperando la avalancha que mis dos hijos siempre ponen en marcha cada vez que me sienten entrar -. ¿No hay nadie que quiera un regalito? – misma “mentirijilla” que todos los días servía de inicio de una serie de bromas con las pequeñas.

“¡Qué extraño!”, pensé, hoy no tenía noticias de que comiesen fuera, y en lunes, día entre semana que normalmente no es muy apreciado por nadie en casa. Chris, mi mujer, porque debe de correr de un sitio a otro, a contrarreloj, para hacer de todo: llevar a nuestra hija la mayor, Luz, al colegio, hacer su trabajo en los juzgados, es abogada, recoger a la cría en el colegio, llegar a casa y dar de comer a la pequeña Rebeca antes de comer ella junto a Luz, recoger todo un poco, para volverla a llevar al colegio, a la sesión de tarde como yo digo, correr al bufete, en donde pasa toda la tarde, con recogida final en casa sobre las veinte horas. Luz también odia este día, tanto como el martes, ya que son los días de la semana en que tiene colegio por la tarde y, para colmo, clases de inglés particulares (como si con 6 años fuera una pequeña ejecutiva bilingüe). La verdad es que se lo pasa muy bien en las clases de inglés con una profesora nativa llamada Jane que, aunque madurita, no deja de tener su lado sexi. O por lo menos eso a mí me pareció las dos veces que la he visto y que, por comentarlo con mi mujer, casi me cuesta una pelea. Rebeca también tiene su fobia al lunes porque nos ve poco y rápido, pasando la mayor parte del tiempo con Nola, chica que nos hace las veces de asistente, cocinera y canguro.

Recorrí los cuatro metros de pasillo que separan la entrada del distribuidor desde donde miré, por este orden, cuarto de baño, mi dormitorio, salón, despacho y cocina sin encontrar la más leve señal de vida. Olía como a colonia o ambientador barato, tipo pachuli, por lo que intuía que habíamos tenido visita, pues esa agua de fregar no la usa de colonia ninguna persona sensible que yo conozca. Me quité mi vieja parka color tierra y, como de costumbre, la colgué en el respaldo de la primera silla que encontré en el salón. Busqué alguna nota que me aclarara algo. Negativo. Miré el contestador del teléfono por si hubiese algún recado y al ver parpadear un 2 en el visor de mensajes activé el “play”.

– A ver si estamos de vez en cuando en casa, que parece que os pinchan cada vez que os sentáis ahí. Bueno, llamaré luego. Un besito a las niñas. Nos vemos – dijo mi cuñada Patricia con un poco de sorna.

Cuando me disponía a oír el segundo mensaje me percaté de un silbido proveniente de la cocina, o eso al menos creí yo. Pulsé “pause” y me dirigí hacia allí. Abrí la puerta y vi cómo sobre el fuego de la hornilla una olla despedía una columna de humo negro a presión acompañado del sonido de la válvula dando vueltas. Había vapor de agua por todos los azulejos y comenzaba la nube de humo a impregnar los mismos y la madera de los muebles. Rápidamente apagué el fuego, abrí la ventana que da al patio de vecinos, busqué unas manoplas de cocina para protegerme las manos y coger la olla con la intención de trasladarla hasta el exterior mientras trataba de no respirar el humo. Con tanto trajín no me percaté de que la válvula, la misma que hacía un momento giraba violentamente, ya no lo hacía. Por consiguiente, el humo que antes salía a borbotones, ahora se acumulaba dentro del recipiente aumentando la presión interna del mismo. Saltar la tapa disparada hacia una cristalera, rebotar rompiendo vasos, platos y el cristal de la ventana saliendo por ella, caer yo de culo y contra el frutero con el consiguiente desparrame de manzanas, kiwis de las noches, plátanos y alguna pera, y colorear todos y cada uno de los azulejos de la cocina con restos de potaje de lentejas, fue todo uno.

Como se puede hacer una idea el lector, todo vino acompañado de un estruendo horrible que desde el portal hasta el apartamento del portero, ocho plantas más arriba, llamó la atención de todos los vecinos. De pronto oía, a través de la ventana, lo que para mí eran cientos de voces preguntar y especular sobre qué o quién podía haber sobresaltado la hora de la comida a todo el

bloque. Aprecié, desde mi estado de confusión, cómo gritaba doña Remedios desde el fondo del ojo de patio proclamando, en términos irreproducibles, cuantas injurias pudo sobre la parentela del que supuestamente había intentado acabar con su vida arrojándole una tapa de una olla que había pasado a pocos centímetros de la cabeza mientras tendía lo que ella llamaba el ajuar que le guardó su santa madre, nomenclatura que, teniendo ella cerca de los 80, siempre pensé que poco uso le daría en un hipotético e imposible casorio.

Recuperada un poco la razón tras el shock inicial postestallido, miré a mi alrededor y valoré, así por encima, en más de 600 euros la jugada de la olla a la vez que comencé a responder a las llamadas de los vecinos.

– Estoy bien, tranquilos – contesté algo elevado para que me oyeran.

– ¿Pero qué ha pasado Don Luis? ¿Está usted bien? ¿Y su señora y las niñas? – decían al unísono doña Leonor, doña Carmen (viuda de don Alfredo, el enterrador que Dios tenga en su gloria, pero sin anís) y doña Patro, las tres vecinas de la misma planta que rápidamente desaparecieron para cruzar la entreplanta hasta mi puerta una vez me hubieron visto vivo y coleando. Parte por interés, parte por chismorreos, ya oía yo el ring ring de la puerta constante. Sabiendo que hasta que no me vieran personalmente y, conociendo a Diego, el portero gallego del bloque, que estaría allí también si no ya después de ya, me dirigí a la puerta para abrir y calmar los ánimos de los allí presentes. Fue abrir y una avalancha de gente entró empujándome a un lado capitaneados por un cabo de los bomberos. “¿Quién coño habría llamado a los bomberos y cómo habían corrido tanto para llegar casi antes del suceso?”, rumiaba yo en silencio.

– No entren por favor hasta que mis hombres y yo hayamos atajado el peligro – ordenaba muy diligente el cabo referido -. Llévense a las mujeres y a los niños primero, y desalojen pacíficamente el edificio en espera de que los resultados de nuestra labor nos permitan volver a dejarles entrar en sus domicilios.

Diego el portero me preguntó por Chris y las niñas y, en cuanto respondí que no había nadie en casa, me empujó junto con las vecinas escaleras abajo a la vez que gritaba por el hueco de las mismas conminando a todos los vecinos a desalojar el edificio lo más rápidamente posible ya que ni los bomberos podían garantizar en esos momentos la viabilidad del mismo. “Pacíficamente”, pensé para mis adentros que había dicho el cabo de los bomberos, y allí aquello poco tenía que envidiar a la escena de “El coloso en llamas”. Doña Leonor y Doña Patro poco aparentaban reunir entre las dos más de 150 años, pues hasta los gemelos del primer piso, Zipi y Zape, como cariñosamente los apodé yo por sus “gracias” diversas, se quejaron de las cargas excesivas que las dos señoras les hicieron en el último rellano, antes de la planta baja, que las hicieron ser las primeras del bloque en emerger a la calle. Tras los gemelos y su abuela, Doña Trini, otra que tal baila con su sordera y el volumen de su televisor ampliamente denunciado, salimos Doña Carmen y un servidor sin prisas pues ya le había informado yo que se trataba de un simple estallido del potaje en la olla y no creía trajera más consecuencias, aparte de que, fijándose uno un poco en mis ropas, podía encontrar restos del mismo engalanando mi camisa.

Producto del revuelo que se originaba con cada vecino que aparecía por la puerta de acceso al

portal, se fueron congregando allí más y más personas hasta llegar aproximadamente al ciento. Repetidamente, y conforme se iban enterando de que el origen de todo había estado en el 2ª F, mi piso, tuve que contar una y mil veces cómo me estalló en las manos la famosa olla con las apetitosas lentejas (es de suponer que con tantas contrariedades se imaginará el lector que de comer, nada de nada, pero con el susto ni me acordaba). Nadie lograba entender, ni yo mismo, qué hacían unas lentejas chamuscándose solas en mi cocina sin nadie que las vigilara. Ni Nola, ni Chris, ni nadie con derecho a mi cocina presenciaba la tragedia. Pero... ¿dónde estarían? ¿Y las niñas?

Esperamos pacientes la salida de los bomberos mientras aquello degeneraba en una continua queja al presidente, el relojero Don Carlos, que veía cómo pasaban los minutos y se quedaba sin comer, teniendo que estar de vuelta en la relojería a eso de las cuatro. La mayoría se quejaban de la antena de televisión, pues no podían ver cadenas privadas que con tanto bombo anunciaba Don Carlos cuando propuso, en mala hora para él, instalar una parabólica que su primo antenista les dejaría a un precio irrisorio. Risa nos dio a todos cuando la factura ascendió a 1500 euros, “y eso sin contar mano de obra “. Fue el declive de Don Carlos como presidente, pues en breve una moción de censura presentada en junta extraordinaria, daría fin a 3 años de máximo representante del bloque, título no muy importante, pero que a Don Carlos le servía para llamar a su señora esposa “Primera Dama de la Comunidad”.

Y en esto estábamos cuando salió por la puerta del portal, flanqueado por otros tres compañeros de menor rango, supongo, el cabo de bomberos. Su rostro reflejaba un gesto de preocupación que suscitó mi interés. Tenía un enorme mostacho canoso, cejas muy pobladas y continuas, nariz pimentona morrón, como si hubiese bebido algo más de la cuenta, y un cabezón redondo como un balón de fútbol. Calculo tendría entre 50 y 55 años, 1,65 de altura y unos 75 kilos de peso. Mientras se dirigía derecho a mí comenzaron a oírse sirenas de policía. Dos “zetas”, creo que así los llaman en su jerga, y una furgoneta aparecieron abriéndose paso entre todos nosotros a golpe de sirenazos y si no se aparta alguno, también a golpes puros y duros. En milésimas de segundo rodearon a todos los presentes, vecinos, curiosos, gente aburrida y demás fauna que en estos barullos salen de debajo de las piedras para olisquear y/o criticar todo lo que abarquen sus narices, doce o catorce números de la benemérita dispuestos a darlo “Todo por la patria” y algo menos por los allí presentes.

– Pero hombre de Dios, ¿qué ha hecho? ¿Cómo ha podido hacer esto? – me vociferó el cabo, que de esta guisa parecía más bien Teniente General de Todos los Ejércitos.

Todos los vecinos y compañía enmudecieron de inmediato y buscaban respuestas clavando sus pupilas ahora en mí, ahora en el cabo. Buscaban el más mínimo gesto, palabra u omisión que les diera una pista sobre lo que poder dar al resto alguna primicia. Parecía que el primero que averiguara algo de lo sucedido tendría un premio. Y por las miradas y el silencio cualquiera diría que el premio los retiraría de por vida, porque allí no pestañeaba ni Doña Flor, la del 7º A, que sufría de queratoconjuntivitis crónica seca bilateral hacía seis años, y tenía que usar suero fisiológico cada cinco minutos para que no se le secaran del todo los ojos. Menudo cuadro, y el cabo también esperaba respuesta con unos ojos saltones que se estaban inyectando de tal forma que temí reventasen en mi cara y llenaran de más porquería la camisa color salmón al principio, pero que ahora presentaba un aspecto alunarado lentejil que, si no fuera por el olor que desprendía, tampoco resultaría excesivamente repulsivo.

– Pues le explico – comencé a decir a la vez que unos cien pares de ojos, si no más a estas alturas, se clavaron en mí abriendo todo lo que podían sus oídos para recabar la información y, en algunos casos, los más lejanos pidiendo incluso que elevara la voz pues “al fondo no se oye bien”, decían – la olla con el potaje de lentejas estalló en mis manos, como ya he explicado a la concurrida audiencia que nos acompaña casi uno por uno, supongo yo que por fallo de la valvulita que da vueltas o por exceso de tiempo en el fuego, ya que el humo...

– ¡Pero usted se cree que soy gilipollas o me chupo el dedo! – espetó, o mejor aulló el cabo que de nuevo parecía General por la mala leche que parecía gastar.

– Un momento, ruego se mantengan en silencio y conserven la calma. A partir de ahora las preguntas las hago yo y todo lo que diga puede ser tomado en su contra – era uno de los números de la guardia civil que habían acordonado la zona y, como temí, también era cabo al mando del grupo operativo que se había movilizó en este caso.

– Oiga, disculpe, la calle Vinuesa o el Bar El Terrao – preguntó un joven, el mismo que vi bajando por las escaleras cuando abría yo la puerta de mi casa, de unos 27 ó 28 años, al guardia civil mientras este se incorporaba a nuestra vera. El chico era alto, de complexión atlética, pelo rizado negro y hablaba a la vez que sostenía una colilla de tabaco rubio, por su boquilla naranja, por eso creí que era rubio, con los labios. Noté sus ojos enrojecidos, no sé si de la droga o vete tú a saber qué. En su mano derecha, tatuada en el dorso con una media luna roja, llevaba una bolsa voluminosa de un conocido hipermercado con un trapo azul liado dentro que parecía un jersey.

– No sé y ahora no me molestes que estoy de servicio – replicó el guardia de mala gana. El chico se fue tan rápido como apareció.

– Señor guardia...- comencé a balbucear.

– ¡CABO! ¡Y A MUCHA HONRA! – gritó para que todo el mundo oyera quién mandaba allí a la vez que se le hinchaba el cuello marcando dos yugulares como sogas de barco -, y o se limita a abrir la boca cuando le diga o le puede caer un paquete encima del que no le libra ni el mismísimo Excelentísimo Señor Ministro de Interior, ¿captado el mensaje? ¿OK?

Captando, procesando y pasmado estaba yo mientras pensaba qué carajo les estaba ocurriendo a aquellos dos veladores de nuestra seguridad. ¿Locura colectiva del cabo en sus diversas presentaciones? No recordaba haber leído nada al respecto en mis ratos de “buceo” altruista por la medicina del bípedo, pero podía estar presenciando los primeros casos, pues todo tuvo un inicio alguna vez. ¿Qué quería el primer cabo, o sea el de bomberos, que había pasado de velar por mi seguridad cuando entró en casa a casi lincharme con la mirada y obra en apenas 20 minutos que duró su estancia en mi casa? ¿Quién había llamado al segundo cabo, o sea al guardia civil, y por qué? ¿Por qué este último me trataba como si fuese el Lute o similar? ¿Y por qué el despliegue excesivo de números y medios, algunos armados, venían con sus metralletas visibles, por tan sólo unas lentejitas de nada? Si lo sé no abro ni al párroco así viniese a darme su bendición.

Sentí que me rodearon varios guardias, serían 3 ó 4 de los de metralleta en ristre, a la vez que un murmullo recorría el gentío allí acumulado, que ya rondarían los dos cientos de personas. Hasta un “parecía tan buen vecino y educado” me llegó a mis oídos, y un “y padre de dos nenitas pequeñas” sin saber si era ya conocido por todos el enigma en el que me hallaba o seguíamos en

rumores falsos e inventivas de todo tipo. De pronto todo el mundo conocía de mí hasta la marca de champú con el que resuelvo mi higiene en la ducha. Que si ya habían oído peleas a voces con Chris a horas intempestivas con arrojo de jarrones, platos o similares al suelo, que si bebía de más, cuando lo único que paladeo son los sorbos de Oraldine que me alivian la garganta al final de la jornada, que si en varias ocasiones había llegado a amenazar a las niñas con llevarlas a no sé qué institución para no volverlas a ver, cuando, de seguro que si hago eso, la misma institución me devolvería el lote a los dos días por exceso de trabajo y cerrarían por descanso del personal un mes como mínimo y, en fin, todo un compendio de vilipendios, ofensas, infundios y fábulas que terminaron de paralizar mi mente y, por supuesto, mis piernas. Pero si hace unos minutos todos se congratulaban de mi salida ileso del percance de las lentejas y ahora esta panda de hienas poco menos que piden mi cabeza sin motivo alguno y sólo porque dos cabos se han puesto de acuerdo, por no sé bien por qué, para dedicarse a aumentar los decibelios de su voz delante de mí, descomponiendo todas las piezas de su cuerpo y volviéndolas a componer.

– Señor cabo – intenté hablar provocando que el gentío, una vez más, se volviese mudo y fijasen sus ojos en mí, todos a una, girando las cabezas los grados que hicieran falta para verme lo mejor que sus posiciones les permitiesen, con lo cual la situación era más cómica y tensa – son las 15:15 horas...

– ¿A quién se dirige? – bramaron a dúo los dos cabos.

– Disculpen los dos señores, al señor excelentísimo cabo de la Guardia Civil – contesté para limar asperezas y ensanchar el ego del personaje con el que parecía tendría que aclarar algo que aún desconocía.

– Conque con coña encima. ¿Es este el individuo propietario del piso objeto de sus sospechas, cabo Rupérez? – señaló, ignorando mi loa, el cabo de la guardia civil al llamado cabo Rupérez, bombero de profesión y “quemavidas” a ratos.

-Sospechas ninguna, cabo Ramírez – otra R en otro cabo – verdades como puños que esperan su trabajo arriba, en el piso del individuo aquí presente, que, sin ser yo de su oficio, poco más puedo aclarar previo a sus pesquisas que lo que por teléfono señalé. Un fiambre adorna uno de los dormitorios del desde ahora presunto asesino, como dicen los telediarios. Ese es todo suyo al igual que el otro de arriba. Nuestra labor concluye aquí con un parte donde sólo reseñaremos el estampido de una olla exprés cargada de potaje indeterminado, por la quemazón del mismo en la cocina del mencionado 2ª F, con desparrame del mismo por todo alrededor en un diámetro de 3 ó 4 metros, rotura de la ventana, cristalería y vajilla en diverso grado. De su “cliente” sólo comprobamos el que estuviera fiambre del todo, por si fuera necesario poner en práctica la teoría del curso de primeros auxilios que refrescamos hace unos meses, pero no hizo falta. Si no desea más por mi parte, nos marcharemos con viento fresco que es hora de echar algo al estómago lo más rápidamente posible, por si hubiese cualquier otro aviso – decía esto mientras se frotaba su panza con la palma de la mano derecha, a la vez que hacía un gesto con el dedo corazón para hurgarse bajo la camisa azul marino el ombligo buscando, supongo, algún resto de borra perdido en él -. Le he dejado la puerta del piso abierta para que inicie sus indagaciones de inmediato. En cuanto a ti – volvió su redonda cara hacia mí hasta situarla a apenas cuatro dedos de la mía, con lo que confirmé una de mis sospechas de que este señor no ha visto un cepillo de dientes en su vida o por lo menos en los últimos treinta años -, deseo te pudras en la trena toda tu puta vida hasta que

se te caiga todo el pelo, ¿me oyes ?, TODA TU PUTA VIDA – este estridente final me obligó a cerrar los ojos justo a tiempo de que una baba espesa del llamado Rupérez, producto del acaloramiento que puso creo que en la palabra puta, no llegase a dejarme ciego de por vida y se quedara adornando mi entrecejo el tiempo que gasté en limpiarme con la manga de mi camisa semejante “regalo”.

– Muy bien – dijo el tal Ramírez -, gracias por avisarnos y si fuese necesaria su cooperación en algún momento ya le mandaré aviso. Vayan a comer que la tarde se echa encima y supongo que después de comer la gente se “animará” más a quemar sus casas con el consiguiente ajeteo que les causará. Descansen y lo dicho, de nuevo gracias. – otro que se vuelve hasta mí y cambiando también el semblante me comenta, esta vez en tono más bajo pero si cabe con más ira – Ya puedes inventar algo bueno porque si no se te va a caer el pelo, pero bien.

Dicho esto se volvió hacia los guardias que me custodiaban, cuatro, repito, metralleta en ristre, y les ordenó que no se separasen de mí ni para cambiar el agua al canario. Si tal cosa hiciera falta, por lo menos dos fuesen conmigo para confirmar la meada. A otros cuatro los mandó separar a la gente de mí en prevención de males mayores, no sé si era por miedo a que me lincharan, que ya puestos era lo que me faltaba, o por miedo a que terminara mis andanzas con una fuga, secuestro y posterior suicidio o algo tipo yankee, tras lo cual, y al grito de “Dispérsense, dispérsense”, empujaron a la multitud, ya no sé ni cuántos asistían al espectáculo, 8 ó 10 metros alejados del portal donde me confinaron, a la vez que él subía con otros tres guardias y en ascensor hasta el 2ª F, mi casa.

– Oiga tengo que recoger el material de trabajo de mi casa – solicitó Don Carlos, futuro ex-presidente, a uno de los números de la guardia civil – Ya no pienso en comer hoy, pero en unos minutos tengo que estar en el taller.

– No puede entrar nadie hasta que no finalicen las primeras investigaciones y recogidas de datos – apostilló el agente muy en su papel -. Pueden destruirse pruebas sustanciales y esenciales para el normal devenir de la recogida de datos del caso. Aparte de que cumplo las órdenes que mandan los superiores sin excepciones de ningún tipo.

Don Carlos volvió al grupo refunfuñando algo entre dientes, no sé qué de la madre que me parió, y con la promesa de que sería el primero en ser informado cuando el tránsito de los vecinos a sus respectivas viviendas fuera abierto de nuevo.

A todo esto, no dando mayor importancia a la preocupación por mi futura pérdida capilar por ambos cabos, estando ya en el portal, solicité sentarme en los tres escalones de acceso a los ascensores. Una vez concedido intenté ordenar en mi cabeza todas las piezas que en casi una hora habían saltado como un resorte sobre mí y no para mejorar mi calidad de vida precisamente. ¿Dónde estaría Chris con las niñas? ¿Por qué dejaron la olla a pleno fuego sin estar nadie echándole un ojo de vez en cuando, premisa fundamental de todo buen aspirante y/o veterano chef? ¿Por qué no estaba Nola en casa o no me había dejado algún recado escrito? Y, por fin y más preocupante, ¿qué fiambre adorna uno de mis dormitorios según el cabo Rupérez? A mí la sensación que me daba era que, precisamente, no iba a ser una paleta de jamón york el llamado “adorno”, ya que, si no, no entiendo las reacciones extremas de ambos cabos hacia mi persona y ese poco aprecio por mí sin conocerme de antes. Más bien pensaba que el fiambre hacía

referencia a un difunto, también llamado por el vulgo muerto. Y digo yo, ¿qué hace en mi casa el susodicho? ¿Cómo Nola o Chris pueden haber dejado allí al extinto sin que se entere nadie? ¿No será alguna de ellas la protagonista del suceso y de alguna forma las hayan “licenciado” antes de mi llegada? ¿A ver si no es ni siquiera nuestro y nos lo ha colocado alguien?

Todo eso y mucho más rondaba mi mente y concluía que lo único que tenía claro era que yo no había sido la mano actuante de este affaire. Pero si yo me levanté a las 7:50, me lavé, limpié los dientes, me afeité como siempre oyendo la radio, me vestí con mis vaqueros azul marino, camisa salmón y mis castellanos burdeos, me puse mi parka y, sin desayunar, como la mayoría de los días, di un beso a mi mujer -¿habrá sido el último?- y me despedí a eso de las 8:20 hasta la hora de comer. En el portal Diego, con sus buenos diññas raros que simulaban el “falar galego” que había perdido, me despedía del portal hasta mi regreso a la sobremesa. Unas seis horas y diez minutos, que fue lo que estuve en mi trabajo y en la calle yendo y viniendo del mismo, fueron suficientes para desarrollar este malentendido que ahora se gesta alrededor mío. Claro, supongo que al ser yo la última persona que se encontraba presente en la casa, previo a la entrada del cabo Rupérez y su tropa, también soy para todos el principal sospechoso de lo que allí se hayan encontrado y de lo que, por cierto, a mí nadie me ha dado ni pedido cuenta aún. Pero así de amedrentado tampoco es normal que me tengan y sin darme un sólo detalle de la situación.

– Oiga, señor guardia – antes había mirado si había indicios de graduación por algún lado por si encontraba otra respuesta como la del tal Ramírez y, al no encontrarlo, me atreví a graduar al llamado de guardia a secas – ¿No me podrían informar sobre lo que ocurre supuestamente en mi domicilio? El tiempo pasa y lo único que sé es que me escoltan cuatro guardias civiles armados hasta los dientes cuando yo no mato ni una mosca.

– Cállese por ahora. Como le dijeron antes, todo lo que diga puede utilizarse en su contra y hasta ahora no sabemos si es usted culpable o inocente de los hechos que se le imputan.

– Pero, oiga, que a mí no se me ha imputado nada todavía. Ni siquiera sé por qué no puedo subir a mi casa a limpiar la cocina de los restos del potaje de lentejas.

– Cállese, por su bien, pues ni ese suceso que me refiere se ha comprobado todavía por las fuerzas del orden público.

– ¿Pero no ha escuchado al cabo de los bomberos...?

– ¡CÁLLESE!, y espere los resultados de la investigación que se hace en estos momentos en su domicilio.

Desde allí podía percibir conversaciones de lejos que se mantenían, supongo, entre el cabo Ramírez y sus tres guardias por las habitaciones de mi casa, pero sin entender nada de nada. Enseguida, claramente, se distinguió cómo uno de ellos corría precipitadamente y comenzaba a emitir unos sonidos guturales que todos identificamos como una gran vomitera. Yo sólo esperaba que le hubiese dado tiempo a llegar a la taza del retrete y que, lentejas aparte, no tuviese que limpiar más que eso cuando, en un futuro próximo y tras aclararse todo, pudiese yo volver al hogar dulce hogar.

– Suban al propietario o inquilino del piso – se oyó gritar por el hueco de la escalera a uno de los

guardias.

– Cuasipropietario – respondí – pues el piso es de mis suegros y, si todo se desarrolla normalmente, siempre seré cuasipropietario porque mi nombre no va a constar ni en los créditos de agradecimiento del título de propiedad.

– No hable más que cuando se lo pidan – remarcó de nuevo mi “guardia custodio”.

Al llegar el ascensor hice ver la plaquita en él fija que dice “Prohibido subir más de cuatro personas o 300 kilos “, cantidades sobrepasados con creces tanto en personas como en kilos por los allí presentes, con lo que uno de los guardias, o yo solo, tenía que hacer el viaje a pie escaleras arriba. Por lógica, lo mío estaba descartado por obvio, posibles fugas y demás historias de inseguridad, y como ninguno optaba por hacer ejercicio, van los cuatro y deciden que todos, mi persona incluida, fuésemos por las escaleras para un mejor cumplimiento de sus obligaciones.

– Miren señores guardias, con todo el respeto entiendo sus pareceres y sus temores ante un presunto delincuente peligroso e imprevisible como yo, pero éste que les habla está al corriente de pago de todos los recibos de la comunidad por lo que tengo pleno derecho a utilizar, con la cabeza bien alta, el ascensor para mis idas y venidas del 2º al bajo y del bajo al 2º. Podrían dividirse en dos grupos de dos, que uno subiese conmigo, por ejemplo, en una primera avanzadilla, y la otra pareja esperase al siguiente paseo para reunirse con nosotros arriba. ¿Ok? Además todos juntos más sus “juguetitos” armados podría derivar en un accidente que pudiésemos lamentar luego.

Un gesto del más veterano, subiendo las cejas a la vez que inclinaba la cabeza en dirección a la escalera, me hizo desistir de seguir insistiendo en mi comodidad y, precedido de dos y seguido por otros dos, partió el cortejo rumbo al 2ºF. Veinticuatro por dos, cuarenta y ocho escalones nos comimos todos juntos, con paradita incluida en la entreplanta del 1º para recogida de oxígeno por parte de todos y acopio de fuerzas para afrontar el último tramo de la cronoescalada, como la denominé de broma sin mucho éxito entre mis compañeros de escapada.

– ¿Sube ése o vamos a estar aquí todo el día adorando el fiambre? -gritó esta vez la voz conocida del cabo Ramírez justo a tiempo de ver al “equipo” coronar la montaña arrastrando una más que notable insuficiencia respiratoria, sobre todo de los dos últimos miembros – ¿Pero qué coño hacéis? ¿Se ha estropeado el ascensor o qué cojones pasa? Decidme algo, leche, que parecéis cuatro asmáticos en pleno ataque de las gramíneas esas de los huevos. Bueno, dejadlo y vamos al lío...

– El ascensor...el letrero... somos cinco... pensamos que... se atrevió a decir uno que más en forma estaba.

– Callaos de una vez, coño, y vamos a aligerar que ya mismo viene el juez de guardia, el de la funeraria y hasta la prensa es capaz de venir, y luego ya sabéis que todo son prisas. Vamos dentro tú que tienes que ver el regalo que te espera, y vete explicando rápido que no quiero largos interrogatorios luego, que creo que hoy hay partido en la tele y no estoy para tirar el tiempo en mequetrefes como tú.

En la entrada de mi casa, apostado contra el marco de la puerta, uno de los guardias, con la cara más blanca que la Venus de Nilo de escayola que teníamos en el salón, delataba quién había sido el protagonista de la pota anteriormente oída. Hasta allí, desde la taza, había un recorrido que seguía esperando hubiese hecho para evacuar en donde debía. Una vez dentro de la casa volví a recorrer el pasillo hasta el distribuidor y volví a mirar, por el mismo orden, cuarto de baño, donde existían pruebas de que a éste no le había dado tiempo a llegar al retrete, mi dormitorio, el salón, donde seguía mi parka colgada de la silla y otro guardia buscaba por todos los cajones con guantes de látex para no dejar huellas, el despacho con su puerta semiabierta y la cocina, que seguía tal cual tras la explosión. Me fijé algo más en el techo de escayola ya que había caído parcialmente al suelo, ya no sé si producto de los rebotes de la tapa de la olla despedida o por efecto de la humedad general de la habitación tras el desparrame. De estas cábalas me sacó la voz ya familiar del cabo Ramírez requiriéndome al cuarto de las niñas, al fondo del pasillo, y único que se me quedó sin mirar en el repaso rápido que di en mi anterior llegada, junto con un pequeño aseo que es el que normalmente uso para afeitarme y otros menesteres que no vienen al caso.

– ¿Cuál ha dicho que era su nombre? – me preguntó el cabo mientras me acompañaba por el pasillo al dormitorio referido.

– No le he dicho todavía cómo me llamo – respondí secamente.

– ¿Se niega a facilitar información de extrema necesidad a un miembro de las fuerzas de seguridad del estado?

– Que no, que no. Que no me lo ha preguntado hasta ahora y tampoco me han dicho ni mu de lo que, primero el cabo bombero y segundo ustedes, han encontrado aquí como para que se forme el cirio padre que se ha formado.

– Límitese a responder concisamente lo que le pregunto y punto. Explicaciones, datos, conclusiones, inferencias, desenlaces, pronósticos, diagnóstico y demás resultantes de esta trama son sólo de mi incumbencia. ¿OK?

– Sí pero no cree –traté de insistir- que me merezco una explicación a...

– QUE ME DIGA SU NOMBRE Y PUNTO.

– Bien, bien, tranquilo –intenté apaciguar su ánimo-. Luis, Luis del Castillo.

– ¿De qué castillo?

– Castillo de apellido.

– No intente confundirme, que yo os conozco a todos los de tu calaña y luego donde dije digo, digo Diego, o algo así es el refrán ese que nunca memorizo bien.

– Ya, bueno, no importa, yo le entiendo – le dije por decir algo a aquel cazurro.

Se paró justo delante del cuarto de las niñas que tenía la puerta cerrada y cuya entrada estaba vigilada por otro de los guardias que subieron con él. Puso su mano izquierda sobre mi hombro

derecho para pararme un instante, quiso decirme algo, calló, aunque finalmente mirándome a los ojos me susurró.

– Lo que ha ocurrido ahí dentro es muy fuerte. Piense bien lo que me vaya respondiendo en adelante porque me va a tener que convencer de que no piense algo que ya me reclama mi propia conciencia. Justicia busco para quien reposa para siempre ahí dentro, y justicia hallaré con o sin su ayuda, y a las malas, le confieso que tengo muy mala leche, aunque esté feo que yo lo diga -decía esto mientras apretaba su mano sobre mi hombro con objeto pienso de intimidarme. Asentí con un leve cabeceo y bajó su mano a su posición anterior, caída a lo largo de su cuerpo.

Dicha esta advertencia, yo ya no podía esperar más para ver qué cuadro se había pintado dentro del dormitorio infantil. Se apartó el guardia custodio de la puerta y el cabo Ramírez con movimiento firme asió la manivela de la puerta y la bajó a la vez que empujaba la misma hacia atrás. La luz estaba encendida probablemente por estar la persiana bajada, deduje sin mucho esfuerzo. Otra cosa extraña. Percibí también el fuerte olor a colonia barata que, aun estando presente en toda la casa, en esa habitación se acentuaba a grados mareantes. Desde allí no podía ver todo el cuarto pues, en parte los pies de las literas que tenía de frente al entrar, en parte el giro a la izquierda que el propio cuarto hacía tras una entrada de un metro aproximadamente, me impedían hacerme la idea de lo que unos pasos adelante podía encontrar en el resto de la estancia. De pronto flaquearon mis piernas para dar el primer paso que resolviera mis dudas. No sé el tiempo que estuve indeciso, pero mi amigo Ramírez se encargó de darme el empujoncito necesario.

– Venga, entre, coño, o es que no conoce el sitio – bufó de nuevo el cabo.

Como de pronto no me daba buena espina esto de andar esos pasos hacia dentro me hice el remolón rascándome como pensativo la nuca jugando con mis pelos entre mis dedos. ¿No sería esto una pesadilla y la estoy llevando demasiado lejos? ¿Por qué no me despierto y termino con esta agonía? Para agonía la que creo que me esperaba unos pasos más adelante. ¿Y si los invito a unas cañitas, con sus buenas tapas, en el salón por supuesto, y les doy unas botellitas de buen vino, del regalo de Navidad que yo nunca me bebo y los laboratorios se empeñan en regalarme para desperdiciar en las comidas y que aún quedan cinco, y tenemos otra conversación más relajada y sin acritud? ¿Colará con la presente situación? Como temía que no, me armé de valor y con voz firme apunté al cabo Ramírez unas notas que me moría por soltar.

– Antes exijo saber qué está pasando aquí. Estoy en mi casa, están ustedes en mi casa y, en todo este tiempo desde que me desalojaron los bomberos hasta ahora, hace ya una hora aproximadamente, no se me ha informado de nada de lo descubierto aquí, en concreto en esta habitación de mis pequeñas, sólo me han llegado ciertos rumores de la presencia de un tal Fiambre por estos lares.

– Me pregunto si es que es así de gilipollas o entrena para ello -respondió el cabo-, o se hace el tonto como tantos otros han intentado hacérselo ante la evidencia de una acusación de homicidio o, peor, de asesinato en primer grado con alevosía y ensañamiento hasta lo más sanguinario imaginable. Pues bien, sepa usted que ahí dentro, en el dormitorio infantil, hay un cadáver todavía caliente con graves indicios de violencia feroz y saña por todo el cuerpo, el cual espero, cuando a usted le dé la gana de entrar y verlo, y si no lo meto yo a pescozones, identificar para proseguir el

proceso de recogida de datos que completen esta primera fase de la investigación. Ahora, una vez le he informado del asunto que nos ocupa, ¿le importaría de una puñetera vez entrar y que continuemos con las pesquisas o me obligará a hacerle pasar a la vieja usanza, es decir, a mamporros limpios?

– Una vez informado del suceso, y sopesando las últimas razones expuestas por usted para que pase y vea el panorama, no tengo inconveniente en colaborar con la justicia para dar luz a esta fea trama. Entremos, pues, al dormitorio y que Dios me coja confesado.

– Por fin. Vaya cruz que me ha tocado hoy. Y de verdad que debiera de estar confesado, tanto si es el autor como si no -suspiró el cabo.

SEGUNDO NÚMERO ROJO

La habitación siempre había tenido un color claro en las paredes. Al principio fue salmón y hacía poco que Chris y yo nos propusimos, como entretenimiento de fin de semana, volver a darle otra manita de pintura por el desgaste que sufre con las dos pequeñas y sus juegos. Esta vez decidimos cambiar de color al celeste, azul cielo ponía el bote de pintura. ¡Qué fin de semana más largo! Lo que es no tener ni idea de pintar, pronto se transformó en pintura hasta en las lentillas. Eso sí, equipados con brochas, papel de periódico, cinta adhesiva para no manchar los marcos y rodapiés, aguarrás para ducharnos si hacía falta y un largo etcétera que de poco nos servía.

Bueno, pues este color celeste, que tanto trabajo nos costó aplicar con cierta igualdad por todas las paredes, se encontraba ahora salpicado de múltiples gotas de sangre que tomaban un tono marrón conforme se iban secando y se incorporaba ese nuevo color al de la pared. Hasta el techo, éste de color blanco, se presentaba moteado en rojo tras llegar hasta allí las salpicaduras de algo que mal presagiaba ya a estas alturas. Toda esta sangre procedía sin duda de la joven Nola, la cual presidía la habitación sentada en una silla de escritorio con ruedas junto a la ventana, cabeza hacia atrás, con los ojos abiertos de par en par, fija su mirada en el techo, gesto de pánico en su cara con la boca abierta es de suponer por intentos de gritar en su defensa, lengua morada, carrillos contraídos e inflamados a golpes igual que su nariz partida, pelo y piel manchados con coágulos sanguinolentos y, lo más grave y probable causa de su muerte, una herida por arma cortante que unía los lóbulos de ambas orejas por su cuello, herida en la que perfectamente entraba un puño cerrado de una persona normal y que dejaba al descubierto y abierto todo el paquete traqueo-esofágico, con sus vasos principales seccionados, ambas yugulares y carótidas. Mal pronóstico tiene una herida de este calibre, pensaba mi mente mientras el resto de mí se mantenía expectante por percibir todos los datos posibles que eran captados a través de mis ojos. Como es de imaginar, supe que era Nola por la eterna sudadera gris y vaqueros que siempre usaba para trabajar en casa, ya que por la cara era imposible saber qué o quién era. Había papeles por el suelo y desordenados encima de la mesa, uno de los cuales mantenía Nola cogido en su puño cerrado. Todos eran de libros infantiles, creo yo que sin importancia para la investigación, y fruto de la pelea y posterior agonía que había librado con su oponente que ya quisiera yo saber dónde encontrar. Toda la frontal de la sudadera, vaqueros, zapatillas de deporte, la silla y el suelo justo debajo de ésta, habían formado una catarata roja que, secada con el paso del tiempo, formaba un gran coágulo tipo gelatina de las de postre industrial no apetecible sólo para paladares morbosos tipo gore.

Toda esta escena me dejó atónito. “Y en mi propia casa“, pensaba perplejo de lo que estaba viendo. De toda mi estupefacción me sacó de nuevo un grito del guardia que custodiaba la entrada que anunció la llegada del Juez de turno para autorizar el levantamiento del cadáver. Pedía permiso para entrar ya que, en un principio, se le denegó, según explicó después que le habían comentado, para no entorpecer el normal devenir de la recogida de datos en el lugar del suceso.

– Pero si es el Juez, ¿cómo le ha impedido la entrada a la casa hasta ahora? – llamaba al orden el cabo Ramírez al guardia el cual no estaba pasando precisamente por el mejor de sus días aunque parecía recuperado de la vomitera –. Pase, señoría. Me alegro de verlo aunque preferiría hacerlo en otros tipos de fiestas más que en estos lances. Estamos terminando con el reconocimiento del difunto por parte del presunto autor de los hechos y dueño de este piso.

– No soy propietario – mascullé o casi gemí para mí en la habitación terminando de despedirme de Nola cuando comencé a sentir las voces de la entrada cada vez más lejanas. La imagen de Nola se desdoblaba en dos e incluso en tres para, a renglón seguido, volver a unirse e iniciar el desdoblamiento. Sentí un sudor frío recorrerme la cara, el pecho y la espalda. Di un paso atrás para equilibrarme e intenté avisar de lo que enseguida ocurrió.

Un estruendo de rotura de cristales alteró toda la casa con el cabo Ramírez a la cabeza. El guardia apostado en la puerta de la habitación del crimen sacó su arma reglamentaria y le quitó el seguro apuntando hacia el interior en espera de que a él le viniera algo encima. De inmediato aparecieron, por este orden, el cabo, el guardia del salón con sus guantes de látex y el Juez con dos señores más que serían de su séquito.

– Baje la pistola, imbécil, o cómo quiere que entremos – le recriminó Ramírez.

–... por seguridad... el estruendo... en fin, a sus órdenes mi cabo – acataba el guardia con cierto recelo y sin dejar de mirar al interior de donde vinieron los ruidos.

Entraron y me encontraron empotrado en la puerta izquierda del armario, con medio cuerpo dentro del mismo y el culo en pompa hacia fuera. Había roto la puerta izquierda al desvanecerme sobre ella y me apoyaba en la cajonera del interior y en la mitad inferior de la puerta que quedaba indemne. Tenía, adornando la cara interna de la puerta, un espejo que era el que destrocé con mis manos y cabeza en mi caída, siendo de madera muy fina y poco pesada, “aunque queda muy bien” a decir de Chris y del carpintero que lo construyó. Asustados, comenzaron las tareas de mi rescate intentando, sólo intentando, que no sufriera más daño del que me había hecho. Sólo les faltaba tener un nuevo fiambre y perder a su inculpado, que tan fácil les había sido encontrar, con lo que eso complicaría el asunto. En esas un gemido de dolor salió de mis entrañas lo cual los tranquilizó celebrándolo todos con unas sonrisas cómplices que se mostraron unos a otros, Juez incluido. Me cogieron entre dos o tres, de hombros, caderas, muslos y hasta del trasero para descolgarme de allí. Temían por unos instantes que estuviese ensartado en algún resto de cristal y que se me descolgaran las tripas a poco que se me agitase. Por eso, y para prevenir un nuevo contratiempo vomiteril, el cabo Ramírez ordenó al guardia que antes custodiaba la entrada que volviese a su posición para a la vez seguir impidiendo la entrada a nadie que no estuviese relacionado con el caso. Este fue sustituido por uno de los guardias que subieron las escaleras conmigo.

Viendo que el descuelgue de tripas no se producía, me sacaron en volandas hasta el salón, habitación más espaciosa y donde ya no estorbaríamos la labor del Juez y compañía para ordenar el levantamiento de los restos de la infeliz Nola. ¡Ay Nola! Tendría unos 28 años recién cumplidos. La conocimos a través de su hermana, que trabajaba de asistenta a su vez para un hermano de Fran, mi socio. Comentando en la farmacia un día que estábamos buscando una chica no muy joven, responsable, que supiera cocinar y se entendiera con bebés, coincidimos con que

estaba allí la hermana de Nola, Esther, para comprar no sé qué cremas hidratantes para la cuñada de Fran, que por más cremas que se eche no tiene gran arreglo, pero como es bueno para las ventas, no le llevamos la contraria. Esta me dio el teléfono de su hermana y yo a su vez se lo pasé a Chris para la pertinente entrevista previa a la aceptación de sus servicios. Según Chris, le había parecido ideal, así que dicho y hecho. Tenía el pelo moreno, liso, media melenita, tan alta como yo y aspecto robusto. Se llevó a las mil maravillas, desde el principio, tanto con las niñas como con la que más le convenía, con Chris. A mí, como me veía poco, pues ni fu ni fa. Estando contentas el resto, yo también, porque a mí lo único que me arreglaba era el comer y tampoco yo soy muy exigente de paladar. No conocíamos que tuviese enemigos, ni nos hacía nada sospechar que tuviese un final tan triste y doloroso. Parecía, creo, que tenía un noviete con buenas perspectivas e intenciones nobles. Sólo una vez la oí hablar de que habían ido de viaje unos días, en verano, a no sé qué pueblo de la costa de donde era parte de su familia. Bueno, ya iremos conociendo más a la desdichada Nola conforme avance la trama y los sucesos se produzcan.

Estaba yo tumbado en el centro del salón, sobre la alfombra, recuperando algo mis sentidos, cuando, al grito de “apartar que a este lo arreglo yo en un decir Jesús”, el cabo Ramírez descargó una jarra de agua en mi cara. Me vi sentado en el suelo, chorreando agua desde mi cabeza empapada. Me quité el agua de los ojos que me hacía ver borroso y lo primero que vi fue la sonrisa de satisfacción del cabo que dejaba ver un diente de oro de los de antes en la fila superior de incisivos en el que hasta ahora no había reparado. Su traje verde todavía se difuminaba a ratos por efecto del agua y del golpetazo que había sufrido en la cabeza, recuerdo del cual comenzaba a crecer un chichón en la parte izquierda de mi frente cual seta de bosque se tratase.

– Menudo susto nos has dado cabronazo. Por un momento temí hasta que te hubieses hecho daño, pero ahora todos pueden volver a verte tal y como eres, que no dejas de ser pieza clave en este culebrón. Bueno, ¿qué tal has encontrado el cuadro del dormitorio? ¿Reconoces a la de cuerpo presente? ¿Reconoces tu participación en los hechos y tu culpabilidad fuera de toda duda o seguimos dando vueltas a esta perdiz? – refiriéndose a un guardia con libreta en ristre le comentó –. No deje de anotar todo lo que diga, puede ser fundamental en...

–... el normal devenir de la recogida de datos del caso – completé la famosa frase que me hartaba de oír por momentos -. Pues sí.

– ¿Sí qué? ¿Se autoinculpa o qué?

– Nada de eso. Sí reconozco a la del cuerpo presente. Es Nola, la chica que trabaja, o mejor, trabajaba aquí en casa como asistenta cuidando de Rebeca, a veces de Luz, haciendo de comer y limpiando la casa.

– ¿Rebeca? ¿Luz? Agente tome nota y notifique los nombres a comisaría para comprobar los datos de estos nuevos personajes de la trama.

– Pero si son mis dos niñas pequeñas. Nola las cuidaba, hacía de canguro para que me entienda.

– No me líe con declaraciones abstractas que me conozco todos los trucos. A mí no me la ha pegado nunca un pelagatos como usted. Bien, ¿qué me dice de la estampa que ha visto ahí dentro? ¿No me negará que no sabe nada? Aquí sólo estaban ustedes dos, y una obviamente es la que se ha llevado la peor parte. ¿Homicidio pasional? ¿Discrepancias insalvables con el servicio por parte

suya? ¿Algún tipo de asunto oscuro, tipo drogas o trata de blancas? ¿Dónde ha echado el arma del crimen? ¿Y las ropas que tendría en el momento de la hazaña? Sé que le costará al principio cantar de plano, pero sepa que cuanto antes lo haga mejor para todos. Incluso hay rebajas de penas por arrepentimiento espontáneo, aunque yo les daba arrepentimiento a sabandijas como usted con un pico y una pala toda su vida y arrastrando una bola de hierro atada a su pie hasta para ir al retrete. Ya me entiende, yo soy de la vieja escuela y tenemos otros medios que esta gente joven desconoce – comentó a la vez que miraba a los guardias jóvenes que le acompañaban – y funcionan de otra manera, más dialogante. Cante o si no calle para siempre.

– Eso suena a boda – bromeé -. “Hasta que la muerte os separe” también vendría al caso, sobre todo para la pobre Nola.

– Seguimos de coña, ¿no? A la lechera con él. Guardias, esposadlo y aisladlo hasta comisaría, en la Plaza de los Campos. Parece que esto se va a prolongar más de lo deseado.

– Espere. Era una pequeña broma. Déjeme explicarle lo poco que sé.

Escúcheme – rogaba mientras me levantaban dos guardias tirando de mí con sus manos metidas en mis axilas. Luego cada uno cogió un brazo con sus dos manos y me empujaban hacia la puerta cuando volví a pedir cambiarme de camisa, algo de abrigo y mi cartera con mi documentación.

– Concedámosle sus últimas voluntades como gesto benévolo, para que no piense que lo único que queremos es el mal para usted. Acompáñenlo a coger una camisa nueva y la documentación. De abrigo se llevará esta especie de trenca que hay en esta silla. Pero vamos, rápido.

Cambié mi camisa “salmón lenteja” por una burdeos como los zapatos, dejando la sucia tirada en el suelo. Cogí mi cartera que nunca llevaba encima y volví al salón todo acompañado de los dos guardias. Al hacer el amago de hablar, el cabo Ramírez me lanzó la parka. Me la puse y enseguida sentí las esposas que abrazaron mis muñecas. Llegaba ahora el sonido de flashes de cámara fotográfica desde la habitación donde reposaba Nola, junto con un continuo murmullo entre el Juez y sus acompañantes, digo yo que preparando el atestado y posterior levantamiento. Sonó el teléfono provocando algún respingo e inmediatamente el cabo mandó callar incluso las conversaciones del Juez. Me fijé en que el piloto luminoso del contestador que dejé en pause estaba apagado por lo que alguien ya había repasado los dos mensajes que yo encontré, incluido el que me faltó a mí por oír. El cabo se acercó al teléfono y, mientras se llevaba el dedo índice a la boca para mandar callar, algo típico en él, pulsó el manos libres para que todos pudiéramos ser testigos de la conversación.

– ¿Sí, dígame? – respondió afeminando la voz mientras al otro lado sólo se percibía una respiración jadeante – ¿Hay alguien ahí? ¿Por quién pregunta? – seguía afeminando la voz más todavía, lo cual resultaba ridículo y cómico pero cualquiera se reía ahora en mi situación.

– ¿Está...está Nola? – una voz femenina, temerosa y a medio camino de llorar, que entrecortaba con jadeos las palabras.

– ¿De parte de quién, por favor? – seguía amariconado, pero muy correcto el cabo.

– ¿Qué...? Qué más da... si la ve, o si está por ahí, o... o si puede localizarla, ¿le podría dar un

mensaje? – algo drogada sí estaba quien fuera.

– Sí, claro. Dígame de parte de quién se lo digo o dónde puede localizarla y qué mensaje es y...- “y hasta el DNI te va a decir pedazo de melón”, pensaba yo.

– Yo soy lo de menos – cortó la voz femenina, que no sé por qué me comenzaba a ser familiar –. Dígale, y dígaselo lo más rápidamente posible, que su vida corre peligro. Que no se fie de la compañía y que se una a la media luna roja para salir cuanto antes. ¿Se acordará de todo tal y como se lo he dicho?...o... espere...- se aleja la voz como si se separase del teléfono y con un “vete... aaarg!!” se oyen dos golpes secos y el caer de, suponemos todos, el cuerpo al suelo.

– ¿Oiga? Aquí la policía, respóndame – a buenas horas mangas verdes. Nos mirábamos todos imaginando que si no estaba ya lista de papeles, poco le faltaría a la mujer propietaria de la voz que llamó y poco iba a poder responder a la “eminencia” Ramírez.

– Como siempre, llegáis tarde paga las chivatas. Au revoir, monsieur – se escuchó decir al otro lado del aparato a un hombre con acento francés, dicho lo cual empezó el típico pipipipipipipipi de final de llamada.

Pulsó de nuevo el botón de manos libres el cabo para colgar la llamada maldiciendo el resultado de su charla. Para colmo habían marcado desde un número privado no identificable en el visor de mi teléfono, con lo que era del todo imposible saber de dónde provenía la llamada. Y para remate, había la posibilidad de otro asesinato que diese a la investigación mucho más enredo. En el silencio presente todos esperaban la reacción del cabo Ramírez para hacer o deshacer, hasta el Juez había oído toda la conversación y miraba incrédulo lo que podía suceder a continuación.

– Seguimos en marcha, cada cual a lo suyo. Señoría disculpe haberle interrumpido, permíteme y prosiga con su trabajo. ¿Le queda mucho?

– No, ya casi habíamos terminado. Cuando venga los de la funeraria que suban y retiren el cuerpo antes de que la rigidez impida la entrada normal del mismo en el ataúd. Las fotos y primeras apreciaciones de los forenses ya han terminado quedando pendientes del informe de la autopsia. Terminó el papeleo y me voy en diez minutos. Guardias, ya lo han oído. En cuanto vengan los de la funeraria que suban. En cuanto a éste – refiriéndose a mí – lo dicho, lechera y para comisaría. ¿Qué pasa en la entrada, Jiménez?

– Aquí hay una señora con dos niñas pequeñas que dice ser la propietaria de la casa, una Chris o algo así.

– Déjeme pasar o me explica a qué viene este alboroto – discutía Chris con el tal Jiménez, mientras las niñas, entre divertidas y asombradas, intentaban mirar al interior de la casa. Traían gorros como de fiesta y bolsas de “chuches” en las manos.

– Tranquila Chris, ya te explicaré, o te explicarán estos señores tan simpáticos, qué ocurre en nuestra casa – dije yo mientras me aproximaba a la entrada “arropado” por los dos guardias y camino de la calle -. Hay una confusión conmigo que quieren que aclare en comisaría y yo he aceptado encantado.

– Claro, tú y no hay otro que lo pueda aclarar más que tú. ¿Y qué hago yo esta tarde con las niñas? Esperaba que al irte hoy temprano, Fran estaría por la tarde en la farmacia para que libraras y pudieras quedarte con ellas mientras voy al despacho.

– Chris, cariño, siempre pensando en los demás, compréndeme, que esto es un poco más serio de lo que imaginas – ironicé a la vez que le enseñaba disimuladamente las esposas para evitar que las vieran las niñas. Cambió su cara de enfado por una de sorpresa interrogándome con la mirada a ver si le decía algo más.

– Basta ya de cháchara y continuemos la marcha. Señora, en la comisaría de la Plaza de los Campos podrá visitar a su esposo si se le concede régimen de visitas. Llame a un abogado y que se presente allí para apoyarlo jurídicamente. Hasta que todo eso ocurra lo mantendremos aislado – cortó por lo sano el cabo Ramírez -. No os separéis de él, ¿de acuerdo?

– Pero, ¿y la herida que tienes en la cabeza? ¿Te han maltratado? – seguía dirigiéndose a mí Chris.

– No es nada. No entréis en casa y menos al dormitorio de las niñas – le recomendé tanto por lo de Nola como por la puerta del armario que a buen seguro iba a traer cola -. Llévalas a casa de tus padres y luego manda ordenar esto un poco.

– Le pediría que se mantuviese localizada en todo momento por si es necesario interrogarla. ¿Cómo ha dicho que se llama? Bueno, déjelo, ya le avisaremos. ¿Están ahí los de la funeraria? Que pasen y hablen con el Juez para ver cuándo podemos ir desalojando el piso.

– ¿Funeraria? ¿Juez? ¿Qué pasa aquí? – seguía en su asombro Chris viendo como me rodeaban de nuevo los cuatro guardias armados con los que subí y desaparecíamos hacia el portal escaleras abajo – ¡Luis! Pero... - y oí el comienzo de sus sollozos desde lejos al que se le unió el de las niñas que no sabían nada pero lo intuían.

Ni que decir tiene cómo estaba el acceso al portal. Los cuatro guardias que se habían quedado para mantener alejada a la multitud no daban abasto con los empujones, preguntas, gritos, quejas y demás actividades que el gentío allí reunido no paraba de inventar. Al verme a mí aparecer por las escaleras comenzaron a abrir un corredor entre la gente que me llevaba a mí y mis acompañantes hasta la furgoneta, o lechera según el cabo Ramírez. “Ríete tú de la llegada de Los Beatles a Madrid en comparación con esto”, cavilaba yo al comenzar a salir del portal sin darme cuenta que uno de los gemelos del primero rompió el cordón policial y, al acercármeme, pregonó al mundo entero que estaba esposado “como los de las pelis de polis y ladrones”. ¡Qué gracioso el niño! Como todo lo que hacen los dos angelitos. Hasta Roberto, el dueño del obrador donde encargaba las tartas de las celebraciones de cumpleaños y que sabía de mi buen carácter y simpatía desbordante, me miraba como si estuviese viendo al mismísimo Al Capone pasar por delante de él. Murmullos, alguna exclamación de sorpresa, preguntas de los que habían llegado tarde y miradas, muchas miradas, excesivas miradas me parecían a mí, que se clavaban por todo mi cuerpo en el trayecto hasta la furgoneta. En otras circunstancias, la verdad, es que yo habría husmeado igual que ellos lo hacen ahora pues todos tenemos nuestro rinconcito cotilla que aflora sin avisar y sorprende en la capacidad de sentenciar situaciones, hechos y personas que nos permitimos juzgar, tanto apiñados en masas como en la confianza y resguardo del hogar.

Abrieron la puerta corredera del lateral derecho de la furgoneta y me sentaron en un banco que

recorría dicha pared, desde la mitad del vehículo hasta el final. A ambos lados se sentaron dos de mis vigilantes y enfrente los otros dos. Delante subieron dos de los cuatro que se habían encargado de mantener el orden en la calle quedándose los otros dos custodiando el portal para que todavía no subiese nadie. Pobre Don Carlos, esta tarde llegaría tarde a la joyería o no abriría. Con la sirena a toda pastilla salimos de allí rumbo a comisaría que tampoco estaba muy lejos. Mi calle, cercana al Paseo del Salón, dista unos centenares de metros de allí. Entramos por la puerta de cocheras al interior del edificio. Bajamos de la furgoneta y subí acompañado de uno solo de los guardias por unas escaleras hasta las oficinas de atención al público. Se notaba que, al no estar presente nuestro querido cabo Ramírez, la cosa se relajaba al punto de que ni las armas bajaron del furgón y el resto decidió quedarse en la cochera a echar un cigarrillo sin tener que aguantar a ningún mando que ordenase más estupideces.

– Aquí te traigo a este presunto en referencia al asesinato de la calle Teniente Plimunt – le comenzaba a explicar al policía nacional que allí, tras el mostrador, no daba abasto con denuncias, llamadas que recibir, papeles a archivar, ingresos de presuntos, llamadas que realizar y demás ocupaciones propias del puesto que ocupaba y que a él maldita la gracia que le hacía –. Te lo dejo y os hacéis cargo de él ¿OK?

– Sánchez, lleva a éste al despacho dos – contestó dirigiéndose a otro policía más joven que pasaba por allí mientras cerraba una carpeta con una mano, atendía el teléfono colocado entre el hombro y su cara, deslizaba el ratón del ordenador con la otra mano y yo no sé si con las orejas, cejas, boca o nariz llegaría a hacer algo pues tiraron de mí hasta el susodicho despacho 2.

– ¡Fuera de mi vista, inútil, inepto, descerebrado, a picar piedras a Siberia os mandaba yo! – rugió una voz desde el interior del despacho dos a la vez que volaba un archivador por encima de la cabeza de un joven policía que salía por piernas de allí y que, en su precipitada salida, chocó con nosotros, yendo todo el mundo de bruces al suelo, lo que provocó la algarabía general de los mostradores y despachos de alrededor -. ¿Y vosotros quiénes coño sois? Como vengáis con otra minucia, en vez de a voces, os corro a bofetadas por toda la comisaría.

Al levantar la vista desde mi posición culo en tierra apenas veía quién había detrás de la mesa aunque sí percibía, por debajo del tablón frontal, unas piernas colgantes de una silla de escritorio que a duras penas llegaban a tocar el suelo con la punta del zapato. “Es un tapón y el cabronazo tiene a toda la comisaría acojonada”, fue lo primero que se me ocurrió. ¿No tenían otro despacho dónde enviarme? Conforme me levantaba, que con las esposas puestas era algo más difícil, el tipo que veía tras la mesa con cara de pocos amigos era clavado a Danny de Vito, el actor yankee, bajito, calvorota y regordete. Podría ser simpático, pero a mala leche no lo ganaba nadie. Me miró fijamente mientras entraba empujado por el guardia que, de inmediato, se quitó de en medio ante lo que pudiera caernos y me dejó sólo ante el peligro plantado de pie justo después del marco de la puerta. Con el ceño fruncido, ojos semicerrados de miope y labios contraídos con tal fuerza que le temblaba la barbilla, me fue escrutando de arriba a abajo sin dejar un solo resquicio por analizar. Al fin, con la mano derecha abierta hacia arriba, la estiró para señalarme una silla que había delante de su mesa, algo escorada a la izquierda, con gesto de que me sentase. Lo hice y seguía el silencio entre ambos, sin separar la vista de mí. Ruidos de tripas vacías, las mías. Despachito, extrajo un cigarrillo de un paquete de negro que había sobre la mesa. Lo encendió, dio la primera calada y me lo ofreció, todo esto sin quitarme el ojo de encima. Fumar, no fumo, pero cualquiera decía que no. Agarré el cigarrillo y, sin prisas pero sin pausa, me lo llevé a los labios.

Con la tensión no caí ni en que la calada que estaba dando no era apta para pulmones novatos como los míos, ni que el tabaco negro de por sí “raja” el pulmón como una navaja y, para colmo, el policía no dejaba de hipnotizarme. Al aspirar el humo inicié un ataque agudo de toses que, por su violencia, a poco me abro la cabeza con el pico de la mesa con el que me golpeé, a la vez que el cigarrillo volaba justo a la entrepierna de mi incansable observador, lo cual, dado su buen humor y mi pánico en tal situación, aumentó si cabe más la intensidad de mis toses y de su enfado hacia todo lo que lo rodease.

– Pero ¿es que pretendes incendiarme, trozo de carroña? – aulló dando un salto de su silla que ya quisieran algunos atletas olímpicos. Se daba manotazos en los muslos, barriga, piernas, culo y entrepiernas para evitar que el uniforme que llevaba se achicharrase y con él la parte de su cuerpo que pillara -. Maldito muerto de hambre que lo primero que haces al llegar es intentar pegar fuego a un miembro de las fuerzas de seguridad del estado y sin presentarte siquiera. Esto sólo me lo pueden enviar a mí, me cago en todo lo que se mueve – y por fin pisoteó la colilla contra el suelo, con tal gana y tantas veces, que no me hubiese extrañado terminar en la planta de abajo por hundimiento de nuestro piso.

– Lo...lo siento – tartamudeé intentando recuperarme de la crisis de tos que me impedía expresarme correctamente y del dolor de cabeza tras chocar con la mesa. De nuevo se quedó paralizado mirándome, ahora de pie, aunque en altura daba igual así que sentado – no....no era mi intención. Nunca fumo...y... ¿no será usted cabo por casualidad?

– Y si no fuma, ¿quién coño le dice que acepte el cigarrillo? Hay que ser palurdo y torpe como usted para....y SI, SI soy cabo, ¿por qué lo pregunta?

– ¿...y de apellido con R?

– Con R sí, Rodríguez, ¿por qué? Aquí quién pregunta soy yo. ¿A qué viene todo esto de cabo con R?

– Es una larga historia de cuyo inicio no quiero acordarme.

– Poeta el chico – dijo con ironía el tercer cabo con R de la tarde –, pues o empiezas a cantar de plano o, amigo, se te va a caer todo el poco o mucho pelo que te quede – de nuevo el interés por mi caída capilar que tan poco me había gustado antes pero que era, al parecer, asignatura de elevada importancia en los cuerpos de seguridad -. Vaya cómo se te ha puesto el chichón de la frente. Para que veas mis buenas intenciones, ya que pareces buen muchacho, y recuperes ideas frescas, te voy a enviar un rato a enfermería aquí al lado para que te echen un vistazo los matasanos. Ve aclarando ideas porque, cuando vengas, supongo, que estará ya aquí el cabo Ramírez de la guardia civil además de yo mismo, dos de tus últimas adquisiciones de amistad. Te hayan curado o no, cuéntanos todo lo que sepas y te preguntemos, ¿conforme? Te doy este impasse para que recapacites. Aprovechalo porque luego se acabó el mimarte. ¡SANCHEZ! ¡VENGA AL DESPACHO! – acabó gritando. El tal Sánchez era el policía que me condujo antes aquí. No sé si preferiría seguir estresado entre carpetas y gabinas de cochero o entrar al despacho del cabo Rodríguez. Cuando apareció la orden fue escueta –. A enfermería con éste, que le vean la frente y rápido de vuelta. Respondes con tu vida, ¿entiendes?

Cómo no va a entender el pobre Sánchez si ni siquiera subió la cabeza para no enfrentarse con la

mirada de su jefe. Asintió tres veces bien calculadas y, asiéndome del brazo derecho, me levantó y salió conmigo conduciéndome por pasillos en los que veías de todo: otros esposados custodiados esperando en otros despachos a los que se les notaba cierto aire de veteranía en estas lides, prostitutas detenidas, vete a saber por qué, que vociferaban sapos y culebras al ser requeridas para su declaración, familiares, supongo que de detenidos, que pedían explicaciones y que los dejaran ver a sus mártires, abogados bien trajeados gestionando libertades, en muchas de las cuales no creen o tiene muy serias dudas, policías descamisados, sin afeitar y de modales obscenos, frente a otros que, al no ir de uniforme y sí bien maqueados, y con mejor trato popular, diría que parecían secretas; incluso había hasta los bidones de agua potable que ves en las películas con sus vasos de plástico de un solo uso y que dan burbujitas hacia arriba cuando los usas. Terminamos nuestro periplo desembocando a un largo pasillo en cuyo centro estaba la puerta de lo que un letrero verde anunciaba como enfermería. En cada extremo del mismo había salidas a la calle vigiladas por un policía cada una. Eran puertas de acceso restringido sólo a los agentes, que se utilizarían para tener una llegada sin público en caso de detenciones impopulares o en necesidades de asistencia sanitaria tras reyertas o accidentes. Sin pausa traspasamos la entrada de la enfermería y nos encontramos a una enfermera cuarentona que tonteaba con un jovenzuelo por el que yo apostaba sería el médico de guardia. Los dos se pusieron rápidamente en sus respectivos papeles disimulando unas explicaciones de curaciones sin mucho sentido. “Poco trabajo tienen estos y venimos a fastidiarles el único entretenimiento que les queda”, comprobaba yo al entrar. La enfermería se llamaba así porque tenía un letrero en la puerta, pero si en vez de eso ponen “trastero”, hubiese servido igual. Se notaba que poco uso se le daba a las “instalaciones”. Estas eran un cuarto de cuatro por cinco metros con una camilla, una mesa que se notaba era de las sobrantes de oficina que, o se utilizaba allí, o iba directa al chatarrero, dos sillas pintadas con poca destreza de blanco para hacer juego con el lugar, dos vitrinas con algún medicamento caducado, o a punto de, una pequeña nevera que a saber qué contenía y, acumulados en un rincón, tres muebles archivadores de carpetas que contendrían expedientes del año catapum. Lo mejor, de todas maneras, era el color de las paredes, un gris cenizo con innumerables desconchones por los que asomaban los ladrillos del muro. La luz la constituía una triste bombilla colgando del cable sin más adorno que el polvo que su parte superior acumulaba. Sin ventanas y sin aireación ninguna el olor humano era mucho más evidente que de donde veníamos. Los dos pinchoncitos no se darían cuenta, pero el que venía nuevo casi curaba por no estar allí mucho rato. Logré disimular mi repulsivo entrar y sentarme en la camilla.

– Aquí os lo dejo un momento y aprovecho para salir a comprar tabaco en el estanco de enfrente. Son dos minutos. Rodríguez dice que le miréis no sé qué en la frente. Bueno, que os lo explique él mismo. Y tú – dijo refiriéndose a mí –, ni una jugada rara que me la cago contigo. De todas formas, no le quitéis las esposas, cierro con llave y aviso a quien esté en la puerta para que esté atento. No parece peligroso, pero a ver si despierta su instinto y la liamos. Ahora vengo – y cerró la puerta desde fuera.

– Adiós simpático – dijo la enfermera en cuanto lo hubo perdido de vista y segura de que no lo oiría -. Este tío cada día está más amargado con Rodríguez. Es la chacha del N° 2 y eso, a un tío orgulloso como él, no le sienta muy bien. Bueno, Don Fermín, vamos a lo nuestro – cerraba sus divagaciones en voz alta.

– Eso, atendamos a este señor y no lo mezclemos con nuestros problemas laborales que supongo le importarán un pito. ¿Qué le sucede? – me interrogó.

– A la vista está que me crece en la parte izquierda de mi frente un nuevo compartimento en mi azotea – dije intentando restar importancia al asunto – fruto de sendos cabezazos a un armario y al pico de una mesa.

– ¿Y esa afición viene de familia? – comentó riéndose Don Fermín al que parece caí en gracia. Reímos todos y, al acercarse a ver de cerca mi porcino, se apartó alarmado por unos gritos que venían del pasillo. Miró la enfermera por el cristal de la puerta que, aún estando enrejado, permitía por sus finos barrotes ver el pasillo por donde yo entré, y se percató de un ir y venir de policías hacia las dos puertas de salida, tanto la que da a la misma Plaza de los Campos como la que da a la calle de Santo Domingo, a las espaldas de la entrada principal -. ¿Pasa algo ahí fuera?

– Dame las llaves de esta puerta que vienen heridos – tuteó ahora sin dudar la enfermera – y parece que son varios.

– Socorro, abran rápido que se muere – chillaba un agente tras el cristal -. Está herido de bala. ¿Pero por qué coño no abren?

Tras abrir la puerta la enfermera, me empujaron de la camilla para poner allí el cuerpo inconsciente del agente herido que traían entre dos policías compañeros. Buscó pulso Don Fermín en la mano derecha a la vez que auscultaba el pecho intentando hallar algún rastro de latido cardíaco. Hizo ocho o diez masajes en pecho, tras un boca a boca poco convincente, y lo dio por muerto, aunque con sólo apreciar la mancha de sangre que empapaba todo el uniforme a la altura del abdomen y que había dejado un río rojo tras su estela, no había que ser Don Fermín para saber que poca solución tenía. No dando tiempo al descanso sonó el walkie-talkie de uno de los dos policías informando que hacía falta que el médico se desplazara a la cercana Plaza de Mariana Pineda donde otro policía herido requería sus servicios, esperemos algo más productivos que estos últimos. Menudo cacao. Don Fermín recogiendo el maletín, los dos policías apremiando histéricos y maldiciendo la suerte de su compañero muerto por un atracador, al parecer, en la sucursal bancaria de la Plaza Mariana, la enfermera recogiendo “vendas, suero, jeringas, catgut de sutura, agujas...” todo cuanto le decía Don Fermín.

– Vamos ya, coño, que a este paso se os muere también el otro – increpó uno de los policías – Salgamos zumbando cuesta abajo a ver si llegamos a tiempo.

– Ya está. ¿Ve como tampoco hemos tardado tanto? – replicó Don Fermín -. Usted ni se mueva de aquí que volvemos enseguida y veremos su herida. Creo que su cura puede esperar un rato todavía – se refirió a mí que había estado, y estaba aún, todo el tiempo paralizado en una esquina y más callado que el de la camilla -. Cierren la puerta al salir.

Tras Don Fermín salió a toda pastilla la enfermera y, tras ella, los dos policías, en tropel, que se limitaron a dar un portazo a sus espaldas jaleando al médico para que, en vez de correr, volase. Me quedé solo. Bueno, en “compañía” del policía de la camilla que era poco hablador. Contemplé la situación en global. Cómo se me acusaba de algo que obviamente no había hecho. Cómo estaba en comisaría aislado, con un futuro interrogatorio negro, en donde querrían que cantara lo que ellos les venga en gana y, lo que es peor, con pocas perspectivas de investigación sería dada la naturaleza de los agentes que me habían tocado en la supervisión de los hechos. Además, hacía rato que había reconocido por fin la voz que llamó a casa y habló con el cabo Ramírez advirtiendo

lo que ya era evidente. Era Esther, la hermana de Nola. Aunque distorsionada por el miedo, el timbre de su voz me fue familiar enseguida. ¿Qué lío tendrían las dos hermanas que derivara en este final? ¿Qué peligro sería el que acechaba a Nola? ¿A qué compañía se refería de no fiarse? Y, ¿a qué media luna roja debía unirse? Resolviendo estos enigmas sabía que conseguiría lavar mi nombre pero ¿quién investigaría todos estos interrogantes? ¿El cabo Ramírez? ¿El cabo Rodríguez? Estaba seguro que a ambos lo que les urgía era darme como culpable cuanto antes mejor y dar carpetazo al asunto conmigo, y mis huesos, en la cárcel. Les había salido todo redondo dentro de la casa y esa llamada de teléfono les puede trastocar un poco sus planes a la hora de resolver el caso. También me preguntaba si tendría algo que ver con esa media luna roja la que vi tatuada en el dorso de la mano del chico que preguntó al cabo Ramírez por El Terrao. Podría ser una forma de comenzar las investigaciones. Pero cualquiera les sugiere algo a esta panda de necios. Pensé que lo mejor podría ser indagar por mis propios medios. ¿Cómo hacerlo si estoy detenido, aislado y sin capacidad de movimientos? Comencé a registrar a toda prisa al inquilino de la camilla tomando prestado, probablemente por tiempo indefinido, sus gafas de sol, su cartera con la documentación y placa, un pequeño móvil de una conocida marca cuya publicidad hacía hincapié en la duración de sus baterías sin tener que recargarla, y ésta estaba recién cargada, así como de una diminuta pistola que escondía bajo los bajos del pantalón del uniforme y que era independiente de la oficial que portaba al cinto algo más armatoste. Todo lo iba metiendo en los bolsillos de mi parka. Tras esto me volví a la puerta escudriñando el exterior y viendo que no había moros en la costa, tiré de la puerta para abrirla cuando me percaté de mis esposas. Vuelta a registrar al policía hasta encontrar un pequeño llavero con cuatro o cinco llaves que supuse eran maestras para todos los cerrojos de este tipo. La tercera entró perfectamente y sin problema me libró de mis ataduras. Tiré el manajo de llaves al suelo menos la que había utilizado que, junto con las esposas, me las guardé también en el abrigo. Me lavé algo las manos para quitarme restos de sangre del anterior registro en un lavabo que tenían para Don Fermín con más lamparones que la bata de un forense, y ahora ya sí me dispuse a salir al pasillo. A pesar de haber cerrado de un portazo el policía la puerta no fue difícil escapar desanclando la otra hoja de la misma de sus cerrojos superior e inferior y pegando un tirón de ambas hojas hacia mí con la suficiente fuerza como para vencer la débil unión que quedaba entre ambas.

TERCER NÚMERO ROJO

Corrí hacia la salida que daba a la calle de Santo Domingo, pues la otra es por donde regresarían luego Don Fermín, Sánchez y compañía. ¡Pobre Sánchez! Se le caerá el pelo. Ninguna pena me da. Que espabile y no se escaquee más. Con el paso acelerado llegué a la Plaza de Santo Domingo y luego seguí en dirección al Realejo. Me acordaba de unas callejuelas con casas abandonadas, Los Palacios decían con sorna, que eran refugio de drogatas, okupas y mendigos, que visité en una ocasión, haría año y medio aproximadamente, junto con voluntarios de la Cruz Roja para llevar comida y medicinas a gente sin techo, o con techo derruido, en una actividad que pretendía ser más frecuente y que no se volvió a repetir por falta de subvenciones municipales creo. Allá por la Plaza del Realejo reconocí una de aquellas ruinas y, tal como en aquella ocasión tuvimos que hacer, trepé por una de las ventanas que no estaban tapiadas, o escasamente con ladrillos mal adheridos, y me introduje para pasar allí las próximas horas. Eran sobre las siete de la tarde y no hacía mucho frío. Para quitarme un poco de la vista me adentré algo en el edificio y subí por unas escaleras al piso de arriba. Conforme subía comencé a ver luz y oír voces procedentes del piso donde yo iba. Al llegar arriba, tres hombres y una mujer estaban sentados en sillas de tapicerías raídas alrededor de un camping gas pequeño, fumando unos y comiendo otros, en lo que parecía una charla entre amigos. Uno mandó callar a los demás al percatarse de mi presencia. Era el mejor vestido, de forma juvenil como dicen ahora. Levantándose me dejó ver que, para ayudarse en el comer, portaba en su mano derecha una navaja de unos 15 centímetros de hoja a la cual echaba mano para ese menester y, si hiciera falta, para otro.

– Tranquilos, soy gente pacífica. Vengo buscando a alguien que no es ninguno de vosotros. Os enseñaré su fotografía por si lo conocéis – les hablaba a distancia para no asustarlos. Despacio metí la mano en mi parka y extraje la cartera del policía confiando que tuviese alguna foto suya sin uniforme. Encontré una foto carné en la que por lo menos tenía 15 años menos, pero eso daba igual en esa situación. Se la mostré de lejos y les pedí permiso para acercarme -. Si le reconocierais me haríais un gran favor – mentí aproximándome poco a poco.

– ¿Eres poli? – preguntó la mujer del grupo rubia, pelos largos ondulados y enmarañados, de unos cuarenta largos y con un vestido floreado como de hippie que dejaba ver, en su escote generoso, un par bien puestas. Era atractiva y en su momento tuvo que serlo más.

– No os voy a engañar. Sí lo soy, pero no temáis. Lo que aquí vea, oiga y hable con vosotros y lo que podáis estar tramando o haciendo me lleva al fresco. Necesito encontrar a este hombre urgentemente. Es un violador peligroso y hasta ha asesinado a alguna de sus víctimas. Llevo unas semanas tras su pista y me han soplado que anda por aquí. ¿Lo habéis visto alguna vez? – seguí con mi trola para ganar tiempo y poder seguir escondido en ese lugar a pesar de que por dentro de mí todo temblaba y guntuza como aquella podía poner incluso en peligro mi existencia.

– ¿Y cómo sé que es verdad lo que nos dices? ¿Tendrás algún carné o placa que te identifique? –

seguía mandando la mujer al tiempo que el de la navaja parecía bajar la guardia.

– Bueno, sí, tengo mi placa. ¿Te vale? – y se la mostré de la cartera del policía fallecido -. Además como hay compañeros esperando instrucciones mías para intervenir este edificio voy a llamarlos y decir que esta zona la despejen al no haber encontrado nada y así podemos charlar más cómodos ¿OK? Y si tenéis entre manos algo truculento, no de sangre, esta noche por lo menos no os molestará nadie.

– A ver, llama a esos compañeros que comprobemos lo que prometes, ya que la placa sí es real, pero no intentes ninguna gracia que te cuesta el hoyo, ¿eh? – me instó el de la navaja a la vez que tocaba la placa con la punta de la misma. Busqué en la agenda del teléfono un número grabado que se identificara con algún policía o comisaría hasta que me apareció el del cabo Rodríguez. “Vamos a darte las buenas noches”, pensé para mí. Marqué y le di el teléfono al de la navaja para que leyera el número identificado y luego oyera quién se ponía al otro lado

– Comprueba que es mi jefe, el cabo Rodríguez. Pero prepárate a recibir una buena reprimenda – le advertí.

– Aquí el cabo Rodríguez, ¿quién coño es? – respondió desde su despacho enfurecido. Rápidamente el tipejo de la navaja me devolvió el aparato con gestos de que fuera yo el que siguiera la conversación. Me volví para que no oyeran ni de lejos la voz del cabo y hablé con toda naturalidad y sin darle tiempo a respirar

– Hola jefe, soy yo, Luis. Mi zona está despejada y el pájaro voló del nido hace ya rato según me cuentan fuentes dignas de todo crédito. Yo sigo mi investigación hasta que aclare todo al respecto del caso y vea si el acusado por usted es culpable o no. Ahora tengo que colgar y desconectaré el móvil hasta que tenga nueva información, no vaya a gastarse la batería, que ya se sabe suele fallar cuando a uno más falta le hace. Me voy de la zona al otro punto de sospecha. No se preocupe por mí que estaré en contacto. Corto y cierro – y colgué y apagué el móvil mientras al otro lado del teléfono el cabo Rodríguez no paraba de lanzar improperios varios contra mis ascendentes, descendientes y contra todo el que me rodea a la vez que me ordenaba entregarme lo antes posible por mi bien y el de la humanidad, jurando por lo más grande que daría conmigo aunque fuera lo último que hiciese en su vida profesional. Me miraron los cuatro con cierta incredulidad. Se volvió a sentar el de la navaja y me invitó a buscar, entre los restos de un montón de sillas viejas apiladas en otra habitación una que me pudiera servir para sentarme con ellos.

– Manda narices – se sorprendía la mujer – hasta un pasmarote vamos a tener en la banda. Pues a mí no me suena la cara del quinqui éste que buscas. ¿Y dices que está por estos barrios? – preguntaba pasando la foto a los otros dos que permanecían callados hasta la fecha y que también negaron con la cabeza cualquier reconocimiento del policía -. Por cierto, ¿qué te ha pasado en la frente? Tienes un porcino como mi puño – exageró un poco.

– Gajes del oficio – no quise especificar más.

– Si de verdad buscas a este tío por aquí cometes un fallo imperdonable – comenzó a explicarme el de la navaja al acomodarme mi silla entre la suya y la de la mujer-. Vas vestido demasiado bien como para pasar desapercibido y no levantar sospechas entre gente como nosotros. Debieras llevar un abrigo menos llamativo, zapatos que no sean precisamente los castellanos que llevas y,

si acaso, algo más despeinado y con un afeitado menos apurado. De lo contrario puedes salir mal parado la próxima vez que topes con gente así. Al tipo de la foto tampoco yo lo conozco, pero por un poco de pasta puedo mover mis enlaces a ver qué podemos hacer.

– No quisiera molestaros ni tampoco levantar demasiado ruido vayamos a que de verdad escape el tipo – comenté yo intentando limitar el interés por buscar al poli vayamos a que alguien lo reconociera de verdad–, pero en el vestir creo que llevas razón. Llevo tiempo comentando lo mismo con mis jefes y ni caso. Ellos opinan que un secreta debe ir bien vestido y yo creo que, dependiendo del momento, es aconsejable algo de camuflaje o disfraz. Podemos llegar a un acuerdo – proseguí calculando que éste vestía y calzaba aproximadamente la misma talla que yo -, siempre y cuando estés de acuerdo. Como a mí la ropa me la proporciona la Jefatura y puedo declararla como extraviada o cualquier otra causa, te propongo un cambio de mi parka y mis zapatos por tu cazadora y tus botines – la primera de cuero negro algo pasado y los segundos, también negros y de piel artificial, que no durarían mucho pero que a mí podría cambiarme el aspecto para pasar más desapercibido-. Qué opinas, ¿aceptas?

– ¿Y la camisa burdeos? Me gusta la tela que tiene – añadió el tipo. “Tonto que es y mal gusto que tiene el muy jodido”, pensaba. La camisa era del cocodrilo famoso, costaba una pasta y además era regalo de mi mujer por el día del padre. Verás qué disgusto junto con la puerta del armario, pero la investigación lo requería -. Si incluyes la camisa, me lo pienso un rato.

– OK, tú decides.

Ni pensárselo ni historias marineras. Dicho esto se quitó la chupa, los botines y su camisa, también negra y esperaba que no muy sudada, colocándolo todo a mi lado y comenzando a palpar la tela de la parka que también era de su agrado. Hasta me regaló una gorra tipo béisbol azul marino con unas letras blancas que decían “Warriors”. Me desnudé e intercambié mis atuendos con él previo al vaciado de los bolsillos de la parka para amontonar las gafas, móvil, cartera, esposas y pistola del policía en mi silla. Al ver el arma quedaron mudos un momento pero luego siguieron como si no le dieran importancia al detalle. Una vez vestido y colocado en la chupa lo extraído de la parka, me quedé de pie ante ellos para recabar sus opiniones acerca de mi nuevo look.

– Hombre, no eres el agente 007 ni tampoco tu percha es la mía, algo más conseguida, pero despeinándote un poco y cuando te crezca algo la barba mejorarás. De todas formas, el trato está cerrado y aunque me lo ruegues por lo más grande no te devuelvo toda la ropa ni muerto. Por estas prendas sé quién mataría incluso. Se les puede sacar una buena pasta si se mueven bien y sin problemas legales. ¿No estarán marcadas por la pasma de alguna forma?

– No, de ninguna forma, tranquilo. Si éstas, aunque no lo pongan por ningún lado, nos las fabrica la misma industria textil que al Corte Inglés – le dije para dar más bombo a su trueque y soltaron un “¡Ah!” de admiración todos al unísono -. Tú mismo has comprobado la calidad de las telas. Para vosotros es algo nuevo, pero nosotros cada dos meses podemos recibir ropa nueva sin cargo alguno. Esto poca gente normal lo sabe, así que tampoco vayáis publicándolo por ahí. Para no desprestigiar a los Cuerpos de Seguridad del estado. Bueno, y ahora que hemos intercambiado prendas de vestir, que hemos intimado un poco y mientras hago tiempo a ver si doy otra ronda por las casas de alrededor o aparece el rufián que busco, ¿no tendríais algo de beber por ahí, sin

alcohol por supuesto, ya que estoy de servicio? Tengo la boca seca.

- Sí hombre, agua hay toda la que quieras de un grifo ilegal en el mismo cuarto de dónde has cogido la silla, y vasos puede quedar alguno de plástico en la bolsa de las provisiones, como la llamamos nosotros, detrás de una puerta rota que hay al lado. Sírvelte tú mismo, como si estuvieses en tu casa – hablaba satisfecho tras su exitoso canje.

Fui hasta allí y me encontré los restos de una puerta blindada apoyados contra la pared, a la derecha del montón de sillas. Al mirar en el hueco que quedaba entre ésta y la pared, vi una bolsa de deporte pequeña, azul y blanca, de la que asomaba una ristra de 10 ó 12 vasos de plástico de supermercado. Extraje la bolsa y noté que dentro había también alguna lata de conserva. Me volvieron a crujir las tripas recordándome que en todo el día apenas había comido nada. Al sentirse el sonido de mis entrañas en el silencio de la otra habitación, me invitaron a traer hasta la reunión la bolsa entera. Saqué un vaso, lo llené de agua del grifo y me volví con ellos de nuevo cargando con la bolsa. Los dos hombres que no habían abierto la boca en todo este tiempo se habían largado, dejándome en compañía de la mujer y del conocido ya por el de la navaja. Le di la bolsa esperando que invitase a algo comestible. Hurgó por el interior buscando no sé qué hasta extraer una lata de cerveza.

– Como tú no bebes alcohol, esta nos la bebemos entre Marga y un presente. Me llamo Mike, Mike Rivers es mi nombre artístico, salvaje, para la jungla y chusma con la que me codeo. Es igual que el nombre de un famoso cantante pero camuflado con el idioma de Shakespeare. Ingenioso, ¿eh? Es que tengo una mente privilegiada amigo. Por cierto cuál es tu nombre, ¿algún alias espectacular? ¿Alguna clave para no ser reconocido? ¿Una familia arraigada en el oficio? Cuéntame algo de ti y de tu trabajo.

-Poco puedo decirte pues toda mi vida es secreta, aunque sí te diré que a veces he usado tu propia táctica de dar nombres en inglés para enmascarar las situaciones. Louis of the Castle, por ejemplo. Veo que podrías tener algún espíritu de inspector dentro de ti – intenté aumentar su estima por mí alabando lo que a éste se le ocurría decirme -. A veces he usado alias, otros sobrenombres, seudónimos o apodos variando sus orígenes para que no puedan ser descifrados.

– ¡Aaaaah! – se pasmaba mientras yo le hablaba sin siquiera saber qué decía – y el más común que usas ¿cuál es?. Lo digo por si alguna vez me hiciese falta tu ayuda en situación comprometida o tuviese que identificarte ante alguno de tus colegas para evitar sacudidas innecesarias de mi persona...

– Anda y deja tranquilo a nuestro invitado, que bastante tiene con aguantar el olor que saldrá de tus ropas como para también soportar las tonterías que discurren por tu cabeza. Ya metidos en faena, y con la confianza que hemos adquirido, ¿no podría hacer nada por un hermano mío que está en Quatre Camins en Barcelona? – intentó desviar Marga al tema que a ella le interesaba -. Aunque fuera un permisico de fin de semana al mes, pero que viera lo que tiene fuera. Lleva siete años entre rejas y otros siete u ocho le quedan. Total, por dar un palo en uno de los bancos más ricos de Barcelona y tener que salir utilizando algo de intimidación...

– Joder, intimidación dice, pero si dejó por el suelo a tres personas a base de balazos. Y todavía puede dar gracias a Dios de que sólo dejó un inválido y él salvó el pescuezo de milagro –

intervino Mike para no dejar al hermano de Marga como un santo que no había roto un plato en su vida -. No sé cómo lograron sacarlo de allí sin llevarse el linchamiento que se merecía.

– Bueno, sin pelearse, que yo cuanto menos sepa de esos asuntos mejor. Es de noche y no he probado bocado en todo el día detrás del golfo éste. ¿No tendríais algo para echar a la boca y matar el gusanillo? Creo que me espera una madrugada de guardia e investigación y no tendré mucho tiempo para ir a casa a comer algo – pensaba en las latas que había visto en la bolsa de las provisiones -. La mente sin gasolina es más espesa y mi cabeza parece pasar por un período viscoso. ¿Hay algo o no, Mike?

– Aquí siempre algo queda de reserva. Nosotros ya habíamos comido algo cuando llegaste, así que veamos qué encontramos por la bolsa. Dos latas de sardinas en aceite, una de calamares en tinta americana y otra de aceitunas. Están caducadas, pero saben igual que recién hechas. Las conseguimos en un supermercado de aquí cerca que las tiran al contenedor por las noches al cerrar y, si no nosotros, cualquier otro habitante de Los Palacios o alrededores se hace con ellas y sirven de comida a una población bastante amplia. Imagínate con lo que tarda en caducar una lata de estas y estos tirando si no todas las noches, casi todas, latas de todo tipo. Dónde deben de comprarlas y a qué precio para que se las den, y ellos las vendan, casi caducadas. Pero bueno, comer hay que comer, y si es gratis pues eso que ahorras. ¿Cuál te apetece? Yo te recomiendo unas sardinitas de primero y calamares de segundo. Las aceitunas a veces saben algo rancias. Lo que no tenemos es pan del día. Algún chusco de lo que nos sobró ahora sí que queda, pero no te garantizo que tenga menos de seis días.

– No importa – disimulé recordando las lentejas famosas que debían de estar de aúpa, pues a Nola le salen, o mejor, le salían, para resucitar a los muertos, nunca mejor dicho -. Seguiré las recomendaciones del chef y disfrutaré de esta opípara comida no pagada en las dietas del mes que viene.

Devoré las dos latas y el chusco de pan ante la mirada atónita de mis dos acompañantes de cena, al mismo tiempo que seguimos hablando de temas triviales. Incluso una parte de pan, que presentaba comienzos de moho, la enmascaré mojando el aceite de las sardinas y la salsa de los calamares. A gloria me sabía tras el día en ayunas y repleto de sobresaltos, pero me rondaba una intranquilidad de cómo seguir mis investigaciones perseguido por la justicia. Miré la hora y, entre pitos y flautas, había pasado allí cerca de tres horas. Debía buscar El Terrao y hablar con el chico de la media luna roja. Calculaba que entre mi dinero y el de la cartera del policía, más bien poco, disponía de un capital de unos 240 euros, cuarenta mil calas de las de antes.

– ¿No conoceréis el bar El Terrao? Me soplaron que por ahí podría ser otro sitio frecuentado por el tipo que busco y me gustaría hacer una visita para ver el ambiente.

– Sí, lo conozco. Es un antro que de día da el pego de bar cafetería y por las noches se puede encontrar de todo. Marga estuvo allí trabajando una temporada al llegar a la ciudad, pero por discrepancias monetarias, y cuestiones de la edad, no hubo acuerdo para renovar el contrato. ¿No es así cielo?

– Chispa más o menos –respondió ella sin muchas ganas de hablar del tema-. Hice de puta fina unos diez meses. Ganaba una pasta. Pero de eso ya hace unos años, aunque en todo este tiempo

creo que no se ha reformado el local, ni en chicas, ni en su arquitectura. Me rifaban los altos cargos de la ciudad. Y todavía conservo bastante de mi sabiduría carnal, ¿o es que no se nota? – se levantó y se volvió a sentar contoneando el cuerpo de forma muy sensual -. Si te apetece alguna vez un buen servicio, llámame. No te arrepentirás y te haré un buen precio. Si como dices, vas a visitar El Terrao, pregunta por Leandro El Mechas. Negro, brasileño, muy alto, pero es el único que vale la pena de la escoria que allí habita. Pone las copas y cuida de aquello. Si le dices que vas de mi parte, seguro que algún detalle tiene contigo. Todavía recuerdo lo bien dotado que está y las alegrías que nos hemos dado juntos.

– El Terrao lo encontrarás a espaldas del Hotel Viejo Albaicín, en una bocacalle de la Cuesta del Caidero, junto a la calle Vinuesa. Calle Cuartelillo creo que se llama – apuntó Mike -. Es gracioso, Cuartelillo, lo mismo lo llevan colegas tuyos. ¿Eh? Coges el chiste.

– Estás inspirado Mike –le respondí-. No sería de extrañar que de verdad lo llevaran otros secretas como tapadera de sus investigaciones en los bajos fondos. Ja, ja, ja, ja – sonreí hipócritamente, a lo que ambos respondieron con otras risotadas. También me sonó familiar lo de la calle Vinuesa, por la que también preguntó el de la media luna roja. ¿Serían sólo coincidencias?

Me levanté con el estómago algo más calmado y comencé a despedirme de Mike y de Marga, prometiendo a ésta que preguntaría por el caso de su hermano y que, conociendo dónde solían parar a cenar, no sería difícil que nos encontrásemos por allí a menudo. La idea no les pareció mal, según reflejaban sus caras complacidas al estrechar mi mano Mike y al acercarse para darme dos besos Marga, momento en el que pude sentir en mi pecho el suyo desprovisto del más mínimo sujetador, lo cual no hacía que perdiera un ápice de firmeza. No recreándome en este detalle marché a la calle con mi nuevo look. Me puse, a pesar de ser de noche, las gafas de sol y la gorra para disfrazar aún más mi aspecto. Destino: la calle Cuartelillo, el bar antro El Terrao. Deambulé por calles estrechas del Realejo bajo sin encontrar ningún policía ni Guardia Civil que eran mis principales temores. Pensaba en mi familia. En Chris, las niñas, en si alguien habría puesto orden en casa al desaguisado que había allí. En qué tipo de controles y búsquedas estarían llevando a cabo para dar con mi paradero. Paré en un viejo portal y encendí el móvil para llamar a casa de mis suegros. Suponía que mi teléfono estaría controlado y no sería fácil hablar con nadie. Esperaba que José y Rosa, los padres de mi mujer, pudieran darme una idea de cómo estaba la situación. Sonó la llamada quince o dieciséis veces y nadie descolgó. Lo intenté de nuevo y tampoco lo cogieron. Me acordé de mi cuñada Patricia e intenté recordar su número. Me acordaba pero de los nueve números dos me bailaban de posición, es decir, no sabía si era 36 ó 63. No importaba, como el teléfono me salía gratis comencé por el 36. Sonó y, cuando comenzaba a perder la esperanza, descolgaron.

– ¿Sí, quién es? – oí la voz familiar y apesadumbrada de mi cuñada.

– Patri, soy yo, tu cuñado. ¿Puedes hablar libremente o te vigilan?

– A ratos sí, a ratos no – mientras se oía una voz en susurro interrogando sobre la llamada.

– ¿Y ahora?

– No.

– ¿No puedes hablar o no te vigilan?

– No puedo hablar, me están interrogando sobre...

– Dinos dónde te escondes y todo irá mejor – interrumpió la conversación una voz de hombre que supuse sería de algún agente de la policía o Guardia Civil -. Entrégate que bastante has liado las cosas como para que juguemos al escondite un rato. Antes o después, te encontraremos y las cosas se pueden arreglar sin perjudicar a nadie más.

– Identifíquese o no seguiré hablando.

– Soy el comisario Peana, Andrés Peana. ¿Se puede saber...?

– Escúcheme Peana. Voy a ser conciso y le ruego que no me interrumpa. No he visto interés por parte de ustedes en investigar el caso lo más mínimo. Se me acusa de algo que, créalo o no, no he cometido, ni yo, ni nadie de mi familia. Tengo una pista muy fiable que creo me llevará a poder desenmarañar esta intriga y dará con el auténtico responsable en sus manos. En cuanto lo pueda probar usted será el primero en ser informado. Pero, mientras, no puedo fiarme de sus buenas intenciones ni de las de ninguno de los que le rodean. Yo soy el primero que no quiero liar más las cosas ni jugar al escondite que usted cree. Ni yo, ni nadie de mi familia sabemos más de esto que lo que ustedes han podido recopilar en mi domicilio. Por todo esto le informo que de entregarme nada de nada. Lo volveré a llamar en cuanto tenga noticias. Un saludo y espero que hasta pronto – tras esto apagué el móvil sin darle otra opción al comisario. Me sonaba el tal Peana de los números que repasé en la agenda del móvil en la llamada que hice con Mike. Calculé que el resto de casas de mi familia estaría igual de controladas, por lo que descarté más llamadas. La situación no era optimista pero algo me animaba a llegar por lo menos a conocer a Leandro El Mechas e intercambiar opiniones y conocidos con él.

CUARTO NÚMERO ROJO

Llegué hasta la unión de las calles Vinuesa y Cuartelillo, escasamente iluminadas por nuestro querido Ayuntamiento y empeoradas por los diferentes vándalos que por allí rularían. El silencio se podía cortar lo cual junto a la poca visibilidad no tranquilizaba mucho mis ánimos. Al inicio de la calle Cuartelillo se podía ver un letrero luminoso, de banderola, negro y que con letras rojas anunciaba El Terrao, o por lo menos lo dejaba intuir, pues estaba bastante deteriorado por el tiempo y por más de una pedrada que algún cliente insatisfecho, o transeúnte maleducado, le había propinado a lo largo de los años. La puerta gris metalizada estaba cerrada y tenía una luz roja encima con dos amplios ventanales a los lados, asimismo cerrados, con sus persianas gris metalizadas. Otro escaparate prolongaba el local, a la izquierda del ventanal del mismo lado, por lo menos otros quince metros pero también presentaba cerrojo con su correspondiente persiana gris metalizada. Se notaba que, con ese cierre nocturno de la visión al exterior, se quería dar privacidad a todas las actividades que se desarrollasen sin que ningún testigo importuno pudiera denunciar o reclamar por ello. Estudiando la puerta de entrada no conseguía entender cómo cualquier cliente que pudiera venir en esos momentos podría tener acceso al interior, pues ni había timbre de llamada ni nada que se le pareciese.

Sentí voces y risas que venían de la calle Vinuesa. Me volví buscando un refugio para ver sin ser visto. Metido en un ruinoso y maloliente portal, de puerta de madera carcomida por no sé cuántas generaciones de termitas, portal de una cochambrosa casa inhabitable hacía años, casi enfrente de la puerta de entrada a El Terrao, pude ver a dos hombres y dos mujeres que se acercaban a la entrada del garito tras doblar la esquina de la calle. Uno de ellos iba perfectamente caracterizado, con su traje de marca gris marengo, corbata amarilla con dibujos rojos, camisa negra y un sombrero, también gris, como de gánster de los años de la ley seca. Tendría más de cincuenta y era bastante grande, en alto y en ancho, calvo, con una nariz aplastada como de boxeador, llevaba la voz cantante del grupejo. Antes de entrar, y entre risotadas que no entendí bien, puso cada una de sus manos en los respectivos traseros de las señoras apretándolas contra su enorme panza.

– Voy a cumplir con el ritual, muñecas, y en un momento está papá con vosotras. ¿Eh? No os vayáis muy lejos, pichoncitas mías – les decía mientras las apretaba una y otra vez contra él. “Pobres culines”, pensaba yo viéndolo todo.

– Voy contigo Penta, no vayas a hacértelo fuera y nos regañen los vecinos – vociferó el otro entre carcajada y carcajada -. Además, el ritual es cosa de, por lo menos, dos.

Los vi desplazarse hacia mí dándose empujones medio en broma, medio en serio. Me parapeté al fondo del portal, pegado al muro, a oscuras, lo cual me hacía casi imposible de ser visto yendo de negro casi entero como iba. Los dos figurines se plantaron delante de la entrada al portal, se sacaron sus respectivos miembros viriles y comenzaron a descargar hacia mí unas inmensas meadas compitiendo por quién de los dos llegaba más lejos y más alto. Todo acompañado de sus

desagradables murmullos y posteriores risas estridentes. Al no poder moverme por temor a ser visto, algún resto de orín sí llegó a darme directa o indirectamente. El gordo hasta creo que me salpicó en la cara. Así me explicaba el estado de estas viviendas y sus accesos. Cuando la luz del mísero farolillo que alumbraba la calle dio de lleno en el par de infelices, pude reconocer al instante quién acompañaba al Penta en su concurso. Era el joven que tenía el tatuaje en forma de media luna roja en su mano derecha que vi esta mañana. Sin apenas esfuerzo había encontrado la presa que buscaba. Los observé mientras recogían armas y regresaban al lado de sus acompañantes. Bravuconearon un rato sobre quién había ganado el ritual de esa noche y por fin el gordo Penta pulsó lo que a mí me había parecido el ojo de la cerradura de la puerta en mi primera visión rápida. Hacía, por lo visto, el mismo efecto que un timbre, sólo que en el interior, en vez de sonido, se percibía una luz para avisar que alguien quería entrar sin necesidad de cortar la música, cosa que más tarde presencié. Al pronto un enorme negrazo los recibió con un saludo aprobatorio y les franqueó la entrada al interior, donde se podía sentir a otras personas conversando alegremente mientras se deleitaban los oídos con ritmos salseros en un ambiente cargado de humo de cigarrillo. Una mirada del negro a un lado y a otro de la calle para cerciorarse de que no había nada raro y de nuevo vuelta a cerrar el chiringuito.

“Debía de ser Leandro, El Mechas “, pensé. Si es así, puede ser más fácil entrar con la historia de ser poco menos que familia de Marga. Si no era, tendría que improvisar alguna quimera más o menos creíble, pues sospecho que el local de noche es para determinada clientela de confianza. Como sea pero hay que entrar ahí y, lo más difícil, averiguar algo de provecho para mí. Salí de mi escondite mirando qué aspecto tenía tras la gracia de los otros dos. Apenas se notaban algunos salpicones en los pantalones y botines. Me fui para la entrada de El Terrao y, antes de pulsar en la cerradura-timbre, plantado de pie delante de la misma, respiré hondo y agité varias veces la cabeza para despejar mis ideas. Tan concentrado estaba que no reaccioné al abrirse de nuevo la puerta a tal velocidad que, cuando quise acordar, me encontré tumbado en el suelo, de cara a las estrellas y con mi chichón tomando medidas desproporcionadas. Habían salido unos clientes que daban por finalizada la velada, abriendo con tanto ímpetu el portón, que arrollaron con mi persona. Varias caras desconocidas preguntaban sobre mi estado de salud y, entre ellas, surgió el negro que, ya sea para que nadie me viera allí tirado, por quitar el entuerto a los salientes o por que se preocupó de veras por mi salud, me agarró de ambos brazos, me puso en pie y, viendo que me tambaleaba, me volcó a cuestras sobre sus hombros y me llevó adentro del local. Me transportó hasta una pequeña trastienda sin que apenas ninguno de los parroquianos consumidores se diera cuenta. Me sentó en una silla y me palmeó la cara para despabilarme un poco a la vez que me encajaba la gorra de nuevo y me ponía las gafas de sol, que milagrosamente no se habían roto del porrazo.

– ¿Estás bien? ¿Pero cómo se te ocurre ponerte detrás de la puerta tan arrimado a ella? Venga, despierta de una vez que no tengo toda la noche para estar contigo. A poco que te mejores ya puedes largarte, que a esta velada nadie te ha invitado. Pues menos mal que la gente que salía son de lo más respetuoso que cae por aquí, porque, si hubiesen sido otros, lo mismo hasta te rebanan el pescuezo por interferir en su camino. A todo esto, ¿qué hace un tipo con pinta roquera por estos parajes? ¿No serás poli, verdad? Porque si no...

– Vengo recomendado por Marga, que me da muchos recuerdos para Leandro El Mechas, ¿lo conoces? – contesté recuperando el sentido.

– Joder que si lo conozco, que llevo toda la vida con él. Soy yo. Pero cuéntame, ¿dónde está Marga? ¿Cómo le va? Llevo mucho tiempo, quizás dos años, sin saber nada de ella, y como por aquí no viene desde su trifulca con el jefe, apenas sí han sido dos encuentros esporádicos por la calle. ¡Qué recuerdos! – y puso cara de auténtico placer dejando ir sus pensamientos durante breves instantes -. Al amanecer, tras despedir al último cliente, eran los mejores momentos para los dos. Pero bueno – reaccionó de nuevo -, y yo para qué te cuento esto. Si estás mejor, arrancas y te enfilas la puerta de la calle, pero esta vez como las personas normales y sin dar más vueltas por aquí. Toma esto y pónelo sobre el chichón – y me dio una bolsa de plástico pequeña llena de cubitos de hielo.

– Me tienes que ayudar. Creo que eres la persona que puede sacarme del embrollo en el que me he metido. Marga me dijo que eres la única persona fiable de este maravilloso bar y por ello me animé a venir a hablar contigo. Para ella soy como un padre y es mejor que no entre en este asunto para no manchar su reputado nombre y su alto estatus social. ¿Entiendes algo de lo que te digo o te quedan dudas?

– Algo, algo, sí que entiendo. Viniendo de Marga algo de reputado sí tiene su nombre, o mejor, su antiguo arte. De lo demás creo que no hablamos de la misma Marga, pues lo único de alto estatus social que tenía la Marga que conocí es el ático dónde vivía y remataba algún trabajillo que fuese más íntimo.

– Sí hombre, es la misma. Lo único que en los últimos tiempos las cosas le han rodado muy bien. Se relacionó con gente de alto copete y, un empujoncito por aquí, un codacito por allá, un buen servicio por acullá, ha terminado recogiendo sus frutos en la gran señora que hoy es, respetada por gente muy influyente de la ciudad y, ya te digo, si me apuras, puede conseguir todo lo que se le antoje. Pero, en asuntos de baja ralea, prefiere delegar en otras personas, como tú, en las que confía ciegamente, en su discreción y buen saber hacer. Tras esto, no te preocupes que tendrá un muy buen detalle contigo, quién sabe si arreglándote la vida para siempre. Aún te recuerda como tú a ella. Pero has de ayudarme a dar con el responsable de la tragedia que embarga mi vida y la de Marga. Hoy, en mi casa, han asesinado a una asistente, joven, muy amiga de Marga, y a la que ella debía multitud de favores de sus primeros tiempos después de salir de aquí. La quería como a una hija y ha sentido mucho su muerte. No sé cómo, ni me lo preguntes, pero ella cree que tiene algo que ver en todo esto alguien asiduo a este lujoso lugar de reposo donde trabajas. Me lo comentó mientras la policía registraba mi domicilio y unos minutos antes de que me declarasen culpable del mismo, esperando en la calle como estábamos a ver si encontraban al asesino en el bloque. Tras escaparme, tampoco preguntes cómo, pude hablar por teléfono con ella los minutos previos a que fuesen a interrogarla a su casa un par de agentes de paisano. Afortunadamente ella tiene los medios y los contactos necesarios para salir de atolladeros de este tipo sin despeinarse. ¿Me sigues, Leandro? – tras asentir con la cabeza, atento a cómo estaba, a lo que le contaba, proseguí informándole de lo que me interesaba -. Escucha, busco, o mejor, buscamos Marga, yo y ahora tú, a un tipo con una media luna roja tatuada en el dorso de la mano derecha que suele venir por aquí. ¿Te suena el dato? Lo vieron salir del portal segundos antes de que yo regresara a casa y me encontrara el pastel. Podría ser el autor del magnicidio o poseer información altamente valiosa. Di, ¿es posible que lo conozcas? – pregunté haciéndome el tonto.

– Es posible, y hasta es posible que esté ahí fuera esperando que le sirva una copa de ginebra a palo seco como casi todas las noches. Todo esto me suena bastante raro. Marga una señora, tú

amigo de ella, el asesinato ese de que me hablas, que yo sea la persona elegida para ayudarte... Todo, todo, suena raro, aunque muy posible. Pero no sé por qué me has caído bien y tal vez te ayude. El tipo que buscas está en la barra con dos chicas y otro tipo muy gordo. Se podría decir que es el recadero del gordo al que llaman el Penta. A él le apodan Rice, que en inglés es arroz, pero para los muy gilipollas estos quiere decir “rizo” por la mata de pelo rizado que tiene. No te fies, a pesar de ser un segundón, alguno de los mandados que tiene que realizar es para dar matarile a cualquier pintas que encarte. A mí me da la sensación de que ambos, Penta y Rice, son dos soplapollas de medio pelo mercenarios a las órdenes de gente bien posicionada que no se mancha las manos de sangre. Me puedo equivocar y van para el Pulitzer o el Nobel, pero lo dudo. Vamos a salir a la barra, entre otras cosas porque se van a impacientar y gritarán en cuanto se queden sus gaznates secos. No tengo ganas de broncas con ellos. Yo soy un extranjero contratado que no se puede quejar de cómo le ha ido la vida y no la quiero torcer. Te presentaré como un viejo conocido. Serás el Roker. Aquí nadie tiene nombre y apellidos, sólo alias. ¿Entiendes? – ahora era yo el que asentía atento a sus planes y me metía en mi papel de inspector -. Si la lías más de la cuenta, te echo de aquí como a un perro y no querré volverte a ver. El recuerdo de Marga me provoca tremendas sensaciones. Por eso, y por lo que pudiese yo luego recoger, te voy a echar un cable, pero no me pidas que me juegue nada por ti porque aprecio mi pellejo como supongo aprecias tú el tuyo. Salgamos y tú te apañas como sea a partir de que te presente. ¡Ah! Otra cosa. No te fies de ninguna de las pelanduscas que trabajan aquí. La mitad no pasaría precisamente un control antidoping y, con la otra mitad, cualquier microbiólogo haría un doctorado completo en cinco minutos. Vamos.

Tiré la bolsa del hielo, ya derretido, a una papelera y salimos a la vez que El Mechas soltaba una enorme carcajada que oíría todo el mundo pero que a mí me cogió de sorpresa. Dándome unas palmadas en las espaldas y abrazándose a mí como colegas de toda la vida, me acercó sin querer queriendo al grupo del Penta y Rice, los cuales se volvieron sentados como estaban en taburetes de barra esperando oír el chiste.

– Este tío es buenísimo – exageraba El Mechas cara al Penta -. Hacía años que no nos veíamos y en cinco minutos te hace partir de risa – hasta lloraba el muy teatrero para hacer su actuación más convincente -. ¡Qué recuerdos! ¿Sabéis una cosa? Gente así hace falta en el mundo para no contarnos tantas guerras, malos rollos y demás. ¡Cuánto me alegro de volver a verte! – y me daba otro abrazo mientras yo ponía cara de halago y asentía a todo lo que decía. Me daba miedo que Rice se acordara de mí, de verme esta mañana en el tinglado de mi portal y no le cuadrara lo de ahora -. Fijaos en él, se ha quedado sin trabajo, su mujer IO ha echado de casa, le acaban de robar el coche y su tío abuelo, su única familia, murió hace dos semanas. ¿Y cómo sigue él? Pues con su buen humor y buena cara de siempre. ¿No es cómo para estar contento de tener a alguien así, que se acuerda de sus viejos colegas por mucho que pase el tiempo? Bueno, tengo que seguir en la faena. Luego continuaremos con nuestro periplo mental por las andanzas de antaño. Te dejo con estos clientes que, más que clientes, son ya amigos de vida noctámbula y, si no te quieren, te apañas con una de nuestras chicas que son un encanto – y me guiñó un ojo a vista de todos.

– No, no, por favor, si precisamente necesitamos savia nueva en nuestras amistades que nos hagan olvidar un rato los problemas. Me llaman el Penta, encantado de conocerte – se presentaba el gordo extendiendo su mano hacia mí. Al responderle pude apreciar que más que mano tenía un martillo pilón. No me gustaría ser blanco de su puño -. Los amigos del negrazo son amigos nuestros, ¿no es cierto Rice?

– Sí, claro. Tómate algo con nosotros ahora que el Mechas parece disponible. Parecía que hubieseis estado en paradero desconocido tanto tiempo ahí detrás. Mechas, estoy más seco que la momia de Lenin. Ponte unas ginebritas y aquí al amigo lo que quiera.

– Ahora mismo. Antes os presento al Rocker. Tratádmelo bien que demasiado buena gente es. Al Penta ya lo conoces y éste de pelos rizados le decimos Rice, por los rizos, ja, ja, ja. Las dos señoras presentes no tengo el gusto, pero ellos ya harán los honores si lo creen conveniente. ¡Marchando una de ginebritas para este grupo tan gracioso! – y se marchó pasando al otro lado de la barra por encima de ella.

– ¿Y ese golpe en la frente? Parece que tuvieras un adosado en el ático – se mofó Rice de mi chichón.

– ¿...esto...? Bueno, nada, quise abrir una puerta blindada sin manos, como los equilibristas del circo – le seguí la tontería – pero la muy jodida se resistió.

– Bueno Rocker, ¿y a qué te dedicas? O mejor, ¿a qué te dedicabas? – preguntó el Penta acompañando el final con una de sus risotadas.

– Ja, ja – le seguí la broma -. Muy ingenioso. Soy transportista, de enviar y recibir paquetes. Con mi furgona para arriba y para abajo. Me conozco toda la ciudad mejor que cualquier taxista, siempre y cuando tenga a mano mi callejero. Ja, ja, ja...- intenté hacerles reír en vano, aunque una sonrisa de compromiso sí esbozaron los dos. Las chicas se quedaron a espaldas de Rice hablando entre ellas, como si hubiesen esperado el momento de poder desprenderse de aquellos dos aunque sólo fuera un minuto. Bebían algo parecido a zumo, o eso creía yo por el color melocotón y los restos en los bordes de sus copas -. Y vosotros, ¿...a qué os dedicáis fuera de estos momentos de asueto?

– Negocios de diversa índole con chapuzas por encargo. Somos, podríamos decir, mercenarios de caprichos. Concedemos deseos y hacemos realidad sueños de personas que de otra forma no podrían nunca obtener – me contestó el Penta.

– ¡Qué humanitarios! – exclamé.

– Pero cobramos, eso sí. No te creas que somos hermanitas de la caridad. Aunque te hagamos feliz, pero eso tiene un precio. Lo uno, por lo otro. Merece la pena, ¿no crees?

– Ya lo creo. No hay nada como los negocios propios en donde uno es su jefe. Y es que, por mucho que diga el gobierno, son los autónomos los que soportan al país – divagué un poco -. Pues yo ahora estoy en paro, como habéis oído al Mechas. Si necesitáis de mis favores, sólo decídmelo. Soy discreto, responsable, hogareño sin hogar y mis honorarios no serían problema. Soy, lo que se dice, un auténtico chollo. Y la cartera de clientes que tenéis, ¿es amplia? Me refiero a que yo también trabajé en seguros, puerta a puerta, y podría dedicarme a captar clientes para el negocio – me sorprendía la capacidad de inventiva que estaba desarrollando en ese día -. Iría a comisión, estoy acostumbrado a ello. Tengo labia, y lo mismo te vendo un depilador de ingles, que el caballo de Pipi Calzaslargas. ¿Qué os parece? Bueno, tampoco me tenéis que dar la respuesta ahora mismo. Puedo dejaros, por ser vosotros, cuatro o cinco segundos para que reflexionéis – y solté una carcajada que esta vez sí pareció contagiarlos a los dos. No debía desaprovechar el

momento dulce que tenía -. Venga, ya está aquí el colega negrazo con la gasolina para todos. Creía que te olvidabas de nosotros, Mechas, y ya les iba a comentar a estos amigos el dicho popular de que “a los negros y las mujeres, desde arriba si pudieres” – con lo que una nueva oleada de carcajadas invadió la paz del local, incluida la de Leandro al que poca gracia le haría.

Repartió Rice las copitas de ginebra entre los tres presentes, invitando al negro a que nos acompañara. Me sirvió el momento para ojear con más detenimiento el local el cual era más grande de lo que aparentaba en la fachada. A la izquierda nuestra, en un fondo, perpendicular a la barra, se abrían lo que se conocen como “Reservados”. Tres eran en total y cada uno presentaba de entrada unas cortinas gruesas negras de terciopelo que impedían ver lo que se cocinaba en su interior, aunque se imaginaban escenas de esparcimiento y locura, combinando sexo y drogas con alcohol. Risitas, voces, besos y algún jadeo se percibían entre canción y canción del viejo equipo de música. Mucha salsa y merengue de la tierra del Mechas mezclado con románticas melodías del año de Maricastaña. Casi los mismos años tenían los discos de vinilo que usaba y a los que acompañaban unos ruidos de fondo que pronto terminarían en rayajo. Moderno, sí. Igual de moderno que los butacones rozados millones de veces, de color burdeos oscuro, que se repartían por diversos sitios, con su mesita compañera para apoyar las bebidas. Pequeños focos de luz daban un aspecto discotequil al tugurio. Había hasta una pequeña pista de baile, entre cuatro columnas forradas de diminutos espejitos, de la que partía una escalera al piso superior. Pero bailar no bailaba nadie. En la barra, una cubierta de escay verde oliva tapaba un interior de gomaespuma que hacía cómodo el apoyarse de espaldas en la misma si tenías que mirar atrás. A espaldas de Leandro, un enorme espejo recorría de un extremo a otro la longitud del mostrador reflejando la imagen del que consumía su copa y dándole opción a ver reflejado la mayor parte de lo que sucedía en el local sin tener que volverse, soportando repartidos equidistantes unos de otros varios estantes de cristal que servían de reposo a las botellas de licores. El suelo era de mármol blanco con manchas irregulares oscuras, típico de las casas de los setenta. Un servicio remataba el local entre los reservados y la barra, al final de un estrecho y corto pasillo, diferenciando entre mujeres y hombres. Aparte de nuestro grupo y de los que hubiese en los reservados, en esos momentos en el local estaban dos ejecutivos de pelo engominado con dos mujeres ligeritas de ropa, sólo llevaban sujetador y unas minúsculas braguitas, a nuestra derecha, que parecían divertirse mucho con la conversación, tres jóvenes que parecían ser estudiantes con otra señora, ésta más madurita y también de alegre vestimenta, próximos a los anteriores y, detrás de nosotros, un señor sesentón largo con otra señora, ésta ya correctamente vestida de calle, que bien podía ser la amante por los arrumacos que le hacía. En fin, ésta era la fauna y flora con la que me codeaba. Me mentalicé para convertirme camaleónicamente en uno de ellos. Confieso que la ginebra no es mi bebida favorita ni de olor ni mucho menos de sabor. El latigazo que me pega en la garganta me lleva a soltar lagrimones como puños, pero tampoco era la ocasión de pedir una gaseosa blanca con un gajo de limón.

– ¡Salud para todos menos para los muertos! – rebuznó Rice antes de despachar por su garganta el contenido de su copa de un trago como si fuese agua mineral sin gas -. Venga, que no se diga, de un golpe que es como le sienta bien al estómago.

– Pues será al tuyo, capullo – resoplaba el Penta tras catar un sorbito de su copa -. Esto es agua de fuego traída por el negrata para abrasarnos por dentro. Pero está riquísima. ¿Tú qué opinas roquero?

– Pues...- y en ese instante del primer reservado vi salir, con tan solo una braga tanga rosa puesta, y con dirección al servicio, a Esther, la hermana de Nola, arreglándose el pelo, mucho más rubio y corto que cuando la conocí, como el de un chico. Me miró, la miré, no me reconoció con mi nueva pinta y siguió sus pasos hacia el retrete.

– ¿Qué? ¿...Se te ha comido la lengua el gato roquero? Ves una tía y no sabes ni en qué mundo vives, aunque tengo que reconocer que te alabo el gusto. Shena, como la llamamos nosotros, está como el puchero de mi madre, que se come solo y uno nunca se harta, y quieres más y más. Pero te aconsejo que te la quites de la cabeza. Es del francés, un muy buen cliente nuestro y jefe ocasional, aunque no muy amigo de Rice a pesar de lo bien que le paga, ¿eh, ricitos de pubis? – le agitó la cabeza con la mano abierta para hacer saltar los rizos con los movimientos -. Son de pubis por lo negro, por eso no son de oro como la del cuento – y volvió a soltar otra estruendosa carcajada a la vez que le palmeaba otra vez el hombro a Rice que, con un gesto de su pulgar sobre su copa, señalaba a Leandro para que le llenase la misma.

– Siempre haces los mismos chistes, Penta. Aquí al rocker lo entretendrás, pero a mí me aburres. Mientras esperamos al francés podías hacer algo de provecho por ti y le das alegría a tu cuerpo con las dos bellezas que hemos traído, a ver si haciendo ese ejercicio adelgazas por lo menos cien gramos.

– Pues también tienes razón. Me merezco un rato de distracción, que la vida que llevamos está llena de stress y no todo va a ser trabajo – dicho lo cual apuró su copa e, interrumpiendo la conversación de las dos chicas, les volvió a poner una mano en cada trasero y apretándolas contra sí y repartiendo besos de una a otra, de otra a una, las guió, escaleras arriba atravesando la pista de baile, supongo yo que a zonas más confortables y reservadas que las de abajo.

– Pues vaya temporadita que llevas de buenas noticias, ¿no? – inició de nuevo Rice acercando su taburete a mí para poder oírnos mejor -. ¿Pues sabes lo que te digo? Que, si quieres, por un buen precio, escarmentamos a tu ex-mujer y a tu ex-jefe en el mismo lote, y les mandamos un recado de tu parte. A veces es la forma más efectiva de que le respeten a uno. Todavía recuerdo una cliente que se quejaba de lo mujeriego que era su marido. No aparecía por casa ni le daba dinero alguno, ni para ella ni para los niños. Todo eran juergas o trabajo. Oye, pues bastó una sesión de nuestro tonificante muscular – me enseñó un rompecaras de hierro – para que el golfo entrara en razón. No hizo falta plomo de ningún tipo. Hoy en día hasta friega los platos por los dos lados en su casa y no se mueve ni al frigorífico sin comentárselo a la parienta. Besa por donde ella pisa. Y eso que el tío es alguien serio en el Ayuntamiento. Y es que hoy en día es fundamental que el cliente se quede contento y que el servicio no se quede en chapuza. No es que exista mucha competencia, y si existe se elimina, pero hay que estar atento vayamos a que algún día nos toque el masaje a nosotros. Te voy a dejar un ratito, que parece que la madre naturaleza llama a mi vejiga. No te vayas que me estás cayendo bien, Rocker. Ahora le pedimos al negrata que busque algo de buena música y no esta mierda que nos mete todas las noches.

Dicho esto se marchó con rumbo fijo a la puerta de servicio. Me quedé pensando la pareja del siglo que hacían estos dos. Matones de encargo y, por qué no, asesinos a la carta. Esperaban al francés, y a mí me daba que algo tendría que ver con el francés que cortó la conversación telefónica de Esther con el cabo Ramírez. Pero ¿por qué ahora estaba con ella como si tal cosa? ¿La esperaría en el interior del reservado? ¿Quién era este personaje y qué relación tendría con lo

de Nola? No la había visto regresar del lavabo y hacía ya tiempo de sobra como para haber evacuado treinta veces cualquier cavidad orgánica. Y no sería por exceso de ropa que tuviese que subir o bajar. Tampoco la había notado asustada ni presentaba mal aspecto, de haber recibido ningún golpe. Por lo menos físicamente estaba bien. Yo diría muy bien. La recordaba de la farmacia de otra forma no tan atractiva. También hoy estaba en pelota y no tiene punto de comparación una situación con aquella otra con Fran a mi lado diciendo sandeces como siempre. Eso de estar soltero no le sentaba bien a sus treinta y tantos. En esto se acercó Leandro tras la barra y, apoyándose en ella para no gritarme, susurró.

– Espérate un rato que tardarán en regresar. El gordo por estar echando el desahogo mensual, que siempre hace a trío, y el ricito porque estará metiéndose una raya de coca más gruesa que las de los pasos de cebrá, y mientras la prepara, la ordena y le da tiempo a esnifarla y recuperarse un poco, suelen pasar unos minutos. Pero mejor. De esta forma luego estarán más asequibles a la plástica y puedes indagar algo más. Por ahora lo estás haciendo de cine. No a toda la gente se abren estos como contigo parece que lo van haciendo. Con el que hay que tener más tiento es con el francés. Ese no tiene escrúpulos de nada ni de nadie. Si hasta le cortó una oreja a su propio hermano con el cuchillo del jamón porque le molestaba la música del walk-man que estaba escuchando mientras intentaba echar una siestecita en el salón de su casa. Noventa y seis puntos que le dieron a la criatura para dejarlo peor que estaba. La chica que has visto salir trabaja aquí pero, desde hace unas tres semanas es como si fuera coto privado del francés. Se ha encaprichado de ella y paga toda su jornada para que sólo le dedique a él sus atenciones y, por supuesto, sus favores. De este modo no hay protestas ni por parte de ella, ni de mi jefe ni, por supuesto, del propio francés. Y ella parece encantada.

– Pero es que esa chica... – comenzaba yo a puntualizar.

– ¿Me das fuego? – de pronto nos encontramos la chica y yo frente a frente. Entre los dedos índice y corazón de la mano derecha, sujetaba un cigarrillo a medio camino entre su mentón y los labios. No reaccioné al pronto, absorto como estaba, tras la protección de mis gafas de sol y la gorra, recorriendo con mis ojos todo su cuerpo -. Oye, perdona, ¿tienes fuego?

– ¿Qué?... No... lo siento. Sólo fumo en fiestas. ¿Fuego? Como solía decir cuando iba a ligar, “niña, fuego tengo en mis ojos, ¿no te derrite?”. Una cursilada como otra cualquiera que nunca funcionó.

– Tienes gracia. Pareces simpático. ¿Te conozco de algo? Así con ese aspecto juvenil no me cuadras de por aquí.

– ¡Nena! Tgáeme una copita de ginebga, chata – se oyó desde el interior del reservado, entre una canción y otra del equipo, una voz de hombre con claro acento francés y que pondría las dos manos en el fuego que era la misma que cortó la llamada de Esther a casa -. Dile al neggata que sea del bueno, no del alcohol de cugag hegidás que suele poneg a estas hogas.

– Marchando copita de ginebra del bueno para el señor y cajita de cerillas para la madame – se puso a anunciar El Mechas a la vez que sonaba otra melodía empalagosa.

– ¿Y son buenos los recuerdos o no? – me acerqué a ella para que me oyera sin tener que elevar la voz y así, de paso, intentar oler si llevaba algún perfume. El cuerpo era de diez y, con sólo el

tanga y unos zapatos de tacón negros, la verdad es que no dejaba a mi mente pensar lo que hacía o decía. Bajó la mano del cigarrillo y la posó en la cadera a la espera del fuego del Mechas, con lo que el cuadro frontal era completo a mi vista. ¡Vida mía! Cómo se pueden hacer las cosas tan bien hechas. Volví a sus ojos para descansar y ver su reacción -. Espero que no sean malos – dejé caer casi sin saber lo que decía.

– ¿Qué recuerdos han de ser buenos o malos?

– Bueno, como decías que te acordabas de mí, quería saber si el recuerdo es bueno o malo. Porque yo, si te hubiera conocido antes, te aseguro que no habría enviado esta imagen a la papelera de mi disco duro, si no que te hubiese colocado de fondo de escritorio y de protector de pantalla.

– Qué cosas más raras dices. Pero suenan bien. Yo es que creo que te he visto antes, pero no caigo dónde ni cuándo. Porque cliente sé que no eres, y de mis otros trabajos no veo donde ubicarte. Me llaman Shena. Encantada de conocerte – me extendió la mano – y tú, ¿cómo te llamas?

– Luis... digo... mmm... Rocker, eso, Rocker, muy amigo del Mechas – estreché su mano y se me acercó para plantarme un beso en cada mejilla. Ruborizado, seguí divagando -.... esto... es bonito el bar, ¿eh? Y acogedor, muy acogedor. Le han dado un toque de distinción que deslumbra.

– Sí, cariño, pero así lleva más de doce años. Así que tampoco es como para tirar cohetes.

– Ya pero fijate qué imaginación para aquella época darle este toque que no pasa de moda con los años.

– Pues el toque que yo le daba sólo dejaba en pie los pilares maestros y estos porque si no se cae el edificio entero que, si no, también caían. Pero en fin, cielo, te voy a dejar un ratito. Si no te vas, luego charlamos un poco más, ¿conforme? Trae, negrazo – acababa de llegar Leandro con los pedidos –, ya le llevo yo la copa y las cerillas. Hasta ahora, guapos.

La miramos volverse y dirigirse de nuevo al reservado con un contoneo de caderas que ni el negrazo ni yo articulamos palabra hasta que desapareció tras la correspondiente cortina. Tenía la curiosidad de olerme la mano que me estrechó para ver si percibía algún aroma, pues con colocarme más cerca de ella no había captado nada. Pero temía también los sitios donde esa mano había podido estar antes y después de su visita al baño. Como la curiosidad mata al ser humano, me acerqué la mano a la nariz y, disimuladamente, aspiré hondo. Cuál fue mi sorpresa que el olor que mi cerebro distinguía era de colonia barata, tipo Pachuli, igual a la que noté en casa esta mañana al entrar. No podía ser de ella, o no debía ser de ella. Pensé que una sesión de manitas entre ella y el francés podría haber pasado ese olor del uno a la otra. Se hacía prioritario conocer también al francés. Menudas amistades estaba haciendo en poco tiempo.

– Está buena la jodía, ¿eh? – me chinchaba el negrazo con media sonrisa cómplice -. Ya quisiera yo con esa una relación como la que tuve con Marga. Pase lo que pase, averigües lo que averigües, dile que la echo mucho de menos. Que otra tía como ella no la encuentro ni en mi país. Y que perderse como se perdió, sin más rastro, y más ahora sabiendo que está montada y con una buena posición... Supongo que no fui más que un pelele para sus ratos de ocio. Si pudiera echarme una mano, aunque sea de mayordomo en su casa. La vida aquí es dura, tras la barra, bregando con

las chicas, el jefe, los clientes, la policía, los vecinos y para colmo con historias como la tuya.

– No te preocupes, Mechas. Estoy seguro de que ella se acuerda de ti tanto como tú de ella. Lo que pasa es que estará buscando el momento óptimo y adecuado para poder regresarte a su vida. Me ha hablado de ti infinidad de veces. Creo que te quiere pero... la vida, que es muy perra cuando quiere. Te pueden pasar cosas que no esperas y encontrarte de lleno en un mundo desconocido e irreal que te confunde y del que no sabes cómo salir. Tú me entiendes, ¿no?

– Pues no mucho, pero qué más da. Eres abstracto hablando y tendrías que llevar un traductor de ideas, pero pareces legal y lo que dices me crea muchas ilusiones.

Pasamos un buen rato de charla distendida. Me habló de lo mucho que añoraba su país, Brasil, aunque allí, por desgracia, ya no quedaba nadie de su familia con vida. Tenía un primo en Montevideo con el que de vez en cuando se carteaba, pero cada vez menos y, sin roce, sentía que la estima por él se desvanecía cuanto más hojas de almanaque van cayendo. Vivía sólo, en la planta de arriba del local, con dos habitaciones acondicionadas para él, una como dormitorio-salón y otra como cocina-comedor, aparte de otras dos habitaciones con cama de uso público, utilizando un baño completo que disfrutaban las chicas y clientes tras sus servicios. Él se encargaba de su limpieza, de regentar el negocio, dirigir a las chicas, de hacer los pedidos de bebidas y de todas las tareas burocráticas y administrativas. Las dos únicas cosas que no hacía eran fundamentales, a saber: disfrutar de lo obtenido en caja y decidir qué chicas eran aceptadas dentro de la plantilla. Ambas cosas eran lo único que aportaba el jefe al negocio. Apenas lo conocía y su personalidad era un misterio para él. Todos los días, a eso de las seis de la mañana, se pasaba por allí muy bien vestido, peinado y afeitado, apenas comentaba nada, se tomaba un ron con cola en el tiempo en que se fumaba un pitillo y hacía caja, acordando con Leandro qué cantidad era necesaria para pagos al día siguiente. El cinco de cada mes, dejaba en una cartera de mano, de esas que llaman mariconas, seis sobres, cada uno con el nombre de la persona a la que va destinado, que no otros que Leandro y las cinco chicas de la plantilla. Al parecer, y en contra de lo que Marga creía, sí cambiaban de chicas con relativa frecuencia. El horario también era muy esclavo. De once de la mañana a ocho de la tarde, se cierra dos horas y se abre de nuevo de diez hasta las seis nombradas antes. Por las mañanas y tardes el local se abre al público sin restricciones, como bar-cafetería, pero por las noches está un poco de tapadillo, para clientela selecta y conocida, haciendo las veces de night-club o club de alterne y/o relax. Leandro, el Mechas, topó por casualidad un día con Marga en una redada de la policía en El Campo del Príncipe mientras les pedían los papeles de identificación. Enseguida surgió entre ellos una atracción sin cruzarse palabras, sólo con la mirada. Cuando pasó un poco el lío y detuvieron a quien vinieron a buscar, los dejaron marchar. Marga, esto siempre según la versión del Mechas, lo tomó del brazo y lo invitó a que lo acompañara a su lugar de trabajo. Entraron en El Terrao en el momento en que, en acalorada discusión, el jefe despedía ipso facto al anterior encargado por unas diferencias monetarias, como siempre. Sobre la marcha, y como si el plan hubiese estado trazado hacía días, Marga se encargó de que el jefe, con quien en esos tiempos se manejaba de maravilla, diera una oportunidad al negrazo mintiéndole al decir que le merecía toda su confianza al conocerlo de varios años atrás. Esa fue la entrada en el negocio y de eso hace ya cerca de cinco años. Hoy creía que el jefe no podía pasar ya sin él, pero tampoco le apretaba las tuercas por su mísero sueldo por si se encargaban de darle pasaporte, como en su día también se hizo con Marga. Esos trabajos sucios eran propiedad del Penta y Rice, al igual que lo de Nola, según yo creía. Llevarte bien con ellos era sumamente fácil si no había órdenes del jefe, las cuales solían llegar

por medio del francés. Eran dos zopencos que no sabían otra cosa que no fuese dar mamporros, amenazas o algo más. Por lo demás, no los consideraba mala gente, y un rato de risa siempre le hacían pasar en las largas noches que no tenían faena o que la habían adelantado a la mañana, como bien podía ser hoy.

Contaba el Mechas, y soñaba también, que su ilusión era tener su negocio propio algún día, pequeñito, acogedor, sin malas historias y sin chicas de alterne. Un pequeño bar del que vivir honradamente. Era un excelente cocinero y, de hecho, fue su oficio durante una larga temporada en la prisión de Vanacú, en Brasil. Estaba seguro de que, si el negocio fuese suyo y pudiera desarrollar la gama de platos que él conocía, se haría famoso por las tapas que se servirían acompañando a cervezas y vinos. Pero era eso, soñar. Ahora, con lo que le conté de Marga, le brillaban los ojos de ilusión. ¡Pobre Leandro! Cuando sepa toda la verdad espero estar a salvo de sus posibles iras aunque en el fondo me remuerda la conciencia. No me parecía mal tipo.

Estábamos en esas, hablando, divagando, soñando y conociéndonos, cuando de nuevo se abrieron las cortinas del reservado donde entró Shena. Salió de allí un tipo alto, delgado pero sin pasarse, completamente calvo, con traje negro sin una arruga y camisa con corbata también negras. Resaltaba en su aspecto un parche, también negro, que tapaba el ojo derecho y que se sujetaba por detrás de la cabeza. Me recordaba a un político mediorienta que hacía años había visto en la tele, Moshe Dayan o algo así se llamaba. Reconocí en él al francés y, la verdad, es que tenía pinta de muy malas pulgas. Avanzó hacia nosotros cerrando los botones de su chaqueta y con pasos lentos, moviendo la cabeza como si buscara algo o a alguien. A medida que se acercaba el olor a Pachuli se incrementaba. Sin duda este personaje era una de mis claves. Al llegar a nuestra altura se humedeció los labios, resopló por las narices y, apoyando un codo en la barra, se dirigió a El Mechas.

– ¿Y estos dos mequetrefes dónde están? ¿No saben que tenemos una faenita dentgo de un gato? Búscamelos lo más rápidamente posible y les dices que dejen lo que tengan entge manos, entge piegnas o en las nagices, que ya está bien de holgazaneag. Pog ciegto, la ginebga estaba de diez. No cambies de magca. Vamos, coggiendo, que se nos echa el tiempo ensima.

Mientras Leandro iba a sacar a uno de la cama y al otro del wáter, nos quedamos solos mirando cada uno al infinito al principio, para poco a poco ir interesándonos por el aspecto el uno del otro. Le sacaba partido al único ojo que tenía. Lo tenía perfilado con lápiz de ojos y las pestañas también parecían arregladas para curvarse hacia arriba de forma artificial, lo cual unía a su aspecto duro un aire glam no del todo incompatible. Aún teniéndolo cerca, no lograba poder ver ningún resto del ojo tapado, lo cual aumentaba mi curiosidad por saber qué le habría ocurrido. Del bolsillo derecho de su pantalón extrajo un paquete de cigarrillos, lo abrió y asomaron varios pitillos dispuestos para ser encendidos. Me ofreció uno con un gesto en silencio. Yo, para seguir la historia de tipo duro, cogí uno y con una inclinación de la cabeza se lo agradecí. Esperé que sacara cerillas y que se encendiera primero el suyo. Recordando las toses de mi último cigarrillo y para evitar situaciones como aquella, no tragué el humo de mi primera calada. Luego jugué un rato con la punta encendida en el cenicero que Leandro nos había puesto cerca, esperando que se fuese consumiendo y tener que dar las menos chupadas posibles. A todo esto, el sesentón que estaba con la amante, se levantó y, muy agarradito a ella, se despidió de nosotros y de los engominados, que poco caso le hicieron, pues cada uno estaba arrulladito con su pareja de esa noche, saliendo del local a seguir su peculiar juerga. A los que había perdido de vista era a los

tres estudiantes y la madurita, aunque suponía dónde estarían.

– No te conozco de pogo aquí. ¿Egues nuevo en este antgo? Pogo tu aspecto no pageces el típico político, policía, empegesagio, abogado o médico que suelen venig acompañados de habituales nuestgos. ¿No segás una estgella del gock que yo, pogo supuesto, no conozca? Tu aspecto te delata – comentó irónicamente -. ¿Egues amigo de alguno de los chicos? ¿O tal vez conozcas a alguna de las chicas? – y expelió tal bocanada de humo hacia mí que por un instante lo perdí de vista.

– Sí – respondí –, conozco a El Mechas hace tiempo y hoy me decidí a ver su lugar de trabajo. Coincide que me han despedido y me preguntaba si por aquí encontraría algo en lo que ser útil. Me manejo con la furgoneta muy bien y conozco la ciudad como la palma de mi mano. Tengo don de palabra y de gentes, y no me asusta nada ni nadie – chuleé un poco para quedar mejor -, así que para chófer, relaciones públicas o para otros menesteres puedo demostrar lo que valgo. Y el sueldo creo que no sería ningún inconveniente – volví a insistir -. ¿No necesitarían de alguien con mis características en su plantilla? Conocí al Penta y a Rice hace un rato y parece que congeniamos. ¿Es usted su jefe?

– Más o menos, pego como sigan sin venig no lo segé pogo mucho tiempo. Odio espegag y menos cuando hay tgbajo impogtante pendiente. ¡Vienen o no esos dos, Mechas! – gritó enfadado de tal forma que los dos ejecutivos y sus acompañantes dieron un respingo en sus asientos quedando con cara de pocos amigos pero sin atreverse a quejarse.

Aparecieron los dos, cada uno por donde se había ido y en situaciones semicómicas. El gordo Penta arrastraba la chaqueta por el suelo agarrada por una mano, la corbata aflojada, camisa semiabierta, pantalones cerrados sólo por un botón, bragueta abierta y los zapatos en la otra mano con el sombrero ladeado. Resoplaba como un cerdo antes de la matanza. Rice tenía los ojos como brótolas, restos de polvo blanco en las alas de la nariz y una media sonrisa de imbécil propia del que está flotando fruto de la droga. Bajo la mirada inquisidora del francés terminaron de arreglarse mientras El Mechas proponía otra ronda previa a su partida.

– Luego habgá tiempo paga más celebaciones. Ahoga hay que cumplig el encaggo que nos dejó el jefe. Segá gápido y esta vez no compliquemos más las cosas de lo que son. Que nadie se vaya de ligego con las agmas. A las tges en El Mono Guiglache encontgagemos a nuestgo hombg. Espegamos que salga y le dejamos el gecado. Sin más, ¿de acuegdo? – los dos asintieron sin decir ni pío -. Y abgóchate la bgagueta que se te va a veg el pajagillo. Y tú, cocainómano de miegda, a veg si dejas esa afición o ella te dejagá a ti, pego tigado en cualquier lavabo una noche de estas – antes de irse se volvió hacia mí y me susurro -. ¿Cómo dijiste que te llaman?

– Rocker, ¿y a ti?

– Tienes valog chaval. Fgancés, el fgancés me llaman toda esta chusma y así segá mejog que me conozcas. Tengo ganas de continuag esta convegsación, así que si sigues aquí cuando volvamos, podgemos intentag llegag a algún acuegdo sobge tu futugo. ¿Ok?

– Aquí seguiré para ver cómo os ha ido y para terminar esta conversación que hemos iniciado. Suerte en la tarea.

Dicho esto salieron los tres por la puerta no con muy buenos modos. Tras de sí dejaron un halo de

olor familiar. Tenía que esperar a que regresaran y seguir mis investigaciones para concretar cuál de ellos licenció a Nola, a estas alturas no dudaba de su autoría, y por qué. Debía de ser paciente y no manifestar para nada, y con nadie, mis intenciones. Sólo El Mechas me despedía algo de confianza. Aunque tampoco podía confiar en él a ciegas. Parecía que el darle noticias de Marga lo hubiese allanado todo pero... ya veremos.

– ¿Te dejaron solo? – noté un susurro apenas a medio palmo de mi oreja. Me volví y tuve sus labios junto a los míos. Labios carnosos, rojos de carmín. Era Shena. Con una sonrisa se sentó en un taburete junto a mí. Seguía con la misma equipación que antes por lo que era difícil no recorrer, de vez en cuando, algún recoveco de su anatomía - A mí también.

– A ti, tan bien como siempre. Poco has cambiado desde la última vez que nos vimos, lo cual es digno de agradecer.

– ¿Siempre eres tan simpático o sólo cuando hablas con tías buenas?

– ¡Qué estúpido soy! Perdóname, pero llevo un día que no se lo deseo ni al que inventó las caries. ¿Cómo ha sido tu día? ¿Bueno o malo?

– No estuvo mal. Normal. Aburrimiento, rutina, no gran cosa – “Pero qué mentirosa. No he conocida personaje más frío, calculador y cínico en mi vida”, pensaba yo.

– ¿Algún disgusto familiar? Suelen ser los que más nos fastidian y afectan, aunque a veces no les demos importancia al principio por desconocimiento del desenlace final de nuestras sospechas – “Demasiado rápido y directo”, seguí sopesando.

– ¡Qué bien hablas! Eres distinto de todo lo que conozco. Noto algo en ti que me atrae, una paz que nunca tendré – “Qué vas a tener si pareces la perfecta cómplice de esta panda de asesinos”, yo en lo mío – y algo me dice que el destino nos ha unido para caminar juntos un largo trecho – “Sí, el que separa la libertad de las rejas del trullo” – que iremos descubriendo poco a poco.

– Tú tampoco te expresas nada mal. ¿Qué era eso? ¿Otelo, La Ilíada, Platón o alguno más contemporáneo? Te lo sabes del tirón.

– Ven al reservado. Hablaremos más tranquilos sin testigos engominados ni negratas cotillas de lengua larga. ¡Negrete, pon dos ginebras de las buenas que nos vamos dentro! Si se enciende la luz de la entrada, me avisas antes de abrir, ¿conforme?

– No juguéis con fuego que las quemaduras aquí no tienen cura. Mayorcitos sois para que os diga lo que tenéis que hacer y lo que no. Yo te aviso en todo caso, pero me desentiendo de lo que pase entre los dos. Negaré saber nada de nada ante cualquier pregunta y miraré para otro lado si hacen tirantes con el forro de vuestras tripas. ¿De acuerdo? – advirtió El Mechas mientras desenroscaba el tapón de la botella y llenaba las dos copas.

Yo no había ni casi probado la anterior copa cuando me vi con otra en la mano y siguiendo a Shena al interior del reservado. Tras la cortina el espacio no era muy amplio. Dos butacones, también burdeos, con capacidad para tres plazas cada uno, formaban una ele con una pequeña mesita en el punto de unión. La luz, más tenue que en el resto del tugurio aquel, hacía que nos

moviésemos despacio hasta habituar la vista. Una percha en la pared invitaba al visitante a quitarse la ropa para estar más cómodo. Se sentó Shena en mitad de uno de los butacones y, con unas palmaditas en el mismo, me invitó a sentarme junto a ella. Sonrió un poco nerviosa, con los dedos de sus manos entrelazados y éstas entre sus muslos que transmitían la misma inquietud, oscilando por efecto del movimiento de la punta de sus pies. Quería hablar pero a la vez no quería meter la pata, por lo que esperé que tomara ella la iniciativa. Algo la roía por dentro y no sería la ginebra, a juzgar por los lingotazos que daba como si fuera aquello zumo de naranja. Me preguntaba qué podía querer decirme y que no le interesase que oyera El Mechas.

– Siéntate a gustito y quítate la chupa y la gorra que te vas a asar, hombre.

– No, si estoy bien así.

– ¿Te acuerdas de mí? – preguntó tímidamente sin levantar la cabeza de su pecho en donde la había hundido.

– Sí, Esther, aunque hay partes de tu anatomía que no recordaba tan exuberantes – respondí con una mirada a sus pechos - ¿Y tú de mí? – improvisé una sonrisa que la animase.

– No te impresiones, son operados, con silicona. Un detallito de un cirujano antiguo admirador mío – me confesaba cogiéndoselos con ambas manos y haciéndolos rebotar -. Ahora he terminado de caer en quién eres. Menudo follón. Supongo que vienes para pedir explicaciones y yo no sé por dónde empezar. ¿Cómo diste conmigo?

– Es una historia larga y rocambolesca, que otro día te cuento. A mí lo que me interesa es quitarme este entuerto de encima y conocer toda la verdad de una vez por todas. ¿Fuiste tú quién llamó a mi casa a la hora de comer y hablaste con el cabo de la Guardia Civil?

– Sí, pero...

–...y estaba contigo el francés, que fue el que colgó el teléfono, ¿no es eso?

– Sí.

– ¿Sabes algo de tu hermana, de Nola? – la interrogué primero, por si no sabía el percance mortal de esta -. En tu conversación por teléfono la avisabas de algún peligro y la aconsejabas que buscara a Rice, ¿no es cierto? – me preparé, a la vez, por si los nervios la hacían romper a llorar, gritar, golpearme o cualquier otra defensa le afloraba.

– ¿Qué hacían unos polis en tu domicilio a esas horas e intentando sonsacarme información con una estafalaria interpretación de voz afeminada? A todo esto, yo de mi hermana no sé nada más que está metida en más líos de los que quisiera ella y yo. El problema es que, aun siendo una don nadie, conoce demasiadas cosas que implican en actos ilegales a gente muy poderosa, lo cual no es bueno para su salud, pues un día le va a costar caro tanto flirteo con negocios oscuros – “Y tan caro”, pensaba yo mientras se me deshacía la imagen de muchacha trabajadora, amable y educada que tenía de Nola -. La avisaba del peligro que creo puede representar para ella la llamada “compañía” en la que se encuentra, y le aconsejaba buscar a Rice para salir de ella y denunciar todo lo que rodea a la misma, aunque Rice no siempre está disponible por su adicción a la coca.

Ya lo habrás notado. Los ojos constantemente rojos lo delatan y, aun controlando el hablar cuando está drogado, su mente presenta lagunas que muchas veces se hacen mares. No es la primera vez que le siento decir que ha tenido que venir hasta aquí preguntando a la gente, porque no recordaba dónde está el bar. Y cada día que pasa está peor. Pero creo que es al único que salvaría de aquí porque su corazón no es malo, a pesar de hacer cosas...

– ¿Como asesinar o dar palizas por encargo?

– No seas duro con él. No tiene nada ni a nadie. Lo único que sabe hacer bien, y cada día mejor, es amedrentar a cucarachas que, se lo merezcan o no, tampoco son trigo limpio. Con eso saca su vida y sus vicios adelante, que no es poco.

– Muy bien. Entonces, ¿desde cuándo no sabes nada de tu hermana?

– Anteayer me llamó asustada por la noche, hará poco más de veinticuatro horas. Me pedía que hablara con el francés para ver si él tenía conocimiento de una trama de blanqueo de dinero y joyas procedentes de varios robos a bancos y particulares en la Costa Tropical, ya sabes, Motril, Almuñécar y resto de pueblos. Al parecer, detrás de todo estaba una banda de atracadores butroneros que, al estar muy vigilados y bajo sospechas, habían confiado el botín a la “compañía” para su custodia temporal y, a poder ser, lo dicho, blanqueo del dinero y venta de joyas en mercados de los bajos fondos. Hablamos de cantidades importantes, nada de calderilla. Todo a cambio, obviamente, de un porcentaje de los beneficios a acordar entre ambas partes.

– Y en todo esto, ¿qué tenía que ver Nola? No veo la relación de una muchacha ejemplar como ella con todo este tinglado. No es que tenga un master cum laude en tu hermana, pero algo la conocía, y su relación con las niñas, con Chris, nada de todo esto me hubiese hecho sospechar de esta doble vida. ¿Y qué es la “compañía”? ¿Qué relación tiene con Nola, o contigo, o con Rice o alguno de los conocidos de esta noche?

– Bien, bien, no lo sé, pero por lo que he captado de unos y otros, es como una organización dedicada al robo, extorsión, protección en algunos casos, asesinatos en otros, préstamos de grandes cantidades de dinero, contrabando, blanqueo y venta de piezas robadas, por ellos o por otros, robo y venta de coches de lujo y un sinfín más de trapicheos que puedes imaginar. Mafia pura y dura. ¿Por qué le llaman la compañía? Pues tampoco lo sé. Será para suavizar los términos. Sólo sé que entre ellos es como identifican a la cúpula de la organización, que tampoco es conocida de todos. Nola, en todo esto, sólo es utilizada como recadera o como guarda y conductora de materia diversa entre unos y otros. La usan durante un tiempo hasta que se apaciguan los ánimos y el botín puede de nuevo circular. Ahora creo que tenía guardado algo en no sé qué sitio procedente de los de la costa que antes mencioné. Fundamentalmente es Rice quien la llama para hacer estos trabajillos cortos pero, según creo, muy bien pagados. Tuvieron algo entre ellos hace tiempo y parece que algo más que amistad podría quedar, aunque Nola tenga, o tenía ahora, su novio formal. Por ahora Nola no es una persona sospechosa para la policía y puede hacer estos trabajos perfectamente. Los demás estamos fichados, entre unas cosas y otras, hace tiempo ya.

– Entonces Rice, el francés, El Penta,.....son todos de la compañía, ¿no? – Ella asintió en silencio

a punto de sollozar de nuevo -. Y El Mechas, ¿tampoco es de fiar?

– Mira, sé que es tu amigo, que os conocéis hace tiempo, pero hoy El Mechas no es el que era antes. Sigue mucho el juego que marcan el francés y el jefe, así...

– No es mi amigo, lo he conocido esta noche.

– Pero tú dijiste...y él dijo...

– No importa lo que yo dijera o dejase de decir. Y menos lo que dijera El Mechas. Créeme, aquí conozco tanto a la gente como a ti puedo conocerte, o sea, nada de nada. Necesito confiar en alguien para seguir averiguando cosas y no sé dónde puedo apoyarme y dónde no. Quisiera creer en ti pero, si te digo la verdad, tampoco me inspiras mucha seguridad. Pero te soy sincero para que tú lo seas conmigo porque creo y espero que tú no tienes nada que ver en estas sucias operaciones. ¿Qué pintas aquí? ¿No estabas de asistenta en casa del hermano de mi socio? ¿Llevas también una doble vida como llevó Nola?

– Bueno...te explico...yo...pero... ¿por qué hablas en pasado de Nola? ¿No le habrá ocurrido nada malo?... – cerró los ojos y escondió su cara entre sus manos – ¿La policía...en tu casa...? ¡Oh, Dios mío! Dime que no es cierto lo que pienso. Dime que llegó mi mensaje a tiempo, que tan solo es una figuración mía la sospecha que acaba de alterar mi cabeza. Dime, habla de una vez. ¿Cómo está Nola? – y se quedó mirándose.

– Nola.....Nola está...mal. No mal. Está peor que mal. Esther, debes ser fuerte y juntos debemos de dar con el responsable de su fin – la abracé suavemente mientras volvía a encajar la cabeza en su pecho llorando amargamente-. Tengo varias pistas y bastante interés por dar con su asesino. Fue en mi casa y a mí se me acusa de ser el autor.

– ¿Y quién me dice a mí que no lo eres? – sus ojos desprendían odio. Su boca, con las dos filas de dientes apretadas una contra otra, abría y cerraba los contraídos labios en señal de ira. Las mejillas húmedas eran una mancha oscura, mezcla de rímel con colorete. La vista fija en mis pupilas. Manos temblorosas friccionando una con la otra. Parecía a punto de explotar. Apreté un poco más mi abrazo para hacerle notar mi sentimiento solidario de dolor pero con un empujón de sus hombros me dio a entender que no era eso lo que quería. Quería respuestas y explicaciones -. Dime la verdad y convénceme de que tú no tienes nada que ver en esto.

Sin nada que perder a estas alturas de la noche y con ganas de ganarme definitivamente una aliada, la solté de mi pequeño abrazo y, quitándome las gafas para mirarla directamente a los ojos, comencé a relatar todo lo que me había ocurrido desde que me levanté hasta que entré con ella en el reservado. Interrumpí varias veces mi relato para darle tiempo a recuperarse de los sollozos que la atenazaban en determinados puntos de mi narración. Incluso, una de las veces, fui a la barra a por una nueva ginebra que le lubricara el gástrico. Al final de mi historia se hizo un silencio sepulcral que me pareció eterno. De lo que opinara a partir de este momento Esther dependía el que mi pescuezo valiera o no un mísero céntimo. De todas formas, si la cosa se torcía, pronto podía intentar salir por piernas ahora que estábamos solos. Cuando regresen los demás sería más complicado escapar ileso de allí. Se hizo el silencio propio de entre canción y canción y me llegó

el ruido de su respiración cada vez más sereno. Con un pañuelo de papel se limpió la cara. Extrajo de un pequeño bolso que tenía en un rincón de la mesita un pequeño espejo de maquillaje con colorete y lápiz de ojos para terminar de arreglarse, no sin antes vaciar parte del contenido en su regazo. Tenía, entre los papeles que extrajo, una tarjeta de invitación a una fiesta infantil, fechada esa mañana, que me era familiar, pues la empresa que las organiza no está muy lejos de mi casa. La cogí, la ojeé por encima y se la devolví. Actuaba en el mismo silencio desde que terminé de hablar. Lo guardó todo de nuevo en el bolso y, echándose hacia atrás en el asiento, tomó mi mano entre las suyas y mirándome de nuevo a los ojos hizo un gesto afirmativo con su cabeza.

– ¿Sí, qué? – pregunté no fiándome todavía de su reacción.

– Que sí te ayudaré a desenmarañar este asunto. Pero prométeme una cosa.

– ¿Cuál?

– Quiero estar informada en todo momento de lo que vayas averiguando. Yo a la vez te informaré de todo lo que crea que es importante para el caso. ¿De acuerdo? Formamos un equipo o de lo contrario no quiero volver a saber nada de ti. Acabo de recibir la peor de las noticias y voy a luchar por encontrar a quién o quiénes sean los responsables. Con lo que me has contado parto de una base y unas sospechas que apuntan hacia el mismo lado. Al francés nunca le ha caído muy bien Nola, aunque verse se han visto dos o tres veces. Pero no había feeling entre ellos. No sé por qué. Ahora yo soy su chica y puedo acceder mejor a su confianza para ver si se le escapa algo.

– Ya, pero ten en cuenta que la víctima es tu hermana y él tampoco estará por la labor de confesarte nada que te enemiste con él. Ten mucho cuidado. Estaré todo lo cerca que pueda de ti, pero siendo realistas, ni soy un superagente, ni soy un portentoso de fuerza, así que haré lo que pueda y me dejen por protegerte.

– Te voy a dar mi dirección y mi teléfono – y comenzó a registrar en su bolso y sacó un trozo de papel donde apuntó un teléfono y una calle con su número -. Guárdalo. Ahí me encontrarás entre las ocho de la mañana y las nueve, o nueve y media, de la noche. Si llamas por teléfono, deja que suene dos veces y luego cuelgas, para llamar de inmediato y saber que serás tú. Tenía esa contraseña con Nola y ahora la tendré contigo. Y si llamas al timbre del portal, toca dos veces rápido seguidas, descansas y lo haces tres veces rápido otra vez. No pongas esa cara – sonrió ante mi expresión confundida intentando memorizar tanta llamada y pitido –, que parece que te hablo en chino. Te espero allí...

– Dejad la tertulia para otro momento – avisó nervioso El Mechas, entrando en el reservado como si lo persiguiera el diablo –, acaban de encenderse las luces de llamada y no sé si serán ellos u otros clientes que vengan a por la penúltima. Tanto si es una cosa como la otra, salid fuera que nadie sospeche nada. Me la estoy jugando con el francés y tú más todavía, Shena.

– Venga, no seas tan cagón que no es para tanto.

Salimos los tres al bar y comprobé que todos los clientes y las otras chicas se habían marchado. Me coloqué de nuevo las gafas en su sitio y me senté en uno de los taburetes de la barra. Shena se sentó próxima a mí pero con una discreta separación entre ambos que no dejara dudas del sitio que ocupaba cada cual. Seguía dando sorbitos a su ginebra mientras la mía permanecía intacta. El

Mechas abrió la puerta y entraron el francés y el Penta, éste conduciendo los pasos de Rice con una mano en su cintura y una de las de él apoyada por detrás de sus hombros, como los heridos de las películas de guerra cuando son trasladados hasta la tienda de campaña de la Cruz Roja. Algo había ido mal, y la peor parte se la llevó Rice. No paraba de repetir que todo le daba ya igual porque de ésta no lo sacaba nadie. Casi sin mediar palabras, enfilaron las escaleras hacia el piso superior, portándolo entre El Penta y El Mechas. Sin que nadie me dijera nada, y en el más absoluto silencio, ayudé en lo que pude tanto en la subida como a la hora de abrir puertas ya arriba. Me indicaron que abriera la que luego resultó el dormitorio de El Mechas. Lo dejaron en la cama agonizando de dolor. Traía los pantalones manchados de sangre y, por su postura en la cama, vimos que en el costado izquierdo tendría la herida mayor, pues intentaba colocar su cuerpo de tal forma que no tuviese presión ahí. Aparte de que se apretaba una especie de apósito que le habían colocado con pañuelos para hacer hemostasia en la zona.

– Tú, el nuevo, Rockeg, o como te llames – habló por fin el francés -. Quédate aquí con él mientras decidimos qué hacemos. Buscagé un médico paga ti, cocainómano de mierda. Pog ahoga, aguanta lo que puedas o muégete. Te dije que no fueras ligero con las agmas y dale gracias a Dios que no me ha pasado nada, porque si no, aquí no llegas. Necesito un tgado Mechas.

Dicho esto bajaron de nuevo al bar todos, hasta Esther, en un segundo plano todo el tiempo. Me dejaron sólo con el tercer cuasi fiambre que veía hoy. Rice me reconoció y me sonrió levemente, lo que sus pocas fuerzas que le quedaban le dejaron. Pobre chaval, me daba pena porque en el fondo no parecía mala gente. Algo viciosillo por la nariz. Le vi hacer gestos como de querer decirme algo, abriendo mucho los ojos como si eso le empujara las palabras fuera de sus labios. Me arrodillé junto a él cogiéndole su mano derecha libre, pues con la otra es con la que se apretaba el costado herido. Me quité las gafas de sol, que allí poco me servían por lo lúgubre de la luz, y lo invité a decirme lo que quisiera. Parecía que se le iluminase la cara al reconocer al tipo que vio por la mañana con la pasma, sin las gafas y algo menos drogado que el resto de la noche. Un nuevo intento por hablarme arrancó una tos sobre mi cara con restos de sangre. Un hilo de saliva rojiza partió del ángulo derecho de su boca, contorneando la mandíbula y perdiéndose hacia el cuello debajo de su ropa. Por fin pudo centrarse un instante y contarme de carretilla lo siguiente.

– Tú... tú eres el...panoli – y sonrió cuando lo dijo -...al que le...íbamos... a endosar el asesinato... de Nola. AAAa – se quejaba de dolores entre frase y frase -. ¿Cómo... cómo has dado...? Cuidate mucho... o seguirás a Nola...El francés fue el... que... Aaaa... Yo sólo me... encargué de las llamadas... de teléfono – cada vez jadeaba más pero yo no quería interrumpirle para evitar que se distrajera en otras cosas -...a los bomberos... y la policía. Yo la quería...pero se negó... Aaaaa... a darle los... seis números rojos... Es un cabronazo... como el jefe...El Mando...ten mucho cuidado...y saca a Shena de la compañía... Te toca demostrar.... Aaaa... muchas cosas.....Hay una bolsa.....de un híper... en una nevera portátil celeste.....tras la barra de esta pocilga... con un trapo azul... AAAAaaa – se le volvieron los ojos, se le encorvó el cuerpo rígido a la vez que daba un último alarido de dolor. Después cayó de nuevo a su posición, flácido, inerte, expulsando mucosidad sanguinolenta por boca y nariz. Ya no volvería a decir nada. Descanse en paz Rice.

Como no noté movimiento alguno abajo, me permití un momento de descanso y de recopilación de datos. Primero me limpié la cara de la babaza de Rice con un extremo limpio de la sábana de la

cama. Nuestras sospechas se confirmaban, con el francés como principal sospechoso de ser la mano ejecutora y Rice, y probablemente el Penta, como coautores o al menos encubridores. Se me aclaró el que todo coincidiera con mi llegada a casa para echarme a mí la autoría del crimen. Lo que me dijo explicaba la rapidez con que todo el personal de bomberos y policías habían acudido casi antes de pasar nada. Pero quedaban zonas oscuras todavía que iluminar como los seis números rojos que había mencionado y que parecían la principal causa de que Nola fuera liquidada. También estaba la bolsa del híper que creía recordar haberla visto en las manos de Rice por la mañana. ¿Qué contendría esa bolsa aparte del trapo azul? ¿Era ese trapo una de las claves a tener en cuenta? Y a la hora en que ocurrió todo, ¿dónde estaban Chris y las niñas? ¿Las habrían entretenido de alguna forma para ocuparse de Nola mientras tanto? Me palpé el golpe de la frente y noté que había mejorado mucho con los hielos que me dejó El Mechas. Estaba cansado, tenía hambre y lo peor es que no sabía cuándo saciaría una cosa y la otra. Me quedaba aún conocer al jefe, o intentar conocerlo, antes de pensar en estas necesidades. ¿Quién será El Mando? También, de paso, podía enterarme de qué había ocurrido en El Mono Guirlache, el antro al que habían salido de faena a trío con el francés. La herida era sin duda de arma de fuego y lo raro es que llegara vivo hasta donde llegó. Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos a partir de ahora. Me puse mis gafas de sol y, antes de bajar, registré con cuidado los bolsillos del pantalón de Rice. Tres papelinas de coca, trescientos euros, de los que tomé prestados la mitad, y un mechero fue el botín que hallé. Menos el dinero, lo demás lo devolví a su sitio para no hacer sospechar a nadie si les daba por registrarlo luego. Bajé las escaleras sintiendo, al principio lejanas y luego cada vez más próximas, las voces de los demás que discutían con cierto grado de nerviosismo. El Penta estaba insistiéndole al francés para que buscara el médico prometido a Rice, pero éste, apurando de un sorbo otra ginebra recriminaba, una y otra vez, la ligereza de dedo que hizo gala el muerto en la anterior faena. Al verme bajar las escaleras todos callaron y me interrogaron con sus miradas. Shena, presa de un ataque de histeria y con los ojos enrojecidos, vino corriendo hacia mí agarrándome con ambas manos la pechera de mi cazadora. Apenas articulaba palabra pero yo sabía lo que me preguntaba. Negué con la cabeza y cayó de rodillas al suelo. El Penta se pasaba la mano de la cara a su barbilla una y otra vez, resoplando como un toro. Se le notaba angustiado por la pérdida de un colega y/o amigo. Vaya usted a saber qué era Rice para él. El francés fumaba despacito un cigarrillo mientras El Mechas le llenaba de nuevo su copa. Recogí del suelo a Esther y la conduje hasta uno de los sofás. La senté allí y volví a la barra para que El Mechas me preparara una copa para ella.

– ¿Estás seguro de que ha muelto, Gockeg?

– Tan seguro como que hoy es lunes.

– Magtes ya.

– Bueno, sí, martes.

– Y el jefe está al venig. Bueno, te voy a dar una oportunidad de demostrarme que vales para ser jefe de los nuestros. El Penta y tú os vais a deshacer del cadáver. No me importa ni cómo ni dónde, pego aquí no puede estar más. Aprovechad la oscuridad de la noche y lo dejáis en cualquier sitio. Estoy seguro de que conoces algún lugar apropiado para la ocasión.

– Por mí sin problemas – me sorprendí respondiéndole sin parpadear.

– Pero francés...- comenzaba a replicar El Penta.

– Ni pegos ni manzanas. Miga a veg si el chaval sigve y tiene madega paga el oficio. Y si no, tienes doble tgabajo al teneg que deshacegte también de él. ¿Lo habéis entendido los dos? Pues ni una palabga más. En magcha.

– Ven conmigo – me conminó El Penta.

Subimos junto a El Mechas de nuevo a la habitación donde dejé yo a Rice de cuerpo presente. Allí seguía en la misma posición en que lo había dejado. Sacó El Mechas una manta gruesa y, tras extenderla en el suelo, colocamos al muerto sobre ella y lo envolvimos. Así era más fácil de transportar y, a la vez, iba camuflado. De nuevo lo registró El Penta y se quedó con la droga, el dinero que dejé y el mechero. Lo bajamos a la entrada y, tras comprobar El Mechas que no había ni un alma a la vista, ni en calle Cuartelillo ni en Vinuesa, donde por cierto dejaron el coche, nos hizo una señal para cargar con la manta rellena y acercarla a la puerta de atrás del vehículo, un Mercedes gris metalizado de un modelo antiguo. Con agilidad El Penta sacó la llave y abrió el maletero. Había sitio de más, por lo que no nos fue difícil acoplarlo y todavía sobraba espacio. Al cerrar la puerta memoricé la matrícula. Se despidió El Mechas con un bufido ininteligible y El Penta me empujó al asiento del conductor, arrojando las llaves al techo de esa puerta y marchando él a la contraria. Me tocaba conducir. Dudé un momento, pero al verlo esperando junto a la puerta del copiloto a que yo le abriera, tomé las llaves y entré en el coche lo más rápido que pude. Cuando le abrí y se sentó a mi lado portaba un revólver en su mano.

– Mira Rocker, o nos llevamos bien, o no nos llevamos bien. Prefiero lo primero aunque esté acostumbrado a lo segundo. Como has oído al cabronazo del francés, no me dupliques el trabajo porque, si lo haces, no serás tú el que lo vea. Me vas a llevar a un sitio donde podamos aligerar nuestra carga, lo más rápidamente posible y sin testigos. Me da igual donde sea. Te lo inventas o lo fabricas, pero rápido. Al menor movimiento falso te curo de todos tus vicios de golpe. ¿OK? Andando.

Di mi conformidad con una media sonrisa y arranqué el coche. Me acordaba de Esther y me preocupaba que no me fuera del todo fiel ahora que yo allí no estaba. Me preocupaba también que no le fuera a pasar nada. Y me preocupaba, por último, dónde llevar al difunto y a su último compañero de trabajo. Llegando a calles próximas a mi domicilio, me tenté de echar por mi calle, pero la supuse vigilada, por lo que deseché la idea y me dejé caer por la Cuesta del Caidero hacia el Paseo de la Bomba. Tan ensimismado iba con mis cábalas que no me percaté de un ceda que me impedía entrar tan a la ligera en la calle principal del Paseo. Un coche, que se nos echaba encima por mi lado, me obligó a dar un volantazo en sentido contrario, a la vez que por acto reflejo pisaba a fondo el freno. Iniciamos un espectacular trompo que terminó, tras varias vueltas, empotrándonos lateralmente contra una farola por el lado de El Penta. Por supuesto, el conductor del otro coche se limitó a pegar una enorme pitada y a cagarse en no sé bien qué parentela mía. Todavía con el coche encendido, y el susto fresco, no me dio tiempo a reaccionar al bofetón que me lanzó mi compañero de viaje como premio a mi destreza al volante y, de inmediato, me encañonó la sien para evitar ninguna reacción violenta por mi parte.

– ¿Pero qué te crees que haces montón de mierda? Podría acabar contigo ahora mismo. Me da igual encargarme de uno que de dos. Luego les explicas al jefe y al francés lo del pequeño bollo

que se ha hecho en la puerta del copiloto para que te feliciten por dar la nota a las tantas de la madrugada.

– Y tú les explicas qué coño hacía un desconocido conduciendo el Mercedes cuando el responsable de lo que pase en este entierro eres tú. Si hubiese querido, la cosa hubiera sido peor para ti. De hecho estoy dispuesto a que me pegues un tiro y luego te apañas tú solito el resto de la noche – eché bruscamente el freno de mano y abrí la puerta con intención de bajarme del coche. Al Penta le sorprendió mi reacción, mucho más valiente de lo que él esperaría nunca de este montón de mierda, como me llamó. Me agarró del brazo para que no saliera y le devolví el esfuerzo con un tirón para soltarme.

– Está bien – el tono era más conciliador –, reconozco que estoy algo nervioso y mi genio me traiciona. Debemos llevarnos bien, aunque sea por esta noche. Podemos tener todos muchas complicaciones si no nos desprendemos de Rice. Aquí, te guste o no, te incluyes tú. Intentaré ser más condescendiente contigo pero pon de tu parte algo. Dame motivos para hablar bien de ti al francés y al jefe. Si me llegas a conocer bien, te harás inseparable de mí. Ya lo verás. Arranca y vamos a ese sitio que seguro tienes ya en mente.

No respondí nada. Me limité a poner primera y reanudar la marcha rumbo a la Carretera de la Sierra. Me acordé de una escombrera ilegal que alguna vez había usado para descargar materiales de obra de unas reformas que hicimos en la cochera hace un par de años. Tenía un camino de acceso no asfaltado que era usado para que alguna pareja noctámbula se entregara a sus pasiones imparables. Por algún lado de este camino podíamos dejar descansar a Rice hasta que alguien lo encontrara. Llegamos enseguida al desvío de donde partía el camino señalado y, despacio, inicié su recorrido. Cuando llevábamos cien metros largos, paré el coche y le señalé con el dedo a El Penta un hueco oscuro y de vegetación frondosa, a nuestra derecha, entre varios árboles que me pareció el sitio idóneo. Aparcamos y apagué las luces y el motor. La noche era fresca pero no extrema. Se oían las ramas de los árboles rozar unas con otras y sonidos animales que creo eran de búhos. No había luna y por tanto el lugar estaba completamente oscuro. Cuando nos acostubramos a la oscuridad, nos pusimos manos a la obra. Descargamos la manta con Rice dentro y la llevamos hasta los matorrales que vimos anteriormente. A la de tres, lo voleamos por encima de estos y lo oímos caer dando un golpe sordo contra el suelo acompañado del de las hierbas y ramas que seguramente aplastó en su caída. De nuevo en el coche y, continuando conduciendo yo, dimos la vuelta y, sin apenas cruzar palabra, regresamos a El Terrao. Había sido un trabajo rápido, eficiente y sin incidentes reseñables, trompo con golpetazo aparte. Tras la llamada a la cerradura-timbre se abrió de nuevo la puerta.

– Atentos que acaba de llegar el jefe – nos advirtió El Mechas –, y no parece que traiga muy buen humor. Pasad que cierre y comportaos como niños buenos.

Pasamos y allí, tras la barra, estaba el que llamaban el jefe. Estatura mediana, pelo castaño corto casi de pincho, tendría unos cuarenta largos y en su rostro destacaba una cicatriz que partía los dos labios por la mitad de un, más que probable, navajazo. También iba trajeado, pero el color del suyo era de un tono beige, como arena de playa. Camisa azul marino y corbata blanca. Se fumaba su cigarrito nocturno y lo acompañaba de su correspondiente ron con cola. Tenía todo el dinero de la caja en una mano y lo contaba con la otra, a la vez que escuchaba el relato del francés sobre lo ocurrido en El Mono Guirlache. De vez en cuando hacía una parada en las cuentas para dar una

calada al cigarro, un trago a la bebida o simplemente mirar con detenimiento al francés en ciertas partes de la historia. Historia que, por otro lado, me sirvió a mí, a Shena y al Mechas para enterarnos de qué había ocurrido. Al parecer, el objetivo era un famoso empresario de la noche que campaba demasiado a sus anchas en negocios oscuros que cada vez ampliaban sus horizontes, llegando a profanar locales de otro tipo de ambientes a los que estaba perjudicando. Parecía ser que el fulano en cuestión, que se hacía llamar Darbo Night, es una de las ramas más importantes de entrada y venta de drogas de diseño en la ciudad y, no limitándose a hacerla circular en los locales de su propiedad, en donde se obtiene con facilidad pero con muchísima discreción, quería introducirla también en locales donde no está tan bien vista esa mercancía con el objetivo de ahuyentar a la clientela y arruinar negocios rivales. El encargo que había llegado a la compañía procedía de un núcleo de propietarios de estos locales afectados, los cuales solicitaban un toque de atención y llamada al orden en toda regla, como primera muestra de sus intenciones, para posteriormente, si no surtía el efecto deseado a la primera, pasar a un encargo de mayores dimensiones aún por estudiar. Lo que no preveían el francés y compañía era que los dos matones que siempre acompañaban al tal Darbo fuesen de gatillo más fácil que el propio Rice. Al parecer, nada más verlos dirigirse hacia ellos y reconocerlos, pues ellos también habían sido clientes de la compañía en algún momento, ni cortos ni perezosos empujaron a Darbo para esconderlo tras unos contenedores y sobre la marcha descargaron sus revólveres sobre ellos. Rice, que había desenfundado casi antes que ellos, recibió un tiro en el costado izquierdo mientras ni El Penta ni el francés fueron alcanzados. Bueno, el francés recibió un tiro que atravesó su chaqueta sin darle en el cuerpo, agujero que enseñaba mientras lo explicaba y que provocó cierta hilaridad en el jefe. Salieron de allí como pudieron prometiendo venganza y conminándole a dejar en paz los locales que no sean suyos o, si no, que se atuviese a las consecuencias, todo en medio de un griterío, con carreras de un sitio a otro de los transeúntes que en ese momento disfrutaban de una noche de diversión y que no les apetecía terminara en defunción. Finalmente le contó todo lo que yo ya conocía desde que entraron de vuelta por la puerta de El Terrao.

– ¿Cómo ha ido todo, Penta? – solicitó el jefe con aparente tranquilidad y sin levantar la vista del fajo de billetes – ¿Crees que servirá para ser uno de los nuestros? – comentó en referencia a mí – El Mechas lo avala por su amistad, pero, ¿tú qué opinas?.

– Lo primero ha ido como era de esperar. Nos deshicimos del problema y sin más incidente que un patinazo del coche que me obligó a chocar con una farola por la puerta del copiloto. Pero eso mañana visito al Chapas, que más de un favor nos debe, y nos lo deja nuevo. Con respecto al chico, creo que tiene dos bien puestos. No habla gran cosa, pero tampoco hace falta. Puede suplir a Rice, por lo menos hasta que no demuestre lo contrario.

– En tus manos lo dejo. Preparad algo para Darbo, no me gusta que se nos falte el respeto. Da mala imagen y para colmo elimina uno de los míos. Estará a la defensiva, así que tened cuidado. Si hace falta llamáis al resto – se guardó el dinero, no sin antes dejar algo para los gastos y, camino de la puerta, se detuvo frente a mí -. “Bienvenido seas mientras nos defiendas y respetes, mal nacido serás si las reglas comprometes”. Me lo dijeron de pequeño y lo repito de mayor cada vez que alguien nuevo se incorpora a nuestra compañía. Pronto sabrás el alcance que tenemos y, cada día que pase, desearás habernos encontrado antes – dos tipos como armarios de grandes, provistos de gabardinas negras, precedieron la salida del jefe abriendo la puerta y cubriéndole la espalda. Justo antes de salir se volvió por última vez y dirigiéndose al francés le avisó -. Está al caer un trabajito procedente de altas esferas de la ciudad. Cuidaros mucho de no llamar la

atención de la policía. Hay mucho dinero en juego para todos. Trabajos limpios, como siempre. Hasta mañana.

Se cerró la puerta y un largo silencio invadió el local, pues El Mechas todos los días corta la música una vez que entra el jefe para poder hablar sin alzar la voz y sin posibilidad de confusiones. A Shena la descubrí sentada al fondo del reservado donde estuvimos antes, pero con la cortina de entrada abierta para oír mejor. Había dejado de llorar y tapaba su cuerpo con una larga bata fucsia. El Mechas terminaba de lavar los vasos utilizados esa noche y ordenaba todo detrás de la barra, soltando de vez en cuando sonoros bostezos que invitaban al resto a dar por concluida la jornada.

– Bueno, Penta, ¿nos vamos? – rompió el silencio el francés -. Shena, ¿te llevamos a casa o te vas en taxi?... ¿Sigues enfadada? – se levantó y sin ánimos de más discusiones se dirigió a la puerta saliendo al fresco de la noche. Se le notaba cansado y tocado por lo de Rice, pero tenía que mantener el perfil de tipo duro.

– Tú quédate aquí con El Mechas – me dijo El Penta antes de seguir al francés -. Come algo y duerme. Dentro de unas horas vendré a por ti. A la hora de comer, tal vez. Mañana puede ser un día duro. Buenas noches.

De nuevo cerrojazo a la puerta y nos quedamos solos los tres. Shena salió de su escondite y se sentó junto a mí en la barra, mirando a El Mechas terminar su faena. En silencio. Había sido un día duro para ella perdiendo a su hermana y a un buen amigo en pocas horas. Sin hablarlo, El Mechas le puso una copa de ginebra e intentó ponerme otra a mí, pero la rechacé. La idea de quedarme con El Mechas no me desagradaba del todo. Me permitía seguir escondido, sin dejarme ver mucho, y me daba la posibilidad de poder tener acceso a la nevera que nombró Rice. Pero tampoco quería dejar sola a Shena.

– Prepararé arriba las camas para que descansemos un poco, ¿te parece? ¿O prefieres comer algo primero? – me hablaba El Mechas de espaldas rematando ya la tarea.

– Lo que tú prefieras, eres el anfitrión.

– En ese caso, preparo las camas en un momento y ya te aviso para comer, porque probablemente luego me dé el sueño fuerte y no estaré para preparar nada más. Dame cinco minutos. Y tú, llorona, arréglate y llama ahora después al Herniao para que te lleve en su taxi a casa. Y anima esa cara, que más se perdió en el frente y volvían cantando.

Perdido el sonido de sus pasos escaleras arriba, me deslicé despacio tras la barra haciéndole la señal de silencio a Shena. Me siguió con sus ojos, curiosa de ver qué buscaba, hasta que di con la nevera celeste. Apareció escondida en una doble puerta en la parte baja del mostrador, un compartimento que no guardaba nada más. Era la típica nevera de dominguero para ir a la playa o al campo y llevar las bebidas frescas. No fue difícil abrirla y, efectivamente, allí estaba la bolsa con el trapo azul en su interior. Busqué por algún sitio, por si hubiese otra bolsa de plástico que, a modo de guante, me sirviera para manipular lo que me encontrara sin dejar mis huellas. Un paño viejo de limpiar el polvo me valdría para mi propósito. Me envolví la mano y, con mucho tiento, saqué el trapo y lo deslicé. Conforme se abría el trapo las manchas de sangre eran más intensas. Lo que aquello guardaba era un cuchillo de cocina, de mi cocina, que reconocí y cuya última misión

habrá sido, con bastante probabilidad, rebanar el pescuezo de la pobre Nola. Lo guardé todo de nuevo en la nevera y ésta en su sitio, regresando junto a Shena a tiempo de oír a El Mechas descender de nuevo las escaleras.

– Arriba tengo unos restos de embutidos y algo de pan – comentaba El Mechas mientras iba apagando las luces del bar -, podemos subir y dar cuenta de ello. Sube tú también Shena y comes algo antes de irte.

Sin comentario alguno aceptamos la oferta y subimos a la cocina-comedor, donde estaba la mesa preparada con los fiambres sobre ella y una barra de pan partida en rodajas en un plato. Comimos vorazmente, sin prisa pero sin pausa. Cada uno respetaba la aproximadamente tercera parte que le correspondía sonriéndonos unos a otros mientras masticábamos nerviosos. Como colofón de la cena, El Mechas tenía un vaso de yogurt de fresa de los de medio litro. Lo abrió y, por turnos, íbamos metiendo la cuchara entre risas pero por riguroso orden. Si alguno hacía el amago de saltárselo era recibido por un grito de desaprobación de los otros dos. Así, entre cachondeo y saciando nuestras descuidadas tripas, transcurrió el rato hasta que los trinos de algún gorrión madrugador nos llamaron la atención de que estaba amaneciendo. Ni corto ni perezoso, El Mechas se levantó y se despidió de nosotros para ir a acostarse. Me indicó que una de las habitaciones habituales de las chicas, contigua a la suya, tenía una cama con sábanas limpias. Podía instalarme allí por el momento y, si quería, en el cuarto de baño encontraría una toalla limpia para mi aseo y un pijama viejo pero también limpio. Camino de su cuarto lo sentimos eructar como un cerdo en su charca. No parecían malos ninguno de los dos pero la vida, a veces, te aprieta a situaciones que o las afrontas y superas o acaban contigo. O acabas adaptándote a ellas, como los dos casos que nos ocupan. Estaba seguro de que a ninguno de los dos le agradaba su trabajo, ni las compañías a que los obligaba éste a frecuentar. Pero no tenían otra cosa. O se aferraban a esto o el barco de sus vidas haría aguas por todas partes. ¿O es que hay alguien que pueda disfrutar siendo la puta de un asesino a sueldo, más sospechando que éste mismo había terminado con los días de su hermana? ¿O es mejor ser el correveidile y chico para todo de una banda de desalmados dentro de una rutina de vida llena de mala gente de corazón y espíritu? Pero mira que es injusta la vida con ciertas personas. Y se ensaña con ellas hasta convertirlas en seres insensibles a cosas que para cualquier humano serían impensables. En esto estaba entreteniéndome mi intelecto cuando, con un gesto a mano abierta, Shena llamó mi atención.

– Hey, despierta. Baja de la nube y vuelve con nosotros – me regañaba divertida. Parecía que por un momento había olvidado todo lo que había ocurrido -. Tengo que irme. Tienes mi dirección y teléfono. Recuerda las contraseñas. Ven cuando quieras.

– ¿Te acompaño? – pregunté de mala gana.

– No, descansa. Tenemos que encontrar al que utilizó ese cuchillo y darle su merecido. Esperemos que mañana no sea tan movidito como lo ha sido hoy. Hasta mañana – y se despidió con un beso al aire para perderse escaleras abajo. La sentí un rato, supongo que cambiándose. Habló por teléfono para llamar al Herniao y que la recogiera en la puerta enseguida. Después, de nuevo el cierre de la puerta de abajo me dejó completamente solo.

Encontré, tal y como dijo El Mechas, el pijama y luego la cama. Me sumergí en ella deseando coger el sueño cuanto antes. Y me dormí profundamente, a pesar del olor a colonia barata que se

mantenía entre las sábanas, no sé si de alguna de las chicas o de algún cliente de los que se encolonian para enmascarar otros hedores. Tuve de todo tipo de sueños y pesadillas. En uno, me veía de jefe de la compañía, pero con un traje negro con finas rayas blancas verticales, un puro en la boca, los dedos llenos de gruesos anillos de oro y piedras preciosas, pelo engominado hacia atrás, con Chris a mi lado en su versión rubia, de pelo largo ondulado, con un vestido negro escotado y ceñido a su cuerpo hasta los tobillos, labios fresa fuerte y zapatos negros de aguja. Jugando, cerca de nosotros las dos niñas se divertían amordazando y atando de pies y manos a su niñera, amenazándola con tirarla a la piscina si no cumplía sus órdenes. Angelitos, tienen a quién parecerse. Hasta en sueños afloraba una media sonrisa en mi cara al ver esas secuencias. De pronto esta película se cortaba y aparecían todos mis más acuciantes temores. Nola abierta de oreja a oreja, risas de policías, carreras por las calles huyendo de sombras que no llegaba a visualizar por completo, dedos erectos señalándome culpable, ríos de alcohol entre copas y copas, bofetadas que buscaban mi sumisión y confesión rápida, y cadáveres, muchos cadáveres.

Desperté sudoroso, con la cama deshecha y con muchas ganas de orinar. Al principio no recordaba muy bien dónde estaba pero no tardé en caer en la dura realidad. Comprobé de un vistazo que todas mis pertenencias seguían en su sitio y volví a desperezarme varias veces más antes de levantarme. Habría dormido cinco o seis horas calculaba. Salí de la habitación y miré en la de El Mechas. Ya se había levantado y arreglado por completo su cuarto. Cualquiera diría que hace unas horas reposó allí el cuerpo sin vida de Rice. La puerta de acceso a este piso superior estaba cerrada. Oía de lejos ruido de vasos y conversaciones como en las de un bar normal. Me lavé y asee un poco, usando un cepillo de dientes que me encontré en el lavabo y supuse sería del fortachón de color. “Lo que no mata engorda”, pensaba al cepillarme. No me afeité para dar más aspecto duro a mi cara y porque la cuchilla que me encontré tenía más afeitados que los toros de Las Ventas.

Me vestí y repasé, una a una, todas mis pertenencias para asegurarme del arsenal del que disponía. Me calé la gorra y me puse mis gafas para seguir con mi nuevo look. Necesitaba, a medio plazo, lavar mi camisa y ropa interior, pero eso eran detalles de menor relevancia y podía esperar. Decidí bajar sin llamar mucho la atención y desayunar algo. Esto de la investigación me abría el apetito. Despacito abrí la puerta de acceso a la escalera, la cerré y comencé a bajar como el que no quiere la cosa. Aun siendo el mismo local, con las persianas levantadas, con la luz del día entrando por ellas y con la distinta clientela que se disfrutaba, aquello parecía otro sitio absolutamente distinto. Una marquesina de madera con las letras ALMACEN escritas tapaba la pared donde se abrían los reservados por la noche. Enseguida El Mechas se percató de mi presencia y me señaló un extremo de la barra para que me acomodara.

– ¿Qué? ¿Dormiste bien? Creo que puedo considerarte de los nuestros. Hace una media hora llamó El Penta y me dijo que te recogería aquí después de comer. Así que no te muevas muy lejos no sea que te metas en algún follón que tire por tierra tu buena imagen con nosotros.

– ¿Qué hora tienes? Se me ha parado mi reloj.

– Es la una menos cuarto. Por lo menos hasta las cuatro no aparecerá El Penta por aquí. Por qué no te sientas y te pongo un cafetito caliente. ¿O prefieres una ginebra?

– Por Dios, Mechas, no sé qué vicio le tenéis a la ginebra pero yo no la soporto. Si es aguarrás

potable de curso legal.

– Pues anoche bien que te las bebías.

– Anoche no bebí ni un buchito de ginebra. Pero ya me dirás, con toda esta panda alrededor, quién se pide una tónica. En fin, no me pongas nada. Como tengo tiempo, voy a darme un garbeo. Llámame al Herniao para que me lleve a un sitio.

– Ni hablar, hombre. Faltaba más. Tú no vas a ningún lado. ¿Y si le da a El Penta o al francés por pasarse por aquí? Tú eres hombre muerto, y yo probablemente.

– No olvides que estoy aquí por un asesinato que tengo que aclarar o me lo cargarán a mí. Entre otras personas que he de ver, está Marga, que querrá saber si he averiguado algo. Monta un numerito si quieres, pero yo me voy un rato con o sin tu ayuda. Soy el primero que no necesita más líos, por lo que ya haré por estar por aquí a su debido tiempo. Venga, negrazo, que le voy a dar recuerdos a tu Marga – le tocaba la fibra sensible para que entrara por donde yo quisiera.

– Yo no sé nada de ti en caso de que aparezcan esos dos. Haré creer que en un descuido desapareciste como llegaste. ¿Entiendes? – y se dio la vuelta para no verme marchar atendiendo a otros clientes de otra zona de la barra.

Salí con intención de ir a casa de Esther. Tenía su dirección, en calle Matamoro N° 2, y me acordaba de la contraseña que me indicó. Aunque no era lejos, preferí parar el primer taxi que pasara y evitar callejear en exceso. A los cinco minutos ya me bajaba en el portal de la casa de Esther. Era típica del Realejo Alto, antigua, con un portón de madera de entrada y una vieja balconada encima de él. El tejado mostraba zonas carentes de tejas por donde, en días lluviosos, aparecerían goteras. Las paredes pedían a gritos una mano de cal que embelleciera algo su presencia. Tenía que hacer frío en invierno y fresco en verano. Desde el mismo sitio donde estaba se podía ver parte de la Alhambra, con sus torres y murallas rojas, que de noche eran iluminadas por estratégicos focos de luz. Había que reconocer que aquel barrio tenía su duende, que fácilmente atrapaba al forastero, pero no era aconsejable frecuentarlo antes del amanecer. Por eso Esther utilizaba el taxi para regresar de madrugada. Lamenté el descuido, si no abandono, en que las autoridades competentes mantienen la conservación de esta populosa barriada. Ya podían las instituciones, que tanto dinero despilfarran en otras cosas menores, fijarse en el mantenimiento y mejora de las calles y casas que lo componen, algunas centenarias. Pero eso es tema para discutir en otros foros. Llamé utilizando la contraseña acordada y tuve que esperar un tiempo para que se abriera la puerta de la balconada por donde asomó la cara de Esther somnolienta para sonreírme. Me arrojó un juego de llaves para que yo mismo franqueara la entrada.

– Estoy arriba. Sube por las escaleras. Yo voy a darme una ducha y ahora mismo salgo – se la oyó gritar con voz tocada por el sueño.

El interior de la casa no era precisamente un derroche de decoración. Los muebles, pocos y muy deteriorados, parecían sacados de un rastro de segunda mano. Arriba el cuarto de estar tenía una mesa camilla, tres sillas mal encoladas, un sofá de terciopelo verde con más años que el Hombre de Atapuerca, y el televisor, que dudo funcionase o dejase ver más de dos canales. Eso sí, encima de este último sacaba pecho un torito de plástico negro con sus divisas en rojo. La pinacoteca tampoco tenía desperdicio, con unos “Girasoles” de Van Gogh y unas “Meninas” de Velázquez.

Dos puertas en la habitación daban paso al servicio, por un lado, y al dormitorio por otro. Seguí de pie por los accidentes que pudieran derivar del uso del mobiliario. Pronto salió Esther de su baño cubierta sólo de un batín minúsculo. Vaya afición por las miniaturas de esta chica.

– Pero hombre siéntate que de pie vas a crecer un rato.

– No... si yo... así estoy muy bien.

– Me cambio en un momento – y se perdió en su dormitorio que no pude ver al cerrar ella la puerta -. Oye, ¿has comido algo? Podemos ir a una tasca cerca de aquí o comprar un pollo asado en El Que No Corre Vuela que los hace muy ricos – alzó la voz para que la entendiera bien -.

– Prefiero lo del pollo para no ser muy visto. No soy un personaje popular muy querido, como bien sabes, y tengo un nutrido grupo de fans que no quieren de mí un autógrafa precisamente. ¿Has comprado el periódico? Bueno, es imposible, si te he levantado yo. Quiero ver si la portada es para mí, que es lo que me falta.

– Pues no salgas. Yo voy y lo traigo todo en un santiamén – decidió saliendo del dormitorio ajustándose unos vaqueros que parecían su segunda piel -. ¿Lo quieres con patatas fritas o croquetas caseras? Y una cerveza no puede faltar.

– Yo mientras no sea ginebra, lo que te apetezca. Toma, te invito yo – y le di treinta euros para todo -. Otro día me invitas tú. Me lo debes – le sonreí.

– Ahora mismo vuelvo. No te vayas, ¿eh?

– No, te espero impaciente.

Se marchó y me quedé contemplando desde el balcón cómo se perdía entre las callejuelas que conforman este barrio. Me volví y fui a su dormitorio a olismear qué podría haber interesante que yo supiese. Una cómoda pequeña con tres cajones, un armario de dos puertas descolgadas y una mesita de noche eran los muebles a investigar. Como presentía que tenía poco tiempo, comencé por abrir el único cajón de la mesita y descartar esta rápido para meterme en faena con los otros dos que consideraba tendrían más meollo. En efecto, un completo surtido de lencería fina, y menos fina, ocupaba todo el cajón. Introduje una mano para ver si debajo encontraba algo, pero aquello estaba a reventar de prendas íntimas sin más tesoros. Lo cerré y me dediqué a la cómoda. Ninguno de los tres cajones arrojaba nada destacable. Sólo ropa y un juego limpio de sábanas. Con las puertas del armario debía tener cuidado de que no se cayeran del todo para que no se diera cuenta Esther de mi registro, y para no aplastarme un pie si me caía encima o abrimme la cabeza, debido a su estado de deterioro. Chirriando, como si estuviesen acostumbradas a mantener un equilibrio para no desprenderse, las abrí de par en par y lo primero que me llamó la atención fueron los espejos que colgaban en las caras interiores de las puertas. Presentaban, desde un punto común, líneas de rotura hacia los cantos como si en ambos hubiesen golpeado con algún objeto contundente sin que hubiese llegado a desprender trozo alguno. Se suponía que era allí donde Esther se miraba lo bien que le quedaba la ropa. Era un poco rompecabezas. Colgando de perchas, cuatro o cinco vestidos, junto a unos vaqueros de repuesto, componían el fin de un fondo de armario nada profundo. A punto de cerrar las puertas, me fijé en un pequeño bolso que llamaba la atención entre los zapatos del suelo del armario. Era uno de esos de mano pequeñitos que llevan

las señoras a las fiestas, de color dorado. Lo abrí y me fijé en una agenda diminuta, como de teléfonos, de pastas coloradas. La ojeé por encima leyendo nombres que ni conocía, ni conocería probablemente nunca, hasta llegar a una parte que, precedida de una hoja con la inscripción LA COMPAÑÍA, podía tener, y de hecho tenía, teléfonos y direcciones que me interesaban muchísimo. Me quedé helado, primero porque Esther no era la mosquita muerta que creía si disponía de esta información. Y segundo, porque allí aparecía un teléfono con una dirección muy familiares ambos para mí, junto al sobrenombre de El Mando. Cerré la agenda. Un sudor frío me helaba el cuerpo. Ahora sí me habría tomado una de esas ginebritas de anoche. Y un litro. No debía perder la cabeza o podría descubrir más de lo que ellos creen que sé. Decidí esperar a Esther en el cuarto de estar y actuar como si no hubiera descubierto nada. Por ahora.

Dejé todo en su sitio, miré por la ventana del dormitorio y vi que daba a un patio trasero, con un muro de unos dos metros, tras el que tres contenedores verdes de basuras próximos rebosaban de bolsas y cartones no recogidos vaya usted a saber por qué. El silencio del barrio se rompió de repente con un ulular de coches de policía que me hicieron temblar más de lo que me había hecho los hallazgos de mi registro. Me asomé con mucho cuidado por la balconada del salón que da a la entrada y vi llegar y bloquear el portón de madera de la entrada a dos vehículos policiales y un todo terreno de la Guardia Civil. Me imaginaba que un chivatazo les puso sobre mis talones. Sin tiempo para pensar, corrí a la ventana del dormitorio por la que acababa de mirar, la abrí y me descolgué por ella al exterior hasta dejarme caer a pocos centímetros del suelo. Me acerqué al muro y lo salté, no sin dificultad, ya que uno no es ya ningún chaval. Varias calles estrechas se entrecruzaban a mi vista despistándome sobre qué camino tomar. Y las voces y sirenas cada vez parecían más, y más alto la algarabía que formaban. Nadie pasaba por allí, ni para orientarme, ni para delatarme. Era tal la congoja que recorría mi cuerpo que no hilvanaba una idea con otra. Mi mente bloqueada, y mi cuerpo asustado, no emitían ninguna orden coherente que me diera alguna posible salida. Lo único que se me ocurrió fue mirar en el interior de los contenedores y, sudando, obsesionado con ser detenido como un asesino o delincuente más, temblando de miedo y con miedo a, perdónese la expresión, cagarme literalmente de pánico, en el que vi más lleno calculando que yo también cupiese sin grandes apreturas, me encaramé y me dejé caer dentro. Busqué taparme con las bolsas y cartones, hasta situarme en un punto intermedio del contenedor, con basura por debajo que me acolchara y con basura por encima que me tapara. Me conseguí acomodar lo mejor posible, dentro de las posibilidades de la situación, y coloqué la cara de tal forma que pudiese respirar sin apretarme la boca con nada que pudiese asfixiarme. El aroma, de todas formas, era para asfixiarse. Y sentía humedades por todo mi cuerpo, de las que no quería o prefería no saber su procedencia. No había sentido más asco en mi vida, pero tampoco había sentido tanto miedo. Y eso que era de la policía de la que huía.

QUINTO NÚMERO ROJO

Fuera sentí cómo con altavoces se me invitaba a salir de la casa antes de que ellos entraran por la fuerza. Decían saber muy bien quién era yo y lo peligroso que podía llegar a ser, por lo que no dudarían en abrir fuego si oponía resistencia. Estaba todo el edificio rodeado, según me amenazaban. “Pues yo por ahora me he escapado”, pensaba. Comencé a oír carreras cerca del contenedor y charlas a media voz entre los que supuse serían Fuerzas del Orden Público. No sé el tiempo que pasó hasta que comenzaron a oírse gritos como que “el nido estaba vacío”, “el pájaro ha volado” y demás chorradas que tanto gustan de decir cifradas cuando no interesa revelar el fondo del mensaje.

– Otra vez se me va a escapar el muy hijo de puta – reconocí cerca la voz, siempre “amable y simpática”, del cabo Ramírez. Un estruendo hizo temblar el contenedor producto de una patada que éste le propinó -. Aquí metía yo a ese montón de escoria, junto con lo que es, basura. Menuda peste mana de ahí, esto no lo aguanta nadie – “servidor”, me daban ganas de decirle metido entre toda esa porquería.

– Oiga – se oyó gritar algo alejado –, ¿dan su permiso ya para retirar los contenedores? Creo que todo el barrio está perfumado – y se oyeron varias risas de esa misma distancia.

– Sí, anda, pero hacedlo rápido que no estamos para bromas.

– No, si con el camión ni se hace ruido ni se tarda nada – esta vez sí estaban más cerca. Me preguntaba si sería un camión de basura de los modernos. Si así fuera, terminaría hecho picadillo. Nuevamente tenía que pensar deprisa...

– Pero si esto es un camión normal y corriente – se extrañaba el cabo.

– Pues claro, mi capitán, no ve que por estas calles no entra un camión triturador moderno. Por eso tenemos que salir de aquí cuanto antes, para no cargar esto más de olores.

– Oiga, lo de capitán sobra. ¿O es que se quiere mofar de la Benemérita?

– No, hombre. Le hace falta una chispa más de humor. Que así se envejece uno muy rápido y lo quieren menos las niñas. Perdóneme si le he molestado. Nosotros a lo nuestro.

– Espere que me dé tiempo a alejarme de aquí, que lo que me falta es que me vuelque el contenido de estos cubos de bazofia en el uniforme. Buenas tardes.

Lo sentí irse con algún guardia más, pues eran varias las pisadas que se oían alejarse. Los basureros esperaron que desaparecieran de su vista para empezar por el contenedor más alejado del mío. Aproveché el follón que montaban al moverlo y desplazarlo hacia el camión para subir

un poco de nivel, dentro del contenedor, y pegar la cara a la tapa del mismo, haciendo el menor ruido posible. El dejar el primero y coger el segundo para hacer la misma operación lo aproveché para empujar, con la parte superior de mi cabeza, la tapa y poder ver qué tipo de camión era el que utilizaban. No tenía trituradora ni nada parecido, sólo un sistema que enganchaba el contenedor para subirlo y volcarlo dentro de un container normal y corriente, sin techo, que lo único que podría hacerme es terminar de bañarme en detritos orgánicos las partes de mi cuerpo que ya no lo estén. Volví a mi posición intermedia en el contenedor y esperé el paseo. Tendría que buscarme un sitio dentro de la basura del camión donde estuviese escondido, pudiese respirar, no me aplastasen los futuros residuos que quedaban por cargar y, por supuesto, no fuera visto por nadie hasta ver qué ocasión tenía de escaparme de allí. En esto estaba cuando comenzaron a zarandear mi contenedor y a desplazarlo al camión. Subí escuchando a los dos basureros hablar de fútbol y sentí el giro de mi receptáculo, expulsándonos afuera cual boca de borracho que emite su arcada. Y para arcadas, las que me daban a mí en medio de tanto residuo y tan mal olor. Una masa grisácea, con pintas rojas y amarillas hizo de anfitriona y terminaba de dar color, olor y sabor a mi ropa. Deslizándome por ella creía que no habría en la vida, ni en el planeta Tierra, cosa más asquerosa que pudieran prepararme. Sacando fuerzas de flaqueza, al oír el nuevo trasiego del contenedor a su sitio, me desplacé arrastrándome a la esquina delantera derecha del container, tapándome con unos cartones y bolsas. Si quería camuflarme, lo había conseguido y con nota.

– MANU, VAMONOS – gritó uno de los operarios del camión al que conducía para que arrancara y fueran a la siguiente calle a por más contenedores que vaciar. Por los sonidos de radios, alguna sirena, walk-man y gritos de órdenes, comprendí que pasamos al lado de donde se apilaban el cabo Ramírez y compañía, y proseguimos dejándolos atrás, más atrás, cuantos más contenedores fueron desalojando alrededor de mí.

Cuando creía que ya no podría esquivar más basuras, se escuchó el esperado “Se acabó por hoy. Regresamos a la central”, que daba por lleno el camión. Subieron a la cabina del mismo los dos encargados de manipular los contenedores y durante unos minutos no tuvo parada ninguna. Asomé algo la cabeza para ver por dónde estábamos y reconocí la entrada del Hotel Viejo Albaicín, en cuya puerta había un semáforo permanentemente en ámbar, como señal de atención para el cruce con la Cuesta del Caidero. Por estar próximo a El Terrao, donde quería volver a refugiarme, avancé entre toda la mierda del camión hasta situarme en la parte de atrás. En el momento de detener brevemente el vehículo para mirar el cruce salté fuera, a la calzada, ante el asombro, y gesto de asco de un automovilista que seguía al camión. Corrí sin parar ni mirar a nadie hasta entrar de nuevo en la calle Cuartelillo donde, ya andando y disimulando el desasosiego que me invadía el cuerpo, me dirigí, sin mirar dentro del bar, a la casa deshabitada donde me escondí la noche anterior. Busqué poder subir a la planta de arriba pero las escaleras no estaban para muchos trotes. Encontré una puerta cerrada que con un empujón con el hombro cedió y me descubrió lo que en el pasado fue el salón de estar de la vivienda. Por supuesto todo estaba destrozado. Mesas, restos de sillas, un sofá de tres plazas con los muelles asomando y la tapicería desgarrada, las paredes desconchadas y ennegrecidas, con pintadas incoherentes y hasta un graffiti de un gnomo con cara de mala leche y un dibujo de la hoja de la marihuana en el pecho. Cerré la puerta tras de mí y, con restos de cartones y dos cojines viejos y rotos que encontré en un rincón, restauré como pude el sofá, instalándome allí para recuperar fuerzas. Había una ventana que daba a la calle Cuartelillo, pero unos trapos blancos, curtidos de manchas de todo tipo, extendidos donde debían estar los cristales, impedían ver hacia fuera y desde fuera, aunque sí entraba luz suficiente para desenvolverse por la habitación.

Tumbado boca arriba valoré mi aspecto. Daba verdadero asco mirarme y olerme. Necesitaba ropa limpia y una ducha. El Mechas me lo daría si pudiese entrar ahí sin levantar sospechas. Un poco más tarde lo intentaría. No mucho más tarde, pues El Penta no tardaría en llegar. En esas estaba hasta que cerré los ojos, algo cansado y me dormí un rato. No sé cuánto tiempo estuve allí, pero al abrir los ojos me levantó sobresaltado el ruido de la puerta de la habitación al abrirse de un empujón. Un chiquillo, de unos trece años calculé, despeinado, mugriento como yo, vestido con ropa militar desgastada al límite, gorra incluida, con un bocata en una mano y una botella de refresco cola de dos litros en la otra, estaba pasmado mirándome como si hubiese allanado su morada.

– ¿Y tú qué haces aquí? – preguntó con descaro.

– Supongo que lo mismo que tú, escapar de esta sociedad que no me da nada más que palos. Y aprovechar este ruinoso sitio para tener un lugar donde cobijarme, aunque sea temporalmente.

– Pues ya te estás apeando de mi zona de descanso que me ha costado mucho reunir aquí todos estos muebles – y acercó una mesa, con las patas apunto de claudicar, al borde del canapé. Al ver el apaño que le había yo hecho que permitía un sentado más confortable sonrió aprobando la mejora -. Parece que lo hubieses dejado nuevo.

– Hombre, tanto, tanto....menos molesto sí resulta para el culo y la espalda. ¿Vives aquí?

– Malvivo aquí, mejor dicho. Iba a comer algo, ¿te apetece?

– Mentiría si te dijera que no. ¿Dónde conseguiste el bocadillo? Quiero decir, ¿está muy lejos?

– No, es un supermercado de aquí al lado. Te puedo decir dónde.

– Me harías el favor de traérmelo tú. Dos, a poder ser. De mortadela con aceitunas y de chorizo. Si vas, te invito a otro. ¡Ah! Y otra botella de dos litros para beber. ¿Qué dices? ¿Aceptas o no?

– Pero el mío ha de ser de jamón.

– Pero del barato, no pata negra de veinticinco años.

– Son ocho euros más otro de gastos de transporte.

– Me estas robando, lo sé. Pero bueno, hazme otro favor y te completo hasta los diez euros. Entra en El Terrao y le dices al negro de la barra que Rocker está aquí. Roc-ker, acuérdate. Sin que nadie más lo escuche. Que te diga qué hago después de comer. ¿Te acordarás de todo?

Cogió el dinero y marchó corriendo cerrando la puerta de la estancia. Me intranquilizaba la idea de que fuera la segunda comida que pagara esa mañana, y la segunda que volara sin ser catada. Al menos esta vez tenía su bocata y sus dos litros de refresco. Ni diez minutos habían pasado cuando otro empujón a la puerta permitió que entrara el chaval con todo el material consumible, esta vez metido en una bolsa de plástico. Lo dejó todo encima de la mesa, sacando su correspondiente bocadillo de jamón y escondiéndolo junto a él. Comimos y bebimos sin intercambiar palabras, sólo gestos de satisfacción y gemidos de placer palatino. De vez en cuando, sonoros eructos se le

escapan a mi infante acompañante, pero se los perdonaba como agradecimiento a su inmejorable compra. Sin agobios de tripas vacías, ni sed que nuble la mente, me apoltroné contra el respaldo del sofá dejando espacio de distensión al vientre lleno. Y más con las burbujas del refresco. Medio somnoliento terminé de ver a mi joven compañero devorar sus últimos bocados, dando un largo trago al refresco y eructo inmenso de traca final de fiestas. Todo un espectáculo este querubín tiznado.

– ¿Y por qué hueles tanto a mierda? – me soltó a quemarropa.

– No, si tú hueles a gloria – le bromeé dándole un golpecito en el hombro -. Y el esmoquin que usas me quita el sentido.

– Ya, pero lo tuyo parece que ha sido recochineo, revolcarte con gusto.

– Pues no, hijo, no. Gajes de la vida. Por cierto, ¿le diste el recado al negro?

– Claro, se me había olvidado concentrado como estaba en dar un bocado tras otro. Me dijo que en media hora te asomases a la puerta del bar y, si no había nadie, como presumía él por la hora, subieses las escaleras. Lo que no me especificó fueron qué escaleras. Supongo que tú sabrás cuáles son, ¿no?

– Sí, lo sé. Mira, te propongo otro trato. ¿Tienes algo que hacer las próximas horas? – como me negó con la cabeza proseguí mi exposición -. Quédate aquí, abres un poco el trapo que tapa la visión de la calle y observa si entra en el bar un tipo alto y gordo, con o sin un tipo delgado, calvo y con un parche en un ojo. Si entran, calculas treinta minutos y, si no he salido en ese tiempo, llamas a la policía y les adviertes de un asesinato en este bar. ¿OK? Si salgo antes, pues nada. A cambio te doy cincuenta euros, veinticinco ahora y veinticinco al terminar el trabajo.

– Al gordo y al tuerto los conozco de verlos a veces por aquí, por el barrio. Pero, ¿y si te liquidan? ¿Cómo cobro yo la otra parte? – se interesó por sus emolumentos sin tacto ninguno con mi destino.

– No llegarán a liquidarme. O salgo con ellos o salgo con la policía. Por lo menos eso debemos pensar.

– Pues con tu aspecto y olor, creo que con la policía poco vas a salir.

– ¿Aceptas o no?

– Venga, sí. Por no hacer nada, no está mal lo que pagas. Lo único que si tengo que llamar por teléfono, puedo tardar un poco. Pero ya me las arreglaré.

– No, no. Menos mal que lo has comentado. Te voy a dejar a cargo de un móvil que no has de conectar si no necesitas hacer la llamada. No tiene número de bloqueo y apretando una tecla llama directamente a la persona con la que tienes que hablar – le enseñé la tecla de encendido y la de rellamada que volvería a reflejar el teléfono del comisario Peana, último número marcado por mí -. Como ves es fácil. Cuando identifique el número que le llama, sabrá el caso que es y no le tendrás que dar muchas explicaciones. Entonces, te dejo. Toma tu primer pago y después

terminamos de hacer cuentas.

Me asomé desde la ruina de portal a la entrada de El Terrao. Efectivamente estaba vacío, por lo que sin pestañear entré decidido y subí las escaleras a la planta superior. La puerta de acceso estaba abierta y, al no ver abajo a El Mechas, lo llamé en voz alta sin obtener respuesta. Miré en su habitación y todo seguía igual. Por el resto de habitaciones no parecía oírse movimiento alguno que indicara estar arreglándolas. Extrañado y con ganas de soltar una larga y cálida meada, me dirigí al lavabo. Mientras me aliviaba no alcanzaba a entender cómo dejaba el negocio abandonado, aunque fuera por un momento. Decidí asearme un poco y esperarlo abajo, tomándome un café, cuando llamó mi atención la cortina del baño descolgada por un extremo, como si hubiesen arrancado esa parte de las anillas correderas que se mantenían en el mástil. Al acercarme para recomponer aquello un poco me encontré la cara de El Mechas con los ojos abiertos fijos en mí, tumbado a todo lo largo de la bañera, la boca también abierta y un agujero, entre los ojos, de entrada de bala por el que apenas había manado un par de hilos finos de sangre. Debajo de su cuerpo se acumulaba un charco rojo proveniente de su nuca, por donde habría salido el proyectil. Presentaba también señales de golpes en pómulos, sienes y, por la posición anormal en que se veían, ambos brazos y piernas rotos. Me aventuré a realizar un registro rápido al tercer cadáver que examinaba en veinticuatro horas, cosa que ya me estaba resultando familiar pero para nada agradable. Encontré las llaves del negocio en un manojo de por lo menos quince, unas siete monedas de euro, un pañuelo sucio, varios palillos de dientes, aparentemente sin usar, y una pequeña funda de plástico de las que envuelven los carnés de conducir, con muchos papeles de identidad suyos y otros con algún apunte que no era el momento de valorar. Limpié de sangre una de las caras de esta funda con papel higiénico, me lo guardé y me lavé las manos. Algo me decía que era mejor poner pies en polvorosa ante lo que podía ocurrir.

Me disponía a ello cuando sentí unas voces que subían las escaleras hacia el piso. Rápidamente me introduje con ligereza en el dormitorio más próximo que alcancé, casi a oscuras y escondiéndome tras la puerta a medio cerrar. Esto me permitió poder ver, por la rejilla que queda entre puerta y marco, a dos tipos con toda la pinta de Los Blues Brothers, uno gordo y bajo y otro delgadito y alto, con sus mismos trajes negros, camisas blancas, corbatas negras, zapatos y gafas también oscuros, patillas a media cara, sombreros negros con una tira blanca en medio y andares chulescos. Casi discutían entre ellos, por el tono que manejaban. Portaban en sus manos una pistola cada uno. Por instinto palpé que la mía estuviese donde siempre y rezaba primero por no tener que usarla y segundo porque, llegado el caso, toda la ponzoña que le habría llegado con seguridad en mi baño basurero matutino no hubiese afectado a su mecanismo de acción.

—...porque antes, si te hubieses enterado de todo, no teníamos que estar aquí de vuelta. Ahora cualquiera toca al negro. Estará cubierto de sangre hasta los ojos. Y que lleve encima la famosa cartera.

— Pero si es que no se han aclarado hasta que la faena estaba terminada. Dicen una cartera, y lo mismo es la mochila del Tercio de la Legión. Nos mandan a buscar algo que ni ellos saben lo que es. Es más, nos mandan liquidar al negro por una sospecha de una chivata que capaz es de no ser verdad. ¡Joder qué peste huele por aquí! Parece como si se hubiese descompuesto ya el cabronazo ese.

— O como si hubiesen descargado aquí un camión entero de basura. Qué digo un camión, toda la

flota de camiones de la ciudad. Menudo asco.

– Y mientras el mamonazo éste del Darbo Nighth y sus gorilas esperando bien cómodos en su Mercedes. Como están los dos gilipollas de turno ahí, que ellos se la jueguen.

– ¿Van a esperarnos aquí en la misma calle?

– ¿Tú eres imbécil o te lo haces? Esos nos esperan ahora en La Paloma Blanca, ahí en calle Aljara o algo así.

– ¿Y tú sabes ir?

– Que sí. Vamos rápido con esto y salgamos flechados.

Entraron al lavabo y los sentí discutir sobre quién sería el encargado de registrar el cadáver de El Mechas. Aproveché para escurrirme sigilosamente a las escaleras y volar al portal de la casa ruinoso. Abrí la puerta donde me esperaba el chaval y me lo encontré dormido en el sofá.

– Contigo estoy protegido – le recriminé mientras le arrancaba el teléfono, lo encendía y llamaba a Peana.

– Los bocadillos me han dejado rendido. Hacía que no comía así semanas.

– Pues venga, tira para la puerta que me tienes que llevar a una dirección sin que nos vea nadie. Y corriendo, que esto se va a llenar de policías.

Salimos corriendo mientras al otro lado del teléfono tardaban en descolgar. A unos doscientos metros paré y volví a llamar. Esta vez sí lo cogieron rápido.

– Peana, soy yo. Como siempre calle y escuche. Es urgente – le expliqué lo de El Mechas, el sitio, la presencia de dos matones, la espera en La Paloma Blanca del llamado Darbo Nighth, la peligrosidad de todos y le pedí que registrara a fondo El Terrao hasta encontrar la nevera portátil con el cuchillo. Que estudiara sus huellas y la sangre que en él había. Le pedí que fuera a recoger el cadáver de Rice y que tuviese paciencia conmigo pues pronto esperaba conocerlo en persona, pero con mi inocencia como tarjeta de visita. A todo esto se notaba que mi discurso lo estaban oyendo varias personas en un teléfono en abierto pues, conforme les comentaba cosas, se daban órdenes de enviar elementos de las Fuerzas de Seguridad a un sitio u otro con la máxima discreción y prudencia -. Seguirá teniendo noticias mías – concluí.

– Cúidese y no me olvide – le oí decir antes de desconectar de nuevo el móvil.

El chaval se conocía el barrio al dedillo y sabía por dónde podía llevarme, con el mínimo riesgo de ser visto o reconocido. A veces, me hacía entrar en casas abandonadas para salir por la puerta trasera o descolgarnos por un balcón derruido, o me hacía esperar por la presencia de gente hasta que no hubiese moros en la costa. Parecía muy identificado con mi causa. Y yo se lo agradecía de corazón ya que dependía en ese momento de él. El empedrado que muchas calles del barrio presenta resulta muy apreciado por los turistas, por la diversidad de dibujos que se obtienen con piedras de diferentes tamaños, formas y colores, pero para mis pies ese día era una auténtica

paliza. Correr, saltar, en definitiva, ir sin la tranquilidad del guiri en su paseo vacacional, con los botines de Mike Rivers por estas superficies, estaba aumentando la temperatura de mis zapatos hasta cotas molestas. Necesitaba llegar a mi destino y poder darme descanso, porque vaya día el que llevaba.

Próximos a calle Matamoro, le describí la casa objeto de mi destino pero manteniendo que podía ser muy peligroso, en ese momento, ir sin estudiar previamente la situación en los alrededores. Me aconsejó que esperase en otro inmueble ruinoso próximo mientras él mismo indagaba cómo estaba el patio. De nuevo me admiraba el valor de este mocosillo que, no teniendo mucha edad, tenía camino recorrido en este mundo. Para él era un juego divertido del que no sabía todas las reglas pero del que se sentía parte activa e importante. Como yo acepté su ofrecimiento, me condujo a lo que en su tiempo debió ser un taller de coches pequeño o de motos. Presentaba un aspecto mucho más sucio que el que había sido hace un rato nuestro salón. Todavía colgaba de la pared un almanaque del año 1988, con una rubia impresionante que sonreía permanentemente a todo el que la miraba. También se podían ver dibujos de herramientas en la pared, en donde se supone estarían colgadas en otro tiempo cada una, en riguroso orden que impidiese perderse al operario que la buscara. Las borras de todo tipo y colores adornaban el suelo, junto a broza asilvestrada que surgía de las grietas repartidas por todas partes. Apoyado en los restos de un viejo gato hidráulico pude ver, por un hueco en el panel de madera que tapaba una ventana del local, cómo el chaval se acercaba a la casa de Esther y, sin temor ninguno, aporreaba el timbre para ver quién salía. Una vecina se dirigió a él y estuvieron hablando un tiempo, tras lo cual se despidió y se marchó cada cual por un lado. No pasó mucho hasta que vi entrar, por otro ventanuco de la pared de enfrente, a mi pequeño aliado.

– Vaya lío en el que está metida tu amiga. Según me ha contado la vecina, esta mañana la han detenido por ayudar a un asesino a escapar de la justicia. Parece ser que los tenían controlados y, en una redada rápida, la consiguieron detener a ella cuando iba a comprar comida para su compinche. Él se ha escapado y es sólo ella la que se está comiendo el marrón. Ahora la casa está precintada y no se puede entrar a ella. ¿No tendrás algo que ver con ellos? Joder, lo suponía – exclamó cuando vio mi cara asintiendo a todo lo que me contaba -. Tú serás el asesino y yo tu próxima víctima.

– Calla un momento. Si lo hubiera querido o creído necesario, ¿no crees que hace rato te hubiese eliminado? Debes creer en mí como yo tengo que fiarme de ti – me sonaba la frasecita -. Te explicaré un poco lo que pasa – y por encima conté que estaba perseguido equivocadamente, que Esther era una de mis claves para demostrar mi inocencia y que necesitaba una pequeña agenda que esta mañana encontré, y volví a dejar, en un bolso de fiesta dentro de esa casa, pues contenía teléfonos y direcciones fundamentales en la resolución del caso -. ¿Me crees?

– Puede que todo sea verdad, y que lo único que seas es el típico pamplinas que está en el sitio menos oportuno en el momento menos adecuado. Iré a por esa agenda, pero te va a costar ciento cincuenta euros a sumar a los veinticinco que me debes.

– Pero si te quedaste dormido y por poco me dan el pasaporte...

– O lo tomas o lo dejas y hasta aquí ha llegado mi colaboración contigo – hizo amago de irse, se paró y me miró esperando respuesta-. ¿Qué? ¿Aceptas o no?

– ¡Qué remedio me queda! Ten cuidado y que no te vea nadie.

– Ya soy mayorcito para consejos de ese tipo. No te muevas de aquí.

Lo vi por medio de la calle dirigirse a la parte posterior de la casa. “Entrará por el muro de los contenedores y luego se colará forzando la ventana del dormitorio de Esther”, pensé. Unos minutos después apareció un todoterreno de la Guardia Civil con una pareja de guardias. Pararon frente al portón de entrada a la casa y sacaron dos cestas verdes de mediano tamaño, como de llevar fruta, para recoger efectos sospechosos, supongo. Temía por el chico, cuando inmediatamente después de entrar los civiles en la casa, surgió su figura por donde había desaparecido. Sentí mi corazón recuperar sus latidos normales, pues si al chico lo cogen, mi situación para salir de allí no era la mejor. De inmediato llegó hasta mi lado sonriente.

– Por poquito no me pillan. No contaba yo con la visita de esos dos, y sin la sirena no hay quién se entere ahí dentro. Bueno, al grano. Aquí está tu bolso de fiesta – dijo mientras me enseñaba el pequeño bolso dorado -. Ahora quiero ver mi pasta. En total son ciento setenta y cinco euros por ser para ti. Precio de colega, ¿eh?

– Baratito, ¿eh? – ironicé a la vez que abría mi cartera. Al pensar que me faltaban algunos euros me acordé del dinero de Rice que llevaba aparte. Lo busqué en mi bolsillo, saqué el fajo y le completé sus emolumentos hasta la nada despreciable cifra.

– ¿Siempre llevas tanta guita encima? – preguntó curioso el chaval no acostumbrado, supongo, a ver tanto billete junto.

– No, sólo si salgo a tomar café, por llevar algo de cambio.

– Qué gracioso...- murmuraba mientras contaba el dinero para asegurarse que no faltara nada -. Y ahora, ¿desea algo más de mí el caballero?

– Depende. ¿Será gratis? Porque contigo, o se es ministro, o le toca a uno la lotería para tenerte como empleado.

– Está bien. La casa invita. Escúpeme lo que te corroe.

– Necesito ir a un lugar tranquilo donde estudiar mis planes, descansar y, a poder ser, me duche y tenga ropa limpia sin que me hagan muchas preguntas.

– Puede ser que conozca ese lugar, pero lo de la ropa te lo propongo como un trueque. Yo te consigo otra limpia pero me quedo con la tuya, chupa y botines incluidos. Yo me encargaré de lavarlos.

– Con cena y cama.

– Pero sólo por esta noche.

– De acuerdo. ¿Vámonos ya?

– Esperemos a que se alejen de la zona los civiles. Aunque vayamos por sitios escondidos, mejor cuanto más lejos los tenga.

Allí estuvimos de tertulia, preguntando el uno al otro, para conocernos mejor. Le tenía aprecio a aquel chavalín pues, aunque cobrándome bien caro, me había ayudado en una situación ciertamente delicada. Me confesó que aunque aparentase menos, creía tener unos quince años. Y digo creía, porque desde que él recordara, siempre había estado en la calle, sin confiar mucho en nadie, pero sabiendo de quién fiarse. Nadie lo conocía lo suficiente, ni el tiempo suficiente, como para decir cuántos años tiene. La calle era su hogar. El comienzo de sus recuerdos eran de una casa de acogida de Cabra, un pueblo de la provincia de Córdoba, aunque posteriormente, y sin acordarse muy bien por qué y cómo, sólo mantenía imágenes del barrio – El Realejo, su barrio, como él decía -. Cree que se fugó del correccional, para cambiar “mocos por babas”, aunque aquí goza de plena libertad. Le conoce quien a él le interesa y para el resto intenta pasar desapercibido. No molesta y tampoco quiere que le molesten. Así lleva media vida y así quiere seguir. Le gusta que le llamen Quini en honor a un futbolista que nunca vio jugar, pero del que por lo visto le ha hablado maravillas Maxi, un peluquero del Campo del Príncipe con el que parece tener muy buena amistad, aunque poco trato como cliente. Nuestro Quini afirma sentirse muy feliz con su forma de vida, ya que, según él, tiene varios pisos por los que alterna según sea verano, ruinas sin tejado que permitan el discurrir de la brisa y el fresco de las temperaturas, o invierno, chabolas con más paredes y con los tejados más enteros en donde se mantenga más el calor e incluso puedan permitir hacer una lumbre con la que comer de cuchara. La ropa me contó que le sobra entre la que le regalan los pocos conocidos de confianza y la que encuentra en su boutique particular: el contenedor de ropa usada. De ahí precisamente, me contaba que había obtenido hacía unos días unos pares de zapatos y unos pantalones que me irían que ni pintados. Yo esboqué una sonrisa de agradecimiento pensando para mí qué prêt a porter me esperaba.

– ¿Y te ducharás en algún sitio? – pregunté curioso.

– Y con toallas limpias y champú de huevo, te vayas a creer que soy un guarro, cosa que tú...

Y continuó el relato de su vida. Según parecía, la ducha se arreglaba para dársela últimamente en un supermercado del barrio. Me explicó, tenía un coleguita que había entrado a trabajar de guarda jurado en el supermercado. Varias noches a la semana se encargaba de la custodia del mismo en el turno de madrugada y, aprovechando esos turnos, Quini, se acercaba a las once o doce, cuando todo el personal se había marchado, y, por una puerta de servicio, llamaba con unos cuantos golpes de contraseña para que le abriera. Aunque pequeñito, por ley, el supermercado disponía de un cuarto de aseo completo con su plato de ducha para el personal. Pero nadie lo utilizaba y era Quini el que, con las toallas y el champú que se destinaba allí, disfrutaba de la instalación con agua caliente y todo. En una bolsa traía su muda y salía de allí más limpio que una patena. Esa noche tocaba turno de su amigo, por lo que iríamos los dos a hacerle una visita. La lavadora eran sus manos en un pilar público que en invierno te helaba las manos, eso sin contar las múltiples broncas con los vecinos por utilizarlo. De todas formas, casi semanalmente se pasaba por el contenedor de ropa y renovaba algo las perchas del armario.

– ¿Y comer? Porque hoy te ha tocado el tonto de turno, pero yo todos los días no puedo ser tan espléndido, ni creo que me vea tan necesitado.

– Bien, tampoco te creas que hace falta tanto para vivir. Si haces dos comidas, pues bienvenidas sean. Si es una, pues no voy a romper a llorar. Lo que si te aseguro, es que no pasa día que no me lleve algo a las tripas. Hay a quien le pido algo, hay quien te da sin pedir, a veces mendiguelo y saco para ir tirando. Pero no me gusta dejarme ver en exceso. Pueden encerrarme en cualquier momento, y de eso sí que me defiendo como sea y contra quien sea. ¡Ah! Otras veces, como tú bien apuntabas, encuentras un panoli y te arregla el mes completo – tras lo que soltó una carcajada que me molestó al principio pero que me contagió al final. Reímos y reímos hasta llorar de risa. Hasta terminar apoyados el uno en el otro por no caer de risa -. Me vas a empear, tío puerco. Y tú, ¿qué haces en la vida?

– Llevo a medias una farmacia con otro socio, estoy casado, tengo dos niñas y, de hobby desde ayer, me meto en líos sin solicitud de inscripción, conociendo a la gente más variopinta que jamás imaginé. Ese es el resumen de mi vida en unas palabras.

– Pues, si sales de esta, me pasarás alguna medicina de vez en cuando si estoy pachucho, ¿no? De esas que van a caducar o han caducado y que la gente da para el tercer mundo ese. Como si aquí no tuviéramos tercer, cuarto y quinto si hace falta. Les enseñaba yo a los que califican los mundos la vida de muchos del barrio, de niños, mujeres, hasta hombres y ancianos. La pobreza nos rodea y sólo la ven los que la sufren. Para los demás parece que seamos invisibles. Pero nos defendemos, ¿sabes? Y tiramos p'á delante con lo que tenemos, porque de lo que no tenemos, o no nos acordamos o es a lo que aspiramos. Hacía tiempo....- suspiró mirando al techo y haciendo un silencio para pensar -, hacía tiempo que no hablaba con nadie de mí, de mi vida. Supongo que, como a todo ciudadano de clase media alta, te llama la atención la vida de un mocoso como yo en medio de esta jungla que es la ciudad. Pero te aseguro que no soy un bicho raro.

– Por tu forma de hablar no parece que seas analfabeto, como podría intuirse de la historia de tu vida. ¿Vas al colegio o al instituto?

– Pero si no tengo ni carné de identidad. Estoy seguro que no consto en ningún registro. Es como si no existiese, lo cual para mí vida rutinaria es lo más adecuado, pero para muchas cosas es un problema. Colegio, lo que es un colegio normal, con otros niños, profesores, clases, patios y demás, nunca he tenido. Pero hasta hace unos cuatro meses, a finales del año pasado, tenía en el barrio a Nómades, el maestro, como todos le llamábamos. Era un borracho de noche. Bebía más que los peces del villancico. Pero luego, de día, sobrio, era como un padre para mí, sin las ataduras propias de un padre, ni yo las de un hijo, pero con una respuesta en su boca a cada pregunta que le hacía, a cada dificultad que encontraba. Él me enseñó a leer y escribir, me hablaba de historia, de biología. Me enseñaba el correcto uso del lenguaje. Quería que fuese el golfo más culto del barrio. Y creo que lo consiguió. Matemáticas generales y hasta sé unas palabras de inglés y francés. Era, según cuentan y cuentan en el barrio, un antiguo maestro de escuela, de no sé qué pueblo de las Alpujarras. Un buen día, su único hijo de cuatro años de edad se perdió por el monte, en un descuido de su mujer, apareciendo degollado y mutilado por, al parecer, jaurías de perros salvajes tres días después, encontrándose restos de su cuerpo en varios kilómetros a la redonda. La mujer enmudeció desde aquel día hasta que, meses después, Nómades la encontró en su jardín, al volver al mediodía del trabajo, colgada de la rama de un olivo y tiesa como la mojama. Esta versión varía el final según qué vecino te la cuente. A mí me daba igual. Nunca hablamos de eso, y mira que por lo menos rondó por el barrio durante cinco años. Tras todo esto, dicen que lo abandonó todo y se refugió en la bebida hasta que, en pocos años, se arruinó por

completo y en su deambular por la ciudad, conociendo las miserias de todos los barrios y centros de recogida, Cruz Roja, ONGs e incluso calabozos de comisaría, fue a dar con sus huesos por éste, mi barrio. Aquí, como el que no ve no cuenta, y el que ve no quiere contar, se encontró en la salsa que él venía buscando, sin preguntas ni miradas de más que incomoden. No jodes, pues no te joden. Todos esperan el paso del tiempo para conocerte, sin prisas, prestándote la atención que tú solicites y merezcas, para, tarde o temprano, incluirte en su grupo de conocidos con derecho a conversación o no. Pero eso sí, para los habituales del barrio, pasado un tiempo prudencial en que se va aceptando tu presencia en él, y como norma de mínima cortesía, nunca se te niega el saludo. Unos buenos días, o unas buenas noches, siempre es normal que recibas hasta de la persona que no te dirija la palabra para otra cosa que no sea eso, un saludo. Conocí a Nómades en el mismo salón que nos hemos encontrado tú y yo hoy. Congeniamos desde el principio, y él, al ver lo ceporro que por aquella época era yo, se encabezonó en enseñarme todo lo que yo pudiese aprender. Más que enseñarme, me narraba las cosas a modo de cuento. Teníamos una vieja pizarra que él mismo consiguió hablando con el bedel de un instituto. Me regaló, por Navidad, un diccionario que conservo como una de mis más valiosas pertenencias.

– ¿Y qué fue de él?

– Parece ser que en una de sus últimas borracheras, a finales de año, fue recogido por la policía y los médicos aconsejaron su ingreso indefinido en un centro de mayores en donde le cuidarán mejor que en la calle, pero limitarán su libertad. Parece ser que el centro está en un pueblo cercano. Armilla creo que es. Residencial Cielo Azul o algo así.

– Lo conozco. Servimos medicamentos allí para los abuelitos internos. ¿Sabes lo que te digo? Si sale bien todo, es decir, si no me enchironan por algo que no he hecho, antes de volver a ser un ciudadano normal, te prometo que vamos allí y lo vemos. Si está bien y a gusto, lo dejamos. Pero si nos lo pide, te prometo que lo saco yo de allí para que regrese al barrio. ¿Te gusta la idea? Es otra forma de compensarte por lo que haces por mí, cobros usureros aparte.

– Pero, ¿cómo vas a hacer para sacarlo de allí?

– Tú déjame a mí y verás cómo eso sí puedo concedértelo.

Seguimos hablando de muchas cosas, la mayoría sin más importancia. Coincidimos en nuestra pasión por el fútbol y el rock, así como en el arroz en todas sus versiones como comida preferida. En esas estábamos, cuando ya oscureciendo, sentimos ruido en el exterior. A través del hueco del panel de la ventana nos turnamos para mirar a ver qué pasaba. Fuera, los civiles, cerraban el portón de entrada a casa de Esther y lo volvían a precintar con cinta adhesiva de esa que pone “Precintado por la Guardia Civil” de forma repetida en todo el rollo. Habían llenado las dos cestas de objetos personales de Esther y tras cargarlas en el coche pusieron rumbo a la Cuesta del Caidero.

– Fenómeno – exclamó Quini –, pues nosotros vamos en dirección contraria. Esperamos que se haga de noche y nos vamos a la casa de la calle Damasqueros, que está próxima al súper y por el camino echamos un vistazo al contenedor de ropa. Espera aquí que voy a por la cena. Enseguida vuelvo.

– Mira a ver que no esté muy caducada que de ti me espero ya todo.

– Te vas a chupar los dedos. Pero espera a chupártelos cuando estés bañado, porque si no puedes pillar desde tuberculosis hasta un cólico de no te menees. Ahora voy a por calidad, no ves que tengo dinerito fresco. Hasta ahora.

Dicho esto desapareció de nuevo por el ventanuco que usó antes para ir y venir. Se veía ya poco en aquel cuchitril, por lo que abrí el bolso de Esther para sacar la agenda y guardarla junto a la funda de plástico del Mechas. El bolso lo tiré a un rincón, entre un montón de restos de chasis de coches, puertas, capós y algún cuadro de moto, todo herrumbroso e inservible ni para chatarra. Había que estudiar detenidamente todo el material recopilado para decidir qué camino proseguir en mis investigaciones. Los datos que vi por encima en la agenda eran desconcertantes para mí, ya que implicaban a personas muy cercanas a mi entorno que para nada podría imaginarlas involucradas en negocios de este tipo. Tampoco era ahora el momento de sacar conclusiones definitivas hasta no hacer el pertinente estudio y las averiguaciones adecuadas. En medio de mis devaneos mentales le dio tiempo a regresar a Quini. Venía con dos bolsas de basura negras con algo de género en su interior. Miedo me daba lo que trajera para cenar y en las condiciones en que lo hubiese encontrado, así que por lo pronto no pregunté el menú para no asustar a mi digestivo más de lo necesario.

– Bueno, parece que la calle está tranquila. Vamos a ir por calles del barrio que a estas horas son poco transitadas, por lo que no creo que tengamos encuentros no deseados. De todas formas, cuando estemos próximos al Campo del Príncipe y a la Cuesta del Realejo, espera a que vea que esté la zona despejada para cruzarlos por donde te diga. Venga, vámonos.

Tras salir por el ventanuco, dirigimos nuestros pasos bajando la calle Parra de San Cecilio, sin apenas cruzarnos a nadie. Una abuelita, que sacaba la basura al contenedor de su puerta, saludó a Quini para luego dedicarme una mirada inquisidora, de arriba abajo, frunciendo el entrecejo y la nariz en señal de desaprobación de mi aspecto. Quini me miró y, sin decirme nada, sonrió ligeramente. Proseguimos nuestra ruta hasta las proximidades del Campo del Príncipe, el cual evitamos dirigiéndonos a la calle Plegadero Baja, paralela a aquél y muy estrecha. Los pequeños faroles que iluminan estas calles logran una tenue claridad, pero suficiente para transitar por ellas, aunque no son pocos los deteriorados o inservibles que pasan años esperando un arreglo. Al final de esta vía, antes de la Cuesta del Realejo, se podía ver el contenedor de ropa usada que Quini repasaba de vez en cuando. Unos veinte metros antes del mismo, me paró y me introdujo en el portal abandonado de otra casa en ruinas, cuyo techo presentaba hundimientos en algunas zonas, pero que al parecer sí acogía a okupas de paso en su primer piso. Me conminó a que le esperase mientras él daba un repaso a las últimas tendencias de moda en el contenedor. Me dejó las bolsas de basura con la cena y lo vi acercarse hacia él y, sin muchos miramientos, se introdujo por la boca de entrada a su interior como un gato se colaría por una ventana. Abría de vez en cuando la chapa que hacía de pequeña puerta para dejar entrar algo de luz y apreciar la prenda que tenía en la mano, decidiendo si la dejaba allí o, por el contrario, la arrojaba fuera para luego llevársela. En unos minutos ya tenía fuera tres camisas y unas botas con lo que se dio por satisfecho. Vuelta a deslizarse hacia fuera y recogió las prendas en una bolsa de papel con asas que se encontró dentro, con lo que de verdad podría decirse que venía de una boutique refinada. Miró a ambos lados, se acercó hasta la Cuesta y, viendo el ambiente tranquilo, con un chiflido tipo cabrero y un gesto con la mano me invitó a reunirme con él. Salí con paso firme y acelerado cuando me paralizaron unos gritos procedentes del edificio de dos plantas que tenía enfrente de mi escondite.

Parecían llegar del piso superior, a través de un balcón que tenían abierto, del cual, en cuestión de segundos, comenzaron a salir unas llamaradas que me inmovilizaron más aún por la impresión que me produjo.

– Corre, vámonos de aquí antes de que sea demasiado tarde – me gritó Quini desde el final de la calle -. Esa no es nuestra guerra y pronto esto se puede llenar de gente.

Sabía que tenía razón, que me la jugaba y que, probablemente, quieto ahí como estaba, ni hacía nada por los del incendio, ni hacía nada por mi propio pellejo. De repente un estallido me hizo echarme de rodillas en tierra, tras un coche. Sonó como si una botella de butano hubiese explotado, aunque el alcance de los daños apenas se hizo visible en la fachada. Habían saltado, eso sí, cristales por todo alrededor mío. Se sumaron ahora chillidos de diversa localización. Supongo que vecinos asustados por el estruendo. Cuando desde mi posición, protegido como estaba, logré alzar la cabeza para mirar qué panorama me encontraba, sentí que me cogían del brazo izquierdo y tiraban de mí para sacarme de esa locura. Era Quini que había vuelto para guiarme fuera de toda esa verbena. Había mucho humo del fuego mezclado con el que había creado el estallido. Tambaleándonos llegamos a la altura del contenedor de ropa. Entonces, al mirar atrás, vi el Mercedes gris de El Penta frenando bruscamente a la altura del edificio siniestrado. Se subieron tres figuras a las que creí reconocer como el jefe y sus dos armarios guardaespaldas. ¿Qué harían en esa casa? Apostaba que eran los responsables del incendio, y posterior estallido, que habíamos presenciado hacía breves momentos. No podíamos quedarnos allí, tanto por si El Penta me avistaba, como por si, como era lo normal, aquello se llenaba de bomberos y policías, en ninguno de cuyos cuerpos tenía sólidas amistades. Huimos todo lo rápido que pudimos por la calle Alamillos y por la Cuesta de Santa Catalina, hasta llegar a Damasqueros. La poca gente que nos cruzamos no sabía aún nada seguro de todo el lío que se había armado cerca de ellos. Por fin, Quini se paró junto a un antiguo carmen que tenía una placa de cerámica en donde constaba el nombre del mismo, Villa La Enterá. Extrajo una llave de uno de sus bolsillos y entramos tan rápido como cerramos de nuevo.

– ¿Siempre llevas este ritmo de vida? Parece que te vaya la marcha – me interrogaba Quini entre jadeos, no sé si de cansancio o de pura angustia -. Contigo nadie se aburre. Lo que tocas o miras lo conviertes en una sucesión de calamidades que ni la mejor película de cine negro. Bueno, subamos al piso de arriba que estaremos más cómodos.

Encendió un candil, de los de antes, de petróleo, que tenía próximo a la puerta, y enseguida se iluminó el pasamanos de una estrecha escalera, de peldaños excesivamente altos, que comenzó a subir sin esperar respuesta por mi parte. La carrera que acabábamos de darnos me había dejado sin aliento. Cómo echaba de menos mi época dorada de futbolista aficionado en que no paraba de correr durante los noventa minutos que duraba el partido. Tenía que plantearme volver a practicar algo de deporte porque si no acabaría por arrastrar por el suelo el mito familiar de ser el mejor atleta. No estaba en mal estado La Enterá esta de las narices, vacía en mobiliario, pero las paredes y suelos eran soportables a la vista. Arriba, se abría la escalera a un salón de estar con dos catres para dormir, una mesa de madera a modo de pentágono y tres sillas como de director de cine, de lona, cada una con un color deteriorado distinto. Tras un arco de ladrillo visto, al fondo de este salón, otra habitación recordaba que allí en su momento hubo una cocina completa. Se notaban las marcas de los armarios en las paredes y manchas en el suelo donde tuvo que apoyarse el frigorífico y la hornilla. El único bártulo que había era un recipiente de plástico azul con algún

plato y un par de vasos y tenedores, eso sí, bien acompañados de las primeras cucarachas de la temporada para mí, aunque para Quini no creo que les fueran desconocidas. Tenía la cocina un pequeño lavadero igual de vacío que el resto del hogar. Un grifo solitario en la pared, donde en su tiempo lució una pila de lavar, dejaba entrever que poca agua salía de él cuando había permitido envolver su boca por una telaraña densa, fruto del trabajo de varias generaciones de arañas. En una de las paredes del salón se abría una puerta acristalada, con sus sobremarcos de madera, que daba a una balconada estrecha. Por su situación daba a la parte posterior de la casa, donde un pequeño patio estaba invadido de hierbas silvestres, restos de basura y demás residuos que no dejaban ver el suelo del mismo. Hasta una bañera, con cuatro patas, se apreciaba, desconchada y partida por la mitad, decorando una esquina. Cuando volví a la realidad de nuestro “hogar”, me percaté de que Quini tenía abierto un pequeño arcón, junto a una de las camas, y en él revolvía buscando algo. Al momento, ordenados, como en un mostrador de cualquier tienda, tenía ante mí cuatro camisas, dos pares de pantalones, unos botines, unos zapatos, dos jerséis y una cazadora vaquera, todo recopilado de la calle, y, lo que más me extrañó, dos pares de calzoncillos, calcetines y camisetas interiores en sus bolsas, nuevos a estrenar.

– Parece el mercadillo de los sábados por la mañana – le bromeé mientras echaba una ojeada de un lado a otro apreciando los colores y la “calidad” de los artículos.

– Algún día he estado por allí también, pero últimamente hay muchos municipales y no me fío. Pero he llegado a vender camisas y pantalones que casi seguro han sido echados al contenedor por los mismos que los compran. Pero como la gente es como es, le cambias lo mismo de sitio y les vuelve a gustar como el primer día. Por supuesto no digo de dónde saco la ropa y la anuncio como de segunda mano, y a precios populares. Bueno, elige tu ropa para llevárnosla al súper y tenerla limpia para después de la ducha.

– ¿Y esto también lo sacas del contenedor? – le dije cogiendo una de las bolsas con ropa interior -. Ya los tiran hasta con bolsa y todo, ¿no?

– Y qué más da de dónde proceda esto, son nuevos y, aunque apretaditos, te harán un apaño.

– Pues sí, porque ardo en deseos de quitarme toda la mierda que llevo encima. ¿Cuándo nos vamos a duchar? ¿Comemos algo antes? Mi estómago me pide algo de material comestible. A propósito, ¿qué conseguiste para cenar? Me tienes intrigado.

– Cuando lo veas no te lo vas a creer. Y sin gastarme un céntimo, que es lo mejor. Suelo ir a la salida de los contenedores de basura del súper sobre las ocho de la tarde. Algunos días, no todos, sacan, en un contenedor aparte, todos los productos percederos que han caducado por estas fechas, conocedores de que en el barrio hay gente necesitada. Hay de todo un poco. Hoy, lo mejor de todo, es que mi amigo Eloy, uno de los carniceros, tenía turno de tarde y, si eso coincide con la salida del contenedor que te dije antes. Él me lo purga primero, y me guarda lo mejor, evitando así que me tenga que dar de bofetadas con otra docena de sin techo que conocen la película. Y eso ha ocurrido hoy. Estás de suerte, pues hacía casi un mes que no me pasaba. Además, de la zona de bollería, me ha echado el postre. Mira, mira – y comenzó a extraer de las bolsas de basura tres latas de conservas, un cartón de zumo de melocotón de una reconocida marca, salchichón en lonchas de ese que viene envasado en plástico, un trozo de queso agrietado por el paso del tiempo y restos de bollos de pan que al manipularse se han roto y que el público obviamente no quiere -.

Y mira, mira – y extrajo, por último una bandeja blanca, también embalada, en cuyo interior media docena de susos rellenos de crema invitaban a ser el primer plato de la noche -. ¿Qué? ¿Qué te parece cómo se ha portado el Eloy? Otros días me echa yogures, pero le tengo dicho que no muchos porque no tengo frigorífico y, si encima de caducados, no los conservo en frío, imagínate lo que un día puedo pillar. Una vez me echó hasta doce quesitos frescos de esos que tanto les gusta a las Marías comerse con miel o azúcar. No los he vuelto a probar porque me salían hasta por las orejas. Y es que la ley del pobre, reventar antes que sobre, puede jugar en ocasiones en contra de uno mismo. Bueno, habla algo, opina del menú.

– Me siento sorprendido por cómo te buscas la vida, halagado por cómo me estás tratando y un poco, o un mucho muchísimo, avergonzado por cómo somos la mayoría de las veces los que tú llamaste antes clase media, y no te digo nada la alta. Hoy, ahora, sentarme en esta mesa a tu lado y compartir esta comida, me parece lo más maravilloso del mundo, estoy feliz por haberte conocido y no me sonrojo de nada de lo que estoy viviendo contigo y de la ayuda que estoy recibiendo de ti. Pero amigo, mañana, acomodado en mi trabajo, con mi mujer y mis hijas bien, a gusto, sin problemas en las necesidades básicas, y no tan básicas, en un mundo y una sociedad donde prima el tener más, y cuanto menos te cueste mejor, con unas raíces familiares sólidas, y en donde importa, y mucho, el qué dirán, ahí, en esa situación amigo Quini, dudo que me acuerde de ti. Y te lo digo como ahora lo siento. Me avergüenza reconocerlo. Pero así lo creo. ¿Puede uno cambiar y dar la vuelta a su vida? Es más fácil, y cómodo, esconder las miserias de unos pocos que igualar los niveles sociales. En estos dos días que llevo de presunto asesino, y huido de la justicia, estoy conociendo más injusticias y clases sociales desvaídas que en toda mi vida. Por eso me cuesta tanto creerme lo que veo.

– ¿Y el menú? ¿Alguna opinión de mi menú? – seguía preocupado en su tema.

– ¡Ah, sí, el menú! Riquísimo.

– ¿Cómo riquísimo si todavía no lo has probado? ¿No serás filósofo en vez de vendedor de aspirinas? Vaya labia que tienes.

– Hay más fármacos aparte de la aspirina.

– ¿Dónde? ¿Aquí?

- No, hombre, en la farmacia.

– Ya, supongo. Déjate de gilipollecas y vamos al lío. Las latas son de albóndigas con almendras, calamares en salsa americana y otra de sardinas en aceite vegetal. No tienen mal aspecto, ¿no?

– Bueno, las latas, por fuera, tienen todas el mismo aspecto – sugerí socarronamente -. Pero si lo dices porque no están abombadas, ni herrumbrosas, ni con escapes por ningún lado... no, no tienen mal aspecto – y le di una palmada en la espalda para que se percatase de mi broma.

– Si el señor sugiere un mejor restaurante donde poder devorar mejores manjares, servidor estará encantado de seguirle hasta el mismo – respondió con cierto tono de mosqueo.

– Venga, Quini, que estaba de broma. Me parece todo estupendo. Sí te pediría que me dejaras la

de albóndigas, que las otras dos ya las probé ayer con idéntica procedencia.

– ¿Sí? ¿Y quién te las dio? Porque a ti no te veo hurgando por los contenedores, a codazo limpio, hombro con hombro, con la gente que allí va.

– Me invitaron unos amigos que hice cuando me escondí por Los Palacios, no muy lejos de aquí.

– Vaya, vaya. ¿Y se puede saber quiénes son esos amigos?

– Sí, hombre. La mujer me dijo que se llamaba Marga, y el hombre Mike o algo así.

– Pues menudas amistades. Tanto monta, monta tanto. No son dos de los personajes más queridos aquí que digamos. Se dedican a asuntos raros y muy mal vistos en el barrio. Mira – y se puso muy serio para proseguir -, tú puedes ser pobre, tener necesidades, ser analfabeto, vestir mejor o peor, trabajar más o menos, ser más o menos simpático, lo que quieras, que en el barrio se te respetará. Queriéndote más o menos, o ignorándote, pero se te respeta. Es cuando haces daño, de una u otra forma, a la gente de aquí, que vive o trabaja aquí, entonces pasas a ser mal considerado, hasta odiado y repudiado por los demás. Yo oigo cosas de mucha gente. Gente de confianza o vecinos que, simplemente, comentan algo en alto de ellos. Que si asuntos de drogas, que si prostitución, que si robos, y así de todo tipo de quejas. Esas son las cosas que harán que los terminen echando de aquí. No son gente que quieran al barrio, ni a la que el barrio quiera. Están aquí sólo por la comodidad que encuentran para cobijarse en sitios como Los Palacios, por la dificultad que pueda tener la policía para dar con su paradero y por los contactos que en lugares como El Terrao puedan tener para sus fechorías. Afortunadamente, tarde o temprano terminan cometiendo el delito que les lleva o a la cárcel, o a la tumba, y dejan el barrio en paz. Es como lo de El Terrao de esta tarde. Ojalá que hayan caído de una vez varios de los que por allí asomaban y así estén las calles más tranquilas, sobre todo de noche.

– Pues me sé de dos que por lo menos no han caído. El Mercedes que frenó en la casa que vimos quemándose al venir hacia acá, lo conducía el gordo amigo del tuerto y, en él, iba también otro personaje poco claro que dirigía El Terrao.

– ¿Y a todos estos los has conocido en dos días?

– Y en menos. Si es que mi historia tiene un ritmo vertiginoso. Y te juro que yo no busqué nada. Bueno, ¿comemos algo? – concluí protegiendo una de las sillas con plásticos para no mancharlas ni darles olor con mi atuendo.

– Para ti las albóndigas y para mí las otras dos latas. El salchichón y el queso a medias, junto con el pan y el postre. Abriré el cartón pero, como no hay vasos, bebemos a caliche sin chupar, que a mí me da mucho asco. ¿Conforme? – al asentirle yo, tomamos asiento y comenzó la partición de los manjares. Me moría de hambre y ni me percaté de que mis manos seguían sucias como para envenenarme. Tenía Quini una navaja multiusos que nos sirvió para abrir las latas. Tal y como me ocurrió el día anterior, la comida me supo a gloria, incluso a pesar de mis manos. Terminando los susos, riquísimos por cierto, y aliviándonos con la emisión de gases diversos, costumbre que debiera erradicar al volver a mi situación normal de farmacéutico y padre de familia, miré el reloj donde las diez hacía ya rato que habían dado -. ¿Hace una duchita? Porque tú es que la pides a gritos desde que te conozco. Tienes que tener costras tan arraigadas en tu cuerpo que te vas a tener

que frotar con un estropajo de esos de níquel o algo así. Elige la ropa que te vas a llevar mientras yo recojo la mesa y “friego los platos” – terminó con cierto tono burlón y se sonrió a la vez que metía los restos de latas, envases y el cartón vacío de zumo en una bolsa, la misma que voléó después por la balconada del salón al patio de atrás. Así se explicaba la situación de ese patio.

– Muy eficaz tu friega-platos. Oye, una curiosidad, ¿esta casa de quién es? ¿O estás aquí de okupa total? – preguntaba mientras seleccionaba una camisa naranja oscura, unos pantalones marrones, los zapatos negros, calzoncillos y calcetines blancos, y la cazadora vaquera -. Porque, ¿no estarás pagando una hipoteca? – intenté volver a burlarme de él.

– Es de Nómades. Siempre me dijo que antes de arruinarse del todo pudo comprarla a un viejo medio loco que tenía ganas de desprenderse de ella. Yo, la verdad, nunca he visto papeles de la casa, ni oído que se la reclamase nadie. Yo podía venir cuando me apeteciese y no venir si así lo creyese oportuno. Cuando desapareció del barrio, me vine aquí casi fijo, tanto en recuerdo a él, como por ser el refugio más completo y en mejores condiciones de que dispongo. Mira – y arrastró de debajo de la cama una esquina de la pizarra de la que me había hablado -, ves como no te engaño. Y ahí debajo guardo también mi diccionario con algún otro libro – se le notó un tono de tristeza y añoranza de su viejo maestro -. Pero, bueno, arriba ese culo que nos vamos a la ducha. Mete toda tu ropa en una bolsa de plástico y el resto en el arcón. Luego usaremos esa misma bolsa para traernos tu ropa sucia, pero ya, entonces, será mía, ¿Te acuerdas? Pues aligerando.

Dejé en otra pequeña bolsa mis pertenencias: la pistola, las esposas, la agenda de Esther, la funda de plástico de El Mechas, mi cartera y la del policía muerto, las gafas de sol y algo de dinero suelto. Dejaba allí todo lo que me podía hacer falta en las próximas horas. No sin cierto resquemor, abandoné el salón escaleras abajo, con Quini intentando tranquilizarme de que aquél era el lugar más seguro para dejarlo todo. Y total, era por un rato. El móvil sí me lo llevé, por si tuviese que utilizarlo en caso de necesidad. Había tenido cuidado de que Quini no viera ni la pistola, ni la cartera del policía con la placa dentro, ni tampoco las esposas. Luego, más tarde, ya iría descubriendo parte de la historia. Salimos ya con la noche cerrada por completo. La iluminación por esta zona era bastante buena en comparación con otras partes del barrio. Faroles forjados de los de antes, salientes de las fachadas de las casas donde se fijaban, daban luz suficiente para no tropezar en el mosaico de piedras que formaban el suelo. A la vez, la falta de gente por las calles a esas horas, tampoco daba una tranquilidad al viandante. Pero yo confiaba en Quini y en su entender del barrio en cualquier momento. Sentía que lo había conocido en el momento más oportuno, necesitando él sentirse querido y valorado, y necesitando yo un escudero-guía que me indicara el camino. Bajamos por Horno del Realejo hasta casi llegar a la Plaza Fortuny. En ésta se encontraba la entrada del supermercado, pero no necesitábamos bajar hasta allí. Nosotros entraríamos por un acceso trasero, por una puerta que, porque Quini sabía para lo que era, si no, pasaría desapercibida a cualquiera que caminara por delante. Golpeó con fuerza, y a un ritmo establecido, y pronto escuchamos pasos firmes acercarse.

– ¿Sí? – preguntó con cautela.

– Tono, abre, soy yo, Quini y un...digamos... amigo.

– ¿Qué pasa, Quinito? A fregarte por fuera un rato, ¿no?, que ya va haciendo falta – y apareció ante nosotros el típico segurata de uniforme azul oscuro, dos metros de largo, pelo corto y de rizos

pequeñitos y negros, pero cara de bonachón -. Pasad antes de que nadie husmee demasiado – y cerró rápidamente indicándonos el camino que Quini ya conocía de sobra. Llegamos al cuarto que le servía a él de vigilancia, con cuatro monitores que chequeaban el local y el exterior, y que colindaba con lo que adiviné sería el cuarto de baño -. Vaya pestazo que echa tu colega. Parece que te hubieses embadurnado en mierda. Entra rápido, quítate esa ropa y date ocho o diez restregones buenos. Dentro encontrarás champú y una toalla limpia, pero, si vieras que necesitas sulfamán, o lejía pura, no tienes más que pedírmelo. A ti Quinito te traigo ahora una limpia.

Conforme con todo lo que había dicho, me metí en el servicio y me desnudé todo lo rápido que pude. Qué inmenso placer sentía al quitarme primero la ropa y luego toda la capa de porquería que llevaba encima. Los oía hablar pero, con el ruido del agua en mi cabeza, no entendía nada de lo que decían. Diez minutos tardé en dar por terminada la faena. Me sequé, y comencé a vestirme con la ropa que Quini me había dado. Tras varios intentos, deseché la idea de usar calzoncillos, ya que la talla que me había traído era para una cadera de por lo menos seis números menor a la mía. El resto me quedaba bastante aceptable. Me peiné con un peine que encontré en el lavabo, metí la ropa sucia en la bolsa en la que traje la limpia y salí de nuevo al cuarto, donde había dejado a estos dos de animada charla.

– ¿Sabes quiénes han volado y ardido esta tarde en la casa que vimos? – me informó Quini -. Por lo visto se trata de un ajuste de cuentas entre los amigos del gordo y tus compañeros de cena de anoche, Marga y el tal Mike. Según me acaba de contar Tono, los han encontrado atados, amordazados, destrozados a golpes, con quemaduras en gran parte de sus cuerpos y, para colmo la explosión, que parece que fue de una bombona de camping gas que usaban como cocina. El que mal anda mal acaba, y estos no eran de buena calaña.

– Tienes razón – no quería hablar de más delante de Tono por si era excesivamente riguroso con la justicia y pudiera atar algún cabo que le hiciese desconfiar de mí -. De todas formas, no lo siento nada pues con ellos el único contacto que tuve fue correcto y sin intimar nada. Apenas unas horas. ¿Te vas a duchar tú? – cambié el tema a cosas más banales que no me comprometiesen mucho.

– Sí, por supuesto. Pero, ¿no te da miedo toda esa gente con la que te has relacionado? Te veo frío ante la noticia, parece que ni te va ni te viene.

– ¿Y por qué tenía que impresionarme? Ahora estoy a salvo de ellos, y no creo que me encuentre con ellos con facilidad. O por lo menos eso espero.

– Ten cuidado con el gordo y la gente que le rodea – intervino Tono con voz seria -. Tienen más contactos de los que tú puedas creer. Sus brazos son largos y llegan a muchas estancias que ni conocemos, ni conoceremos. Hoy no sabría nombrar gente en la ciudad de menos fiar y, en el barrio, aunque se ven poco, y más bien de noche, no hay nadie que pueda decir que al menos los conoce. La redada de El Terrao de esta tarde parece ser que ha sido la causa del repaso dado a Marga y a Mike. Ha habido hasta un muerto, un negro que no sé qué pintaba allí. Según parece, la gente del barrio relaciona una cosa con la otra. Puede que estos dos se hayan ido de la lengua demasiado y eso se paga con la tumba. También parece que, en La Blanca Paloma, por la calle Aljara, han detenido a otro de estos mafiosos y parte de sus esbirros. Total, que el barrio ha estado hoy en todos los telediarios locales y nacionales, y no precisamente por sus monumentos.

– ¿Están las toallas en donde siempre? – preguntó Quini.

– Sí, pero luego os lleváis una de las dos que hayáis usado, para que no parezca que ensucio toallas a pares. No creo que se den cuenta de que falta alguna y, si se dan, que la busquen – nos quedamos solos Tono y yo mientras Quini se duchaba. Sentí que me estudiaba preguntándose qué hacía un tío como yo con un chaval como Quini. Desconfiaba de mí y no se lo reprocho. En cuanto sintió que el agua de la ducha caía, y que por tanto Quini no nos oiría, se acercó a mí perdiendo la cara de bonachón que hasta hacía unos segundos tenía para decirme -. Escucha bien lo que te digo. No sé por qué Quini te llama amigo. No te conozco. Pero como algo le ocurra al chaval, te busco hasta debajo de las piedras para hacerme un llavero con tus tripas. ¿Me entiendes? ¿Hablo clarito o no? No me gusta que hayas tenido contacto con los dos pargelas estos que se han cepillado. Espero que de verdad no tengas relación con esa gentuza, porque si no, traerás problemas, y, si traes problemas, puede verse afectado Quini. Y a él, sí le tengo el respeto que se merece y que tú te debes ganar. Tómalo bien, o tómalo mal. Y, si no lo tienes claro, piérdete de aquí antes que te dé yo pasaporte – dicho esto se separó de mí, se sentó en una silla de oficina con ruedas, puso los pies sobre la mesa y encendió un cigarrillo. La primera bocanada fue seguida de un completo ramillete de roscos de humo en todas sus versiones y tamaños. Como me vio que seguía de pie y algo tenso por sus palabras, me dedicó una amplia sonrisa tranquilizadora a la vez que me ofrecía el paquete para que cogiera uno, si quería. Lo rechacé -. ¿No fumas? Esa es buena señal. La gente con vicios tampoco me causa buena impresión. Excepto yo – y soltó otra risotada que me recordaba las de El Penta con Rice. Cesó el ruido del agua y se relajó, como queriendo dar la imagen a Quini de que todo iba bien -. Un encanto tu amigo, Quini – fue lo que se le ocurrió soltar cuando éste salió del cuarto de baño, mientras recibía de mí una mirada cargada de asco.

– Terminado – anunció Quini -. ¿Nos vamos? Que Tono tiene trabajo, y bastante favor nos ha hecho con dejarnos a los dos ducharnos, vayamos a que algún día venga alguien y este chollo se estropee. O lo que es peor, pague Tono por nosotros.

– Cuidate Quinito. Te espero siempre que quieras por las noches – se ofrecía el tal Tono camino de la salida con nosotros dos por detrás -. Y tú, ¿cuál es tu nombre? Se me ha olvidado.

– Es igual, qué más da – le respondí -. Tampoco te lo he dicho, y no creo que te interese lo más mínimo – abrí el portón de salida y mientras volvía a la calle terminé por decirle – Espero que no nos volvamos a ver. Y si así sea, que tengas motivos para amenazarme o, de lo contrario, educación para cerrar esa boca.

– ¡Eh! Quietos – gritaba Quini, mientras se interpuso entre la mole de huesos y carne que era aquel tipo, y que decididamente iba en pos de agitarme el cuerpo un poco, y yo -. ¿Pero qué pasa?

– El tipo este no me gusta un pelo, Quinito. ¿Estás seguro de que es de fiar? – interrogaba el segurata -. Sólo le he dado unos buenos consejos y mira cómo me los agradece.

– Te metes tus “consejos” por donde te quepan, que sitio sí parece que tengas de sobra – contesté separándome unos metros de él.

– ¡Quieto! – volvía a repetir Quini empujando adentro las toneladas que tenía que pesar esa masa de hombre -. Será mejor que nos marchemos y en silencio. Ya es muy de noche y tampoco vamos a montar un cirio a estas horas. Cierra Tono, vuelve a tu trabajo que no te molestamos más – y le

cerró la puerta para disuadirlo de sus intenciones de, por lo menos, arrancarme la piel a tiras.

– Recuerda lo que te he dicho, capullo. ¡Ah! Y si quieres volver a ducharte, lo haces en casa de tu puñetera madre, si la conoces. ¿Te enteras? – terminó de desahogarse Tono tras la puerta a la vez que nos alejábamos de allí lo más aprisa posible, recibiendo yo una reprimenda por parte de Quini que terminó por hacerme reír.

– ¿Se puede saber qué coño te hace gracia? Todavía duermes esta noche en la puta calle y me quito un peso de encima, desgraciado. No te comprendo. De modo que te resuelvo el problema de la ducha, para lo cual, sólo tienes que aguantar durante diez escasos minutos a una persona que te acabo de presentar. Y va, el muy cabrón, y lía una pajarraca de muy señor mío con el tío que le está haciendo un favor.

– Me dejas que te explique – me defendía llegando ya de regreso a La Enterá -. Ese colega tuyo te aprecia de forma enfermiza. No me dejó abrir el pico cuando ya estaba metiendo la puya hasta el codo. Que si te aprecia mucho, que si como te pase algo, que si no le daba buena espina. Me soltó una ristra de amenazas que no le aguanto yo ni al Rey en traje de gala y con todo el ejército a sus espaldas. De acuerdo que yo tampoco he sido un ejemplo de cortesía, pero no pretenderías que me despidiera con dos beso y un apretón en el culo. Ahora, que si tanto te ha molestado, cojo mis cosas, salgo zumbando de aquí y no vuelves a saber de mí hasta que me veas en los periódicos.

– ¿En las esquelas?

– No, gracioso, en la portada como un héroe – afirmé subiendo las escaleras de dos en dos con el candil ya encendido.

– Venga, olvidémoslo todo – zanjó Quini cuando subió -. No creo que debamos romper nuestra amistad por confusiones. ¿Qué planes tienes para mañana?

– Aún no sé. Voy a estudiar la agenda de Esther y otros documentos para ver hacia dónde pongo mi camino.

– ¿Te importa que me eche a dormir? Estoy muy cansado del día que hemos llevado y supongo que tú no estarás mejor que yo.

– No, hombre, qué me va importar. Yo sí voy a estar todavía un rato despierto. Si necesito algo ya lo busco. Buenas noches – dicho lo cual Quini se quitó sus zapatos y se deslizó dentro de una de las camas. No había pasado un par de minutos, y apenas me había yo sentado y colocado en la mesa con todos los papeles dispuesto a ordenarlos, cuando ya roncaba el chaval como un viejo con asma, bronquitis, alergia, enfisema, mocos y vegetaciones juntas. Con ese ruido, lo raro es que no llamaran los vecinos a la policía o a las tropas de elite del ejército. Fue un trabajo muy duro, ir viendo teléfonos, direcciones y nombres con sus apodos, algunos de los cuales me volvían a sorprender por a quién implicaban en el caso y en el entorno de la compañía. La funda de plástico de El Mechas contenía también información que, a modo de puzzle, encajaba con los teléfonos de la agenda de Esther, sólo que unos en un bando y otros en otro. Ordenado todo en mi cabeza tracé un plan a seguir por la mañana. Eran ya casi las cuatro de la madrugada y el sueño me vencía. Guardé todo, cada cosa en su sitio, y distribuí en mi cazadora vaquera las esposas, la pistola y la cartera del policía que había dejado antes de ir a la ducha. Me quité los zapatos y me hundí en la

otra cama quedándome dormido casi sin darme cuenta.

Tuve mi segunda noche de pesadillas. Me veía entre rejas, alejándome cada vez más del primer plano de la hipotética cámara que me filmaba, con celdas a los lados del pasillo en el que poco a poco me iba hundiendo, de las que salían decenas, cientos, miles de brazos agitándose, con las manos cerradas en un puño pero los pulgares dirigidos hacia el suelo, dictando sentencia a no sé bien qué. De pronto mi celda se abría y podía caminar desde el fondo del pasillo hasta la salida. Pero tenía que hacerlo rápido, corriendo al ritmo frenético que me marcaba mi primer plano. Las dos paredes que formaban este corredor se juntaban a mis espaldas, y el camino se estrechaba. Más rápido avanzaba, más rápido se desplazaban los dos muros, uno contra el otro. Las manos de los inquilinos de las mazmorras pasaban de verme de lejos a llegar a rozarme o, incluso, agarrarme por detrás. Tras mis pasos podía oír el estruendo de los barrotes de uno y otro lado chocar entre sí, haciendo saltar miles de diminutos trozos de pared que silbaban al pasar rozando mi cabeza, provocando unos alaridos lastimeros de los distintos presos que, o bien morían en el acto, o agonizaban en un trance angustiante imposible de describir. Quince, veinte o cuarenta veces recorrí esa noche la misma galería, con los mismos protagonistas y quejidos. Y las mismas veces terminé en la misma habitación, de paredes acolchadas en azul marino, como en los psiquiátricos de las películas, donde se cerraba la puerta de entrada con un portazo seco y se abría el techo abovedado, para convertirse en un mirador de cristal donde los cabos Rupérez, Ramírez y Rodríguez junto al comisario Peana, al francés, El Mechas con un agujero de bala entre los ojos, Nola con el cuello abierto, Rice empapado en sangre, Esther, Chris y El Penta, se reían a mandíbula batiente señalándome con sus dedos índices mientras andaban en círculo sobre mi cabeza. Los llamaba, les pedía clemencia, los insultaba y hasta les escupía, y más y más se reían. Luego, cada vez, siempre igual, automáticamente, la cinta de la película se cortaba y volvía a su inicio, conmigo de nuevo en la celda perdiendo el primer plano de aquella alucinación.

– Despierta, coño, que me vas a volver loco – sentí a Quini gritarme al oído mientras me zarandeaba con tal brusquedad que, si me suelta, en una de esas, me estampa contra el suelo por el otro lado de la cama -. ¿Es que no puedes tener pesadillas como las personas normales? Joder, que hombre. Con lo tranquilito que yo estaba sin ti. O espabilas de una vez o te tiro por las escaleras.

– Sí... bueno... ¿qué pasó? ¡Para de moverme que parece que estuviera en un ti vivo! – repliqué incorporándome en la cama y frotándome los ojos con ambas manos -. ¿Qué decías?

– Llevas más de una hora, que yo sepa, pidiendo perdón a una gente que no me suena para nada. Pero lo gracioso es, que a renglón seguido, a esos mismos, los maldecías llamándoles de todo. Y la traca final eran los escupitajos que soltabas roque perdido. Fíjate, si has llegado a los peldaños de la escalera – y me señaló primero mi manta, luego el suelo y al final los escalones con restos de mi saliva -. Y después, como si no hubiera pasado nada, ronca que te ronca, para al poco rato volver a empezar.

– ¿Qué hay de desayuno? – pregunté ingenuo de mí notando, al pasar mi mano por mi cara, que la barba de dos días iba en aumento.

– ¿Qué? ¿Te apetecen unos churritos o croissant con mantequilla y mermelada de melocotón para acompañar a un café de Colombia?

– ¿No hay mermelada de fresa y chocolate?

– ¡Despierta de una vez! Que el Alhambra Palace te pilla un poco retirado – nuevo zarandeo que terminó de traerme a la realidad -. ¿Llegaste a alguna conclusión anoche? – terminó por soltar al sentarse en una de las sillas y abandonar la idea de seguir torturándome.

– Sí. Y creo que sé cómo terminar con todo este follón, salvando mi pescuezo y llevando a prisión a los autores de todo este drama. Pero antes voy a ir a por Nómedes. ¿Qué hora es?

– Cerca de las diez. Pero, ¿cómo que antes vas a ir a por Nómedes? ¿Cómo vas a sacar a Nómedes de allí? ¿Puedo ir contigo? – casi me rogó -. ¿Y después cómo sigue el plan?

– Tú tienes que ir y hacerme un favor – y le expliqué lo que quería que hiciese esa mañana por mí -. Cuando termines vuelves aquí, a esta casa y me esperas. ¿Conforme?

– ¿Y yo qué saco de todo esto? – inquirió interesado en alguna recompensa.

– La promesa de que cuando yo vea a Nómedes, y hable con él, si le apetece salir de allí y volver al barrio, ese no duerme ni come ni una vez más en ese asilo. Más premios monetarios no puedo prometerte en este momento pero, con suerte, también caerán. Y, al final del culebrón este, te puedo asegurar que no me olvidaré de ti mientras viva. Sólo te pido este último esfuerzo para que, antes de que vuelva a amanecer, las cosas estén en su sitio.

– Pondré todo de mi parte confiando en ti. Me voy a mi tarea – se puso en pie y yendo a la escalera pensó en voz alta -. Espero que Nómedes vuelva y no se haya acomodado. Conociéndolo debe de estar loco por salir, pero no le dejarán. En fin, cuando salgas cierra de un portazo. Nos vemos aquí. Hasta luego.

– Hasta luego.

Una vez solo, seguí con mis planes. Ahora tocaban unas llamadas de teléfono para organizar las diferentes piezas de mi particular ajedrez. Llamé a Peana, sin dejarle hablar como siempre, y le pedí que liberara a Esther, lo cual acababa de ocurrir tras prestar declaración según me informó. Le dije que no se comprometiera mucho ese día pues tendría más noticias de mí, y, como siempre, le colgué. La segunda llamada fue precisamente para Esther, con las señales previas que ella me enseñó. Al tardar, creí que no estaba en casa pero, por fin, con voz ahogada por el sprint, supongo, contestó y se mostró sorprendida al oírme. Tampoco la dejé reaccionar mucho y, tras anunciarle que estaba al tanto de todo el plan que manejaba, la cité para la hora de comer que la volvería a llamar. Le aconsejé no dejarse ver mucho, ni hablar con nadie de esta conversación y colgué de nuevo. Sabía que, con toda probabilidad, esto último no lo cumpliría. La tercera llamada era para el francés, al que suponía en compañía de El Penta. Otro sorprendido de escucharme. Se apreciaba el ruido de un motor, por lo que probablemente irían en coche a algún mandado. Lo mandé callar y escuchar, lo cual provocó una reacción airada en un principio, con amenazas y maldiciones hacia mi persona, que se tornó en un bufido de espera cuando pude hacerle entender que conocía el paradero del botín de Nola y que se lo entregaría a cambio de un favor muy especial. Le pedí que vigilara a Esther toda la mañana, pues sospechaba que ella no jugaba limpio con la compañía. Le pedí, y si no lo hacía no habría trato, que, aunque la viera con alguien o saliera a algún lado, no la interrumpiera ni la detuviera, sólo la observara y reconociera con quién

se relacionaba. Aunque estuviese precintada su casa, sabía que Esther había entrado a buscar, entre otras cosas, la agenda. Finalmente, lo cité a las cuatro en Los Palacios, en la casa donde conocí a Marga y Mike. Afirmando con un gruñido que aceptaba su parte, me amenazó de nuevo por si todo aquello era un juego. No le hacía gracia que yo le mandara, pero cada vez que le recordaba lo del botín callaba otorgándome su apoyo, aunque fuera momentáneo. Sabía que el francés me seguiría el juego hasta tenerme a su alcance. A poco que me descuidase, y tuviese localizado en un lugar asequible el legado de Nola, se encargaría de no volver a verme. Colgué sin despedirme y me preparé para mi última gran llamada, antes de comenzar mi jornada de trabajo. Miré la agenda de Esther y volví a repasar los nueve números que formaban el teléfono que tantos quebraderos de cabeza me estaba dando. Todo este lío sin ese teléfono no tendría el sentido tremendamente doloroso que para mí resultaba. Sería un capítulo más en la historia de la camorra granadina de andar por casa. Marqué y hablé, en llamadas distintas, con las dos personas que quería, una de ellas El Mando, camuflando mi voz con cambios de tono y con un pañuelo que la distorsionara algo más. Temía ser reconocido aunque, al parecer, no fue así. Hice luego la segunda llamada. Les mandé a ambos el mensaje que me convenía y me garantizaba parte de seguridad, parte de confusión. Jugaba a las cartas con ases marcados, corriendo riesgos necesarios que en un descuido podían volverse contra mí. Pero así es el juego. Al acabar la última conversación desconecté de nuevo el móvil por si alguien pensaba devolverme la llamada.

Una vez que la primera parte del futuro desenlace quedó tejida, puse mis pies rumbo a cumplir la parte del pacto que había sellado con Quini. Abandoné La Enterá y bajé de nuevo hasta cerca de La Plaza Fortuny esperando que Tono no anduviese por los alrededores. Enseguida topé con la parada de taxis que recordaba estuviese por allí. Me subí al primero que había y le fijé el destino a Residencial Cielo Azul. Por suerte el taxista prestaba más atención a un debate radiofónico de política que a quién esto relata. Camino del Residencial dieron las diez y media y, en la cadena de la radio, emitieron un pequeño informativo local. Una de las noticias resaltaba la, todavía sin resolver, fuga de un sospechoso de asesinato hacía ya dos días. Se seguía sin tener pistas de su paradero.

– El muy hijo de puta estará escondido bajo tierra – se quejaba el taxista. Yo me alegré de tener la barba de dos días y el pelo bastante cambiado por no poder peinármelo como siempre, sino sólo alisarlo con las manos -. En cuanto lo cojan le van a dar estopa hasta debajo del forro de los huevos – muy fino continuaba con su sentencia -. A gente como esa no habría que dejarla ni parpadear. Tendrían que pagar hasta el aire que respiran, ¿no cree? – interrogó para ver de qué parte estaba.

– Yo estoy con usted, desde luego.

– ¿También a favor de la pena de muerte? – y se me hizo un nudo en la garganta -. Oiga, ¿se le comió la lengua el gato?

– No... disculpe... es que... no me encuentro bien. Bueno,... sí... quiero decir... que puestos a darle por todos lados... hasta pena de muerte, ¿no? Para qué lo vamos a dejar defenderse, vayamos a que se revuelva...

–... y le tengamos que dar dos caponazos, ¿eh? Es usted peor que yo – se jactaba el muy cerril -. Desde que se ha subido al taxi he olido que era de los míos. Pues sepa que cada vez quedamos

menos – “gracias a Dios”, pensé.

– Si es que hoy los tiempos no son los de antes – le continué con la parodia -. No hace falta nada más que echar un vistazo a la juventud...– le di pie para seguir él.

– ¡Puafff! Es que no tienen vergüenza. O era verde y se la comió una vaca – se alteraba por instantes, vaciando todo lo que le corroía por dentro y descargaba a la primera oportunidad que le diesen -. Sin ir más lejos, el novio de la hija de mi prima Sensi, la de Cogollos Vega. No he visto niñato con más agujeros por el cuerpo, con pendientes, zarcillos, “pirsin” de esos modernos y demás gilipolleces que se le ocurren. Y digo yo que el nene será algo masoca, porque yo, hasta para una simple vacuna del tétanos, poco menos que necesito anestesia general con respiración asistida. Lleva unos pantalones que, o te cortan la circulación para marcar atributos, por pequeños que estos sean, los atributos claro, o recogen los palominos a la altura de las corvas. El peine lo tienen junto a la colección de minerales, como otro pedrusco sin utilidad, prehistórico. Y luego las niñatas. ¿Qué le voy a contar de las niñatas de hoy?

– Lo que usted quiera. Por mí siga, que es todo muy interesante – dejaba correr los segundos.

– Pues que van medio en pelota picada – remataba la faena -. Que si minifalda por aquí, sin sujetador por allá, los tangas esos que no sé quién los ha inventado y, ya mismo, sin bragas. Escotes que, más que escote, son balcones enteros. Pintadas que parecen un Velázquez. Eso es lo que nos espera en nuestra vejez, ¿sabe usted? No espere que le preparen ninguna sopica de picadillo de forma gratuita. Si volviera el otro, no dejaba títere con cabeza. En fin, ¿de qué le estaba hablando? – se había perdido en sus divagaciones -. Pero calle, calle, que parece que se reanuda la tertulia radiofónica – y aumentó aún más el volumen de la radio para seguir escuchando despoticar, acerca de la sanidad, al jefe de la oposición de turno.

Llegamos a la misma puerta de la Residencia, le pagué la cuenta y le pedí el número de su taxi por si de nuevo requería de sus servicios en esa mañana. Ni corto ni perezoso, el buen hombre me dio su teléfono móvil para poder contactar directamente con él, pues podía pasar que, si previamente llamaba a la centralita, le dieran el servicio a otro compañero y el cliente no quedara satisfecho.

– Usted sin problemas, me llama y yo vengo de inmediato. Que ya lo dice el refrán: “más vale malo conocido...” – “que pirata por conocer”, terminaba en mi mente.

Nunca llegué a ver la Residencia en todos los años que llevábamos de relaciones comerciales. Nos limitábamos a recibir los pedidos por teléfono, y a enviarlos a través de una empresa de mensajería que nos hace estos servicios. La entrada era como la fachada de un enorme y lujoso chalé. Un arco blanco recibía al visitante en donde, con unas letras en cerámica granadina, se podía leer “Residencial Cielo Azul”. Un pequeño camino de suelo de terrazo conducía a la puerta del recibidor, dejando a ambos lados un jardín de césped muy buen cuidado, con flores de diversos tipos y dos árboles con pequeños brotes blancos. Los pájaros revoloteaban por encima de mi cabeza, como en los dibujos animados, y temí, por unos instantes, dado su cercanía, que pudieran descargar sobre mi vestimenta alguna necesidad perentoria. Tras la puerta principal, blindada y lacada en blanco, llegué al hall, donde desde un mostrador, en el cuerpo del cual había instalado una enorme pecera con una gran variedad de tipos de peces, una señorita de muy buen ver y excesivamente maquillada para mi gusto, me dedicó una amplia sonrisa a la vez que

preguntaba si podía ayudarme en algo. Extraía de una voluminosa impresora de ordenador un listado de vete tú a saber qué. Paredes blanquísimas, con protectores de madera en las esquinas de las columnas, con cuadros de diseño moderno en las paredes, de estos que no entiendes ni lo que quiere transmitir el autor, ni por dónde empezó y por dónde terminó. Plafones de luz iluminaban un corredor que se perdía tras una puerta abatible que llevaría, probablemente al interior de las instalaciones. Viéndome pasmado ante ella repitió la señorita de antes la misma pregunta, siempre sin dejar de sonreír.

– Sí, perdone, es que me ha sorprendido gratamente el aspecto y la decoración que tienen. Es de muy buen gusto todo lo que veo – peloteé un rato para distraer su atención y poder ir visionando durante ese tiempo el terreno, estudiando posibles vías de escape en caso de accidente -. Creo que reservaré una plaza, o dos, para dentro de treinta años – bromeé con la chica -. ¿Tienen sitio para esa fecha o está todo completo? – y reímos juntos mi ocurrencia -. Bueno, en realidad, vengo buscando a una persona que ingresó aquí hace unos meses. Nómedes, se llama Nómedes. Un abuelito que recogieron de la calle las fuerzas del orden público y que no estaba en un buen estado de salud. Se encuentra aquí, ¿no?

– Sí, él está aquí. El problema es que aún tiene las visitas controladas por la policía y no podemos dejar que hable con cualquiera, pues su estado de salud no ha mejorado mucho.

– Sí, sí, eso ya lo sé. Pero yo cumplo órdenes de los altos cargos – disimulé a la vez que sacaba la cartera con la placa de policía y se la enseñaba, mostrando la chica su conformidad -. ¿Puedo hablar con el director? Necesito informarle de cierto cambio...

– En estos momentos está fuera – me sonreía la suerte-, y no sé cuánto tiempo tardará. Pero creo que no pondrá impedimentos a que siga usted con su labor siendo, como es usted, de la policía. Otras veces han venido otros compañeros suyos para interesarse por él, pero de la última vez hará más de dos meses. Habría que dar un toque de atención a quien correspondiera, porque no se puede tener a una persona encerrada en un sitio que odia con toda su alma, aunque el sitio sea el mismísimo paraíso. Eso es lo que retrasa su mejoría, no ya física, sino mental.

– La entiendo, la entiendo. Por eso, entre otras cosas, es por lo que estoy aquí y por lo que vengo de paisano. Tengo buenas noticias para él, aunque no debo adelantarle nada hasta saber su opinión. ¿Podría hablar con él en privado?

– Voy a pedir a mis compañeros que lo localicen y lo pasen a la sala de visitas. Discúlpeme un momento. Ahora vuelvo.

– ¿Podría usar su teléfono un segundo? – le solicité- Es para confirmar unos datos, ¿ Ok? – con una mueca de conformidad no muy amistosa continuó su camino. Hice una llamada corta pero necesaria para que mis cábalas dejaran de serlo y pasaran a ser datos confirmados.

Salía en esos momentos por la puerta abatible del pasillo una señora uniformada de blanco, tipo enfermera, que empujaba un carro con los restos de los desayunos en varias bateas. Pasó detrás del mostrador de recepción y retiró, sin fijarse en mí, una pequeña bandeja que yo no había visto y que la habría utilizado la chica que me atendió. La dejó en el carro y, supongo que por la llamada de la naturaleza a su vejiga, extrayendo un manojito de llaves, se perdió tras una puerta que presentaba un letrero con las letras WC. Me quedé mirando el carro que, en varias de las bandejas

que portaba, ofrecía a la vista bollería diversa, ya en trozos sobrantes o en piezas completas intactas, tras el correspondiente tentempié. Sin testigos, y con el estómago pidiéndome algo a esas alturas de la mañana, es fácil imaginarse la lucha interior que tuve conmigo mismo. Al final, un croissant y un bocadito de nata, que se me hacía difícil hubiese alguien allí que pudiese desayunarse con ello, cayeron en un santiamén. Y, como me vi con tiempo, tres largos tragos de una taza de café me ayudaron a bajar lo anterior. “Sólo me falta la copita de anís”, pensaba cuando, de nuevo muy sonriente, apareció la recepcionista para indicarme que la siguiera.

Atravesamos la puerta abatible y avanzamos por un blanquísimo pasillo en el que se distribuían a los lados diversos despachos, una sala de curas y botiquín terminando con un giro a la izquierda que llevaba a una doble puerta acristalada con otro letrero, éste de plástico negro con las letras en blanco, en donde se anunciaba la sala de visitas. Estaba junto al comedor, la cocina y otra puerta abatible que llevaba, por las voces que se oían, a la sala de estar o de recreo. Tras los cristales podían apreciarse los movimientos de dos personas. Entramos y reconocí a Nómeces en el viejo que estaba sentado con las manos entrelazadas y los codos apoyados en una mesa ovalada, como de reuniones de empresa, con la cabeza cabizbaja. Delgadito. Tan delgadito, que dudo que llegara a pesar más de cuarenta o cuarenta y cinco kilos. Yo había visto perros por la calle con mucho más peso y mejor aspecto. Me miró algo confundido y retornó la vista a su sitio anterior. A su lado, un enfermero medio guarda jurado matón de discoteca, lo vigilaba como si de un terrorista se tratase.

– Se pasa así los días enteros – cuchicheó a mi oído la señorita recepcionista -. Es como si vegetara. Le hablamos, y ni nos oye. Se limita a ir a comer, dormir y sentarse en un rincón del jardín, bajo un naranjo, a mirar el suelo o perdido en el infinito. Claro, claro, tan sólo le he entendido en todo este tiempo las palabras mi barrio y el nombre de Quini. Pero ninguno sabemos a qué o a quién se refiere.

– Déjennos solos, por favor – rogué a los dos que sobraban allí -. Quisiera tener una charla a solas con el señor Nómeces, y quiero la máxima tranquilidad para él y para mí.

– Señor, si me permite aconsejarle – comenzó el enfermero a decir –, no sabemos el potencial de agresividad que puede desarrollar el aquí presente, cuando se encuentre sin la debida custodia. Yo preferiría quedarme por si hiciera falta mi intervención – hacía subir el pan mientras hablaba.

– Se lo agradezco en el alma, de corazón, asumo la responsabilidad de lo que pueda sucederme aquí encerrado con tan peligroso personaje, pero – y me acerqué a su vera para terminar muy bajito, de tal forma que sólo él me oyera – sé artes marciales y tengo experiencia con tipos mucho más duros que éste – le enseñé a él también la placa policial lo cual le dejó satisfecho más que mis palabras.

– De todas formas estaré fuera, cerca de usted por si me necesita. Ante cualquier contratiempo dé una voz y acudiré de inmediato.

Salieron los dos y nos dejaron solos. Cerré la puerta para salvar nuestra intimidad, y dificultar el poder ser oídos. Tenían preparada una silla al otro lado de la mesa, frente a Nómeces, para que yo me sentase. La cogí y la arrastré hasta situarla junto a él. Me senté y lo podía ver controlar de

rejo mis movimientos, en alerta, esperando ver el desarrollo de los acontecimientos. Iba con la idea de no dar rodeos, de ir al grano desde el primer momento.

– Vengo de parte de Quini – susurré en voz baja.

– ¿Le ha pasado algo? ¿Lo habéis detenido? – levantó la cabeza asustado por nombrarle a la única persona que en ese momento le importaba y quería y, por supuesto, echaba de menos. Sus ojos se abrían escrutando los míos a la vez que sus manos se separaron con ánimos de venganza si las respuestas a sus preguntas eran afirmativas.

– No, no le ha pasado nada – seguía yo susurrando e invitándolo a bajar el tono de su voz con un gesto de mi mano -. Yo soy su amigo. Lo de la placa de policía es una larga historia que no puedo contarte ahora, pero que nos puede servir para que salgas de aquí y vuelvas al barrio libre como siempre fuiste. ¿De acuerdo? Debes confiar en mí, pues lo que hago, además de un favor a ti y una promesa a Quini, forma parte de un trato que hice con él. Pero antes debo saber cómo te encuentras, y si estás dispuesto a volver allí, si te apetece o si, por el contrario, no quieres regresar. Dejamos claro que respetaríamos tu opinión. Ni Quini, ni yo, ni nadie, puede sacarte de aquí contra tu voluntad.

– Pero sí mantenerme encerrado contra mi voluntad. Espero que no sea un juego, porque me acabas de abrir una herida que llevaba camino de cicatrizar con el tiempo, y sólo curará cuando me vea de nuevo en mi barrio, en mi calle.

– En La Enterá, en la calle Damasqueros, con un candil por luz, con un patio interior con más mierda que las patas de un marrano, con...

– Para, para. Veo que conoces algo de allí, de mi vida, y no hay otra forma que no sea a través de Quini. Quini, mi Quini – se le iluminaba la cara al nombrarlo. El viejo apático que vi al principio, en la mesa, se activaba por momentos. Sonreía vagamente, se balanceaba nervioso en su silla, me miraba y retiraba la vista rápidamente, intentaba confiar en mí, pero su instinto se lo impedía de inmediato -. ¿Cómo está él? ¿Se acuerda de éste viejo? Es, y será, la única ilusión que me queda en la vida – ahora los recuerdos lo sumergían de nuevo en un halo de tristeza, que le hicieron derramar dos lágrimas mal contadas que enseguida enjugó.

– Él está muy bien, dentro de lo que es su vida en el barrio. Se defiende mejor de lo que yo, que no conozco nada de estos submundos, podría hacer. ¿Si se acuerda de este viejo? No se acuerda – y me miró Nómedes asustado -, es que no para de acordarse ni un momento – y suspiró aliviado -. Puede parecer un chico frío y distante, pero cuando lo observas y lo conoces un poco, ves la excelente persona que puede estar fraguándose en ese diminuto cuerpecillo. Además, es muy apreciado en el barrio, lo cual es algo complicado de conseguir. ¿Sabe una cosa?. Estoy en deuda con él de por vida y, en cuanto me enteré lo que supone usted para él, me prometí hacer lo que estuviese en mi mano por llevarle de vuelta al barrio. ¿Quiere que nos vayamos? ¿Quiere salir de aquí y no volver a pisar esta cárcel?

– Nada me haría más feliz. Aquí no me tratan mal. Pero este no es mi mundo, ni esta es mi vida. Te supongo enterado de mi historia y, tras eso, pocas cosas me estimulan en mi quehacer diario. Pero Quini, ese chaval, es mi segunda oportunidad en la vida. Y encerrado aquí no la podré aprovechar – cuántas palabras seguidas en pocos minutos había desgranado el viejo comparado con lo que la

repcionista buenorra me comentaba. Me alegraba que sí volviera a ilusionarse ese anciano tan castigado por la vida.

– Pues ahora tienes esa posibilidad, pero no la pierdas por la boca, con la bebida. No es ejemplo para el chico y no te pone en buena posición de ser algo más para él – Nómeces asentía a mis palabras -. Escúchame pues. Ahora quiero que vuelvas a ser el mismo viejo taciturno que me encontré hace un rato al entrar en esta sala. Te voy a esposar y trágate todo lo que diga de ti. Nos vamos a marchar en taxi, y hasta que no lleguemos al mismo, y estemos alejados de aquí, no des muestras de alegría ninguna. Mientras háblame de lo que se te ocurra, para hacer algo de tiempo.

Me contó que el día que lo detuvieron estaba completamente borracho en el Campo del Príncipe, molestando a los usuarios de las mesas que un bar tenía instaladas en una esquina. Al parecer, el dueño del bar, al que Nómeces no culpa de nada, llamó a la policía para que se ocuparan de él. Estos, viendo su reincidencia en múltiples casos similares, se lo comunicaron al juez de guardia que decretó su ingreso, primero en la Unidad de Rehabilitación de Alcohólicos del Hospital Clínico y luego, a los veinte o veinticinco días, en esta Residencia. Le comunicaron que aquella iba a ser su casa por un tiempo indefinido, con lo cual se terminó de hundir, decidiendo encerrarse en sí mismo hasta el día de hoy. No le había dado tiempo de despedirse de ninguno de sus vecinos y amigos, ni de darles explicaciones por lo sucedido, incluyendo al dueño del bar. Le dolía más que nada no saber de Quini, de cómo seguiría su aprendizaje, y de cómo lo trataría la vida sin él. Todos los días rezaba para que un ángel lo sacara de allí y lo devolviera a la calle o, si no, que un diablo le arrancara las pocas ganas de vivir que le quedaban, dándole la paz con su muerte. Durante casi media hora completó su relato con sus vivencias en la Residencia, qué comía, dónde dormía, qué hacía aparte de dejar volar su mente fuera de aquí. Me habló de los enfermeros, del régimen severo de horarios y movimientos que sufría él y el resto de residentes, aunque la impresión general era que la vida pasaba de forma aceptable. Desmintió que hubiese ido nadie allí a visitarle desde aquel fatídico día en que lo ingresaron, dos días antes de la Nochebuena pasada. Las Navidades las había pasado en completo silencio, deambulando de un sitio a otro de la Residencia, maquinando algún plan de escape que no había concretado hasta la fecha. Ahora, si lo viesan los mandamases de aquí, no se creerían que el hombre que estaba ante mí era el mismo que se apagaba lentamente entre aquellas paredes.

En un momento dado, sentimos movimiento tras la puerta acristalada, lo que me hizo volver a caer en que debíamos retomar mi plan de fuga y salir de allí cuanto antes. Le mandé callar hasta nueva orden. Encendí el móvil y llamé al taxista a su teléfono particular. Me confirmó que en unos minutos estaría en la entrada de la Residencia. Le indiqué que aunque no me viera, me esperase y colgué. Saqué las esposas y se las coloqué a Nómeces, sin apretarle lo más mínimo para su comodidad. Le rogué que volviera a poner la cara de tristeza que todos conocían, lo agarré del brazo izquierdo y, abriendo la puerta de la sala, enfilamos juntos el pasillo rumbo a la salida tratando de ignorar la mirada del guardián.

– ¿Adónde se creen que van? – me increpó el enfermero musculitos que se había pasado todo el tiempo esperándonos -. Este señor no tiene permiso de paseo. Sólo salidas al jardín.

– Este señor, como muy bien lo llama usted, tiene que declarar ante un juez lo que sabe sobre ciertos temas que a usted poco le importan – contesté con toda la potencia que mis pulmones podían dar. Luego, ya más bajito, casi para que él sólo se enterase, terminé -. Y si quiere poner

obstáculos al normal devenir de la recogida de datos del caso que me ocupa, aténgase a las consecuencias civiles, penales, mercantiles, judiciales y/o canónicas que de ello derivase. ¿Me comprende? – obviamente ni yo lo comprendía, pero el fulano en cuestión al verme tan enfadado, teniendo en cuenta que era policía y asumiendo que aquello que acababa de oír, que no entender, podría derivarle a más de un quebradero de cabeza, además de posibles problemas a la empresa en que trabajaba, suavizó su postura hasta el punto de ser él mismo el que nos sostuvo la puerta abatible que daba a recepción.

– Mari Tere – se dirigió a la recepcionista – haz un parte de salida del señor Nómades. Va a acompañar al señor agente policial a una declaración ante el juez. Bueno, yo les dejo aquí. Ha sido un placer conocerle a usted señor.....

– Ramírez, cabo Ramírez, de la policía secreta de la Guardia Civil – le contesté evocando a mi “amigo” Ramírez -. No se preocupe, que el testigo estará bajo custodia nuestra todo el tiempo. Espero que en unas horas estemos de vuelta. De todas formas, muchas gracias por sus útiles servicios al frente de esta Residencia. Le dejo en sus obligaciones, que supongo serán muchas – acabé invitándole finamente a que nos dejara en paz. Tras un adiós entre dientes, desapareció pasillo adelante -. Bueno, señorita Mari Tere, ¿qué papel tengo que rellenar para llevarme al insurrecto?

– Señora, agente, señora y no señorita.

Pues quién lo diría, si podrías ser mi hija – bromeé.

– Bueno, dejémoslo ahí. Este es el papel en donde se hacen constar los datos del residente saliente y, en su caso, los motivos por los que se solicita dicha salida, y en donde se señala aproximadamente la hora o el día, cuando son salidas por un tiempo, del regreso. Firme al final como persona responsable de su tutela mientras el residente no está con nosotros – una vez lo hube rellenado todo, con mis datos y firma falsos, Mari Tere lo leyó concienzudamente y con una nueva sonrisa nos despidió “hasta la vuelta”, que si Dios quiere no se producirá en cierto tiempo, sino nunca.

Atravesamos el jardín y el arco de entrada, y enseguida reconocí el taxi que me trajo hasta aquí. Nos montamos en la parte de atrás, y le indiqué la Plaza Fortuny como destino de regreso. Nómades me sonrió en cuanto oyó dónde íbamos a la vez que me dejaba retirarle las esposas antes que nuestro amigo, que seguía enfrascado con la tertulia radiofónica, se percatara de nada.

– ¿Una visita rápida? ¿Qué, fue a recoger al abuelo? – interrogó más por cortesía que por interés -. Parece contento. ¿Cómo está usted, abuelo? ¿A pasar unos días en familia?

– Pues sí – contestó Nómades -, a pasar los mejores días que pueda con mi “familia”, a la que echo mucho de menos.

– Así es. Usted echándolos de menos, y ellos son capaces de tenerle encerrado en esa residencia a perpetuidad. Así le pagan a uno cuando ya no sirve para nada, cuando el cuerpo no tira ni p’alante ni p’atrás. Te dejas la espina dorsal por ellos para que al final la patada en el culo sea meteórica. Conocí yo al suegro de una prima hermana segunda de la vecina de la hija de un amigo, también taxista, que yo mismo me encargué de montarlo en el taxi, justo donde usted se sienta ahora –

Nómedes se removió incómodo por el detalle -, y llevarlo a un asilo, que más bien parecía las naves de gases que usaban los nazis en la Segunda Guerra Mundial, porque a ninguno de los siete hijos, SIETE – gritó enfurecido –, les salió de sus partes llevarlo personalmente. El hombre enfermó y murió entre cuatro paredes sin que nadie fuera siquiera a darle conversación. A esos sí que los pasaba por la silla eléctrica, ¿no es cierto abuelo?

– Sí, pero ése no es mi caso. En mi situación, yo mismo preferí irme a la Residencia Cielo azul para estar más atendido y relacionarme con gente de mi edad – mintió Nómedes a media sonrisa.

– Toma, y hasta yo me iría a esa residencia. Nada más el aspecto exterior te invita a entrar allí y no querer salir. Porque eso tiene que costar unos cuartos al mes, ¿no, abuelo?

– Pues yo no lo sé. Son mi familia los que se hacen cargo de todo, y a los que les agradezco la libertad que me dan – me guiñó un ojo mientras decía esto último.

– Pues hacen muy bien. Yo a su hijo lo conocí esta mañana en el viaje de ida y me pareció un fuera de serie. Conque los demás sean la mitad que él, ya tiene usted el futuro arreglado. Porque es su hijo, ¿no?

– Sí señor, usted lo ha dicho, este hijo mío es un fuera de serie – me lo decía mirándome a los ojos agradeciéndome lo que estaba haciendo por él.

– ¿Alguna novedad sobre el asesino ese ha dicho la radio? – le pregunté por si algo se había dejado filtrar a los medios de comunicación.

– Está usted preocupado por el hijoputa ese, ¿eh? No, no han dicho nada nuevo. Tendría que tenerlo yo aquí, en mi taxi, para enseñarle lo que es la vida. Ni a tomar aire le iba a dar tiempo a ese muerto de hambre. Es cierto que, al parecer, ronda por El Realejo. Y también, por el mismo barrio han detenido a varios mafiosos que pueden estar relacionados con él y con más asuntos oscuros. Pero poco más. De todos modos, no salgan solos o a deshoras mientras dan o no con su paradero. Y... un momento – y subió un poco el volumen de su radio -, parece... Sí – gritó al sonar una canción que no reconocí – es Antonio Molina. Esta canción se la dediqué a mi mujer hace más de treinta años. Qué recuerdos – alucinaba sólo de nuevo y sin prestarnos atención hasta pasados unos minutos, en que ya estábamos muy cerca de nuestro destino -. ¿De qué hablábamos antes de mi paranoia Molinera? Bueno, es igual. Les dejo por aquí para no tener que entrar de lleno en la Plaza Fortuny y verme obligado a subir la calle Molinos, ¿conforme? –le pagué y, tras estrechar su mano casi ya como colegas, me dijo aprovechando que Nómedes salió primero- No maltraten al abuelo, parece muy buena gente. Y usted, aséese un poco más. Quítese esa barba de varios días, vista algo más presentable, péinese, en definitiva cúdese algo más y verá cómo la vida le trata mejor, que parece también estar enfermo – le prometí que lo haría y que nos acordaríamos de él en nuestras oraciones, cosa que pareció darle igual.

Por mutuo interés de quitarnos de calles confluidas de gente, recorrimos al revés el camino que yo había utilizado hacía algo más de dos horas para salir en su búsqueda. Cada esquina, cada rincón, cada piedra del suelo que pisábamos, le traía recuerdos, como si hubiese sido ayer el día que lo arrastró la policía fuera del barrio. Se veía la alegría en este hombre enjuto, canijo dirían otros, con chaqueta de pana marrón, camisa de franela de cuadros, pantalón gris y que por zapatos llevaba unas Chirucas negras. Llegamos a la entrada de La Enterá y, durante unos instantes,

disfrutó mirando su fachada, que dicho sea de paso no era una gran maravilla.

– ¿Y Quini? ¿Estará dentro? – me interrogó.

– No creo. El recado que tenía que hacer era en la otra parte de la ciudad. Pero entremos. Yo quedé en esperarlo dentro, y de paso nos quitamos de la circulación.

– También es verdad. Por cierto no me has contado por qué tienes tanto respeto a dejarte ver por las calles.

– Bueno, es un culebrón rocambolesco que te resumo sentados tranquilamente en el salón.

Como suponía, Nomedes conservaba la llave suya que utilizaba antes de su detención para entrar a la casa. Subió las escaleras sin decir nada y, arriba, en el salón, se paró a mirarlo todo, confirmando que todo estaba en su sitio tal y como lo dejó. Se sentó en uno de los camastros y, una vez comprobado el estado del colchón y del somier con tres o cuatro botes, se tumbó a todo lo largo para disfrutar después de tanto tiempo de su confort. Yo, mientras, asistí a la escena sentado en una de las sillas. Lo dejé disfrutar el momento, sin prisas, porque tampoco las había. Era obvio que Quini no había regresado, pero hasta que no lo viera no me quedaría tranquilo, pues la misión conllevaba sus riesgos. De todas formas no creía que tardara mucho en volver. Recordaba los pasos que me quedaban por dar y, por unos instantes, las piernas me temblaron junto con las manos. Ya no había vuelta atrás, y la decisión estaba tomada. En unas horas, toda la pesadilla que me había perseguido durante los últimos dos días, pasará a ser tan sólo eso, un mal sueño que recordaré como una aventura del género negro. Me felicitaba a mí mismo por lo fácil que había sido sacar a Nomedes de su “cárcel”, sin director al que dar más explicaciones, sin apenas oposición por parte de los dos figuras que me encontré, recepcionista y musculitos descerebrado, y con la placa de policía que asusta hasta al más pintado. Lo único que me quedaba de resquemor, era la imagen externa que yo presentaba. Supongo que se quedarían diciendo algo así como que “menudo agente guarro nos han mandado, no ha visto un peine ni una maquinilla de afeitar desde hace tres Navidades, por lo menos”. Miré de nuevo a Nomedes y se había quedado frito en lo alto de la cama. Cuánto habría echado de menos este tiempo ese viejo catre. Al no saber qué tiempo de espera me quedaba, tomé su ejemplo y me acosté en el otro lecho. El no haber dormido en condiciones las dos últimas noches favoreció que el sueño me venciera rápidamente, y otra vez los fantasmas de las pesadillas me acecharon. Me veía llegando a la puerta de mi casa, en la que Chris y las dos niñas me esperaban alborozadas por mi regreso con la luz de la entrada encendida. Abrí mis brazos conforme mis pasos me llevaban a la puerta para poder abrazarlas. Sentía una alegría inmensa de volver a entrar por esa puerta sin que nada anómalo ocurriese, y que la felicidad retornase a mi vida tal y como hasta hacía dos días había sido. De pronto, tras Chris apareció la cara sonriente de Rice, blanco como la leche, con su hilo de sangre avanzando por la comisura de los labios, apoyando sus manos en los hombros de Chris que lo miró complacida. Junto a él Nola, con la cabeza hacia atrás por el corte de su cuello, sostenía la olla con el famoso potaje de lentejas. Miré de nuevo a Chris y a las niñas y se las notaba aún más sonrientes, rompiendo en carcajadas al ver el estupor en mi rostro. Algo se arrastraba por el suelo, entre las piernas de todos. Cuando pasó a primera fila, comprobé que era el cuerpo de El Mechas, con los ojos desorbitados, con su entrada de bala entre ellos, que me invitaba a pasar a la fiesta mientras las risotadas y el griterío en general aumentaba crispando mis nervios. Los mandaba callar a gritos y más se reían. Nola giró su cuerpo y me dejó ver su cara, que apoyaba en su espalda,

deformada por los golpes que recibió, pero con su boca abierta emitiendo también sonidos de jolgorio. A la vez se mofaba de mí, repitiéndome una y otra vez que si estaban ricas sus lentejas. Me volví para no ver nada más de aquel espantoso cuadro y me encontré, sentado en las escaleras, al policía cuya placa yo había estado utilizando. Fumaba un cigarrillo empapado en sangre, la misma que le salía del vientre a borbotones. Me sonrió y me preguntó si me divertía con sus objetos de trabajo. Dio una chupada al pitillo y, al aspirar el humo, salían columnas del mismo por agujeros de bala que yo no apreciaba en el pecho. Intenté correr escaleras abajo, pero me lo impidió una marea humana encabezada por Doña Leonor, Doña Carmen y Doña Patro, seguidas por Diego el portero, Don Carlos el relojero, los gemelos Zipi y Zape, y un largo etcétera de vecinos amigos y conocidos que no cesaban de reír, unos más fuerte que otros, terminando por desembocar en un ataque de locura en el que todo daba vueltas a mi alrededor. Sentía la presión cada vez mayor del gentío que se arremolinaba contra mi cuerpo, que me impedía respirar. Me subieron despacio hasta perder el contacto de mis pies con el suelo y, sin prisas, me fueron acercando cada vez más al hueco de la escalera, entre gritos, risotadas, aullidos, palmas y mil sonidos más. Estaba paralizado y me resultaba imposible defenderme, lo cual aumentaba mi angustia ante lo inevitable. Me soltaron en un punto que no logré asirme a nada que impidiera que me precipitase al vacío. Al caer, boca arriba, podía ver sus caras de zombis disfrutando con el sufrimiento y vejación al que me estaban sometiendo. Conforme caía, y me alejaba, apreciaba cada vez más caras curiosas asomándose al hueco para verme, volar primero, y reventarme contra el suelo después. Pero antes de eso, la cara del policía asomó por encima de todas acusándome de haber sido un “chico muy malo”. Y caí, y caí, dejando tras de mí un grito lastimero de dolor y rabia.

– Quieres despertar de una puñetera vez – oí a Quini gritarme de nuevo, zarandeándome más que la vez anterior, hasta el punto que lo tuvo que parar Nómades ante la posibilidad de que descuadrara las patas de la cama que no estaban para esos meneos -. Este tío está de psiquiátrico. Cuando salgas de esta vas a dejar toda la pasta que te quede en el mejor loquero que encuentres. Pero dudo que pueda ayudarte, porque lo tuyo es grave. Y, si al final te cura, es para que luego el tipo coja tres años de vacaciones para recuperarse él – y se sentó en el borde de la otra cama para coger aire y seguir su ataque contra mí -. Gritas como un poseso cada vez que te duermes y ya estas crispando mis nervios. Espero que tus planes salgan bien y te pierda de vista pronto porque sólo me traes estrés, estrés y más estrés.

– Quini, yo también te quiero – le bromeé todavía agitado por la pesadilla -. Me habían tirado por el hueco de las escaleras.

– Mira, pues no es mala idea. Lo que pasa es que en esta casa no tenemos hueco, pero por el balcón no estaría de más.

– ¿Qué hora es? – pregunté medio recostado a Nómades, que parecía más calmado y que tras la discusión se había sentado junto a Quini para mantenerlo abrazado. A éste también se le veía contento de volver a tener junto a él a su profesor y medio padre.

– Las dos y veinte van a dar.

– ¿Las dos y veinte? Se me ha hecho tarde. Debo llamar a ciertas personas para ver cómo continúa esta función. Pero antes, dime Quini, ¿cómo te fue?. ¿Conseguiste lo que te dije?

– No sé qué tendrá esa bolsa de deportes, pero debe ser algo muy solicitado – comenzó a referirme -. Te explico. Cuando llegué a la Estación de Autobuses me fijé, tal y como me dijiste, en el parking de coches, junto a la parada de taxi; en una de las plazas más disimuladas, se encontraba el Mercedes que vimos ayer salir pitando tras lo de la casa de Marga y Mike. Al principio no le di importancia, pero cuando me dirigía a la zona de consigna, como también me dijiste tú, vi a esos dos tipos a los que nos hemos referido otras veces, el gordo y el tuerto, dialogando con el jefe del servicio, a la vez que le entregaban un violeta por su cooperación.

– ¿Un violeta? – le pregunté.

– Un violeta, sí, quinientos euros, coño, que parece que hable chino.

– Vale, bueno, continúa.

– Sigo. Como no tengo la seguridad de que me conozcan o no esos tipos, me puse a buen recaudo hasta que pude ver cómo se montaban en el coche y salían zumbando a toda leche. Preparé algo de dinero en un bolsillo para pagar, según tú, la tarifa de custodia y almacenaje que tuviese nuestro paquete por los días que llevara allí y me acerqué al mostrador. Me iba a dirigir al encargado de la consigna, cuando vi que éste se desentendía de mí y se dirigía al otro extremo del mostrador, adonde nuevamente se acerca el tuerto, esta vez sólo. Te puedes imaginar la alegría que en esos momentos tenía por el cuerpo. A través de la cristalera de la entrada a la Estación, se podía ver el Mercedes arrancado con el gordo dentro esperando a que el tuerto terminara lo que tuviera que decir. Sentí cómo describía, con acento extranjero, a alguien que cuadraba con la imagen que tú tenías antes de la ducha de anoche. Como un “gockero”, dijo. Lo remató con un “principal tgaidor”, y un “me llamas sea la hoga que sea, que tendgás tu segundo premio”. De lo que se deduce que no eres precisamente la persona que va a invitar a cenar a su vera en Nochebuena. Por cierto, echaba un pestazo a pachuli, a colonia barata, que tiraba para atrás – me sonreí del detalle -. Esas palabras me tranquilizaron algo, al dejarme como un personaje fuera de sospecha y al que poca atención prestaría el soplón. Cuando terminaron de hablar, yéndose el tuerto hacia el coche, fue cuando me atendieron a mí. Le enseñé el resguardo que me diste, y comprobó que tan sólo llevaba allí tres días, por lo que el recargo por días almacenados no era gran cosa. Lo pagué y me pidió que lo siguiese un momento. Un momento dijo. El momento más largo de toda mi apetosa vida. Pensé en salir corriendo y desaparecer del mapa, pero también me consolaba la idea de que me habían tenido delante los dos, y no había hecho ni un mal gesto. Me acordé de ti y de toda tu parentela. Me hice la promesa de que si salía de allí, te iba a estar pidiendo medicinas toda mi vida sólo para recuperar la tensión que en esos momentos no había enfermero que me la midiera. Me acompañó hasta una sala en donde las paredes estaban llenas por completo de taquillas ordenadas como los nichos de un cementerio, hasta una altura de unos dos metros. La mía, o la tuya, como prefieras, estaba situada aproximadamente sobre mis ojos, con un teclado de cifras en el que había que pulsar la clave de seis números rojos que el resguardo tenía por detrás. Se apartó a un lado el encargado, dándome la espalda, para dejarme en privado marcar la contraseña. Lo hice, tiré de la puerta y apareció la bolsa de deportes esa que está en la mesa – señaló una bolsa de deportes de escai, azul marino oscura, con Montreal 76´ escrito en blanco en el lateral – momento en el que se giró de nuevo, de cara a mí, y me preguntó si era esa la bolsa que buscaba. Le hubiese dicho que sí aunque la bolsa tuviera ampollas de nitroglicerina. Lo único que pasaba por mi cabeza era salir de allí lo más rápidamente posible, pero sin llamar la atención. Salimos y me dirigí al servicio porque tenía unas ganas inmensas de orinar, y para estar en un sitio sólo

durante un rato y recuperarme un poco. Dentro del mismo me metí en una de las cabinas con retrete y cerré el pestillo. Me alivié y, cuando terminé, permanecí un rato en silencio, respirando despacio y profundo, volviendo mi corazón a su latir normal. Me disponía a salir, cuando se oyó abrir la puerta de los servicios, calculando que entraban hablando tres personas. Una la reconocí rápidamente, era el tipo que me atendió en la consigna. Parecía alterado, o que lo llevaban a la fuerza. La voz cantante la llevaba uno que mandó impedir el acceso al servicio a ninguna persona hasta que terminaran de hablar. Sin dar tiempo a oír nada más, abrí de inmediato la puerta de mi retrete antes de ser descubierto por otro de los individuos que, sin orden ninguna registraba, una a una, las cinco o seis cabinas que allí había. Se hizo un silencio de golpe que no me gustaba nada de nada, sólo roto por los gemidos y suspiros del de la consigna, al que un tercero tenía con la cabeza metida en un lavabo, por lo que no podía identificarme. Al verme, el que parecía el jefe, se me acercó, me cogió de la pechera y me gritó que saliera de allí inmediatamente, sin dejarme decir ni hola. Creo que mi aspecto añinado lo confundió, le dio la seguridad de que yo no diría nada a nadie. Ni siquiera se fijó en la bolsa que llevaba en las manos. Y dicho y hecho. Sin correr, pero con paso acelerado, atravesé la puerta de salida de los servicios y, en cuanto escuché el portazo tras de mí del nuevo cierre de la misma, me puse a correr sin mirar atrás. Atravesé la parada de taxis y de autobuses de línea, abandoné la vía principal y me puse a callejear en dirección a la Plaza de Toros primero y, posteriormente, a los alrededores de la Plaza de la Constitución. Tranquilité mi paso, empapado en sudor, para no llamar la atención y la crucé para situarme en el otro sentido del tráfico. Evité el gentío que allí siempre hay, vigilando, desde la esquina de una de las callejuelas que desembocan en ella, la parada de autobús hasta ver llegar el mío. Una vez dentro ya todo fue algo más fácil, aunque no te niego que el callejear hasta aquí desde Puerta Real me ponía los pelos de punta ante la posibilidad de encontrarme de nuevo con alguno de esos tipos.

– ¿Cómo era el personaje que te echó de los servicios de la Estación de autobuses? – le pedí que me explicara para seguir confirmando datos.

– Muy trajeado, el pelo de pincho, castaño, no muy alto, cuarentón, ojos verdes y un hoyuelo en la barbilla. Parecía...

– Un yuppie – completé yo -. Un yuppie con una cicatriz que le cruza la boca partiéndole ambos labios. Lo llaman el jefe.

– Exacto – confirmó Quini -. Era bastante desagradable mirar esa cicatriz.

– Todos moviendo ficha a raíz de mis llamadas – pensé en voz alta -. Supongo que igual que se pasaron por allí, lo mismo harían con unos cuantos sitios susceptibles de guardar tan preciada bolsa.

– Pues dirás lo que quieras, pero a mí me parece fea como ella sola – se mofó Quini -. ¿Se puede saber qué contiene?

– No me creo que no le hallas echado una ojeada todavía. Con lo que te gusta meter tu nariz en todos lados. ¿No imaginas nada?

– Lo que imagino no es nada bueno, así que, si lo confirmo, no quiero saber nada. Bastantes problemas tenemos nosotros como para añadir otros.

– Ábrela y sácame a mí de dudas, pues lo que yo sé tan sólo son sospechas, con certeza sólo conozco lo que tú – lo invité a levantarse y a que, sentado cómodamente ante la mesa, fuese descubriendo el pastel. Hizo un primer gesto de ir, para después dejarse caer de nuevo en la cama y negar con la cabeza.

– Pues a mí me tenéis en ascuas los dos – rompió su silencio Nómades -. Entre la historia de Quini y las cavilaciones de este hombre, no entiendo nada. A lo que sí estoy dispuesto es a salir de dudas de lo que contenga esa bolsa. ¿Me permitís el honor de abrirla yo? – como asentimos los dos, con la tranquilidad de un maestro de ceremonias, Nómades se levantó, se sentó en una de las sillas ante la mesa y la bolsa, cogió esta de las asas acariciándola en un primer momento para sentir el tacto del escaí y luego, con esa misma mano, agarró la cremallera que debía deslizar hasta el otro extremo de la bolsa para abrirla. En ese momento se bloqueó. Se bloqueó Nómades, no la bolsa. Se sentía incapaz de abrirla, como augurando algo escabroso que traería inconvenientes a sus vidas. Nos miró de reojo esperando un empujoncito que con las manos simbólicamente le di. Dejó caer sus manos en su regazo y negó con la cabeza

– No puedo. Hay algo en todo esto que me da mala espina.

– ¡Vaya par de gallinas! – exclamé -. No se preocupen los señores que yo se lo mostraré – me levanté por fin de la cama, me di un par de estiradas con bostezo incluido, y ocupé el lugar que Nómades me había cedido en el borde de la mesa -. Ta, ta, tachán – bromeé con la mano en la cremallera -. ¿Qué será? ¿Qué no será? -. Las caras eran serias a medida que corría la cremallera al otro lado. Incluso yo me sentí nervioso por poder esclarecer uno de los muchos misterios que quedan por descubrir. Mis dos compañeros de escena se asomaban cada vez más cerca al agujero que se abría en la bolsa, intentando reconocer algo que les fuera familiar aunque, ellos menos que yo, no esperaban encontrar nada que les sorprendiera gratamente. Aparecieron dos bolsas negras de basura, cada cual con algo en su interior guardado, la mayor de las cuales ocupaba dos terceras partes del interior de la bolsa de la Olimpiada. No parecían estar cerradas por ningún nudo, sólo plegadas para que el contenido no se mezclase. Cada paso que daba en la extracción y manejo de las bolsas era seguido por Quini y Nómades sin perder detalle. Al manipularlas fuera, resbaló entre mis dedos algo que seguimos los tres con los ojos hasta que se detuvo en el suelo. Una exclamación de admiración sonó al unísono de las tres gargantas. Ni en mi viaje a Londres, junto a mi mujer, hace unos años, donde admiré las Joyas de La Corona Británica, había visto un pedrusco como el que iba engarzado al anillo objeto de nuestra curiosidad. Lo recogí, haciendo pinza con mis dedos índice y pulgar, y lo subí hasta la altura de nuestros ojos.

– ¡Madre mía! Menudo cacho de trozo de piedra bonita – apuntó emocionado Nómades ante semejante visión -. ¿Os la habéis repartido ya, o es de las que sobran? Con sólo esto se jubila uno a una isla desierta sin Residencias por ningún sitio. ¿Hay más? Porque como esas dos bolsas estén llenas de minerales como este, vamos a tener que aprender Geología, ¿no creéis?

No respondimos. Creo que, tanto Quini como yo, hacía tiempo que sospechábamos que allí habría un alijo importante de difícil salida para los ignorantes en estos asuntos turbios. Coloqué la sortija encima de la mesa dejando hueco para ordenar futuras compañeras. Aparqué por un instante la bolsa mayor y me centré en la menor, de la que había salido el anillo. Al abrir la boca de entrada, y recoger algo los bordes para visualizar el fondo, se extendió ante nuestros ojos un abanico de

centelleantes luces procedentes del reflejo que la luz que entraba por el balcón proyectaba desde los cristales de diferente color, tamaño, forma y densidad que conformaban las innumerables joyas que allí se reunían. Evocaba las películas de piratas, cuando descubren y abren el arcón que guarda las alhajas escondidas durante siglos por el Corsario Barba Roja, cegando la vista el destello que irradian cuando incide sobre ellas la luz del día. Había de todo, como en botica. Gargantillas, collares, abalorios, brazaletes, anillos, pulseras, sortijas, pendientes y hasta piedras sueltas que, supongo yo, serían destinadas a futuras tallas para diseñar nuevas obras de arte como las que allí veíamos. Sumergía mi mano en ese montón de pedrería y, sólo el roce con mi piel, me producía una excitación que jamás había experimentado. La avaricia se apoderaba de mí por instantes, pero igual de rápido me abandonaba. Era un botín importante, y aún faltaba por descubrir qué ocultaba la otra bolsa. Los dejé a los dos, enfrascados en la contemplación y toqueteo a discreción de las joyas, y me centré en la otra bolsa. Al abrirla, por peso y consistencia del interior, sabía que no repetiríamos el muestrario de antes. Metí la mano y, al momento, cesaron los dos tasadores de bisutería que me acompañaban su faena para centrarse en qué saldría de allí. Sonreí agitando las cejas de arriba abajo a lo Groucho Marx, gracia típica que explotaba siempre en momentos de tensión.

– Señores, no se imaginan lo que palpan mis dedos – saqué la mano y le ofrecí la bolsa primero a Quini y luego a Nómades. Ninguno la aceptó, poniendo caras de incomodidad a mi sugerencia -. Si ninguno es capaz de meter la mano aquí, no seré yo quien descifre este misterio.

– Venga ya, hombre. ¿Me he jugado la vida por esta bolsa y no me vas a decir qué contiene? – se enfadó Quini -. Si no queremos meter la mano es por respeto a que seas tú el que nos lo desveles. Yo ya me doy por satisfecho con ver estas preciosidades, pero veo improbable, si no imposible, que saquemos algo de provecho de todo esto.

– Pero de lo que hay aquí se puede aprovechar hasta el olor que quede dentro – le cité para picarlo -. Es el tajo que todos esperábamos, el vil metal que todo lo puede – ante sus caras raras zanjé -. Dinero, coño, que todo hay que decíroslo para que os enteréis – dicho lo cual, metí de nuevo la mano y saqué un fajo de billetes de quinientos euros, ante un nuevo suspiro de sorpresa general. Tras este, otros siete tacos de billetes usados de diversas cantidades fueron desfilando delante de nuestras narices y los iba colocando, aparcados en batería, delante de las joyas. En silencio, sin decirnos nada, cada uno fue cogiendo un montón tras otro de billetes y los iba contando. Cuando entre todos terminamos el recuento, la cifra ascendía a más de cuatro millones de euros, sólo en billetes, sin contar lo que valiesen las joyas. Nadie dijo más durante varios minutos. Supongo que todos pensábamos lo mismo. Bien repartido entre los tres, suponía la jubilación anticipada hasta del mismísimo Quini, que era poco más que un crío. Veíamos la solución de todos nuestros problemas y el comienzo de una nueva vida. Al cambio eran más de seiscientos cincuenta millones de pesetas de las de antes. Una pasta, vamos. Sólo con eso podíamos pasar de las joyas, que con seguridad darían más problemas. En nuestro silencio, a veces, nuestras miradas se encontraban y eran seguidas de sonrisas cómplices que mostraban nuestro estado de ánimo.

– Que alguien me pellizque – rogó Nómades –, porque el día que llevo es de cuento de hadas. Me sacan del correccional ese, me traen a mi casa, me reúno con mi Quini y, para colmo, me cubren de dinero y joyas. ¿No seréis unos ángeles y esto el paraíso al que he llegado después de muerto? ¡Ay mis querubines! – y nos abrazó a los dos al unísono con una fuerza como yo nunca hubiese

creído que tendría. Sería la alegría del nuevo rico.

– ¿Y para qué quieres el dinero y las joyas en el paraíso? – le pregunté -. Allí ya te lo dan todo hecho. Aparte de que tú de muerto tienes poco, sobre todo desde que has salido de allí – sonreíamos todos de forma nerviosa, intranquilos. El tema, aun visto desde el punto de vista más optimista, tenía miga. Todo este dinero explicaba los múltiples intereses que unos y otros mostraban. Nuestras vidas, tratando con quien se trataba, corrían serio peligro -. Bueno, hablando en serio – y adopté una postura más reflexiva -. Mi intención es que este botín vuelva a manos de la policía. Aunque parezca lo contrario, quedarse con algo, por poco que fuese, sería muy arriesgado tanto para vosotros como para mí – hubo leves protestas, sobre todo de parte de Nómades, que terminaron sin más incidentes -. Debo continuar con mi plan y engarzar todas las piezas para resolver el puzzle. A las cuatro he quedado con unos “amigos”, pero antes he de hacer una visita que me debe aclarar mis datos. Me da miedo salir a la calle por si me encuentro con policías, o con los que me buscan para darme un repaso de chapa y pintura en el chasis. No sé si nos volveremos a ver por aquí y, si eso ocurre, en qué condiciones será, pero me quedo con un buen sabor de boca de ambos...

– Como comprenderás – me interrumpió Quini – tengo unas ganas inmensas de perderte de vista, pero no por ello voy a dejar que vayas al matadero solo. Por lo menos, mientras transites de día por el barrio, déjame ser tu guía. Si quieres me mantengo a distancia tuya, para que no nos relacionen, pero puedo llevarte adonde quieras esquivando zonas demasiado transitadas, ¿ lo recuerdas?

– Puede ser peligroso y no estoy dispuesto.

– Haz caso al chico – ahora fue Nómades el que me interrumpió -. No se meterá en tus asuntos, pero te mantendrá seguro mientras callejeas. No conozco a nadie que se mueva mejor por el barrio que él.

– De acuerdo – acepté tras unos instantes de dudas –, pero pase lo que pase conmigo, no te preocupes de nada más que de salvar tu pellejo. Nada de heroicidades que dejen a Nómades sin su Quinito del alma – dicho lo cual le relaté los sitios a los que tenía pensado ir y las horas aproximadas de cita. Urgía echar algo al estómago en previsión de lo que pudiera pasar en el resto del día -. ¿ No tendrás algo comestible de reserva por ahí, eh, Quini? Un pata negra, o caviar ruso, o langosta que nos mate la necesidad que a estas horas cualquier ser humano siente por el arte de comer.

– No sé cómo te la apañas pero siempre encuentras soluciones a tus necesidades. La de ahora era difícil de resolver, pues por lógica, tras la mañana que he llevado, en lo último que me iba a parar a pensar es en traer comida mientras regresaba a casa. Y menos para ti, de quien me estaba acordando no muy gratamente. Pero mira por dónde, en la Plaza Fortuny, me ha llamado Manolo a voces, el de la freiduría-asador de pollos, que al parecer os ha visto salir de un taxi, preguntándome si había vuelto al barrio Nómades. Confieso que la alegría que me ha entrado al oír ese comentario me ha hecho olvidar todo el mal rato de la mañana. Le di un sí por respuesta, pero le pedí que por ahora no lo comentara con nadie. Es de fiar. Un tío culto, pues se rumorea que tiene hasta los estudios de...

– Lenguas clásicas – apostilló Nómades.

– Eso, sabía que tenía que ver con las letras. Me preguntó si te vería y, lo mejor – prosiguió con su relato – es que, según me comentó, para celebrar tu vuelta, y sabiendo de nuestras estrecheces monetarias, me regaló “para que le des un homenaje de bienvenida al viejo” un pollo asado, una ración de patatas fritas y otra de croquetas caseras, con una barra de pan para mojar la salsa. Total, que salí de allí convencido de que cerca de ti, Rocker, las iba a pasar putas con los líos que te buscas, pero, pasar hambre, no pasaría hambre nunca más en mi vida, porque desde que te conozco, las cosas en ese aspecto van inmejorables. No todo lo que te rodea tiene que ser malo, ¿no? – se levantó y puso sobre la mesa la bolsa que Manolo le había dado, con su logotipo impreso en uno de los laterales, donde se leía “El pollo con sabor, te lo da Manolo en su asador”, que respondía al lema de la casa. Antes, había yo devuelto cada parte del botín a su bolsa correspondiente, y las guardé de nuevo en la Montreal 76`. Comimos con apetito los manjares del tal Manolo, interrumpiéndonos sólo cuando Quini nos hacía reír con alguna expresión mímica de su cara, vizqueando los ojos, moviendo las orejas a una velocidad inimaginable o abriendo la boca llena de comida amenazando con arrojarla fuera. A pesar de su valentía y madurez temprana, seguía mostrando en ocasiones el medio niño medio adolescente que por edad era. Y Nómades, en nada se parecía al viejo indolente que vi en la sala de visitas esa mañana.

SEXTO NÚMERO ROJO

Cerca de las cuatro de la tarde terminábamos la comida. Me sentía nervioso, pero con ganas de entrar en faena. Imaginaba en estos momentos al francés y a El Penta esperándome en Los Palacios. Necesitaba mantenerlos allí sujetos, por lo que volví a telefonar al francés.

– ¿Dónde estás metido? Llevo espejándote en este nido de cucagachas un buen gato – me respondió con tono desafiante.

– Quedé contigo a las cuatro y ahora están dando en mi reloj. De todas forma, he tenido dificultades para dar con todo el botín y recuperarlo por completo....- le tranquilicé.

– ¿Lo tienes todo? Maldito hijo de mala madre. Debes negociarlo conmigo. Yo sabré custodiarlo mejor que tú. Coges un riesgo importante con eso en tu poder. Si el jefe da contigo, date por muerto.

– Los riesgos que corro los valoro yo, ¿estamos? Mis fuentes de información ya me han comentado que tanto tú, como el jefe, habéis estado dando unas vueltas por la ciudad esta mañana, intentando dar conmigo y con el botín. No me gusta que me hallas desobedecido – le chuleé un poco ante lo que percibí un resoplido furioso -. Yo te voy a dar el dinero como signo de amistad hacia ti, pero quisiera que me correspondieras haciéndome un favor.

– Donde yo haya estado esta mañana no te importa, ni a ti, ni a tus “fuentes de información” – alguien por lo bajo le pidió más paciencia, “por ahora”.

– ¿Te callas o cuelgo? Lo que tengo en mi poder puede interesarle a más gente aparte de a ti. ¿Comprendes? – continué -. Al parecer no eres santo de la devoción ni del jefe, ni de El Mando. Ni tú, ni El Penta.

– ¿Y tú cómo puedes saberlo? ¿Quién me dice que no me engañas y buscas enfrentarnos a los dos?

– Llámalo. Llámalo y pregúntale si sabe algo sobre un tipo de la consigna de la estación de autobuses, al que tú le has dado quinientos euros esta mañana, y que probablemente, él y sus chicos, lo hayan dejado para el arrastre. Va por ti. Va tras de ti. Y no te extrañe que te vuelvas y esté pegado a tu desagradable culo para comprobar si te cambiaste de calzoncillos al salir de casa esta mañana.

– ¿Cómo puedes saberlo todo eso? – desquiciado bramaba ya el francés.

– Cállate y escucha. Voy camino de Los Palacios. Estaré ahí en media hora, a lo sumo en una. Llevo conmigo lo que tú quieres. El favor que te pido es que, efectivamente, llames al jefe. Cítalo

para que enseguida se reúna contigo ahí, en Los Palacios. Cuéntale lo que quieras, pero que esté ahí contigo cuando yo llegue. Me interesa que reconozca mi mérito e interés por la compañía – mentí casi cómicamente -. Debe de estar enfadado por no haber conseguido nada, igual que tú, así que, por tu bien, yo que tú no le calentaba mucho la cabeza pidiéndole explicaciones sobre lo de esta mañana y me limitaría a darle la alegría de que uno de tus hombres, en este caso yo, se ha hecho con el botín. Las demás explicaciones déjamelas a mí cuando llegue-. Temí que por un momento su orgullo de mercenario se rebelara contra todo y me mandara al carajo, lo que me dejaría con el trasero al aire y con todos mis esquemas rotos. De citarlos en un sitio apartado dependía que las cosas fueran bien o no. Confiaba en que mi forma de actuar, completamente chapucera en estas lides, les diera a ellos la tranquilidad y seguridad suficiente como para que fingieran seguirme el rollo, buscando la oportunidad de tenerme cerca -. Bueno, ¿Qué? ¿Qué me respondes? ¿Estás conmigo o contra mí? – repetí con pedantería esa frase que había oído en multitud de películas en las que había dado tan buenos resultados.

– Te espero, pego no más de las cinco, ¿me oyes? – parecía más calmado -. Si no vienes, ve haciendo testamento.

– Y tú ve llamando al jefe, pues de lo contrario, ni aparezco – y colgué sin despedirme. Quini y Nómades no salían de su asombro al ver cómo me codeaba con dos matones como el francés y El Penta. No se atrevían a decirme ni preguntarme nada, lo cual era de agradecer. Me dejaban en silencio, dando tiempo a que mi mente enajenara los acontecimientos pasados y ordenara los futuros. Me levanté, ordené la bolsa olímpica como creí conveniente, di un fuerte abrazo de despedida a Nómades y comencé con Quini la tournée previamente pactada. De día todo se ve, por lo que esta vez el retorno a nuestro taller de coches o motos de la tarde anterior, nuestro primer destino, fue por un camino más largo pero más seguro que a mí se me hizo más soportable al no tener los botines de Mike. La ropa que me dio Quini, aunque fea por los colores, y porque pegaban poco unas prendas con otras, por lo menos era cómoda. Y gracias, porque esta vez sí hubo que ir por auténticas escombreras, esquivando calles de posible tránsito policial y zonas de posible tránsito mafioso, Los Palacios incluidos. Recorrimos, en parte o completas, las calles Santa Escolástica, Cruz de Piedra, Niño del Royo que nos llevó hasta la puerta del Gran Hotel y desembocamos en Antequeruela Alta, junto a Matamoro, todas calles del Realejo alto, con vistas a la Alhambra en muchas de ellas, que recorren sus faldas. No teníamos mucho tiempo, por lo que nada más llegar le pedí a Quini que siguiera con el plan. De nuevo apoyado en el viejo gato hidráulico, contemplé a Quini dirigirse a la casa de Esther, repitiendo en la llamada la contraseña que ya no era tan secreta. No tardó ésta en aparecer por la puerta extrañándose de ver a aquel chico joven. Vestía una bata de invierno, a cuadros. Hablaron unos minutos y, como era de prever, ella desapareció un momento para volver, ya sin bata, con sus vaqueros y un jersey de cuello alto beige. A la vez que observé los movimientos de mi joven amigo, realicé una corta llamada telefónica al comisario Peana. Ni sonó el tono de llamada cuando descolgó el auricular. Estaban esperando información para poder moverse. Me extrañaba la “confianza” que Peana había depositado en mí. Creí en un sexto sentido policial, aunque también era muy importante el que no tuvieran pistas de ningún tipo excepto las que yo les había facilitado en mis llamadas. Tarde o temprano mi suerte terminaría, y lo que había que conseguir es que terminara por voluntad mía y con mi inocencia demostrada. Se oía, como en conversaciones precedentes, rumores de fondo al utilizar auriculares de manos libres. Rápidamente le informé de la parte final de mi plan sin especificar mi posición actual, ni la futura. No obstante los cité para en breve saber más de mí. Entre gritos rogándome más información y maldiciones variadas, tanto a mi persona como de otras

índoles, volví a cortar la llamada y desconectar el móvil. Todo seguía encajando.

Antes de que se encontraran Quini y Esther conmigo, abrí la bolsa olímpica y extraje la colección de billetes. No me veía nadie y podía permitirme ponerla a buen recaudo, y sólo conmigo como testigo. Además, entre el montón de chatarra que había, con el color herrumbroso oscuro de los metales, el negro de la bolsa se enmascaraba perfectamente. Y como la luz dentro era muy vaga, bien profundo y tapado con algún resto de metal, nadie podría jamás imaginar que allí se escondía semejante fortuna. Y así fue como aquel centro de inmundicia pasaba a ser mi pequeño paraíso fiscal. Luego ya vería qué hacer con esa millonada.

– ¡Rocker! Qué alegría de verte...- gritó Esther, provocándome un respingo y entrando por el ventanuco que Quini usaba para sus escarceos. A mí me había dado tiempo a colocarme de nuevo en mi gato sentado. Seguía igual de guapa que ayer cuando la vi por última vez -. Qué alegría de verte.

– ¿Vivo y libre? – le recriminé -. Aunque te parezca mentira. Sigo vivo y en completa libertad, y creo que no precisamente gracias a tu ayuda.

– Si me dejas, te explico – se la notaba avergonzada por mi reproche. Sabía que lo había hecho mal y no iba a dejar que pensase demasiado.

– Pues la verdad, una de las razones por las que he venido, es para pedirte explicaciones – mi tono de desaprobación lo mantenía para tenerla a la defensiva. Suponía que intentaría ponerse a bien conmigo, con cualquier excusa, hasta averiguar si a mi lado soplabla el viento favorable o no. A poco que le cediese terreno, ella conocía muy bien sus armas para extraer de los hombres todo lo que necesitaba. Había sobrevivido así, y no tenía que cambiar la táctica cuyos resultados eran muy aceptables -. Ven, siéntate aquí. Me vas a oír y me responderás a algunas preguntas porque, de lo contrario, tu libertad corre serio peligro. Quini – me volví al chaval –, haz el favor, vigila fuera la casa de esta señorita y avísame si alguien o algún coche sospechoso se acerca hasta aquí – cuando Quini se hubo marchado continué dirigiéndome a Esther o Shena, como se prefiera a estas alturas -. Ahora que estamos solos, quiero dejarte claro que no me fio de ti nada de nada. Sé de ti más de lo que te imaginas. Tú crees que me conoces, o por lo menos crees conocerme algo. No soy quién tú crees que soy – mentía convincentemente -, y ha llegado el momento de que conozcas unas cuantas cosas. Escúchame, y pon toda tu atención en lo que te voy a narrar – medio sorprendida, medio asustada Esther fijó sus ojos en mí y asistió al relato de todas mis sospechas, sin saber que no tenía pruebas sólidas, pero fascinada por la convicción con que detallaba cada paso, cada detalle, de una trama más compleja de lo que todos, ella misma incluida, pensábamos. Fueron unos quince minutos de monólogo en los que muchos gestos de sorpresa y temblores de escalofríos recorrieron su cuerpo, mientras yo, conforme pasaban los minutos, me afianzaba en mi relato, incidiendo más en aquellos puntos que creía que a ella la impresionarían por aquello de aturdirla un poco para mi posterior cuestionario. Terminé e hice una pausa antes de comenzar mi interrogatorio.

– ¿Y tú quién te crees que eres para que yo me trague todo eso? – interrogó ella primero sin darme a mí tiempo a empezar -. ¿ Te crees que lo primero que me digas me va impresionar?.

– ¿Es que acaso he dicho alguna mentira? – me sentí presionado por su reacción pero me mantuve

en mi posición -. Si quieres, discutimos todos estos aspectos en Comisaría, con el comisario Peana, con pruebas y testigos por delante – la amenacé ante el miedo de que se me escapara de la encerrona que le tenía hecha -. Con tus antecedentes, ni vas a ir de misionera, ni te darán una lucha el día del Domund, ¿comprendes?

– ¿Y de qué conoces tú a Peana? ¿Os habéis recogido juntos alguna vez en cualquier bar de carretera, o eres asiduo de sus calabozos? – se permitió ironizar -. A ver si vas a resultar uno de sus chivatos.

– Pues sí, algo lo conozco – y por enésima vez abrí despacio la cartera con la placa policial y se la mostré. Furiosa, salida de sus casillas, se abalanzó sobre mí intentando golpearme con ambas manos y profiriendo contra mí múltiples insultos. Asiéndola de los brazos la empujé y zarandé hasta devolverla a su sitio, sentada en el gato hidráulico. Algo más tranquila, escondió su cara en sus manos e inició un gimoteo propio de la impresión de sentirse acorralada, incapaz de articular palabra -. Te pido perdón, si te sientes engañada, te he traicionado en cierta forma pero nadie ha jugado limpio en toda esta historia. Ahora que sabes todo, y te he contado todo, tú decides si me aclaras unas dudas que tengo voluntariamente, o lo hacemos de malas maneras. Lo único que obtienes es tu libertad como testigo colaborador – separé las manos de su cara y, posteriormente, sus pelos para poder contemplar sus ojos. No se podía decir precisamente que se hubiese deshidratado de llorar. No se distinguía ningún indicio de humedad en sus párpados, ni rimel corrido. Todo el teatro anterior era su forma de ganar tiempo para no sabía yo muy bien qué.

– ¡Atentos! ¡Silencio, que viene un todo terreno negro por el fondo de la calle! – entró avisándonos Quini. En ese mismo instante, Esther, con la agilidad de un felino, me propinó un rodillazo en mis partes blandas empujándome con fuerza hacia atrás. Caí con tan mala fortuna que topé con mi cabeza contra el resto de un eje delantero de coche, pero sin llegar a perder el sentido. Entre los dolores intensos provenientes de mi entrepierna y la humedad caliente que brotaba de mi cabeza, la ofuscación que sentía me impidió reaccionar de inmediato. Fue Quini quien se abalanzó sobre Esther, esquivó un directo de derecha, que amenazaba llegar limpio a su mentón y dejarlo K.O., la agarró por el pelo y, con un sopapo a mano abierta, la tumbó boca abajo en el suelo sentándose sobre su espalda mientras yo me recuperaba del todo. Un poco más repuesto, y medio a rastras, extraje las esposas de mi cazadora y se las apreté a las muñecas lo más fuerte que me fue posible, por detrás de su espalda. A medida que me movía notaba el salpicar de gotas de sangre provenientes de mi cabeza.

– Te ha hecho un buen piquete – me comentó Quini mientras no cejaba en su empeño por tenerla bien apretada contra el suelo -. ¿Quieres un pañuelo?. Tengo uno en mi bolsillo izquierdo – lo cogí y, mientras me limpiaba la herida de la cabeza con apretones secos en la zona, que parecía haber dejado de sangrar, me asomé por la ventana a husmear. La herida de la cabeza parecía más espectacular, pero era el rodillazo el que me tenía algo mareado, hasta con náuseas que me recordaban el sabor del pollo y las croquetas del almuerzo. En el coche anunciado por Quini, se distinguían cuatro figuras de hombre. Estaba aparcado en la misma puerta de la casa de Esther y con el claxon reproducía los toques de la contraseña que ésta tenía para abrir la puerta a conocidos, la misma que yo conocía. Venían a por ella.

– ¡Estoy a...! – intentó gritar la chica antes de que Quini le tapara la boca con la mano.

– ¡Aaah! – se quejó éste -. Me ha intentado morder la muy...

– ¡Estoy...! – comenzó de nuevo y calló de inmediato cuando vio que saqué la pistola del policía, que tenía sin estrenar, y se la puse entre las cejas. Quini también se mostró asombrado, pero, habituado a sorpresas a mi lado, no dejó que los nervios le atenazaran.

– Abre la boca – le mandé sin dejar de apuntarla -. Muy bien. Y ahora te vas a comer el pañuelito de tito Rocker, con salsa gore y todo – le metí el pañuelo hasta que le fuera difícil expulsarlo y entonces guardé el arma -. Ahora, Esthercita la buena se va a estar calladita, porque si no vas a enfadar a estos dos amigos, a los que les queda un ápice de paciencia, y no sé qué va a ser lo próximo que te haga. Tengo la cabeza dándome palpitaciones, el pelo con coágulos de sangre reseca, que será el remate de mi aspecto maravilloso, y da gracias que el malestar genital desaparece por momentos. Te aseguro que, con tu ayuda o sin ella, todo se aclarará, por lo que estaré encantado, si no decides cooperar, de llevarte unos cartones de Celtas al penal donde te recluyan – cesaron de pronto los toques de claxon y aligeré a asomarme de nuevo. Los cuatro estaban ya fuera del automóvil, mirando hacia la balconada, en donde una de las contraventanas de cristal estaba abierta, supongo que para ventilar el salón. Uno de los hombres lo reconocí al instante y, suponiendo que Esther se alegraría de verlo, no dudé en, tras apretarle el pañuelo dentro de su boca hasta casi provocarle arcadas, alzarla de nuevo y colocarla en posición para que pudiera verlo, sin que nos viesan y sin que llamase su atención. Sin esperarlo yo, y Esther menos, tras fracasar en sus intentos de entrar por la vía natural, montaron en el coche todos menos uno que recogió de los asientos de detrás sendas botellas que resultaron cócteles molotov. En un suspiro los encendió, los arrojó a la contraventana abierta y se montó en el coche sin reparar en el daño que había hecho saliendo a toda mecha de allí. Esther se derrumbó en lágrimas ante el cuadro del coche desapareciendo de nuestras vistas, mientras se extendía el olor a quemado por la zona en proporción con el tamaño de las llamas, que se agitaban en el interior de la vivienda amenazando a las casas contiguas. Ante el temor de que se asfixiase con el pañuelo cerrándole la boca, tiré de él -. Bueno, nos vamos que aquí se va a liar la marimorena y yo tengo cosas que hacer por otro lado. Decide si vienes o no con nosotros, pero decídelo sobre la marcha – dicho lo cual le quité las esposas, las guardé de nuevo y emprendimos nuestra particular huida de allí, con Quini de guía oficial, como siempre. Yo me encontraba restablecido del atentado contra mi persona por lo que no me fue difícil seguir su ritmo que, en poco tiempo nos puso de nuevo a la vista el monumento nazarí. En todo momento no me separé de mi bolsa olímpica, aligerada en peso por mí.

– ¡Esperadme! ¡Esperadme! – escuchamos a nuestras espaldas a Esther en plena carrera por llegar a nuestro lado. A lo lejos se sentían el ulular de las sirenas de bomberos, ambulancias y policías, percibiéndose una columna de humo que no presagiaba nada bueno para el hogar de nuestra acompañante. También ella presentaba restos de sangre por la boca y nariz, tanto por los forcejeos con Quini, como por la que llevaba el pañuelo que tuvo en su boca -. Menuda han liado esos cabrones en mi casa. Yo creo que la cabeza de una cerilla tarda más en encenderse que el techo que acabo de ver hundirse. Los bomberos no van a encontrar nada más que ascuas – hizo una pausa para recuperar el aliento y recomponerse un poco, y dirigiéndose a mí, con un tono dócil, se confesó -. Debo admitir que no he sido lo racional que exige mi situación, agrediéndote e intentando escapar, sobre todo, tras ver lo que me preparaban los que creía amigos.

– Amigos y algo más – le apunté.

– Bueno, sí – reconocía abochornada -. La historia que antes me contaste tiene un alto porcentaje de verdad. La esencia en sí, y sus consecuencias, las has descrito perfectamente. Conociéndola como la conoces y perteneciendo al gremio que perteneces – cosa en la que yo no quería hacer hincapié para no pararme ahora a dar explicaciones a Quini –, no quiero liar más mi situación. Sólo pequeños matices se podrían retocar, pero que en nada cambian el final. Definitivamente, quiero estar de tu lado y que se valore la ayuda que pueda aportar por si en algo mejorase mi situación futura. Si tienes alguna duda sobre cualquier tema que pueda yo resolver, estoy a tu disposición.

– De momento vamos a seguir nuestro camino y quitarnos de la vista de gente indeseable.

Con Quini a la cabeza, recorrimos nuestro itinerario de antes, pero al revés, hasta el cruce de la calle Cruz de Piedra y la calle Fuente Alta, muy cerca ya de Los Palacios, donde nos sorprendió el paso de un motorista de gran cilindrada que por poco arrolla a Quini. Hubiera jurado que se trataba de uno de los tipos que hace un rato estuvieron en la puerta de la casa de Esther. Sentía mi corazón latir cada vez a mayor velocidad. Necesitaba quitarme el miedo que me estaba comenzando a invadir y no veía la forma. Presentía el peligro acecharnos a la vez que la hora de mi cita con el francés se acercaba. En uno de los portales de la calle decidí hacer una parada y obligué a mis dos compañeros de travesía a entrar conmigo. Bajo el hueco de la escalera, que llevaba al piso superior, y junto a la puerta del piso bajo, fuera de la vista del exterior, me senté en el suelo con mis rodillas contra el pecho abrazadas por mis manos. Sentía mi vientre suelto, con mucho trajín de tripas y aerofagia, producto de mi intranquilidad. Quini y Esther me siguieron en silencio, esperando que les dijera algo. Terminaron sentándose junto a mí, uno a cada lado. El silencio en el portal contrastaba con el paso de motocicletas a velocidades anormales para un barrio de calles estrechas y tranquilas. Era como si hicieran ronda para detectar cualquier movimiento sospechoso en la zona. No formaban excesivo ruido, pero sí lo suficiente como para llamar la atención de los vecinos, pues pasaban por los mismos sitios periódicamente, a intervalos de pocos minutos. En una de esas se oyó el sonido de dos o más motocicletas aproximarse a menor velocidad, a tenor del ruido que traían. Conversaban sus conductores sin que hubiese dificultad en oír lo que se decían.

–...eran tres, te lo juro – comentaba uno de ellos -. Lo que me ha despistado es que el primero, el que a punto estoy de atropellar, fuera un crío – “pero con más cojones que tú”, pensé para mis adentros -. Yo qué voy a saber que un crío era objeto de interés. De los otros, no te puedo ni dar la descripción. Los vi de refilón, como sombras, ellos doblaban la esquina y yo también, a la vez y sin darnos cuenta de más detalles. Pero seguro que era en esta calle – estaban ahora parados justo en la entrada de nuestro portal y continuaron su conversación. Nosotros encogimos más los pies no fuera que se nos viera desde el exterior -. Y además es la hora en que nos dijo el jefe que empezaría el baile, ¿no? ¿Qué hora tienes?

– Casi las cinco – respondió el otro sin muchas ganas -. Desde luego, para que el jefe intente atrapar a este pájaro antes de que vuelva a la jaula debe de haber su motivo. Y debe de ser importante, porque si no, no se entiende el despliegue por los alrededores del caserón antiguo este – se debía referir a Los Palacios -.

– Y la concentración de peces gordos. Hay gente que en mi vida había visto y que parecen estar por encima de los habituales.

– A mí me pasa igual. Fuera del gordo, el tuerto... incluso el jefe, con el que llevo menos tiempo, pero al que creía un capo superior, parece un mandado ante tanto tipo trajeado. ¿Has visto cómo responden de inmediato a cada sugerencia del tipo ese del flequillo? Bueno, vamos, parece que la gente que viste tampoco acecha demasiado cerca – terminó apretando el puño del acelerador de su motocicleta a lo que el otro le siguió.

No teníamos mucho tiempo, por lo que pedí a Quini que fuera a dar un vistazo por los alrededores y me informara cómo estaba el ambiente. Nada más irse me dirigí a Esther para aclarar unas dudas que necesitaba confirmar en mis averiguaciones. Así, después de terminar nuestra breve charla, tenía resuelta toda la trama con nombres y apellidos de todos los implicados, algunos muy ilustres como El Mando, llamado por los dos truhanes de las motos como el del flequillo. Debía acudir a mi cita lo antes posible, para que las moscas no huyeran de la mierda. No hizo falta que pidiera a Esther que viniera conmigo. Salió de ella misma el acompañarme. La notaba definitivamente echá p' delante, lo cual me podía beneficiar cuando me encarara con todos aquellos mafiosos. La última parte del plan era ponerme en contacto con el comisario Peana para darle las pistas definitivas de mi plan. Me retiré de la chica unos metros y lo llamé.

– ¿Dónde está? – atacó sin dar un saludo -. Necesito más datos o mis jefes me cortarán la cabellera por confiar en usted. Supongo que antes notaría la tensión que aquí se respiraba y que a mí se me hace insoportable. No podemos estar dependiendo de los fascículos que nos relata cada vez que nos llama. Necesitamos todos los detalles que haya averiguado para intervenir nosotros también.

– De acuerdo. Le cuento todo lo necesario para que puedan actuar, pero respeten mis reglas del juego – terminé de exponer mi plan y el papel que quería que cada pieza jugase, cosa que, aunque no les hizo ninguna gracia, se comprometieron a respetar. Tomé precauciones en algunos niveles de mi relato para que Esther no se enterase de determinados detalles. Todo el rato que duró mi exposición seguí sintiendo moverse a unos y otros, organizándose para una acción inmediata, con órdenes para distintos cuerpos de las Fuerzas de Seguridad. Sentí una voz familiar que, de primeras no encajé, pero que casi al final de mi relato no dudé en identificar -. ¿Todo entendido? ¿Alguna pregunta?

– Todo entendido. Tenga mucho cuidado, su vida está en peligro – me alertaba – pero eso supongo que lo sabrá.

– Lo sé. Confío en mi ángel de la guarda que hasta ahora no me ha defraudado. ¿Puedo saludar?

– A ver si se cree que esto es un concurso de la tele – se extrañó Peana.

– Es que creo que cerca suyo revolotea el cabo Ramírez de la Guardia Civil, personaje encomiable y digno protagonista del inicio de mi epopeya, al que le envió de mi parte, y del resto de los conciudadanos, felicitaciones por su defensa de la imparcialidad, neutralidad, igualdad y justicia en su labor diaria, buscando con esmero el camino recto, objetivo y ecuánime por el que conseguir ser un agente íntegro e insobornable en la libertad, autonomía e independencia de cada individuo.

– ¡Jóder! ¿No me estará insultando, piltrafa? – se le escuchó defenderse a lo lejos al cabo.

– No es el momento de entrar en batallas dialécticas – terció Peana.

– No diga palabras demasiado técnicas, que hay a quien su intelecto no le da para más – seguí mofándome -. Sólo espero que se respete el trato al que hemos llegado, sin que nadie saque los pies del tiesto antes de tiempo, incluidos los muy cortitos de mente – y me guardé el teléfono en el bolsillo de la camisa. Podía imaginar la cara y el revuelto de tripas que el cabo Ramírez tenía en esos momentos.

– Venga, que se hace tarde – me urgió Quini que acababa de llegar de su particular ronda –, vayamos a que los gallos se escapen del corral.

– ¿Cómo está el patio? – pregunté tomando la bolsa olímpica de nuevo en brazos.

– Estamos a unos cien metros de unos ventanales, al final de esta calle, por los que nos podemos meter hasta el corazón de Los Palacios. Parece ser que nos esperan por la entrada normal, con lo que por allí no nos verán entrar. Ven que os lo enseñe desde la calle – salimos y nos condujo hasta tener el ventanal ante nuestras narices. Sólo empujando con algo de fuerza, las maderas que lo tapiaban cedieron lo suficiente como para poder escurrirse por el hueco que dejaban, previa subida encima de un contenedor de basura que malos recuerdos me evocaba.

– Fin del viaje. Hasta aquí has llegado, amigo – le recordé a Quini que se disponía a entrar con nosotros -. Un pacto es un pacto, y alguien debe cuidar de Nómedes. De todas formas no creas que me has perdido de vista de por vida. Estoy en deuda con vosotros y, si todo sale bien, pronto estaré rondando por aquí. Ahora, media vuelta y, sin mirar atrás, no pares de correr hasta casa, ¿has comprendido?.

– Pero...- intentó insistir.

– Fuera de aquí, ya no te necesito. Corre y piérdete – le dije con más fuerza pero sin alzar mucho la voz. Agachó la cabeza y salió corriendo de vuelta a la calle. Me dio pena ser duro, pero no veía otra forma de convencerlo -. Venga ya de sentimentalismos – dije con mal gesto dirigiéndome a Esther que había contemplado casi toda mi conversación con Peana y con Quini entre el asombro y la incredulidad, pero la pobre es que tenía poco donde elegir -. Y tú, hasta nueva orden, no abras el pico para nada, ¿sí o sí?.

– Sí, claro – acertó a decir.

Al estar la calle en cuesta, y encontrarnos nosotros en lo alto de la misma, entrando por donde entramos, nos situamos directamente en la planta donde conocí a Marga y Mike, sin tener que subir, esta vez, escalera alguna. Me llamó la atención la cantidad de vigas de madera que soportaban fundamentalmente los techos, aspecto que en mi anterior visita no había centrado mi atención, aunque maderas había por todas partes apuntalando muros, en los pasamanos de las escaleras, puertas, ventanas y otros ornamentos. Un gran murmullo de voces venía de unos metros más allá. La distancia era de unos cincuenta metros. Me fui acercando, con Esther muy cerquita, sorteando escombros, trozos de maderas, restos de conservas, basuras y hasta se nos cruzó una rata del tamaño de un gato, ante lo que Esther reprimió un grito. Cuando divisábamos ya las primeras siluetas, entre columnas desnudas de ladrillo, sentimos cómo nos agarraban por la espalda de nuestras ropas. Un puño cerrado que abarcaba media cazadora mía, y otro con medio

jersey de Esther, le bastó al gorila que nos sorprendió por detrás para inmovilizarnos mientras nos arrastraba al meollo de la reunión. Hubiera jurado que, más que andar, volábamos sin tocar el suelo. Pero lo peor de todo fue el aterrizaje, que parecía no lo tuviera muy ensayado el simio en cuestión. Entramos en mitad de una estancia ruinoso, a modo de distribuidor, formada por cuatro paredes con dos puertas de comunicación con el resto de la casa, una por la que entrábamos en esos instantes, y otra, más allá de una columna, además de un acceso a las escaleras que comunicaban con los pisos inferior y superior, donde todos charlaban animosamente, unos más nerviosos que otros. Nuestro amigo nos dejó planear sin motor los últimos cuatro o cinco metros, sin paracaídas ni red. Rodamos liados el uno con la otra ante el delirio y algarabía de más de uno. Yo no solté la bolsa en todo este tiempo. No quería que se descubriese su contenido demasiado rápido. Pero eso me privó, en mi accidentada toma de tierra, del apoyo de la mano que sujetaba la misma, con lo que el resultado de mis lesiones fue más doloroso de lo que aparentaba. Rabiaba de dolor del hombro derecho y de la cabeza, con la que había chocado contra la pared que frenó nuestro rodar. Poco menos que veía la Vía Láctea, con estrellas de todos los colores. Nos sentamos en el suelo, apoyando nuestras espaldas contra la pared, de cara al tendido y bajo el marco de la única ventana existente. Por fortuna, no se me había caído durante el percance ninguno de mis artículos obtenidos y usados a lo largo de mi odisea, pues de lo contrario las cosas se podían haber complicado y torcido más de lo que ya estaban. Con el malestar todavía intacto, lancé un vistazo a Esther y vi, que aunque apoyada como yo contra la pared y consciente, su estado tampoco era para lanzar cohetes. Su párpado derecho presentaba una hinchazón que ascendía por segundos, dotando de un color morado oscuro a la piel e iniciando un fuerte derrame sanguinolento en el ojo, como si un puñetazo le hubiese hecho plena diana. Deformaba su cara como la de un boxeador recién descendido del ring, a lo que ayudaba la imagen, de la misma guisa, del labio superior. Su encontronazo con el suelo o la pared, tuvo peores consecuencias estéticas que el mío, aunque presumo que el dolor en mi caso, si no mayor, sí sería por el estilo. Con una mirada le supliqué que aguantara otro poco más pero, entre que el lado que me miraba era el afectado, poco expresivo, y la conmoción que supongo aún sufría, no sé si el movimiento de cabeza que me dedicó fue para animarme a seguir, o para anunciarme su próxima expiración. Volví la cabeza de nuevo a nuestros curiosos admiradores, dándome de bruces con la “graciosa” mirada de El Penta que, cogiéndome por la barbilla, me obligó a levantar la cara hacia arriba enfrentando su nariz a la mía. La brusquedad de la acción me hizo lanzar un breve y suave gemido de dolor al reflejarse el movimiento en mi hombro. Desde luego que tener su calvorota, y su aplastada nariz, tan cerca daba escalofríos. Y esa risita perdonándome la vida, tampoco me alegraba el cuerpo. Su respiración agitada no paraba de embestir mi mucho más delicado cutis, llegándome un olor mezcla de tabaco, alcohol y de alguna exquisita tapa pasada que, ya digerida, se había transformado en avinagrada cloaca a tenor del aroma que despedía.

– Voy a hacer con tus tripas cuerdas para mi guitarra, que las tengo desafinadas – me dijo para probar mi moral –. Je, je, je. Y con tus dientes, púas para tocarlas. ¿Te agrada la idea?

– Penta,...- respondía yo intentando olvidar los dolores que recorrían toda mi anatomía – Penta...

– ¿Sí, cariño? Háblale a papá – seguía con un tono burlón mofándose de mí para divertimento de sus secuaces.

– Penta,...- continué quejumbroso -, ¿me oyes bien? – entorné los ojos para hacer la escena más dramática.

– Que sí, hombre, que sí. Dime lo que quieras – le dejaban regocijarse sus superiores para divertimento de sus camaradas mercenarios.

– Sólo quiero decirte una cosa – mi voz dulce y agónica le hizo acercar su oreja a mi boca.

– ¿Sí?

– ¡Bésame el culo! – grité todo lo fuerte que mi garganta pudo, que no era gran cosa. El susto lo hizo tropezar al hacer el movimiento de separación de mi estridente boca para, posteriormente, rodar por el suelo hasta casi caer por las escaleras que conducen al piso inferior del inmueble.

– ¡Serás hijo de puta! – bufaba mientras más de uno se tambaleaba de la risa – ¡ Voy a rajarte en filetes con cuchillas de afeitar! ¡Desecho de la naturaleza! ¡Despojo de los despojos! – entre cinco hombres tuvieron que sujetarle para que no llegara hasta mí, porque de haberlo hecho, ofuscado como estaba, cumpliría sus amenazas de sobra -. ¡Disfruta de tus últimas bocanadas de aire porque en cuanto te tenga entre mis manos voy a dejar tu pescuezo más fino que el hilo de pescar! ¿Me oyes masa de estiércol? – desgranaba una tras otra todas las caricias que me iba a dedicar junto con los compañeros que lo retenían y, posteriormente, lo obligaban a bajar a por las escaleras por orden del jefe.

– Penta, cállate ya, luego tendrás ocasión de limar tus diferencias con mi amigo el Rocker – hablaba pausadamente el jefe – ya que por ahora me hace falta tenerlo completo. Aún así, veo que por poco no te faltan piezas por alguna parte de tu fachada. Una vida muy agitada e interesante la tuya, amigo Rocker – prosiguió iniciando un lento paseo de izquierda a derecha mía, unos cuatro pasos a cada lado. Observando atentamente a quién tenía ante sí, el lumbreras que los tenía inquietos a ellos, a la compañía. Y miraba y miraba, y yo creo que no se lo creía. La sonrisa recelosa que adornaba su boca desfigurada podría poner nervioso a cualquiera -. Una vida dura, sí, pero interesante. Creo que has solicitado personalmente a mi colega el francés mi presencia en esta reunión de.... ¿negocios, podríamos decir? Según me consta tienes información muy valiosa que nosotros te sabremos valorar, ¿ no? Seguro que estaremos todos encantados de oírte. Bajad todos las escaleras y dejadnos, al francés y a mí, a solas con nuestro invitado – se refería el jefe a otros tres matones que quedaban junto a ellos en la habitación, entre los que se encontraba el gorila que nos sorprendió al entrar. A éste último lo desvió hacia la zona por donde nos había localizado que, junto a la salida principal del edificio, escaleras abajo, eran los dos puntos de acceso a la reunión. No pensaba que pudiera ser peligroso en esas condiciones, ni en mis mejores condiciones -. Y respecto a ti – dirigiéndose a Esther -, ya hablaremos cuando esto termine. El Mando no parece que esté muy contento con tus actuaciones de los últimos días. Tienes muchas cosas que explicar y mejor que nos convenzas porque de lo contrario...

– Nada de nada – corté sus amenazas.

– ¿Cómo dices? – preguntó desafiante el jefe.

– Que a ella ni tocarla, ¿entiendes?. Tiene tanto de mérito en todo esto como yo, así que quítate de la cabeza el tocar uno sólo de sus pelos o atente a las consecuencias.

– Otra chulería de esas y te forro el cuerpo de plomo – se aceleró el jefe para, a renglón seguido, apaciguarse gesticulando y aumentando el ritmo del paseo por la habitación -. Veamos, Rocker,

cuéntame lo que has venido a decirme, sin enfados, sin malos rollos. Supongo que, cuando termines, podré valorar tu trabajo y el de Shena, ¿supongo bien?

– ¿No va a venir nadie más a la reunión? – contesté no haciendo mucho caso a lo que acababa de decir -. Suponía que El Mando estaría interesado en conocer de primera mano qué hacen sus hombres con sus negocios – les cambió la cara como si les hubiese nombrado al diablo, mirándose el uno al otro sin saber qué responder. Tenía la sospecha de que estaba en otra estancia, apartado de miradas indiscretas, no perdiendo detalle de todo lo que se estaba hablando -. Es una pena que tenga que negociar con segundones que poco pintan en las decisiones importantes – mi chulería aumentaba por momentos ante la ira de mis interlocutores-. Creo que lo que vengo a discutir es lo suficientemente importante como para que la presencia del señor que os manda hacer las cosas que hacéis esté asegurada.

– Maldita sabandija – me insultó el francés –, cómo te atgeves a nombgag a quien ni conoces. Podgíamos haceg contigo albóndigas si quisiégamos. Recuegda que no egues nada más que un vulgag fgacasado que vino a implogagnos un chusco de pan que llevagse a la boca. Y ahoga muedges la mano que te da de comeg cual peggo sagnoso desaggadecido.

– ¿Me permites que te dé un consejo? – me dirigí a él. Como refunfuñó, y antes de que me cambiara el tercio, proseguí -. No hables más en público mientras no hayas “apgendido” – le imité – a pronunciar correctamente el castellano, porque cuesta entenderte la misma vida. Cierra el pico y, en adelante, límitate a escuchar – le provoqué para exaltar sus ánimos.

– ¡No te pegmito más ¡ – dijo buscando en los bolsillos internos de su americana la pistola que, en milésimas de segundo, contemplaba dirigida hacia mi entrecejo para, posteriormente, en otras milésimas idénticas a las anteriores, enfilarse el techo desviada en la misma mano portadora hacia dicho sitio por las dos manos del jefe que, en un alarde de reflejos, reaccionó con suficiente celeridad para salvar mi vida. Las doce balas del cargador se incrustaron en el techo, haciendo caer un trozo de éste sobre los dos mafiosos que terminaron llenos de yeso y cal -. ¡Déjame que acabe con él! ¡Dame ese placeg y ya no pedigé nada más en tgeinta años! – le pedía a gritos el francés al jefe que trataba de calmarlo como podía ante el intento de éste de recargar la pistola. Por suerte para ellos, el silenciador instalado en el arma impidió que medio barrio se enterara de que estaban a punto de licenciarme de la tierra. Sin tiempo a parpadear, subieron en tropel el ejército de animales que guardaban las espaldas de estos dos. Traían las caras desencajadas y se ordenaban en una especie de formación de asalto, cada uno con su correspondiente revólver en la mano. El jefe los tranquilizó y los hizo volver a sus posiciones, agradeciendo la atención prestada al percance -. ¡Y encima se guíe el muy cabgonazo! – terminó por decir el francés en su desesperación al advertir que un esbozo de sonrisa se dibujaba en mi cara por lo cómico de la escena.

– Tú también podrías cooperar algo – se dirigió a mí el jefe buscando apoyo para apaciguar los ánimos bastante alterados -. Olvidemos nuestras diferencias personales y vayamos al grano del asunto que nos trae aquí. ¿ Sabes algo del botín que custodiaba Nola o es otra artimaña de las tuyas?. Si tienes algo que contarnos que nos interese comienza a largarlo, o si no, no perdamos más el tiempo, ni tú con nosotros, ni nosotros, por supuesto, contigo.

– Conforme – me encontraba bastante más recuperado de mis dolores articulares. Me levanté

despacio para no forzar el cuerpo y que éste no me doliera de nuevo. Me apoyé en la pared mientras Esther continuaba en su posición. Moví despacio mi hombro derecho, al principio solo y posteriormente con el brazo extendido, para terminar el ejercicio con desplazamientos a un lado y a otro de la cabeza, con objeto de comprobar si me hallaba en condiciones de mantenerme estable al caminar. Sentía molestias fuertes en la espalda pero no parecía tener nada roto, por ahora. Paseé un trecho corto al centro de la habitación y finalmente retorné a mi sitio.

– ¿Pero qué estás haciendo? ¿Un pase de modelos? ¿Lecciones de aerobio del viejo rockero? Ni vistas, precisamente, un traje italiano, ni tu corte de pelo ni tu peinado son lo más chic del momento, y mucho menos aún tu cuerpo se puede calificar de envidiable. Por Dios, te rogaría que te centraras de una vez por todas.

– Que sí, que sí. Sólo comprobaba el estado en que esa bestia amigo vuestro me ha dejado.

– Nada compagado como te iba yo a dejag – saltó el francés.

– Deja ya las amenazas y escuchemos lo que tiene que decirnos – zanjó el jefe.

– Muchas gracias por su comprensión a esta audiencia que creo que no me merezco – inicié mi perorata ante los resoplidos del francés -. Sé que la narración que voy a hacer ahora sorprenderá a unos, enrabiatará a otros, calmará la conciencia de algunos y liberará de toda culpa a los menos, o sea a mí, pero es la verdad pura y dura, fastidie a quien fastidie – en este punto ya comencé a tomar el gesto más serio e incluso a levantar la voz -. Espero, y de eso estoy seguro, que esta conversación llegue a todos los oídos de todas las partes implicadas que voy a nombrar para que, como se suele decir, cada mástil aguante su vela, con todas las consecuencias que esa vela le traiga, buenas y malas. Sólo os pido que a cambio de la información que os voy a pasar, me confirméis la verdad de la parte que os toque de la historia – los dos, casi sin parpadear, asintieron en la pausa que hice para ello -. Bien, buenos chicos. Empiezo con los hechos – carraspeé para aclararme la garganta y darme más importancia -. Leandro, alias El Mechas, planeó con Esther, alias Shena, y Nola, quedarse con el botín que ésta última tenía escondido, bajo su custodia por orden vuestra – Esther en esos momentos dio un respingo al sentirse traicionada por mí, intentando decirme algo que era indescifrable por el hinchazón de sus labios. Se abrazó a mi pierna clavándome las uñas de pura rabia, para luego aflojar a medida que el llanto le nublaban las fuerzas. Acaricié su pelo para transmitirle confianza, aunque su desolación la dejó insensible a nada en esos momentos -. El botín estaba, sin que lo supierais vosotros, en una de las cajas de seguridad de la consigna de la estación de autobuses, y allí tenía pensado dejarlo Nola hasta que se lo pidiereis. Averigüé este dato, como la mayoría de los que he recopilado, por casualidad, al encontrar mi teléfono particular entre los papeles de El Mechas como teléfono de contacto con Nola, señalando, junto al número, el horario en que ésta siempre se encontraba allí, así como el teléfono de Esther con sus señales previas de identificación. El resguardo de la caja de seguridad, junto a los seis números escritos con tinta roja que eran la clave de apertura, también estaba entre los papeles que llevaba consigo El Mechas. Al negarse Nola a devolver el botín cuando le fue requerido, y dar largas a la compañía sobre el paradero del mismo, decidieron, o mejor, decidisteis, eliminarla para darle un escarmiento, de lo que sólo sospechó Esther cuando ya estaba muerta – de nuevo Esther, esta vez contra los dos oyentes de lujo que teníamos, profirió insultos indescifrables arrojándoles restos de yeso y escayolas de la pared sobre la que se apoyaba. Le sujeté las manos hasta calmarla de nuevo. Con la llantina la cara se le congestionó

aún más, así como sus ojos. De su nariz pendían dos velas de moco que intentaban sortear los labios hinchados. Continué – El Mechas ni se enteró que se planeaba liquidar a Nola. Confiaban en Rice, al que no le habían dicho nada del plan del botín, pero este era un cocainómano confeso, y pensaba más en dinero para sus dosis que en echar una mano a Nola para escapar. Él fue quien llamó a la farmacia para comprobar que hubiese salido yo de allí, y supongo que fue quien dejó la olla con las lentejas al fuego para que reventaran. Comprobó, asimismo, que entraba en casa y de inmediato llamó a bomberos y policía. De ahí la rapidez con que se desató todo. No creo que ejecutara a Nola, pero sí que intervino en abrir el acceso a mi casa a ti, francés, por su amistad anterior con ella. El francés y el Penta consumirían el asesinato, y dejarían encargado el resto a Rice, incluso del arma homicida, que paseó por media ciudad envuelta en el trapo y en la bolsa del hipermercado que ahora están en posesión de la policía. Pero, y esto era una de las cuestiones que más me obsesionaron tras los sucesos, ¿dónde estaban mi mujer y mis hijas a esas horas en las que normalmente comen en casa?. Mi curiosidad por una tarjeta de invitación a una fiesta infantil de cumpleaños, y una posterior llamada desde una Residencia de un amigo mío al lugar de celebración, me sacaron de dudas. Confieso que al principio pensé de todo. Hasta me planteé que mi mujer hubiese montado un complot contra mí para deshacerse de mí. Lo que no me cuadraba era que en el complot entrara liquidar a Nola. Menos mal que la explicación, aunque sorprendente e inexplicable para mi cabeza, no incluía a nadie de mi familia. La clave se llama Fernando Lamberg, el Mando – les noté de nuevo nerviosos al nombrarles a este tipo, mucho más cuando oyeron su nombre y apellido. Me daba en la nariz que este pájaro tampoco rondaba muy lejos lo que justificaría el sin vivir que recorría los cuerpos del jefe y del francés. Nadie que no fuera de los de su confianza conocía estos datos y eso los aturdí más -. ¿Algún problema? Os noto temblorosos. ¿Miedo, terror, indecisión? En fin – continué - ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Fer-nan-do Lam-berg – recalqué cada sílaba subiendo el tono a medida que terminaba el apellido -, abogado y jefe en el bufete donde trabaja mi esposa. Él, a media mañana del día de autos, habría llamado a mi mujer desde el despacho a su móvil para que trajera a las niñas, tras la escuela, allí cerca, a un centro de recreo infantil donde supuestamente celebrarían el cumpleaños de su hijo con un almuerzo-fiesta. Inocentemente, mi señora esposa habría aceptado, dejando a Nola sola sobre la una y media de la tarde, tiempo de sobra para que ocurriera todo. Luego, con mi aparición en El Terrao, les rompí los planes a todos sin saberlo, ni ellos, ni yo. El único que podría haberme reconocido era Rice, pero esa noche no habría reconocido ni a su padre, y yo no me quitaba las gafas ni la gorra en ningún momento. El francés y El Penta nunca me habían visto y, como les fui útil esa noche, algo pensarían explórtame confiando en la supuesta amistad que tenía con El Mechas. Nunca sospecharon que yo pudiera ser el que esclareciera el ajuste de cuentas con Nola, pues me consideraban un desgraciado por la historia que le contamos El Mechas y yo aquella noche. El Mechas supongo que sí quiso ayudarme sin conocer que la muerta de la que le hablaba era una de sus socias. Creo que no llegó a enterarse de lo de Nola y, en el fondo, le seducía la idea de un posible reencuentro con Marga, más creyéndose rico, a corto o medio plazo, y creyendo rica a Marga, como yo le menté. Los chicos de Darbo Night se lo cargaron tras un soplo que lo delataba como poseedor de las claves del destino del ya comentado botín, soplo que sospecho provenía de Nola, la cual jugaría a dos bandas con los dos grupos mafiosos, y que últimamente no disfrutaba ni de la amistad, ni de la confianza de El Mechas. Por su parte Esther – volví a acariciar su pelo mientras seguía mi relato. Parecía que se hubiese calmado un poco, por lo menos ya no sollozaba como antes -, una vez perdida su hermana, y enterada de que yo era el principal sospechoso de su asesinato, pues se lo dije yo mismo, aun sabiendo que yo no fui, prefirió entregarme a la policía en su casa, cargarme ese muerto y seguir con su plan a medias con

El Mechas para disfrutar del botín de Nola. Ahí sí que me sentí traicionado, y abandonado, como una rata en su agujero a la que esperan multitud de gatos hambrientos en el exterior. Pero se cargaron a El Mechas, a la vez que cerraron El Terrao, arrasaron con Darbo Night y los suyos, y yo me escapaba otra vez de la policía. Nadie la defendió, y estuvo en la cárcel detenida, como sospechosa en los asesinatos de Nola y Rice, hasta que todo se aclaró. Sin quererlo, o queriendo, quién sabe, te ayudé con mis conversaciones con el comisario Peana. Yo le avisé de lo de El Mechas, para que diera cuenta de sus asesinos. Todo te salió mal, querida, pero puedes ser de gran utilidad para desenmascarar multitud de faenas del francés, El Penta, del jefe, del oficial Justo y por último, hasta del mismísimo Fernando Lamberg, el Mando. Y seguro que alguno me dejó en el tintero. Sobre el oficial Justo, poco hay que decir. Era un pelele en las manos de Esther. ¡Qué infeliz! ¡ Menudo iluso!. Esta lo utilizó, enamorándolo, para seguir los movimientos de Fernando Lamberg. Le prometió amor eterno y lo que le puede buscar es la ruina infinita. Lo veía, a escondidas de todos, en su casa. A última hora de la mañana o primeras de la tarde. Lo conoció de rebote, en el juzgado, estando ella de testigo de una amiga acusada de tráfico de estupefacientes. Lo cameló, al principio como un tanteo y, después, sabiendo que trabajaba para el que trabajaba, puso más énfasis en ello. Pero el pobre nunca llegó a sospechar nada de nada. Menudo bobo. Esta mañana lo llamó nada más terminar de hablar conmigo, eso no lo sabes – me dirigí a ella -, cometiendo el fallo de contárselo todo, aunque ya le había yo puesto sobre aviso anteriormente. Creía que su amor por ella pesaría más que la tomadura de pelo a la que lo había estado sometiendo. Pero él, despechado y mucho más fiel a Fernando Lamberg, quiso tomarse la justicia por su mano e intentó acabar con ella esta misma tarde para quitar un quebradero de cabeza a su jefe, y de paso vengar su orgullo herido. Craso error que lo mete de lleno en el saco de este espinoso juego. Por último, Fernando Lamberg – sonreí agitando la cabeza como si aún no me lo terminara de creer -. ¡Qué sorpresa la primera vez que vi su teléfono en la agenda de Esther! Este es el cabecilla de la organización que todos llamáis la compañía. Reconocí su teléfono en la agenda como el mismo del despacho donde llamaba yo a mi esposa de vez en cuando. Lo único que, junto al teléfono, en la agenda había un apunte: SOLO DE DOCE A DOS DE LA MADRUGADA, horas extrañas de charlar con los amigos. Además, al lado de su nombre estaba su alias: El Mando. Yo lo llamé esta mañana para que desconfiara del francés en el caso del botín de Nola, para que no lo llamara hasta la noche, cuando yo se lo iba a ofrecer. De todas formas, él tenía en el jefe su perro de presa para ponerlo en los talones del francés y mantenerse informado de sus movimientos, más si cabe tras confesarle yo mis sospechas – una mirada del francés fulminaba en esos momentos al jefe -. Al igual que en El Terrao, en otros locales de similares características mantenía una jerarquía igual, con un jefe poco visible que promovía negocios varios a una red menor o mayor de mercenarios, siendo su mayor competencia Dabor Night. Nadie, excepto sus jefes, lo conocían directamente. De día era un responsable, reputado y serio abogado, que dirigía un bufete de renombre, y en nada hacía sospechar lo que de noche maquinaba. Probablemente su afán por el dinero o sus también luego comprobadas aspiraciones de poder, primero entre el gremio empresarial de la noche y, después, dominada esta faceta, entre grandes poderosos de la política, subiendo hasta los escalafones superiores, lo habían cegado llevándolo a ampliar la llamada compañía a límites y negocios que en un principio no se habrían planteado, pero que luego hubo de asumir conociendo que jugaba con fuego en el marco de la ilegalidad. Lo que me apena de él es que no le tembló la mano al planear implicarme en el asesinato de Nola, sin importarle lo más mínimo el futuro de mi familia, entre la que se encuentra una de sus mejores colaboradoras en tareas legales, mi mujer – volví a pasear dejando unos momentos de reflexión que permitieran a cada uno ver el lugar donde había quedado. Se notaban

caras de preocupación por las traiciones y dudas que mi relato les había dejado a los dos, o mejor dicho, a los tres, incluyendo a Esther. Todos esperaban que continuara o anunciara el fin de mi declaración -. En fin, como diría el famoso cerdo de la tele, “eso, eso, eso es todo amigos”. Ja, ja, ja, ja – me permití carcajear ante los aspavientos y bufidos de mi audiencia. Ninguno parecía haber quedado contento, lo cual me satisfacía por lo que unos y otros pudieran largar a continuación. Me desplazé hasta una columna desde donde podía observar a los tres y esperé reacciones.

De repente, a mis espaldas, se oyeron unas palmadas a ritmo lento que se fueron acercando poco a poco. Me volví inquieto y comprobé que las mismas venían de un cuarto, al lado de la nuestra, del que nos separaba una puerta de madera descolgada de sus bisagras superiores. Alguien tiró de ella hacia el interior de la habitación dejando visible a mis ojos al autor de todos mis males: Fernando Lamberg en persona. Quien había tirado de la puerta era el oficial Justo, sempiterno lameculos del primero, que peleaba por mantenerse en pie sobre un colchón viejo abandonado que habría dado descanso con seguridad a más de un peregrino ocasional. Este último parecía traer peor cara que El Mando, como si mi charla se le hubiese indigestado. La verdad que de cara a todos los había dejado a la altura de las ratas de alcantarillado y supongo que estaría maquinando la forma de lavar su imagen y de hacerme pagar por todo lo dicho. Los dos trajeados, impecables, sin un resto ni de sangre, ni de yeso o escombros, muy típico por estos lares. El traje de Fernando en especial era de mi agrado, propio de un gusto refinado como el suyo, de color burdeos oscuro y con americana en vez de chaqueta. Como siempre, presentaba un peinado peculiar, con un flequillo que casi llegaba a tapar su ojo izquierdo. Era guapo el muy jodido. Y alto y con billetes en la cartera. Demasiados billetes diría yo, aunque pensando de dónde procedían la mayoría, prefería mi triste cartera llena de telarañas. A veces me había asustado la posibilidad de que algún día flirteara con Chris, pero enseguida me tranquilizaba pensar que no era su tipo. Encajaban muy bien para el trabajo, pero se repelían como pareja, a mi modo de ver. Caminó despacio hacia mí, sin parar de palmear sus manos con idéntico ritmo. No apartaba la mirada de mis ojos, con una risita falsa que dejaba ver su inmaculada dentición libre de caries, sarro o empastes que sufren el resto de los mortales. Se detuvo justo delante de los dos pájaros que me habían estado atendiendo hasta ahora, dándoles la espalda. Era como si el director de la empresa, una vez comprobada la ineptitud de sus obreros, saliera a dar la cara por el producto defectuoso que el cliente venía a reclamar. Tras él, el jefe y el francés modificaron sus posiciones para poder seguir viéndome al completo. Se encontraban ante una situación nueva para ellos pues, hasta ahora, nunca El Mando había dado la cara de aquella manera. Pero en esta ocasión, el cliente lo merecía. Era un cliente especial del que estos dos mamarrachos esperaban diera buena cuenta la máxima autoridad.

A todo esto, a Justo se le ocurrió seguir la estela de su superior mirando, alternativamente, a Esther y a mí. Llegando a la altura de ésta, recibió, sin previo aviso, un puñetazo en la entrepierna – vaya obsesión de esta chica por la zona – que lo hizo caer primero sobre sus rodillas, y finalmente se derrumbó sobre su costado izquierdo poniendo su traje a la altura del resto de los asistentes, obviando claro está el de El Mando. Tras esto, Esther se arrastró hasta refugiarse en la columna donde yo me apoyaba. Nada de lo que ocurría detuvo el palmeteo de Fernando, que parecía disfrutar de las torpezas de todos sus subordinados sin apenas pestañear. Parecía divertido con el espectáculo. Y eso a mí no me calmaba los nervios. Y, para colmo, Esther volvía a gimotear a mis espaldas.

– Una conferencia perfecta para un conferenciante no menos perfecto – comenzó a decir El Mando

- La verdad que ha sido todo un trabajo de investigación al que no hay pega que ponerle. O, tal vez, siendo severos en la puntuación de tu exposición, quizás haya un pequeño detalle que te has saltado, sin darte cuenta, por supuesto, y sin maldad ni malos rollos, y que sí pediría yo que nos aclarases para demostrar a estos, llamémosles señores que nos acompañan, cómo se culmina una búsqueda con resultados positivos. ¿Me sigues?

- Como el coyote al correcaminos, Fernando. ¿O debo llamarte Don Fernando o, en su defecto, El Mando que rima con Fernando? - le respondí con sorna intentando no dejar ver miedo alguno -. Dime, ¿en qué más puedo ayudarte?

- Tienes gracia - me respondía mientras con la punta del pie empujaba el trasero de Justo, que en esos momentos se levantaba como podía tambaleándose ligeramente, para alejarlo no fuera a mancharle a él también en cualquier tropezón que diera -. Me haces gracia y, aunque no te lo creas, te aprecio muchísimo. Elegirte a ti como principal sospechoso en el asunto de la difunta Nola no fue fácil, pero no me quedaba otra alternativa. Era... digamos... una chica un poco atrevida y alocada, lo cual no era compatible con sus responsabilidades con nosotros. Tú eras la pieza más fácil de encajar en el puzzle sin hacernos buscar nuevas coartadas a los demás. Nos ha sorprendido tu capacidad de supervivencia y estaremos encantados de que seas uno de los nuestros, si ese es tu deseo. No tienes que abandonar tu vida normal. Es más, no debes abandonar esa vida, porque será la que siempre te elimine de las sospechas en cualquier golpe. De lo contrario, si no quieres disfrutar de la expansión de nuestra empresa, tampoco podemos, ni queremos, obligarte a nada. Sólo te pedimos que olvides estos tres días de tu vida para siempre, y lo de Nola, se lo cargamos a Rice, que nos sea útil en algo ahora que no está entre nosotros. No es mal trato, ¿no?

- Yo sólo sé que eres más falso que las tetas de Esther - Justo levantó la cabeza asombrado, no sé si por el insulto o por la afirmación pectoral, con su cara de imbécil retorcida todavía por el dolor -. Si piensas que sigo este juego por placer es porque estás tan ciego en tu locura de poder que no ves más allá de tus narices. En mi vida he hecho tantas locuras como en estos tres días, y todas a la fuerza, por conseguir dar con la verdad y poder demostrar a la policía que yo no tengo nada que ver en esto - Esther me miraba perpleja ante los cambios de identidad que a cada rato tomaba para mí. Creo que estaba tan confundida que no sabía si seguir confiando en mí o intentar volver con la otra parte. Comenzó de nuevo a emitir frases incoherentes a la vez que tiraba de la pernera de mi pantalón, solicitando alguna explicación -. ¡Tú calla y ya te aclararás luego! - le grité airado por su intervención en estos momentos claves. Proseguí como si no hubiese pasado nada -. Escucha un segundo. Yo he venido aquí para daros lo que queréis, afirmar mi inocencia y que todo el mundo olvide que existo. Vosotros os entendéis con la policía y la Guardia Civil para explicarles la bondad de vuestros negocios, y...

- ¿Y dónde está lo que queremos? - se atrevió a intervenir el jefe a pesar del riesgo que ello podía conllevar de ser reprobado por El Mando.

- Eso, danos una muestra de buena voluntad tuya hacia nosotros que nos haga más creíbles tus sanas intenciones - completó lo anterior Fernando Lamberg.

- De acuerdo, ahí va eso - arrojé a los pies de Fernando la bolsa olímpica que no había soltado en todo el rato -. Dentro está lo que yo calificaría, más que una muestra de intenciones, un

cumplimiento por mi parte del compromiso aceptado con todos vosotros por teléfono. Como veréis, no falta ninguna pieza, está todo lo que Nola mantuvo en custodia. Y ha sido tan fácil como ir con un resguardo a la consigna de la estación de autobuses y pedir el contenido de una de las cajas de seguridad. En concreto, con este resguardo – y enseñé el papelito que Quini me había devuelto tras su odisea en la estación -. ¿Lo reconoces? – bajé la mano a la altura de la cara de Esther y se lo mostré. Lo agarró de un tirón y cerrando la mano lo apretó contra su pecho, como si de una reliquia se tratase, iniciando otra sesión de sollozos -. Abrid la bolsa y comprobad que es el botín famoso – invité a mi audiencia. Fue el francés el que a diversas señas provenientes del jefe reaccionó, y un gesto de El Mando lo decidió; se puso en cuclillas junto a la bolsa y corrió su cremallera. Extrajo la única bolsa de basura que yo había dejado y la abrió bien para observar su contenido. Una sonrisa delataba su satisfacción al comprobar que todas las joyas de las que él tenía referencia estaban allí. Por lo pronto, esto calmaría algo los ánimos de los contactos de la costa, principales “propietarios” y muy buenos clientes de la compañía. Alzó la cara hacia El Mando y le sonrió, lo que relajó el ambiente tenso que flotaba entre ellos. No obstante, el jefe no parecía muy animado, como si algo no terminara de agradaarle. Se agachó también junto a la bolsa e introdujo su mano en su interior. Registró por todos sus rincones, que tampoco digamos fueran muchos, cambiando su cara de preocupación a enfado absoluto a tenor de la congestión que reflejaba, con el entrecejo arqueado y contraído, y ambas filas de dientes rechinando por el frote a que se veían sometidas.

– ¿Pretendes tomarnos el pelo? – estalló en un grito.

– ¿Qué ocurre? – reclamó El Mando.

– ¿Qué pasa? ¿Qué falta? – preguntó el francés -. Póg lo menos la pagte que yo conozco está íntegda.

– ¿Y el dinero? Aquí falta el dinero. Unos cuatro millones de euros. ¿Dónde los has metido? – siguió interrogando el jefe ante la curiosidad de los demás.

– No tengo ni idea de qué me hablas – mentí -. Bastante me ha costado encontrar las joyas esas como para pensar en dinero. Eso es todo lo que había en esa consigna: una bolsa llena de alhajas y nada más. Si hubo o no hubo dinero en esa bolsa alguna vez nunca lo sabré, porque yo no fui quien la guardó anteriormente. ¿Quién me dice a mí que el dinero ese del que hablas nunca llegó a estar en la bolsa y se quedó por el camino, en algún olvidadizo bolsillo cuyo propietario o propietaria están criando malvas en este momento? ¿Por qué no pensar que ese dinero nunca ha existido y lo único que quieres es enfrentarme todavía más a la compañía?. E incluso, puestos a ser mal pensados, lo mismo ni siquiera Nola sabía de ese dinero y eres tú el que lo ha retirado de la circulación – comentario que hizo flotar de nuevo las dudas entre esta pandilla. No había excesiva camaradería entre ellos y rezumaban tensiones arrastradas a lo largo de su convivencia, lo que se traducían en situaciones como la presente, en la que no se creía ninguno la inocencia cien por cien del jefe, pero tampoco podían enterrar de golpe los muchos años de fidelidad y confidencialidad que sumaba fundamentalmente con Fernando Lamberg. Pero hasta éste tenía un gesto excesivamente grave.

– Shena – preguntó El Mando suavemente -, ¿Tú no sabrás nada de ese dinero? ¿No, querida? Si lo supieras quiero pensar que me lo dirías, ¿eh? – pero Shena mantenía su cabeza agachada y lo

ignoró, cosa que le irritó sobremanera – ¡Shena! – terminó por gritar sin previo aviso, lo que llevó a mi corazón a querer salirse de mi boca, cabalgando a mil revoluciones por minuto -. ¡Me has escuchado!. Que quiero que me expliques lo que sepas de ese dinero, querida – cambiaba a un tono más dulce una vez que comprobó que la chica estaba angustiada mirándole, con esa cara hecha un Cristo -. Sé que lo sabes, y también sé que me lo vas a contar, cariño.

– A ella dejadla en paz o no tenéis suficiente con haberle destrozado la cara – la defendí no con muchas ganas, pues sabía que sería una misión imposible si se empeñaban en atosigarla -. No veis que no puede ni hablar. ¿Cómo va a responder a tus preguntas?

– Si es necesario le traemos un intérprete del lenguaje de los signos o un transmisor de morse que emita el mensaje que nos quiera comunicar la dama. Tú, en cualquier caso, harías bien en guardar las formas y no inmiscuirte más de lo que estás en temas que no te incumben. No sé si has caído en la situación en que os encontráis: en un caserón abandonado, heridos, rodeados de esbirros sin escrúpulos, sin posibilidad de salir de aquí, sólo por encima de nuestros cadáveres, cosa bastante improbable por no decir imposible, y pendientes de la suerte a que queramos destinar vuestro pellejo, y te puedo asegurar que tengo varios postores pujando por hacerse un monedero con el forro de tus partes blandas y un juego de pendientes con las mismas – algo se retorció en mi bajo vientre sólo de pensar que se cumplieran los augurios que el fulano mentaba. Por fortuna yo tenía, o creía tener, un as en la manga preparado para cuando la ocasión lo requiriese -. ¿Qué podemos deducir de todo esto? – Siguió argumentando El Mando -. Pues que tu comportamiento hasta aquí merece un aprobado raspadito, flojo, falto de consistencia, casi un suspenso que hay que intentar recuperar en otra convocatoria. La propuesta tuya se podría definir como falta de proyecto de futuro, vaga, apática, fría, displicente. Necesitarías el apoyo de un bastión poderoso que inculcara en nuestros intelectos una misiva de condescendencia para seducirnos a gratificarte con la absolución. Me es indiferente la vía por la que se complete la información ausente en tu relato, pero os aconsejaría que reflexionaseis sobre ello y, tras refrescar las memorias tan castigadas por evocaciones nocivas para vuestras pírricas neuronas, refiriérais a este modesto auditorio el fragmento de la fábula que nos falta por digerir, evitando así la posible masacre que aquí tuviese lugar.

– Pardiez que me emborracha tu verborrea – le seguí en su línea dicharachera y divertida -. No me dan miedo tus amenazas producto del hábito de amedrentamiento privado o público con el que estás familiarizado. Fanfarrones como tú, que desafían por norma a infelices como los aquí presentes, no merecen que se enaltezca más su ego con posturas medrosas que, a fuerza de ser sincero, no intuyo que pudiese tener beneficio alguno en la ventura de mi dermis – el resto del personal asistía a la batalla dialéctica entretenido por el tono clásico que tomaban nuestro vocabulario y expectantes ante qué sería lo próximo que nos declarásemos -. Te propongo una salida airosa de este tropel de barbaridades que estás cometiendo, que en modo alguno libraría a tu cuerpo de un juicio ante la madre Ley, mas sí purgaría tu alma con miras a un juicio final ante el Altísimo. ¿Aceptarías tratos con plebeyos de calaña muy inferior a la tuya, que no merecen otra cosa que besar donde tú pises y obedecer con categoría de ilota todo aquello que a tu antojo le plazca? – terminaba yo preguntando adoptando una pose de recitador de poesía barata, con una mano en el corazón y la otra estirada al aire.

– ¿Se puede sabeg qué clase de gilipollés genegalizada os ha dado a los dos? Basta ya de godeos y dejemos las cosas clagas de una vez pog todas – desató su ira el francés a la vez que desenfundó

de debajo de su pantalón, a la altura de su pantorrilla derecha, una diminuta arma que apenas asomaba de la palma de su mano. Se separó del grupo en el que estaba, adoptando una posición intermedia, entre dos mares, animándonos a todos a levantar las manos hacia el cielo, invitación que adoptamos Esther y yo de inmediato -. ¡Penta! – Gritó – ¡Limpia la sala que empieza el sogteo! – se oyeron abajo sendos golpes secos, como cuando se le sacude a un coco antes de lograr quebrar su cáscara, seguidos de otros dos, tipo cochino contra el suelo de la sala de despiece del matadero, frutos del desplome corporal que imaginaba yo habían sufrido en la planta inferior los dos hombres de confianza del jefe que acompañaban a El Penta y a sus cinco rufianes.

– ¡Hecho! – gritó El Penta como respuesta a la orden cumplida subiendo de nuevo junto a nosotros acompañado de tres de sus hombres, todos con sus pistolas empuñadas. Los dos que faltaban quedaron guardando el piso inferior -. Registradlos y quitadles todas las armas que encontréis – les dijo señalando al trío formado por El Mando, el jefe y Justo -. Y los de abajo – aumentó el tono de su voz –, si os dan mucho la lata esos dos, les aplicáis la Ley del Silencio por la vía rápida. Pero usad silenciadores, que no vayamos a dar más espectáculo del necesario – en ese momento dirigió el punto de mira de salida de su munición a las espaldas del francés, a una velocidad que apenas tuvo tiempo para reaccionar y sentir pasar al lado de su cabeza la bala que acabó entrando en la sien derecha del gorila que nos atrapó a Esther y a mí, y que, sigilosamente, se acercaba a la reunión a averiguar el porqué de tanto grito. Fue un disparo arriesgado, pero certero cien por cien, demostrando la pericia y buen hacer que tenía El Penta en su oficio. No se retorció de dolor lo más mínimo el finado.

– Jodeg, pog un momento me vi fulminado. Sentí hasta el aigue que desplazó la maldita bala al pasag junto a mí – resoplaba aún el francés por el trance pasado, mientras, terminado el registro de los tres truhanes, el balance obtenido arrojaba la increíble cifra de nueve elementos de ataque y/o defensa. A saber: tres revólveres, dos pistolas similares a la que portaba el francés, dos navajas de medianas dimensiones, un rompecaras, o puño de mano, con manchas de lo que podía ser sangre reseca, y un spray paralizante a medio usar, a tenor del ruido que procedía de su interior al ser agitado. Todas se las repartieron entre los cinco que estaban -. Vamos pgepagados paga la vida ¿eh? – ironizó el francés a sus tres, hasta ahora, compinches -. Hace tiempo que estoy hagto de vuestgos capgichos, de vuestgas ógdenes, de vuestgas exigencias, de no teneg el guespeto y gueconocimiento que, tanto El Penta como yo, meguecemos. Tanto luchag pog la compañía, agguiesgando nuestgas vidas, paga que los señogues se inflen, más y más, sus pulcgos bolsillos. Dando la caga por donde sea y con quien sea, sin pestañeag a la hoga de apgetag el gatillo o de togtugag a chicos, mayogues, incluso mujegues. Me hacéis gdacia ahoga, tan calladitos, ¿asustados tal vez? – se paseaba delante de ellos, dándome la espalda a mí, y recorriendo, con la mano que portaba la pistola, sus caras, agitándola como dedo condenatorio que clama una justicia esperada y planeada tiempo ha. Se le notaba disfrutar del momento. A él y a El Penta que, como niño haciendo travesuras, plantaba su redonda cara ante la de los otros y les hacía diversos gestos de burla, sacando la lengua, guiñando ojos, hinchando y deshinchando sus carrillos, abriendo y cerrando la boca, en definitiva, actuando como para, no teniendo bien la cabeza, romper el hielo del respeto y terror que hasta ese momento profesaba por ellos.

– Venga francés – intentó disuadirlo Fernando –, pelillos a la mar y busquemos un acuerdo que no satisfaga a todas las partes....

– ¡Que te calles! – le respondió éste atizándole un golpe en plena cara con el puño cerrado que le

hizo doblar la rodilla, cerrando, de esta forma, el grupo de figuras con alguna forma de mancha en su ropa. Al quitarse la mano de la cara, pudimos ver que su ceja izquierda estaba abierta, dejando caer un hilo de sangre que goteaba al suelo desde la barbilla. Justo, de inmediato, le ofreció un pañuelo con que hacer presión en la herida y evitar tanto la visión del viscoso líquido, como una pérdida excesiva del mismo -. Te veo degotado y me cuesta creerlo. Ja, ja, ja, ja – carcajeó sin ganas.

– ¡Traidor! ¡Maldito bastardo! – le tocaba el turno al jefe que bastante había tardado en reaccionar ante tanta humillación. Se abalanzó sobre el francés, cogiéndolo de la mano armada y cayendo los dos al suelo liados el uno en el otro. Temiéndome lo peor, me situé lo más protegido por la columna que pude, con Esther a mis pies, en cuclillas. El Penta no dejaba de apuntar a El Mando y a Justo mientras observaba con inquietud el devenir de los dos hombres de un sitio a otro, sin soltarse para nada, jadeantes, sudorosos, cada vez más sucios sus trajes, congestionados los rostros y sin aparente flaqueo de sus fuerzas. Un sonido, últimamente demasiado familiar, cesó la batalla ahogado entre los cuerpos de ambos. Abajo el francés, arriba el jefe. Parecían que se hubiesen dado una tregua, pero lo cierto es que un cadáver más estaba a punto de quedar anotado en mi registro. Los tres hombres que tenía en escena El Penta no habían movido un solo dedo por temor, creo yo, a ser ellos los elegidos en la ruleta rusa a que se estaba jugando allí. Una vez cesado el movimiento de pelea de ambos, sí que se acercaron a sacarnos de dudas a todos.

– ¡Vamos imbéciles! – tronaba de nuevo el timbre desagradable del francés -. Quitagme a este decomiso humano de encima. ¿No veis que me está poniendo pegdido de sangge? – enseguida lo cogieron de pies y manos, y lo arrastraron hasta donde se encontraba el otro que se cargó El Penta apreciándose, al remangársele la camisa, una herida de entrada de bala que lo dotaba de otro cráter umbilical, aparte del natural -. Un pgolema menos que resolveg – sentenció sacudiéndose los pantalones y la chaqueta, lo que levantaba una nube de polvo irrespirable.

– No me mates, por favor, no me mates – se arrojó a sus pies llorando Justo, el oficial, cual serpiente rastrea y carroñera -. Haré lo que tú me pidas. Tengo familia y no puedo dejarlos en la estacada. Puedo ser muy útil. Tengo información que te interesará, y contactos fieles a mí que los pongo a tu servicio – de una certera patada rabiosa en las espaldas, El Mando lo hizo callar, con tan mala fortuna, que fue a topar de lleno su cabeza con un saliente puntiagudo ornamental de la pared. Rápidamente fue reducido por El Penta y sus hombres, que lo inmovilizaron con una llave de judo y bofetadas, gritos y rodillazos aparte.

– Lo... argfff... lo... hazzz maitao...- alcanzaba a entenderse a Esther al arrastrarse hasta el cuerpo inerte de Justo. Puso su oído en el pecho y no percibió nada, supongo, pues a renglón seguido le soltó una serie de mamporros en las costillas, cerca de donde se supone late el corazón, que, o retornaba a latir, o definitivamente abandonaba su función por malos tratos. Dudaba yo hasta si no habría roto alguna costilla la muy burra. También intentó una reanimación pulmonar, con un boca a boca poco convincente que, más que finalidad sanitaria, diría que fue puro goce de hembra enamorada. Por cierto, en todo ese rato, no pareció dolerle mucho el belfo a la señorita, y eso que el apretón bilabial fue de órdago. Por fin, una tos seca sacudió el cuerpo de Justo indicando su retorno al mundo de los vivos, instante feliz para Esther que no impidió, en cuanto lo vio más repuesto, y recordando los acontecimientos de su casa, que le propinara un par de manotazos que cruzaron su cara en diagonal, de punta a punta, antes de retornar a su sitio, junto a mí, en la columna.

– Paguece que no tienes intención de moguigte todavía, mon chêri – negaba Justo con la cabeza escuchando las palabras del francés, pero con el susto todavía encima-. Shena te tiene más afecto a ti que a mí, pog lo que veo. Puedes quedágtela, es toda tuya. Pego ten cuidado, no es de fiag, como compgobagas con el tiempo. Pog ahoga voy a pegdonagte la vida, pego no me des motivos paga cambiag de opinión, ¿Oui? – eliminados los gorilas no afines, eliminado el jefe, acallado El Mando momentáneamente, el francés se giró hacia mí. No estaba yo tan a cubierto tras la columna como cuando el rifirrafe suyo con el jefe, por la posibilidad de disparos a ciegas, pero tampoco se me veía todo el cuerpo. Me sonrió. El Penta, al darse cuenta de ello fue a buscarme no con buenas intenciones -. Penta, lo quiego vivo, todavía – le recordó antes de que diera rienda suelta a sus pasiones. Y menos mal que se lo recordó, pues su sola mano en mi cuello asemejaba lo que sentirían en tiempos de la Inquisición los condenados a garrote vil. Sin apenas poder inhalar una bocanada de aire, me sacó de mi escondrijo al centro de la instancia -. Suéltalo, hombge, que le estás haciendo daño – dicho y hecho. Me vi arrodillado ante el francés, apoyado con mis manos en el suelo, e intentando recuperar el hálito perdido en manos de esa mole. Al volcarme en exceso hacia delante, resbaló del bolsillo superior de mi cazadora el móvil que hasta ese momento, sin decir nada a nadie, ni siquiera al lector, me había mantenido en escucha directa con el comisario Peana desde nuestra última conversación tras la que no corté la llamada. Habíamos acordado una contraseña que daría rienda suelta al cordón policial que suponía habrían tenido tiempo de montar en las proximidades de Los Palacios, pero nunca antes de que yo hubiese obtenido la verdad de boca de los asesinos verdaderos, aflorando las tan deseadas pruebas que me liberasen de toda sospecha. Ahora, con el móvil ante mí, a vista de todos, me arrepentía de no haber difundido antes la nombrada orden que pudiese salvar mis huesos de toda esta pesadilla. Estarían todas las conversaciones grabadas y mi libertad asegurada, pero la duda metódica es si vivo o muerto -. ¿Pego se puede sabeg qué es esto? – se inclinó el francés a coger el teléfono.

– ¡A Popeye le gustan las espinacas! – grité la consigna con todas mis fuerzas, intentando aproximarme al micrófono del aparato -. ¡A Popeye le gustan...! – y recibí un soberano cogotazo a mano abierta por detrás, que me dejó de nuevo aturdido.

– Lo que le gusta Popeye al pazguato este – comentó El Penta soplándose la palma de la mano con la que me había zurrado -. Buena manteca y castañas te voy a dar yo de seguir así.

– Me temo que no es amog pog los forrajes – advirtió el francés mirando la pantalla digital del móvil en donde seguramente estaría la palabra PEANA reflejando quién estaba al otro lado -. El desggaciado este acaba de dag una ogden en clave a la policía. Quien estaba a la escucha de todo lo que hemos dicho desde que estos dos entgagon es el comisaguio jefe Peana – El Penta se echó las manos a la cabeza escupiendo maldiciones de todo tipo sobre mí, zarandeándome con fuerza -. Un saludo comisaguio y hasta pgonto – cortó comunicación el francés pulsando la tecla correspondiente -. Y ahoga cuéntame qué clase de acuegdo tienes tú con la policía. Y gápido o tegminamos la chagla con otgo fiambge entge nosotros – me metió el cañón de su diminuta pistola en las narices, estirando el ala izquierda de las mismas hasta casi rozar el carrillo, obligándome a ponerme de pie a fuerza de tirones de pelo. Soltaba yo lágrimas de dolor cuando en ese instante sonó el timbre del móvil. Me salvaba la campana por ahora, pero tendría que inventar una salida, y rápida, ante el talante borrascoso que tomaba la escena. El francés vio de nuevo el nombre del comisario como autor de la llamada. Me abandonó por unos instantes y se dispuso a negociar, o por lo menos a escuchar, ofertas que le hiciese llegar, cuando, tras tres pitidos continuos y uno más de fin de señal, se desconectó sólo el aparato. “Tierra trágame”, pensé -. Miegda de avances

tecnológicos. Se ha consumido la bateguía por completo con lo que estamos incomunicados – arrojó el aparato contra el muro que tenía más próximo haciéndose trizas y aumentando la tensión en los que manteníamos la esperanza de salir vivos de allí. Hasta mis pies llegó el teclado del mismo, ya sin el dos ni el siete -. Dime de una vez, gockego, ¿Qué planes tiene la poli? – se le notaba cada vez más nervioso, lo cual, unido al baile que delante de mis ojos ejecutaba su mano armada, aumentaba el grado de peligrosidad que corría la tapa de mis sesos.

– Está bien, te lo contaré todo. Pero quítame de delante esto que me pone nervioso, no vaya a tener razón el que dice “que las carga el diablo”. Los juegos estos no van mucho con mi carácter.

– ¿Y sin embaggo, mientgas te cgeías pgotegido por la poli, bien que te lo has pasado, eh? – alzó de nuevo el puño para asestarme otro mandado.

– No me pegues más – reclamaba yo a la vez que me protegía con ambos brazos en cruz sobre mi cabeza. Viendo que bajaba la mano y optaba por dejarme, retomé la palabra para completar lo que conocía de los planes -. Mira, como sabes, Peana está al tanto de lo que aquí se ha hablado. Supongo, al menos ese era el plan, que la zona está acordonada con miembros de la policía y de la Guardia Civil, incluso reforzados por grupos de operaciones especiales preparados para la lucha antiterrorista – exageré – de esos con casco adornado con born to kill, nacidos para matar, tú ya me entiendes –asentía ensimismado-, y coordinados por altos cargos de sus cuerpos correspondientes entre los que está, como hombre de contacto conmigo, el comisario Peana. Me extraña que no se oiga ya el helicóptero que, en estas ocasiones, siempre sobrevuela la zona en busca de algún enemigo que pueda intentar la fuga desde puntos elevados, aunque claro, hoy en día la tecnología avanza tan rápido que los autogiros de antes pueden ser silenciosos como los chismes esos de aire acondicionado modernos que nunca sabría uno si está encendido o apagado si no tuviese la lucecita que lo indica. La lástima es haber perdido el contacto con ellos para negociar. Capaces son de entrar aquí, sin miramientos de ningún tipo, y que paguen justos por pecadores.

– ¿Y quiénes se suponen aquí los justos? – reivindicó El Penta.

– Ese detalle es superfluo – continué ignorándolo en lo que pude -. Es una manera de hablar. ¿ No os dais cuenta de que de todas formas vamos a ir todos en el mismo saco?. Un soldado de elite, preparado como estos, no mira si eres tú, aquél o el otro el que se le cruza en su camino. Sólo entiende que debe dejar la zona conflictiva libre de posibles elementos incómodos y, es notorio y palpable, que todos nosotros lo somos, yo mismo incluido – luchaba por sembrar miedo intentando reforzar mis palabras de una seguridad de la que carecían por completo. Deseaba que me dieran una oportunidad de asemejarme a ellos, para que no encontraran motivo para liquidarme con la rapidez que me auguraba yo. Y en esto estaba cuando los ruidos en el exterior de coches y motos, acompañados de carreras cortas, cortaron nuestras respiraciones. A Fernando se le veía realmente asustado. Notaba que estaba presenciando el capítulo final de su carrera profesional, política, pirata y quién sabe si de su vida. Desde que Justo le dio el pañuelo para protegerse la herida, no había vuelto a abrir la boca. Seguía apoyado en su rodilla, con el flequillo tapándole la cara y la mirada perdida en el suelo. Así visto, hasta daba pena.

– ¡Bajad y migad a veg que pasa! – gritó el francés a los tres hombres de El Penta. Estos descendieron raudos por los tres cortos tramos de escalera que los llevaban al piso de abajo.

Durante un minuto se les oía susurrar entre ellos, rumor que desapareció de golpe. Permanecimos en silencio, con los oídos bien abiertos, a la espera de algún ruido familiar o alguna información que nos llegase desde la entrada. Ante la tardanza de noticias, decidió El Penta ver qué ocurría personalmente, no sin antes juntar en la columna, al lado mío y de Esther, a Justo y El Mando, siempre apuntados por la pistola del francés. Esther le solicitó permiso para encender un pitillo, a lo que respondió con un encogimiento de hombros. Sentimos a El Penta cómo pululaba de un sitio a otro, llamando a voces a sus hombres, maldiciéndolos hasta la extenuación a la vez que se incrementaba el ritmo de sus jadeos al respirar. Temí que le diera un infarto y finiquitara sus días de forma natural, no violenta como estaba llamado a cumplir. Un portazo cesó sus investigaciones sobre el paradero de sus rufianes.

– ¡Francés... argfff..., francés! – le increpaba el gordo subiendo las escaleras a duras penas -. Estos... argff... estos hijos de puta,... argff... nos han abandonado – sentenció al llegar a nuestra altura -. Abajo no queda ni el olor de esos canallas – descansaba tras cada frase para oxigenar la mole que tenía que desplazar -. Se habrán asustado al oír lo de tener la policía tan cerca y la verdad es que, por lo menos desde la puerta de entrada, las vistas del exterior no son muy reconfortantes. ¡Tú deja de fumar, coño, que me asfixio! – dicho lo cual de un manotazo mandó el cigarrillo de Esther a la otra habitación, quedándose ésta a la espera de más polémicas, pero no era ahora momento de seguir con minucias. Había que pensar, y rápido, un plan de fuga.

– ¿Qué se ve fuera? – se interesó el francés.

Lo que el pordiosero este – se refería a mí – nos ha referido. Pasma hasta debajo de las piedras. De todos los tipos y colores. No me han volado la sesera de milagro, ya que estando yo buscando a los desagradecidos, traidores, infames e ingratos que nos han dejado desamparados en este cuchitril, estaban tomando posiciones para proceder al asalto de la casa varios miembros de los Cuerpos de Operaciones Especiales, muy cerca de mi posición. A Dios gracias que el portón de abajo es de chapa gruesa y, estando ligeramente entornado, me ha sido fácil cerrarles el camino de una patada. Pero no sé por cuánto tiempo. La situación se prevé muy fea.

– ¡Nos van a matar! ¡Nos van a matar a todos! – rompió a gritar histérico perdido Justo, el oficial, con los nervios desbocados y acompañando de una pataleta la llantina siguiente. Parecía poseso o atacado de convulsión. Emitía espumarajos por la boca, se le volvieron los ojos hasta el punto de apreciarse nada más que la parte blanca del globo ocular, las manos agarrotadas se doblaron al pecho y, por fin, en una demostración de lo insostenible de la situación, se meó y se cagó en los pantalones. Esto último lo apreciamos cuando la posición junto a él se hizo insoportable para nuestras pituitarias y cada uno desvió su atención a extremos opuestos de donde él retozaba.

– Maldita loca – lo vilipendiaba El Penta -. Como no te calles te ingreso en el club del silencio de nuestros antiguos compañeros – le advertía señalando al jefe y al gorila muertos -. Bastantes problemas hay como para que nos desquicies tú con tus frivolidades. ¿Alguna propuesta por parte de alguien con algo de cordura?

– ¡Les habla la policía! – Se oyó a través de la ventana la voz del comisario Peana amplificada por un altavoz, lo cual distorsionaba algo su timbre, al que estaba yo ya acostumbrado -. ¡Les informo que están rodeados sin posible escapatoria! ¡Salgan con las manos en alto y no ocurrirá nada! ¡Serán juzgados, los que tengan alguna cuenta pendiente con la justicia, claro, los que no,

pues eso, no! ¡Si se resisten, nos veremos obligados a entrar por la fuerza, con el riesgo de daños personales que eso puede acarrear! – Hizo una pausa para toser y eliminar una garraspera que le molestaba, todo lo cual fue oído por todos los presentes debido a la alta calidad y tecnología punta que estos artilugios soportan hoy en día -. ¡Les dejo cinco minutos para que nos den una respuesta, tiempo en el que me comprometo a que, aun estando vigilados todos los accesos a la casa, no intervendrá ningún miembro de este despliegue si no existe agresión por su parte! – un pitido de acople al megáfono confirmaba que esta vez sí lo había desconectado.

– Lo más sencillo sería entregarse – mostré mi opinión, tras un momento de silencio y reflexión, a ver si colaba -. El gesto puede servir de atenuante. Lo demás sería aumentar más la cruz que cada cual va a tener que soportar. Y si no, que hable el señor abogado Don Fernando.

– Sí, eso, habla. ¿Qué opinas que podemos hacer? – apeló el francés para recabar la opinión del, hasta hace un rato, mandamás de la compañía.

– Bueno, os daré mi opinión sobre la situación actual en que nos encontramos – respiró hondo e inició su particular oratoria -. Es cierto que lo mejor sería entregarse sin demora y sin mostrar la más mínima resistencia, acatando todo aquello que nos impongan, ya que eso atenuaría nuestra pena. Asimismo, es cierto que todo lo que sea cooperar con la justicia, y no enredar más, es premiado, por jueces y fiscales, con sentencias menores a las reales, aparte de que, cara a la opinión pública, los delitos de sangre son muy mal encarados en general, prestándose el pueblo a solicitar castigos ejemplares, mayores cuanto mayor es la gallardía del reo. Escarmientos en toda regla, podríamos llamar. Ahora bien, también es cierto que todas las acusaciones que se verterían sobre nosotros se basarían en la arenga que este tunante aquí presente – o sea yo – nos ha soltado, y a la vez les ha soplado a la policía, pues dudo que estos tuvieran siquiera sospecha de la existencia de nuestra sociedad y, por consiguiente, de nuestras actividades. Siendo, como es, el único testigo, sin contar a la señorita Shena, cuyos favores no dudo que recuperaríamos a poco que sople el viento a nuestro favor, y, no variando en gran medida, fiambre arriba, fiambre abajo, nuestra pena por lo que añado a continuación, no vería inconveniente alguno, al contrario, sólo consecuencias positivas para el grupo, en darle pasaporte a este pelagatos de tres al cuarto que ha torpedeado sin compasión la línea de flotación del imperio que tanto nos ha costado erigir, alcanzando a destroz gran medida de nuestro armazón, pero que no dudo todavía tiene grandes posibilidades de sobrevivir a medio plazo, una vez cumplamos con la ley, período que os puedo garantizar será lo más corto que mis amplias e influyentes amistades vean posible sin llamar la atención pública. Es más, podemos atribuir los óbitos acaecidos en esta tarde al mismo idiota que he propuesto eliminar. Un lógico reparto post mortem de las armas en las manos de los fallecidos puede inducir a los de balística, donde por cierto conozco a un primo hermano segundo de la consuegra de la tía de mi mujer, mozo muy discreto y leal donde los haya, a pensar que un intercambio de disparos dio por saldada la cuenta que entre ellos se suponía existía, asistiendo el resto como testigos mudos de un hecho tan rápido en tiempo, como imparable en su ejecución. ¿No está mal el plan, eh? Qué opináis.

– Mmmmm, no sé, ¿dónde está el tguco? – preguntaba el francés dudando de la posible lealtad de Fernando en ese proyecto.

– Pero qué fantasma eres, Fernandito – me animaron las dudas del francés – ¿Tú te crees que se puede fiar uno de ti después de todo lo que has hecho y cómo lo has hecho? Yo sí que puedo

darles más salidas a estos señores como testigo de las presiones que por parte tuya sufrían y que no les dejaban alternativa de actuar como lo hacían por salvar el cuello. Eso sí puede, no a medio plazo, sino desde ya – confiaba que no supieran ni jota de estos temas – salvarles de caer en chirona, en la trena, en unos submundos que no conocéis, y, si los conocéis, supongo que no os aportarán ni gratas ni apacibles vivencias. Yo sí que puedo declarar que tú, y sólo tú, eres el cabecilla de todo este complot contra todo el mundo y las buenas costumbres. Yo sí que soy testigo de... – paré un segundo a reconocer el olor que me llegaba al olfato, dudé y, viendo los gestos de los demás contrayendo sus narices a la vez que miraban hacia todos lados, iniciándose en el grupo una ola de pánico, recordé el cigarro de Esther palmeado por El Penta. Y recordé el colchón abandonado en la otra habitación. Y, cuando quise seguir recordando, una nube de humo muy denso nos hizo perdernos de vista unos a otros.

– ¿Se puede saber qué está pasando ahí arriba? – Peana alarmado requería una respuesta que creo nadie estaba por la labor de darle, entre otras cosas porque tampoco estábamos seguros de qué estaba ocurriendo -. ¡Por favor, salgan de ahí inmediatamente y con las manos en alto! ¡Hay una intensa humareda que sale del primer piso! ¡No demoren mucho su decisión pues, aunque vienen los bomberos de camino, no están Los Palacios como para aguantar muchos trotes!

Sentí que me asfixiaba y me negué, después de todo lo que me había pasado, a que aquel fuera mi epílogo. A mi alrededor, comenzaron a oírse gritos, peticiones de auxilio y maldiciones, junto a empujones, guantazos, caídas y alguna carrera. Sin apenas tiempo de reacción, una lengua de fuego avanzó hacia nosotros, abrazándonos, sin querer soltarnos. Me rebelé ante la evidencia y, en una reacción instintiva, me tiré al suelo e hice rodar mi cuerpo hasta golpear con mis rodillas en el escalón que iniciaba la subida a las plantas superiores. Medio cojo, medio desahuciado por mis cicatrices, y, no medio, sino casi asfixiado de la humareda inhalada, junté fuerzas de donde no las había, tosiendo cual tuberculoso de otros siglos, y encaminé mis pasos, peldaño tras peldaño, buscando aire limpio que renovase el que tiznaba mis pulmones. Acerté a ver, entre algunos claros que permitía la nube oscura, a Justo inerte junto a la columna y a una Esther, desprovista de su indumentaria superior, agitándose contra el suelo para apagar el fuego que prendía su vaquero. Oí un golpe proveniente del tramo de escalinata que descendía, seguido de lo que entendí que sería alguien rodando por la misma. Sin demorar más mi fuga, alcancé el piso superior y luego el siguiente. En todo momento, una columna negra acompañaba mis pasos por el hueco de las escaleras. Ya en el tercer piso, dejé las escaleras a tiempo de ver cómo los tramos por los que había huido, fundamentalmente los que comunicaban el primero con el segundo y parte de éste con donde yo estaba, quebraban afectados de las primeras llamas que los alcanzaron, precipitándose el conjunto al vacío como si un castillo de naipes se tratara y dando lugar a un estruendoso final al percutir sobre el hall de entrada. Me acordé de quienquiera que fuese el que rodó con sus huesos hasta allí, ahora estaría con no sé cuántos kilos de escombros y madera encima. Tres disparos provenientes de armas distintas, según sus diferentes orígenes apreciables por mi sentido de la orientación, rompieron el gallinero en que se había convertido los entornos de la casa. En el silencio presente sólo se alzaba una voz, la del comisario Peana y su altavoz.

– ¡Entréguense sin resistencia o no respondo de mis hombres! – Insistía una y otra vez al parecer a alguien localizado unos pisos más abajo -. ¡Desarmadlo, registradlo y esposadlo! ¿Queda alguien más vivo en la casa? ¡Les ruego den señales de vida para que podamos localizarlos, de lo contrario repito, no respondo de agresiones de mis hombres! ¡Repito, está el edificio rodeado, entréguense sin condiciones y de forma pacífica!

Pasé a lo que en otros tiempos sería una de las viviendas del bloque, en el ala opuesta al que se había producido el incendio, y busqué la primera ventana que diera a la fachada principal y me permitiera dar cuenta de mi posición e identidad. Percibía el sonido de los chorros de agua provenientes de las mangueras de los bomberos, que comenzaron su labor de extinción, como cataratas envasadas a presión. Me percaté de que eran varios los frentes del líquido elemento que se estaban utilizando, no gustándome en demasía que uno de los pisos a anegar fuese el que tenía sobre mi cabeza. Si el edificio no estaba para mucho fuego, tampoco es que estuviera para mucha agua. Buscaba la maldita ventana, encontrándome todas las apetecibles selladas con tabiques rudimentarios a los que no me atrevía a tocar por sí, en vez de hacia mí, les diera a los ladrillos por dirigirse a la calle, lo cual con certeza, debido a mi suerte, remataría mi historia con un homicidio involuntario de un miembro de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Vislumbré una ventana con apenas un palmo de tabicado que, aunque diera a una calle lateral, me serviría para poder comunicarme con alguien o, por lo menos, llamar la atención a bocinazo limpio. Presto a ir allí, una sacudida del piso por donde transitaba casi da conmigo de bruces en el suelo. Noté que la solería que pisaba, junto con las paredes de donde me encontraba, oscilaba tanto arriba y abajo, como a ambos lados, producto del derrumbe del tejado del extremo contrario a donde me encontraba, en la misma tercera planta. Preso del pánico me arrojé hacia la ventana en cuestión con tal ímpetu que, como antes temía y preveía, el corto cierre que cubría el tercio inferior de la luz de la misma se desplomó al vacío sin dar tiempo a avisar a nadie. Por fortuna no alcanzó a dar a nadie, aunque el susto del recuerdo perdura hoy en día en mi mente

– ¡Socorro! ¡La casa se hunde! – gritaba alarmado confiado en que me hicieran caso a la mayor brevedad posible pues, de no ser así, lo poco que quedaba en pie de la estructura terminaría por conformar mi panteón particular. Las manos las mantenía en todo momento visibles y sobre mi cabeza, para evitar confusiones que pudieran derivar en consecuencias irreparables -. ¡Paren de echar agua a los tejados! ¡No quiero perecer ahogado ni abrasado, pero menos aún sepultado! ¡Comisario Peana, comisario Peana! – invoqué el nombre del que se me hacía más lúcido de toda la panda de Rambos que por allí pululaban. Un frenazo bajo mi ventana de un camión de bomberos, de esos que llevan detrás una cesta unida a un brazo metálico extensible en donde se ubicaba un componente de dicho cuerpo, me hizo albergar esperanza de que por fin fuera a ser rescatado. Vi ascender el cubil con el bombero, más pendiente del mecanismo articular que manejaba que de la víctima a rescatar, en este caso yo -. ¡Corra, suba, que esto es capaz de desmoronarse como los muñecos de arena de la playa! ¡No hay tiempo que perder! – seguía gritándole para estimularlo, pero al buen señor parecían importarles más las maniobras de aproximación. Cuando por fin levantó la cabeza hacia mí, a poco más de medio metro del ventanal, la visera del casco me permitió ver su cara dejándome helado.

– ¿Pero cómo? ¿Tú otra vez? – se preguntaba acalorado, y congestionada su inmensa cara, el cabo Rupérez, conocido por todos del inicio de mi episodio -. ¿Cómo has podido escaparte? ¿Y pretendes que salve la vida de un miserable chupa charcos baboso como tú? ¿Pero has visto qué aspecto tienes? Antes por lo menos podías hacerte respetar, pero lo de ahora es de nota. Pareces un pies negros, de esos que rulan por Plaza Nueva y alrededores del Río Darro tocando la guitarrita al lado de un perro anoréxico cargado de pulgas – al parecer no estaba informado de mi inocencia y me cargaba aún el mochuelo de Nola -. ¿Pues sabes lo que te digo?: ¡ Que te zurzan! – y como colofón de su discurso me pegó un corte de mangas, con tanta virilidad, que el mando con el pulsador que dirigía los movimientos del armatoste en donde estaba subido se le cayó de las manos, yendo a topar por fuera con uno de los laterales del receptáculo con tan mala suerte que

éste comenzó a descender. Viendo que se me escapaba, y empujado en gran medida por otra nueva avalancha de cascajos que seguían cayendo del techo, no me lo pensé dos veces y salté sobre él como un poseso, abrazándome a su rollizo cuello, derrumbándolo dentro de la cabina, y yo con él, mientras sentí cómo mi pantalón se rompía entre mis nalgas fruto del esfuerzo, dejando las susodichas partes a la intemperie. Me jugué la posibilidad de caerme al vacío desde esa altura y haberme matado o, lo que es peor, haberme quedado lisiado para toda mi vida -. ¡Cabrón, hijo de puta, me vas a matar! ¡Yo te extermino antes, por mi santa madre que Dios la tenga en su gloria! – acabado de decir esto último me soltó un directo a la mandíbula que convertí yo, con mis reflejos agachando la cara en postura inequívoca de defensa, en todo un pleno en mi ojo izquierdo del que perdí la visión ipso facto. Atacado en su locura de justicia espartana, intentó levantarme para arrojarme por la borda -. No vas a joder a nadie más, ¿entiendes? Hasta aquí llegaron tus fechorías – en la disputa, entre cumplir sus amenazas y negarme yo a ellas, rodaron por el suelo las esposas que aún guardaba en mi cazadora, lo cual me abrió el cielo a una idea socorrida. Concentré mis energías en mi mano izquierda y, como los buenos boxeadores, esperé paciente el momento en que su guardia me ofreciera una vía de fácil acceso al punto elegido por mí. Como buen marrullero boxístico, no cesaba de agarrarme como podía a su enorme silueta evitando separarme de él. De repente, y sin opción de respuesta por su parte, aticé con violencia su zona abdominal derecha hasta casi sentir sus riñones. Se cortó la respiración de mi amigo el cabo y aproveché, antes de que volviera por sus fueros, para esposarle las manos a la espalda rodeando la barandilla en la que terminaba el mirador del cubículo donde estábamos. A esa altura del rifirrafe me percaté, a través del ojo útil que me quedaba, que estábamos a punto de tomar tierra sin que nadie frenara la tina que nos paseaba, por lo que me encamaré a la espalda de mi querido cabo para que él amortiguara el golpe. Hundí su cuerpo hasta hacerlo arrodillar producto de la inercia que llevábamos, saliendo yo ileso del inevitable trancazo contra el suelo. De inmediato, puse los pies en la calle, y me separé del tal Rupérez que, bien por lo maltrecho que quedó el cacharro, o bien porque se hubiese activado de nuevo el pulsador del mando, ascendía a los cielos por segunda vez en pocos minutos. Ahí lo dejé, con varios compañeros que acudieron en su auxilio para detener primero el brazo mecánico y rescatar al malhumorado cabo después.

Caminé tres pasos hacia la fachada principal del solar cuando cuatro hombres, con ropa militar caqui verdoso, caras ennegrecidas con corcho quemado, cascos de los que llevan como hojitas de perejil, armados hasta las orejas y con poca conversación, por no decir ninguna, cargaron sus repetidoras delante de mi jeta y de mi desarropado culo al grito de ALTO por parte de uno de ellos. Alcé mis manos y uno de ellos, con una llave de judo ágil y muy eficaz, me inmovilizó contra la pared próxima, sufriendo en mis carnes los enésimos golpes y arañazos que toda maniobra de este calibre aporta al que la sufre. Era tal el apretón que me estaba propinando mi aguerrido atacante, que apenas un hilo de aire me llegaba al cuerpo, creyéndome desfallecer de seguir éste en su empeño.

– Dejadlo, que lo vais a matar, y éste es precisamente el que no nos interesa que se nos muera – ordenó una voz conocida por mí y a la que me alegré de sentir de nuevo. Al soltarme los cepos que tenía por manos el individuo en cuestión, tardé en sentir circular de nuevo la sangre por mis deterioradas arterias y venas. Me volví apoyado contra la pared, pero aspirando todo el aire que mi tórax daba de sí, aire que por fin sería de libertad. Sonreí como pude al comisario Peana, ofreciéndole mi mano izquierda para saludarle, pues la derecha desde el hombro hasta la punta del dedo corazón, el más largo, no me parecía conveniente agitarla en exceso, en caso de que a éste le diera por estrecharla como los hombres curtidos en mil batallas como él la estrechan. Se limitó

tan sólo a saludarme con una elevación de su mano, tipo estrella de cine cuando ve a los periodistas que esperan declaraciones suyas a la entrada de un restaurante y no sabe cómo quitárselos de en medio. Debía ser mi aspecto el que no invitase precisamente a contactar conmigo, ni siquiera para saludos de cortesía. Poco a poco recuperaba la visión del ojo golpeado por el cabo Rupérez, pero siempre embutido en una niebla que sí pensaba dudaría un tiempo aún. Era un tipo, el tal Peana, de complexión fibrosa, delgado pero se le notaba fuerte, de mi altura más o menos. Portaba un chubasquero grueso, hasta las rodillas, azul marino. Tendría unos cuarenta y muchos pero bien llevados, con un pelo peinado hacia atrás de un tono rubio que parecía artificial, y sin un pelo en la cara, rigurosamente afeitado -. Para su tranquilidad le diré que está todo grabado. Lo único que nos hace falta es que se ratifique en todos los puntos ante un juez sin caer en contradicciones ni antes ni después en el juicio que no sé qué tardará en celebrarse – asentí conforme con la propuesta -. ¿Está bien?

– Pshss... He tenido días mejores – bromeé –, pero si le digo la verdad, menos el anillo de bodas, todo lo demás me lo han aporreado. Y algunas partes varias veces.

– Esas cosas tiene la aventura, la acción – se cachondeaba de mí mientras sacaba un paquete de cigarrillos y me ofrecía uno.

– No se puede imaginar con qué alegría le rechazo la oferta, pues las últimas veces que se me ha ofrecido tabaco por poco acompaño a las cenizas.

– ¿Tiene cosas que no le pertenecen y quiere deshacerse de ellas? – me susurró próximo a mí abriendo su tres cuartos y ofreciéndome un bolsillo interior amplio en el que, captado el mensaje, descargué sin testigos la pistola y la cartera del policía con la placa, la funda de plástico con los papeles de El Penta y la pequeña agenda de Esther.

– Las esposas las tiene el bombero – terminé sonriendo -. Parece que las necesitaba para mantenerse tranquilo en el tiovivo ese del camión.

– Menudo golfo es usted – zanjaba el asunto cerrando la cremallera de su abrigo.

– ¿Qué fue de los que estaban conmigo en la casa? Sentí que a uno lo detuvieron, pero ¿y los demás?

– Sí, detuvimos al pez gordo, el del flequillo, pero no sin antes tener que abatir al tuerto que no parecía dispuesto a vender fácil su pellejo. El gordo salió mal parado de su intento de bajar las escaleras. Usted fue más listo subiendo. A él se le cayó, parece ser, parte de las escaleras encima, y en estos momentos están intentando, la gente de protección civil y los bomberos, dar con el cadáver, pues nadie apuesta que esté vivo debajo de todo ese montón de cascotes y desechos. El otro tipo, con pinta de lelo – se refería al oficial Justo – es el que está con un pie aquí y otro allí. Parece ser que se desvaneció, o algo así, y ha tragado más humo que el tiro de una chimenea, además de estar algo churrascadito.

– ¿Y la chica?

– ¿Tiene algo con ella, malandrín? – cotilleó interesado. Al ver mi negativa prosiguió -. Parece ser que por poco no lo cuenta. Cuando la han recogido estaba como su madre la trajo al mundo,

muy bien por cierto, pues sus ropas se habían prendido y tuvo que deshacerse de ellas. Escapó del primer hundimiento de milagro – como todos, pensé yo -. En fin, cuatro quemaduras de poca monta, unos pocos de bronquios alquitranados por el humo y un despelote, que, por los tiempos que corren en el oficio, nunca está de más por la alegría que supone a la vista de algunos. De todas formas, se le ha proporcionado rápidamente mantas y ropas nuevas con que pudiera taparse, no piense usted mal.

– Se le quemó su casa, ¿no? – intenté averiguar el fin de aquel otro incendio -. El cara de lelo y sus secuaces no tuvieron recato en lanzar a su interior sendos cócteles molotov.

– ¿Ah, sí? – respondió curioso -. Pues no olvide esos detalles en su declaración y nos quitamos una pérdida de tiempo enorme en esa investigación. Se lo agradecería de corazón, aparte de que, conociendo que sabe algo del tema, ya me encargaré de que le refresquen la memoria llegado el momento.

– ¿Y se vieron afectadas casas colindantes, algún vecino o mobiliario urbano? – insistía yo, erre que erre, evocando la millonada escondida.

– Bueno, afectó a la casa entera de la señorita y, por cercanía, a dos solares abandonados, declarados en ruina total, que ni parecen tener dueño, ni importancia social o urbanística. En definitiva, cuatro piedras con aluminosis de los tiempos de Alfonso XII.

– ¿Un antiguo taller de coches o motos no estará entre los afectados? – me temblaban las manos sólo de pensarlo.

– Sí, ese y una antigua casa de costuras, o de modistas, o algo así – al ver el gesto de contrariedad en mi cara se extrañó y me preguntó -. ¿Tenía interés o aprecio por alguno de esas madrigueras?

– Bueno, es una tontería – le respondí con otro talante para disimular - Es que en la casa de costuras – mentí – nació mi tatarabuela, y el taller lo fundó mi bisabuelo. Ya ve, soy un nostálgico.

– Pues nada, hombre, si quiere le hago llegar a casa una urna con cenizas del lugar y la pone en lo alto del televisor, para ver la telenovela – reímos juntos la ocurrencia, aunque la procesión la llevaba yo por dentro.

– Y la compañía, ¿habremos terminado con ella? – buscaba una alegría que me hiciera olvidar mi pérdida de riqueza.

– Un golpe bueno sí hemos dado, pero tanto como para afirmar que se ha acabado la actividad mafiosa es difícil. Otros habrá que cojan las riendas y, tarde o temprano, organicen de nuevo grupos como este, pero por lo menos retrasamos el crecimiento y expansión de esta guntuza. Que por lo menos les cueste el mayor trabajo posible renacer de sus cenizas.

Cerraba la noche sobre nuestras cabezas en medio de un frenético ir y venir de agentes, bomberos y sanitarios, estos últimos cada vez en menor número, y dejando paso al Juez de guardia y empleados fúnebres. Unos buscando salvar vidas y otros cerrarlas para siempre. Probablemente ni El Penta, ni Rice, ni el francés y, no sé bien si ni siquiera el jefe, tendrían a alguien que los llore o eche de menos. Yo tampoco estaba muy por la labor. Más añoraría, es un decir, a Nola o a El

Mechas. Pero, como todos, ellos tuvieron su fin. Tal vez no el más adecuado, ni el más digno, ni mucho menos el más justo. Pero, en definitiva, su fin. Unos potentes focos daban luz a los que todavía registraban el interior del edificio amenazado de derrumbe. En la calle, la luz tenue de los farolillos típicos del barrio servía de sobra para que cada cual siguiera con la tarea que tuviese encomendada. Llegaba a contar hasta tres coches patrulla, dos furgones, tres ambulancias, dos camiones de bomberos, motos y un camión militar con una reseña en la capota que servía de techo donde se leía Grupo de Operaciones Especiales del Acuartelamiento Pizarro. Puestos así, lo podían anunciar en el periódico. En fin, en cuestiones de estado mejor mantenerse al margen. Lo que me extrañó fue la falta de helicóptero, por lo que impone y viste en operaciones de este calibre, sobre todo si hay prensa y televisión, que no era el caso.

Pasaba en esos instantes, tumbado en una camilla de Cruz Roja, el cabo Rupérez, convaleciente aún del accidentado paseo en barca conmigo. Llevaba todavía las esposas rodeando sus muñecas, pues al parecer no habían encontrado llave que las abrieran y habían optado por serrar la cadena que las une. Me permití desearle una pronta recuperación y “que no abusara de las bajas laborales, porque su falta en el cuerpo era un lujo que no se podía permitir esta ciudad”. Peana tuvo que girarse para que nadie lo viera retorcerse de la risa, mientras los camilleros se alejaban con el bombero algo más agitado.

– Un favor más sí le voy a pedir – quise dejarle claro -. Existen en este barrio dos personajes a los que debo mi vida y que me han ayudado en este éxodo de tres días. Uno lo conocerá de oídas del cabo Ramírez. Su nombre es Nómades.

– ¿Nómades Plastisana? ¿También lo conoce? – se sorprendía el comisario -. No me lo diga: usted lo ayudó a fugarse de la residencia esta mañana.

– ¡Premio para el caballero, premio para el empresario! ¡Premio para el tío feo, premio para el comisario! – le rimé en voz alta ante la mirada de alguno de sus hombres que, de reojo, no alcanzaban a comprender cómo su jefe tiraba tanto rato con un pordiosero nauseabundo como yo -. Ese es precisamente parte del favor que quiero. Olvídense de él, no le busquen ni le hagan la vida imposible. Yo respondo por él si en algún momento vuelve a delinquir o molestar y, si así fuera, llámenme y déjenme actuar a mí. Bórrele a Ramírez su nombre de la cabeza y permítanle disfrutar de una segunda oportunidad en su vida. No digo que estuviera mal encerrarlo el tiempo que estuvo allí, pues le ha templado los nervios y le ha hecho ver lo que tiene que apreciar de verdad, pero, si vuelve allí, se morirá. Créame, comisario, se morirá. Pregunte en el barrio por él y verá lo querido y apreciado que es por sus vecinos.

– Es usted la salsa de todos los platos. Pero bien, eso que pide es factible. De Ramírez me encargo yo. Pero, ¿cuál es la otra parte del favor? Porque, de parte en parte, al final me pide la nómina.

– La otra parte se llama Quini, ¿le conoce?

– Un golfillo de poca monta. No es peligroso. Lleva aquí ya varios años. No hay quejas de él...

– Sí, sí, no se enrolle y escúcheme. Quiero gestionar que tenga documentación en orden, escolarización en el barrio, alguna ayuda económica por parte del Estado o de la Junta de Andalucía para menores que viven en rangos de pobreza y, si ambas partes están de acuerdo, que

no haya ningún problema para nombrar a Nómades su tutor. Ambos son felices juntos, a su modo, libres por el barrio y creo que ese papeleo les haría bien, sobre todo al chaval. Lo que no quiero son las esperas insoportables e interminables que estas gestiones conllevan. Comprendo que todo será a base de favores a devolver en el futuro, pero entiendo que usted está lo suficientemente bien relacionado como para que esos cables se muevan ligeros. ¿Puedo confiar en ello?

– Hable con el chico y que venga a verme a la comisaría de La Plaza de los Lobos, solo o con usted, y ya veremos qué podemos hacer. Si quiere y puede, que también venga el futuro tutor. Dígale que no tenga miedo a nada. Le doy mi palabra. Con respecto a usted, a partir de ahora no quiero oírle pedir ningún trato de favor más, ¿me oye? Hoy lo dejo escapar para disfrutar de los suyos por esta noche, y que descanse, pero mañana, a las ocho de la mañana, lo quiero en la puerta de mi despacho lavado, afeitado, bien vestido, comido, meado y cagado, dispuesto a declarar ante el juez minuciosamente todo lo que ha averiguado en estos tres días. La señorita Esther será, eso espero, su complemento ideal en la narración de los hechos. ¿Quiere que le acompañe a casa? ¿Quiere que lo vea un médico? ¿Quiere algo más?

– No, gracias, pues lo del ojo creo que bien lo arreglo con un filete fresco puesto sobre él toda la noche y, lo demás, no necesita más que una buena ducha, un par de aspirinas y dormir a pierna suelta en mi cama de un tirón hasta mañana. Con respecto al vehículo que me ofrece, con o sin su compañía, no es por desmerecerle, que su compañía bien grata que me resulta, pero prefiero darme un paseo disfrutando de mi libertad, a la que he cogido gran estima durante las horas que se ha prolongado este trance. Miro la luna y las estrellas y no parecen las mismas de estas noches atrás, tan ingratas y llenas de pesadillas. Como mi casa no está lejos, pasearé pues. Que tenga un buen fin de jornada, comisario, y no dude que antes de que llegue a entrar mañana en su oficina me tendrá esperándole en la primera silla que se me ofrezca. Por tanto, buenas noches y hasta mañana.

– Hasta mañana, buen hombre. Y preséntele mis excusas a su señora por si en algún momento mis hombres o el cabo Ramírez, la han importunado más de la cuenta. Y recuerde lo que en nuestras conversaciones por teléfono le recomendaba, cuídese – me palmeó la espalda como signo de despedida.

Caminé entre los pocos coches de policía que quedaban ya en la zona, atendiendo a felicitaciones que agentes y miembros de salvamento me lanzaban con gestos de agradecimiento. Las ambulancias, que habían recogido a Esther y Justo, hacía rato que partieron a sus hospitales de destino custodiadas por motoristas de la Guardia Civil. Los de las funerarias seguían quejándose de lo que un Juez de guardia puede tardar en llegar al lugar donde le espera un cadáver, reteniendo al resto de personas que tienen que trabajar a posteriori. Ojeaban un listado de tarifas discutiendo sobre el precio de los ataúdes elegidos para la ocasión. Parecía ser que los había más baratos, por la posibilidad de que nadie se hiciera cargo de los difuntos, pero el encargado se había confundido mandando lo que ellos denominaban “dos auténticos sarcófagos de Tutankamon”, que salían por un disparate. Uno proponía cambiarlo luego, una vez vuelto a las instalaciones de la funeraria, y pensé, medio en broma, que no quisiera ser yo el que lo usara luego, de segunda mano.

A medida que me alejaba de aquel lugar, mi moral y mi físico mejoraban notablemente. Poco me importaban ya todas las penalidades pasadas y sufridas, ni mi aspecto despeinado, con un ojo suponia que morado, sangre por la cabeza, la cual, como poco, presentaba un piquete, con halitosis producto de mi falta de higiene bucal durante estos tres días, desarmado de hombros, con

media joroba y cojeando notablemente. Me preocupaba, ligeramente, el recibimiento que Chris y las niñas me depararían, qué explicaciones me dejaría dar en medio del griterío de reproches que se avecinaba. ¿Habrían limpiado el cuarto de las niñas? ¿Cómo explicarle lo del armario? ¿Y mi cambio de ropa? ¿Me mirarían igual los vecinos? Caminaba, no obstante, tranquilo, con las manos en los bolsillos de la cazadora, entornando los ojos para disfrutar del momento, e ignorando por completo el rumor creciente que a mis espaldas me despedía, formado por un coro de carcajadas, con todo tipo de comentarios, entre los que sobresalía el del comisario Peana, que llorando, y no precisamente de dolor, no cesaba de airear a los cuatro vientos, con megafonía incluida, para que no hubiese nadie allí que se lo perdiese, “Se le ve el culo”.

Y todo, por seis números rojos.

José Luis León Padial (1966), nacido en Huelva por azar de los “destinos”. Licenciado en Veterinaria por la Facultad de Córdoba (1990) ejerciendo desde que acabó sus estudios como veterinario clínico en Granada. Entre sus muchas aficiones le apasiona la escritura en la que se inició como un homenaje a su padre. Cuatro son las novelas que hasta hoy tiene escritas, aunque alguna más hay en proyecto: “Seis números rojos”, “La espuma del champán”, “Petro para todo y los perdedores de la vida” y “Las reglas del juego”. En todas mezcla intriga, acción y humor para mantener al lector en una tensión permanente.